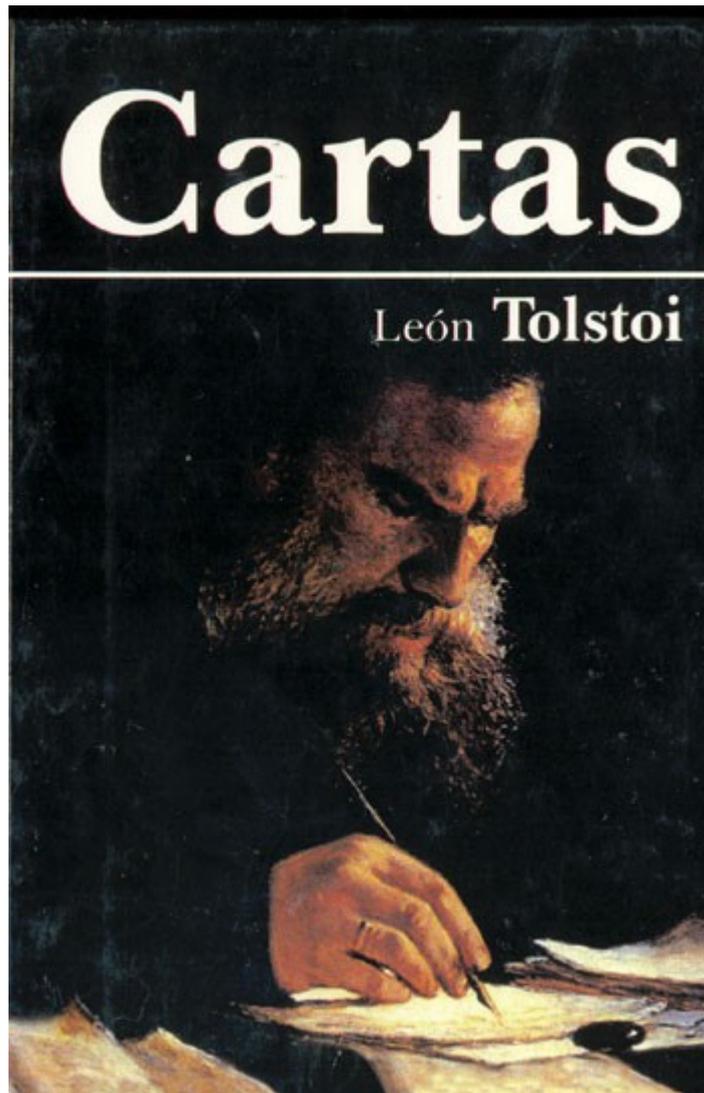


**LIBRO** dot.com

# Cartas

---

León Tolstoi



Digitalizado por **LIBRO** dot.com  
<http://www.librodot.com>

## A T. A. ERGOLSKAIA (En francés en el original)

Tiflis, 6 de enero, 1852

Mi muy querida tía:

Ahora mismo he recibido vuestra misiva del 24 de noviembre y la contesto ya (según la costumbre adoptada). Hace poco os escribía que lloré sobre vuestras líneas y atribuía esto a la enfermedad. Fue un error por mi parte: desde hace algún tiempo vengo llorando sobre todas las vuestras. Desde siempre fui León el llorica; antes me avergonzaba de esta debilidad, pero ahora pensando en ti y en tu cariño por nosotros me corren unas lágrimas tan dulces que ya no siento en absoluto vergüenza de ellas. Tu carta de hoy es muy triste y me ha causado el mismo efecto. Siempre me has dado consejos, y, por desgracia, no siempre los he seguido, aunque quisiera vivir toda la vida de acuerdo con ellos; permíteme contarte la impresión de tu carta, y los pensamientos que ella me ha provocado. Por el afecto que siento por ti, perdóname si lo hago quizá con excesiva franqueza. Dices que te ha llegado la hora de ir con los que con tanto ardor amaste en vida, que ruegas a Dios por el fin de tu solitaria y penosa existencia.

Perdóname, querida tía, pero pienso que pecas contra la voluntad de Dios, me ofendes, y conmigo, a todos los que te amamos. Rezas por tu muerte, por lo que es para mí la mayor desdicha (y no es una frase: Dios lo sabe, que no concibo mayor desventura que tu final y el de Nikolenka, las dos personas a las que amo más que a mí mismo). Si el creador oyera tus súplicas, ¿qué sería de mí? ¿Para qué serviría entonces el ansia por corregirme, de tener nobles cualidades y alcanzar una buena reputación entre los demás? Al hacer yo planes de vida feliz siempre te llevo en mente, pienso en ti y en que compartirás mi felicidad. Si mi modo de actuar es bueno, me alegro porque sé que te dará satisfacción. Cuando no es discreto temo, sobre todo, tu amargura. Tu cariño lo es todo para mí, y sin embargo rezas a Dios para que nos separe. ¿Cómo expresar mis sentimientos por ti? No hay palabras para enunciarlos; quizá pienses que exagero, pero estoy bañado en lágrimas. Debido a esta penosa separación he llegado a conocer el valor de tu amistad y el gran cariño que por ti siento.

¿Y es que soy yo solo quien te tiene tanto afecto? Ruegas a Dios por el fin de tus días. Hablas de soledad; aunque nos hallemos distanciados, confía en mi cariño, y esto servirá de consuelo a tu aflicción; consciente de tu cariño en ningún sitio podría yo sentirme solo. Tengo que reconocer, no obstante, que en todo lo escrito no me guía un buen sentimiento, tengo celos de tu pesar. Hoy me ha sucedido algo que me habría hecho creer en el Altísimo, de no ser firme creyente hace ya tiempo.

En el verano en Stari Yurt, los oficiales no hacían otra cosa que jugar, y cantidades grandes. Viviendo en el campamento es imposible no tropezarse con esto continuamente; y a menudo presenciaba yo el juego, pero no cedía a las reiteradas insistencias de que tomase parte; así me mantuve todo un mes. Pero un buen día, bromeando, aposté una insignificancia y perdí; volví a apostar y perdí de nuevo; no tuve suerte; se removió la pasión por el juego y en dos días gasté todo mi dinero y lo que me dio Nikolenka (unos 250 rublos en plata), además de otros 500 rublos en plata por los que di una letra a pagar antes de finalizar enero de 1852. He de decirte que cerca del campamento hay un aúl en el que viven chechenos. Un joven (checheno), llamado Sado, solía venir al campamento y jugaba. No sabía contar ni anotar, y había rastreros oficiales que lo engañaban. Por eso, yo nunca jugaba contra él, trataba de disuadirlo de que jugase, diciéndole que lo engañaban, y le propuse jugar por él.

2

Quedó muy agradecido y me regaló un monedero. Como es la costumbre de esta nación corresponder con otro regalo, yo le regalé una escopetilla que me había costado 8 rublos. Para hacerse kitnak, o sea amigo, es necesario, según la costumbre, intercambiarse regalos primero, y después, tomar alimento en casa del kunak. Y, siguiendo la antigua usanza de este pueblo (que se conserva solamente por tradición), se convierten en amigos a vida y muerte, y cualquiera que sea lo que yo le pida: dinero, la mujer, su arma, todo cuanto él tiene de máspreciado, debe dármele, y, del mismo modo, tampoco yo puedo negarle nada.

Él me invitó a su casa y me propuso ser kunak. Yo fui; tras obsequiarme según sus costumbres, me ofreció que cogiera lo que me gustase: un arma, un corcel, lo que yo quisiera. Intenté elegir algo no muy caro y tomé un bridón con guarniciones de plata; pero él dijo que lo afrentaría, y me obligó a coger un sable que valdrá, por lo menos, 100 rublos de plata. Su padre es hombre acaudalado, pero tiene el dinero guardado, y no le da al hijo nada. Por eso el hijo roba caballos o vacas al enemigo y arriesga en ocasiones veinte veces su vida para apropiarse de algo que no suele valer nada; lo hace, no por interés, sino por osadía. El cuatrero hábil goza de gran estima y adquiere el sobrenombre de bravo dzhiguit. Él oratiene 1.000 rublos de plata ora ni un solo copec. Tras mi visita le di el reloj de plata de Nikolenka y nos hicimos íntimos amigos. A menudo me enseñaba su lealtad corriendo peligros diversos por mí; lo cual es valorado entre ellos, ya que no es más que una costumbre y un placer. Al marcharme de Stari Yurt, Nikolenka se quedó allí, y Sado iba todos los días a verle, no sabía lo que hacer sin mí, en medio de un gran aburrimiento. Al saber por mi carta a Nikolenka que mi caballo estaba enfermo, y yo rogaba que me buscaran otro en Stari Yurt, él se presentó inmediatamente y me trajo el suyo, insistiendo en que lo tomase, por mucho que me negué. Tras mi estúpido juego en Stari Ytsrt no volví a coger un naipe en mis manos y constantemente sermoneaba a Sado, jugador apasionado, que no tiene noción del juego, aunque juega con admirable suerte. Ayer por la noche estuve pensando en mis asuntos monetarios, mis deudas y cómo sanearlas.

Pensé por mucho rato y concluí que, haciendo economías, podría ir pagando las deudas poco a poco en dos o tres años; más los 500 rublos que tenía que pagar en el actual mes me hacían caer en la mayor desesperación. No sabía cómo pagarlos y esto me agobiaba; muchísimo más que aquella deuda cie los 4.000 con Ogariov. Endeudarme en Rusia, venir aquí y otra vez endeudarme, esto me desesperaba. En la oración nocturna recé con fervor para que Dios me ayudase a salir de tan ardua situación. Al acostarme pensaba: "Pero entonces, cómo se me puede ayudar? Nada puede ocurrir que facilite el pago de la deuda." Imaginaba todas las contrariedades que llegarían por el servicio militar, por este asunto: de qué modo él reclamaría, de qué manera me exigirían una respuesta por la línea de mando, por qué no pago, etc. 'Señor, Ayúdame'; dije yo y en esto me quedé dormido.

Y esta mañana recibo carta de Nikolenka, con la tuya y algunas más, en la que me dice: 'Por estos días vino a verme Sado, le ha ganado a Knoring tus letras y me las ha traído. Estaba loco de contento con esta noticia, estaba feliz de verdad, y no hacía otra cosa que preguntarme: "¿Piensas que tu hermano se alegrará de que yo haya conseguido esto?" y por eso yo le tomé un gran cariño. De verdad, este hombre siente afecto por ti. "

¿No es magnífico que al día siguiente se cumpliera mi deseo, o sea, la admirable ayuda de Dios hacia quien tan poco merece, como yo? Y qué emocionante la lealtad de Sado, ¿verdad? El conoce la pasión de Seriozha por los caballos y, cuando le prometí llevarle conmigo si viajaba a Rusia, me dijo que aunque le costase cien vidas robaría en las montañas el mejor ejemplar que hubiera y se lo ofrecería a mi hermano.

Hacedme el favor de mandar a comprar en Tula una pistola de seis cañones y que se me envíe con una caja de música, si no resulta muy caro; le alegrará mucho tal regalo.

Aquí ando en Tiflis, sin dejar sus aguas, en espera de buen tiempo, es decir, de dinero. Adiós, queridísima tía. Leoncito besa mil veces tus manos.

## A T. A. ERGOLSKAIA (En francés en el original)

Piatigorsk, 30 de mayo, 1852

Mi muy querida tía:

No hay motivo para justificar mi silencio, y por eso empiezo rogándote que me perdones. Tras volver de la campaña he estado dos meses con Nikolenka en Starogladkovski. Llevando nuestro habitual modo de vida: caza, lectura, charlas y jugando al ajedrez. Mientras, he realizado un viaje interesante y agradable al Mar Caspio. Estaría muy contento de esos dos meses, de no haber enfermado. Por lo demás, no hay mal que por bien no venga, y gracias a esa enfermedad he venido a pasar el verano en Piatigorsk, desde donde te escribo.

Llevo aquí dos semanas ya, haciendo una vida cabal y solitaria, así es que estoy satisfecho por mi salud y mi hacer. Me levanto a las cuatro y voy a tomar las aguas hasta las 6. Después me baño y regreso a casa. Leo o charlo durante el té con uno de nuestros oficiales, que vive al lado y con el que como normalmente; luego me siento a escribir hasta las doce, hora de nuestra comida. Vaniushka, del que estoy muy satisfecho, nos alimenta por poco dinero y con mucha abundancia. Duermo hasta las cuatro, juego al ajedrez o leo, vuelvo a las aguas y, al volver, si el tiempo lo permite, mando que sirvan el té en el jardín, y aquí sueño durante horas con Yásnaia, con la maravillosa época que yo pasé allí, y en particular con una nita a la que cada día quiero con más fuerza. Cuanto más lejanos son estos recuerdos, más caros se me hacen y más los aprecio. Aunque sea triste pensar a veces en la dicha pasada y sobre todo en lo que no se supo aprovechar, me gusta esa tristeza y saco de ella dulces instantes.

Ya de vuelta en Tiflis tampoco he cambiado mi género de vida, pues sigo tratando de evitar nuevas amistades y abstenerme de toda intimidad con las anteriores. Todos se han acostumbrado a ello y nadie me importuna, aunque seguramente me tienen por "éxtravagante y soberbio". Pero no se debe al orgullo, es algo involuntario; hay mucha diferencia entre mi educación, sentimientos y opiniones y los de las personas con quienes me tropiezo aquí, para que yo experimente el más mínimo placer con ellas. Aunque Nikolenka, a pesar de la enorme diferencia que hay entre él y estos señores, posee el talento de divertirse con ellos y todos le quieren. Le envidio, pero no soy capaz de eso. En verdad, en nuestro modo de vida hay poco de alegre, pero hace ya tiempo que no busco placeres, sólo deseo estar tranquilo y satisfecho. Llevo una temporada en que me vienen gustando los libros históricos (lo cual solía ser causa de divergencia entre nosotros; pero ahora comparto del todo tu criterio); mis tareas literarias van hacia adelante, aunque todavía no pienso publicar nada. Algo que empecé tiempo atrás lo rehice ya tres veces y pienso rehacerlo otra vez aún para quedar contento con ella; tal vez esto sea como el trabajo de Penélope, pero ello no me desanima; no escribo por ambición, sino por placer; encuentro placer y utilidad en esta labor, es por eso que escribo.

Aun estando muy lejos de divertirme, como ya dije, tampoco me aburro, pues ando ocupado; y, además, gusto de un placer más dulce, más elevado del que pude darme la so-

ciudad, y es la satisfacción que dan la conciencia tranquila, la introversión y la convicción de que hay éxitos, de que en mí se despiertan buenos, magnánimos sentimientos. Antes yo me enorgullecía de mi inteligencia, mi posición en el mundo y mi apellido; pero hoy por hoy reconozco y siento que, si por un don divino hay en mí alguna virtud, no es otra que el buen corazón, limpio y amoroso, con que Dios ha tenido a bien dotarme y conservar hasta ahora; y gracias al cual tengo dulces alegrías y, privado de cualquier deleite y cualquier sociedad, no sólo estoy satisfecho de mi vida, sino también, a veces, enteramente feliz. Pronto se cumplirán cinco meses de mi ingreso en el ejército, y dentro de un mes podría ser ascendido; pero yo sé que pasarán seis meses, y aún más, antes de obtener el grado. Pero, hablando en conciencia, eso me es del todo indiferente; sólo que me preocupa la necesidad de ir a Petersburgo, y no tener con qué.

Me acuerdo de tu lema: "no hay que hacer augurios"; de algún modo pasará.

Adiós, querida tía; acabo la carta porque es tarde; pero como el correo sale dentro de dos días, y no pasa uno sin pensar en ti, es seguro que la continúe. Entonces, hasta luego. ¿Cómo está la tía Polina? ¿Bien de salud? ¿Satisfecha con su vida, como siempre?

Frecuentemente pienso en ella y en su extraña vida, que en esencia es bastante triste, y me abruma el haber suspendido -aunque de modo involuntario- toda relación con ella, y prometo que le escribiré; ¡pero es tan difícil empezar o reanudar la correspondencia interrumpida!

3 de junio

La única posibilidad que tengo de escribirte y no romper lo escrito es: no de releer la carta. Lo mismo me parece fría como estúpida o exaltada: nunca estoy contento, temo tanto ofenderos por cualquier cosa, despertar vuestro recelo e inquietud por mí; cuando tanto deseo que mis cartas os sean agradables.

Sé por la esquila de Andréi que te esperan en Yásnaia. No sé el motivo, pero nada me agrada tanto como saber que te hallas en Yásnaia; así me parece que estás más cerca, y no te concibo sino en el pequeño cuarto, en el divancito de Pirogovo con cabezas de esfinge, tras tu mesita preferida, junto al bargueño donde hay de todo. Si carecemos de algo que nos hace falta, Nikolenka y yo decimos: "No está en el bargueño de la tía. "Manda a Andréi que te enseñe la carta con la lista de los libros franceses que me hacen falta y, por favor, enviádmelos.

Dile también que me remita a Piatigorsk, al burgo de Kabarda, n° 252 (es mi dirección), los 100 rublos que le mandé preparar. Estoy muy descontento con Andréi y he escrito a Seriozha diciéndole que se haga cargo de la administración de Yásnaia; le he pedido que me conteste si está de acuerdo en ocuparse seriamente de mis asuntos, cosa que cada día es más y más indispensable; por las cartas y por las nóminas de Andréi, veo con claridad que él no hace más que beber y robar. Ya sea por pereza o por otra causa, Seriozha no me ha dado hasta ahora contestación. Repréndele tan poco por ello, por favor.

Adiós, queridísima nita, beso tus manos.

¿Qué es eso de que en la última carta hablas de tu gratitud? De verdad que a pesar de que yo conozco tu corazón, en el primer instante pensé que te burlabas de mí. Como no puedo tomar de verdad en serio que tú, a quien todos debemos mucho, agradezcas lo que no me ha costado el menor sacrificio. Adiós y hasta pronto, queridísima tía. Si Dios quiere que se cumplan mis planes, dentro de unos meses estaré contigo y con mi cariño y cuidados te demostraré que de alguna manera merezco todo lo que haces por nosotros. Te recuerdo tan

vivamente que he dejado de escribir para imaginarme ahora el feliz instante en que vuelva a verte; te echarás a llorar de alegría, y yo también, como una criatura, besándote las manos. Sin exagerar diré que nada he aguardado en la vida con más impaciencia, con tanta esperanza de bien, como espero ahora ese feliz instante. Me proponía enviarte esta carta a nombre de Seriozha, pero por accidente, por arbitrio de la voluntad, te he contado mis sentimientos, lo que dará lugar a mofas en él y esto me apena; te mando las cartas; entréguele a él sólo la primera página. Estoy seguro de que él mismo tiene un corazón tan sensible como el mío, pero una falsa vergüenza no le deja hablar de sus sentimientos, y por ello está privado de la alegría espiritual que yo experimento cuando te escribo y pienso en ti. El que a una persona extraña pueda parecerle exagerado y hasta ridículo lo que yo te expreso, no me inquieta, pues estoy convencido de que tú siempre me comprenderás.

## A S. N. TOLSTOI (Fragmento)

Eski-Onda, 20 de noviembre, 1854

Mi caro y entrañable Seriozha:

Sabe Dios que soy culpable ante todos vosotros desde que me fui; y por qué lo hice, ya que ni yo mismo lo sé; ahora la vida dispersa, ahora la detestable situación y disposición, ahora alguien que entorpece, etc. El motivo principal es, pues, la vida dispersa y abundante en impresiones. Uno ha conocido, sufrido y sentido tanto en este año, que no sabe en absoluto por dónde empezar a describirlo, ni tampoco si sabrá hacerlo como quisiera. Cierto, a la tiíta ya le escribí de Silistria, pero a Nikolenka y a ti no os escribiré así: quisiera decíroslo de tal manera que me comprendierais como quiero. Silistria es ya una canción vieja, ahora es Sebastopol, del que yo pienso que vosotros leéis ahora con el alma en un hilo; pues bien, hace cuatro días que estuve en Sebastopol. Cómo decirte todo lo que vi allí: y dónde fui y lo que hice; y lo que cuentan los prisioneros y herí dos ingleses y franceses y si acaso sufren o szzfYen rrnzcho ellos, y qué héroes son nuestros marinos y nuestros soldados y qué héroes son nuestros enemigos, sobre todo los ingleses. Todo os lo contaré en Yásnaia Poliana o en Pirogovo; pero de mí mismo habrás de saber bastante por la prensa. Cómo, lo diré más tarde, ahora voy a darte una idea del estado de nuestras cosas en Sebastopol. La ciudad esta sitiada por un lado, por el sur, donde no había ninguna clase de fortificaciones cuando el enemigo se acercó a ella. Ahora tenemos en este lado más de quinientas piezas de enorme calibre y varias líneas de fortificaciones terreras del todo inexpugnables. He estado una semana en la fortaleza y hasta el último día vagué como en un bosque entre estos laberintos de baterías. El enemigo hace ya más de tres semanas que se acercó por un sitio a casi doscientos metros y no avanza, al menor intento de hacerlo le cae encima una lluvia de proyectiles. La moral en las tropas es superior a toda descripción. Ni en la antigua Grecia había tanto heroísmo. Pasando revista a las tropas a caballo, en lugar de decir "¡Salud, muchachos!", Kornilov dijo: "Hay que morir, muchachos, ¿moriréis?", y las tropas gritaron: "Moriremos, Vuestra Excelencia. ¡Hurra!" Y esto no era cosa de efecto, ya que se veía en el rostro de cada uno que no era en broma, sino que iba en serio, y 22.000 ya lo han hecho.

Un herido, a punto de morir, me contaba cómo el 24 habían tomado una batería francesa y no les mandaron refuerzos; lloraba a lágrima viva. Una compañía de marinos casi

se amotinó porque querían relevarla de la batería en la que habían permanecido treinta días bajo las bombas. Los soldados sacan los fulminantes a las bombas. Las mujeres acarrear agua a los bastiones para los soldados. Son muchos los muertos y heridos. Sacerdotes armados con cruces frecuentan los bastiones y cantan oraciones bajo el fuego. El día 24 hubo en una brigada 160 heridos que se negaron a abandonar el frente. ¡Admirable tiempo! Pero después del 24 se han tranquilizado algo las mentes y el ambiente de Sebastopol es magnífico. El adversario casi no dispara, y todos está convencidos de que no rendirá la ciudad, y es que ello es imposible. Hay tres suposiciones: o se lanza al asalto, o nos entretiene con trabajos falsos para cubrir la retirada, o se fortifica para pasar el invierno. Lo primero menos, y lo segundo es lo más probable. No he conseguido entrar ni una sola voz en acción, pero doy gracias a Dios por haber visto a estos hombres y porque vivo en este glorioso tiempo. El bombardeo del día 5 quedará como la hazaña más brillante y gloriosa no sólo de la historia rusa, sino también de toda la historia universal. Sobre las 1.500 piezas de artillería batieron la ciudad y sólo no la obligaron a entregarse, sino que tampoco callaron ni a un veinteavo de nuestras baterías. Si, como me parece, en Rusia ven esta campaña en sentido negativo, el futuro la colocará sobre de las demás; no olvides que nosotros, con fuerzas iguales y hasta menores, con simples bayonetas y con las peores tropas de nuestro ejército (como el 6.º Cuerpo), luchamos con un enemigo muy numeroso, que tiene además la flota, artillada con 3.000 piezas, espléndidamente armado con carabinas y cuenta con sus mejores tropas. No me refiero a la superioridad de sus generales. Tan sólo nuestro ejército puede defenderse y vencer (pues acabaremos por vencer, seguro) en estas condiciones. Hay que ver a los prisioneros franceses e ingleses (especialmente a los últimos): si uno es gallardo, el otro también; y lo son tanto moral como físicamente, brava gente. Los cosacos dicen que les da hasta pena atravesarlos con el sable; y al lado de ellos hay que ver a algún cazador nuestro: menguado de talla, piojoso y arrugado, por así decirlo. (...)

## A E. P KOVALIEVSKI

Yásnaia Poliana, 1 de octubre de 1856

Mi muy estimado Egor Petrovich:

Desde hace tiempo venía pensando en usted e iba a escribirle, para lograr que se acuerde de mí y exhortarle a decir algo; pero por la pereza unas veces y otras por los quehaceres, no llegué a hacerlo; ahora, a eso, se ha unido además un ruego. No se alarme y vaya a creer que pido destino en alguna embajada, mi petición es la siguiente: con este mismo correo mando a Konstantinov el parte de excedencia; y, por favor, diga algo en el Departamento de Inspección para que este asunto se resuelva lo antes posible; y si ve usted a mi queridísimo jefe, le dice que no retrase mi excedencia. Pues en una ocasión me disuadió; no vaya a hacer ahora lo mismo. Usted me conoce mejor, y, si viene al caso hablar con él de esto, le dice que no puedo esperar nada juicioso del servicio, y que sencillamente no soy apto para él; por tanto, para qué enredarme. Y ocupaciones realmente tengo muchas, en las que este ficticio empleo me cohibe a pesar de todo. Mis planes sobre los campesinos sujetos a servidumbre no han tenido éxito hasta ahora, pero confío aún en ellos y, quizá, haga, pues, pronto casi lo mismo que yo quería. No se ha logrado lo principal debido al convencimiento sinceramente difundido entre la gente de que con motivo de la coronación, y ahora del Año

Nuevo, habrá para todos libertad con tierra y con toda la tierra. Nuestra mayor desgracia no es tanto que los nobles se hayan acostumbrado a hablar de la libertad a puertas cerradas y en francés, sino que hasta el gobierno secretea de tal manera que el pueblo espera la libertad, pero según los datos que el mismo ha ideado. Teniendo la más vaga idea de la propiedad de la tierra y deseando apropiársela, el pueblo ha decidido que la emancipación se hará con toda la tierra. Esa idea ha arraigado fuerte, y si sucede una masacre con nuestro humilde pueblo no será más que el efecto de este desconocimiento de sus verdaderas relaciones con la tierra y su amo, mientras que el gobierno secretea con todas sus fuerzas y se imagina que eso es política interior, y coloca a los terratenientes en la situación de personas que obstaculizan y ocultan del pueblo la gracia de la superioridad. Y acabará con que nos matarán. Como yo me he ocupado del asunto en detalle y lo he visto en el anexo, me avergüenza recordar las estupideces que yo he dicho y oído en Moscú y en Petersburgo de todas las personas inteligentes sobre la emancipación. Algún día se lo contaré a usted todo y le mostraré la relación de mis conversaciones con la asamblea. La cuestión no está planteada como suponen los inteligentes:

¿cómo resolverlo mejor? (pues nosotros queremos hacerlo mejor que en Inglaterra y Francia), sino ¿cómo resolverlo lo más rápido posible? Las palabras dichas por el zar en Moscú han dado la vuelta a todo el país: se han grabado en la mente de todos a quienes afectan, terratenientes y siervos de la gleba, y se refieren a algo demasiado importante y manido para que se pueda olvidar. Hay que decir que en el regimiento había 4 baterías, y luego que había 30 baterías, eso no importa; pero decir que hay que pensar en la libertad para luego olvidarlo: eso no se puede.

Y quisiera decirle el porqué necesito la excedencia. He estado muy, muy enfermo de inflamación en el pecho, que se repitió dos veces; y la razón principal de la dolencia son las afecciones del hígado, para los que me hace falta una cura termal. Este año ya llego tarde, pero el próximo me haría falta tener de nuevo permiso, si no obtuviera la excedencia. A pesar del padecimiento y la enfermedad, he estado muy bien en la aldea estos tres meses. Y, enfádense usted o no, mi querido Egor Petrovich, que es maravilloso vivir en el mundo. Me ocupé de la hacienda de la caza y la naturaleza con un placer singular, y aun me parece que me enamoré de una vecina, una muy gentil dama del lugar; y escribí Juventud, aunque, hablando con soberbia, estoy seguro de que lo hice mal y espero el juicio de un señor a quien se la he enviado y en el que tengo mucha confianza. ¿Qué ha hecho usted? ¿Será cierto que está cada vez más triste y disgustado por la actividad que le ha tocado en suerte, que sigue tratando de ver lo malo para tener el orgulloso placer de indignarse y hasta de verse como un desalmado para indignarse algo también contra sí y contra Dios: con qué fin os habrá creado? Usted posiblemente se ve frecuentemente con los Bludovy, hágales llegar, en especial a Antonina Dmitrievna, mi sincero respeto y dígame que tampoco ella debe indignarse. He descubierto algo sorprendente (debo rayar en la simpleza, pues siempre que me viene alguna idea me alegro demasiado); he descubierto que la indignación, la tendencia a fijarse de modo preferente en cuanto indigna, es un vicio y en concreto de nuestro siglo. Suele haber dos o tres personas de veras indignadas, y cientos que aparentan estarlo y por ello se consideran con derecho a no participar en la vida. No hablo de usted ni de Bludova, pero en el círculo literario hay muchos de nuestros amigos comunes que son así. Incluso cuando la persona esté sinceramente indignada y sea tan infeliz que no haga más que tropezarse con cosas indignantes, o bien, si el alma es fuerte, actúa y corrige lo que te indigna, o estréllate tú mismo; o bien, lo que es mucho más sencillo y que yo trato de hacer, intencionadamente busca todo lo íntegro y bueno, da la espalda a lo malo; y de veras, sin fingir, puede amarse enormemente muchas cosas no sólo en Rusia, sino entre los taigueses. Pregunte a los

Bludovy dónde se hallan mis primas, de la rama Tolstoi; y si están en Petersburgo, ruéguelos de todo corazón que les den mis saludos.

Presiento que esta carta es quizá absurda, pero -sea benévolo- no se disguste conmigo por ello, y contésteme aunque sólo sean dos palabras. Yo no sé, por cierto, escribir juiciosamente y, ante todo, solía romper mis cartas; pero ahora ya pienso -cómo no- que soy así. Entonces, que todos me conozcan cómo soy. Qué importa, mientras me tomen algo de cariño. Y confío en que usted me quiera siquiera un poco, ya que yo le quiero mucho y le respeto.

Suyo,

CONDE L. TOLSTOI

## A V. V ARSENEVA

Moscú, 2 de noviembre de 1856

Vine anoche, me acabo de levantar y veo con alegría que mi primer pensamiento es para vos y me pongo a escribiros, no para cumplir una promesa, sino porque lo quiero y me atrae. Vuestro favorito, el hombre simple durante todo el tiempo del camino rompió por entero la subordinación, razonaba tales disparates y hacía planes tan absurdos, aunque sugestivos, que yo empezaba a temerlo. Hasta quiso tomar el tren de vuelta, para regresar a Sudakovo, deciros un cúmulo de necedades y no volver a separarse jamás de vos. Pero hace tiempo que me acostumbré a afrontar sus pensamientos y no darle importancia. Aunque cuando empezó con los razonamientos, su amigo, el hombre bueno, al que vos no amáis, se puso también a argumentar y destrozó al hombre simple. Éste decía que es una estupidez arriesgar el futuro, ponerse a prueba y perder aunque sólo sea un minuto de felicidad. "Pues ¿no eres feliz cuando estás con ella, la miras, la escuchas y le hablas? -decía el hombre simple-, por qué te vas a privar de esa ventura, de la que quizá tengas un solo día, una sola hora por delante; tú estás hecho así y no puedes amar por mucho tiempo; y, a pesar de todo, éste es el amor más fuerte que puedes experimentar, siempre que tú te hayas dado a él libremente. Y, ¿no es miserable de tu parte responder con ese sentimiento juicioso y frío a su limpio y fiel amor?" Todo esto lo decía el hombre simple, pero el hombre bueno, si bien algo desconcertado al principio, replicaba como sigue: "Primero, mientes al decir que soy feliz con ella; cierto, tengo el placer de oírla y mirarle a los ojos, pero esto no es felicidad ni siquiera

buen deleite, excusable en Morder, pero no en ti; además, a veces hasta me es difícil la relación con ella; y lo esencial, que no pierdo ninguna felicidad, como dices, me siento ahora feliz con ella, aunque no la veo. De lo que tú llamas mi frío sentimiento, te diré que es mil veces más intenso y mejor que el tuyo, a pesar de que yo lo contengo. Tú la quieres para tu felicidad, mientras que yo la quiero para la suya."

De este modo razonaban, y el hombre bueno tiene mil veces razón. Amadle un poco. Si yo me entregase al sentimiento del hombre simple y al vuestro, yo sé que de todo ello no resultaría más que un mes de felicidad desordenada. Yo me abandoné a él ahora poco antes del viaje y creía que me volvía simple y descontento conmigo mismo; no supe deciros más que estúpidas ternezas, de las que ahora me siento avergonzado. Para lo cual habrá tiempo, y

9

afortunado tiempo. Agradezco a Dios inspirarme la idea y apoyarme en la intención de partir, ya que yo solo no lo hubiera hecho. Pienso que él me ha guiado para nuestra dicha común. Es dispensable pensar en vos y sentir como el hombre simple, pero en mí sería pecado e infamia. En vos amo ya la belleza, y sólo comienzo a amar lo que es eterno y de valor siempre inestimable: el corazón y el alma vuestros. La belleza se puede conocer y amar en una hora y desamarla igual de rápido, pero el alma hay que conocerla. Creedme, no hay nada en el mundo que salga bien sin trabajo: ni el amor, el más natural y hermoso sentimiento. Perdonadme la torpe comparación. Amar como ama el hombre simple es tocar una sonata sin compás, sin notas, con ayuda constante del pedal, aunque con sentimiento; no proporcionando con esto ni a sí mismo ni a los otros verdadero deleite. Y para entregarse al sentimiento de la música, para permitirse uno, hay que contenerse antes, afanarse y trabajar, y os aseguro que no hay placer en la vida que se dé tan sencillamente. Todo se adquiere con trabajo y privaciones. En cambio, cuanto más duros son el trabajo y las privaciones, mayor es la recompensa. Y nos espera una gran labor: comprendernos el uno al otro y tenernos el uno al otro amor y respeto. ¿Pensáis acaso que si nos entregásemos al sentimiento del hombre simple nos entenderíamos? Tal vez nos lo parecería, para acabar viendo luego un inmenso abismo, que ya no podríamos llenar con nada, tras agotar la pasión en meras ternezas. Como un tesoro guardo el sentimiento, porque sólo el puede unirnos de modo firme en todos los criterios de la vida; y sin esto no hay amor. Y es así como espero muchísimo de nuestra correspondencia, razonaremos con serenidad; yo ahondaré en cada palabra vuestra, y vos haced lo mismo, y no dudo que nos comprenderemos. Hay para ello todas las condiciones: pasión y honestidad por ambas partes. Disputad, demostrad, enseñadme, solicitad aclaraciones. Probablemente digáis que también ahora nos comprendemos el uno al otro. Pero no, nosotros sólo tenemos confianza el uno en el otro (a veces, mirándoos reconocería que no hay nada más bello en el mundo que un vestido recamado de oro), pero todavía no estoy de acuerdo en muchas cosas. Por el camino he repasado mil ideas, de cartas o diálogos. En la siguiente os diré los planes en cuanto al modo de vida de los Jrapovitski; hablaré luego de vuestros parientes, de Kireievski, con el que vuestras relaciones me sean más desagradables que las de antaño con Mortier, o Vergani y un millón de asuntos, que no son tan importantes por el modo de resolverlos como por la forma en que coincidamos al hablar de ellos.

He soñado con vos; Seriozha os turbó por algo y de la

turbación os volvisteis pecosa y chata; me asusté por ello y desperté. Ahora dejo a vuestro antojo al hombre simple. Me acuerdo de algunos de nuestros diálogos inconclusos. 1) ¿Cuál es vuestra oración peculiar? 2) ¿Por qué me preguntasteis si me suelo despertar por las noches y recordar lo sucedido? Queríais decir algo y no terminasteis. Os recuerdo con singular agrado en tres aspectos: 1) al dar saltitos en el baile con cierta ingenuidad, en un mismo sitio, y manteneros erguida; 2) al hablar con voz suave y doliente, un tanto quejosa y 3) cómo a orillas del estanque Grumantski, ataviada con las enormes almadreñas de punto de la tiíta, con aire de maldad tiráis el anzuelo. El hombre simple siempre os imagina con especial amor en estos tres aspectos. ¿No tendrá Mlle. Vergani un retrato vuestro de más, o no será posible recogerlo a la tiíta? Desearía mucho tenerlo. Nada escribo de mí, ya que todavía no he visto a nadie. Por favor, si vuestro estado de salud no es bueno, escribidme sobre él con detalle; los dos últimos días parecíais indispuesta. Si la gentilísima Zheniechika me escribiera algunas líneas sobre esto y en cuanto a vuestra disposición de ánimo, con su habitual sinceridad, me alegraría mucho. Por favor, pasead todos los días, haga el tiempo que haga. Esto os lo dirá de perlas cualquier doctor, y llevad corsé y poneos las medias vos misma y, en general, haced, en este orden, diversas mejoras con vuestra persona. No os desesperéis por alcanzar la perfección. Pero todo esto son naderías. Lo importante es que viváis de manera que, al ir a acostaros, podáis deciros: hoy hice 1) una buena obra a alguien, y 2) yo misma he llegado a

ser un poco mejor. Intentad, hacedme el favor, saber con anticipación las tareas del día y cotnprobaros por la noche. Veréis qué sereno y gran deleite es decirse cada día: hoy soy mejor que ayer. He logrado hacer con exactitud un tresillo en cuarta, o he entendido y percibido una buena obra de arte; o, aún mejor, hice bien al prójimo y le impulsé al amor de Dios y a darle las gracias por su obra. Esto es un goce y para vos misma, y ahora sabéis que hay un hombre que os arriará cada vez más y más, hasta lo infinito, por todo lo bueno que tan fácilmente podéis lograr, sin más que dominar la pereza y la apatía.

Mi gentil dama, adiós, el hombre simple os ama, si bien de modo simple, y el hombre bueno está del todo dispuesto a amaros con el más intenso, dulce y eterno afecto. Responedme extensamente, con la mayor franqueza y la mayor seriedad; recuerdos a los vuestros. Que Dios esté con vos y nos ayude a entendernos y amarnos bien mutuamente. Y acabe como acabe todo esto, siempre agradeceré al Creador la verdadera felicidad que merced a vos vivo: de sentirme mejor, más elevado y honesto. Dios quiera que vos penséis igual.

## A V. V ARSENEVA

Petersburgo, 9 de noviembre de 1856

Me duele tanto pensar en la carta que ayer os envié, mi querida Valeria Vladimirovna, que no sé por dónde comenzar hoy; y no me basta con pensar en vos, necesito escribieos. Os mando unos libros, intentad leerlos, empezando por los pequeños, por los cuentos, que son deliciosos, y dadme vuestra sincera opinión. Sobre Nikolénka, aún no he me ha sido posible hacer nada y el libro se lo remito con el primer correo.

Belavín es positivamente aquél mismo, un canalla redomado, y es una infamia pensar con indiferencia en que va a obtener en matrimonio un estupendo partido. Decidme si la boda es cierta y yo escribiré entonces a la Lazarevicheva. En todo este tiempo sólo he visto a los amigos literarios, entre los que siento cariño por algunos; rehuyo de las amistades sociales y hasta ahora no he visto a nadie. Trabajé toda la tarde de hoy con Iván Ivánovich, por primera vez; y estoy muy contento de ello. Y para qué escribo de mí, quizá bajo el influjo de aquella carta no sólo alimentéis un odio silencioso hacia mí, sino que no alimentéis absolutamente nada. Además mando unos relatos de Turguenev, leedlos también, si no os resultan aburridos: de nuevo, a mi juicio, casi todos son deliciosos; pero vuestra opinión mandádmela sin rodeos, por absurda que sea. ¡Atrévete a equivocarte y soñar!, dijo Schiller. Eso es muy cierto, es necesario equivocarse, pero con firmeza, decisión y osadía, sólo así llega uno a la verdad. Bueno, claro, esto es aún no lo comprendéis vos.

Cómo es que no me escribís, aunque sean cartas tan abominables como las mías, por qué no me escribís? Kostienka no os ama, eso es cierto; mejor dicho, no es que no os ame, os estima en poco, aunque el galán vale la pena y más de lo que yo pensaba. En él se ha habido un gran cambio, los textos de la Sagrada Escritura no son una broma, y él ha comprendido recientemente algo: hacer el bien es hermoso; acordaos de que yo os preguntaba con frecuencia. Y vos lo comprenderéis, pero con el tiempo; pues -resulta triste decirlo- no hay otro modo de comprender esa gran verdad más que padeciendo, y él lo ha hecho; y vos aún no habéis vivido, ni gozado, ni padecido, únicamente conocéis la diversión y la tristeza. Algunos no llegan a conocer en la vida ni goces ni

sufrimientos: morales, claro. Creo a menudo que vos sois de esa naturaleza, lo cual me produce un horrible dolor. Decidme, si entendéis claramente la pregunta, ¿sois así o no? En todo caso, sois por naturaleza sugestiva, cabalmente sugestiva, muy sugestiva. Por qué no me escribiréis? Lo que yo quisiera contaros sobre la clase de vida de los Jrapovitski y no me atrevo sin que os hagáis eco; especialmente, de la segunda carta. Pero, con la mano en el corazón, pienso en vos mucho menos ahora y más sereno que en los primeros días; sin embargo lo hago y, a pesar de todo, más de lo que creí nunca que haría con una mujer. Contestadme en cada misiva, os lo ruego, y con cuanta sinceridad podáis a la siguiente pregunta: ¿cuánto y en cómo pensáis en mí? Este sentimiento tan especial que guardo por vos, y que jamás sentí por nadie, mírelo aquí: cada vez que tengo un disgusto o revés, grande o pequeño, un desaire al amor propio y demás, en ese mismo instante me acuerdo de vos y pienso: "Todo esto es una nimiedad; pues tengo mi dama allí, y lo demás nada importa." Grato sentimiento. ¿Qué tal estáis?, ¿trabajáis?, por favor, escribidme. No os riáis de la palabra trabajar. De modo inteligente, útil y con buen fin es cosa excelente el trabajar; por simple bagatela que sea, sea cepillar un listón, hacer algo, en ello va implícita la primera condición de una vida moral, buena, y, por tanto, de la felicidad, que es: hoy he trabajado. Tengo la conciencia tranquila, siento cierta autosuficiencia, exenta de orgullo, y ello hace que me crea bueno. Hoy por nada del mundo os hubiera escrito una carta tan depravada como la de ayer; hoy siento amistad por todo el orbe y ánimo hacia vos esa misma pasión que desearía de igual modo alimentar todo un siglo. ¡Ah, si comprendieseis y sintierais en lo hondo, padecerla como yo, ese convencimiento de que la felicidad posible, la única verdadera, eterna y sublime se debe a tres cosas: el trabajo, la abnegación y el amor. Lo sé en el alma, aunque viva conforme a ella unas dos horas al año, pero vos, con vuestra virtuosa naturaleza, os entregaríais a esa convicción como sois capaz de datos a las personas: a Mlle. Vergani, etc. Dos personas unidas por dicha convicción, eso es ya el colmo de la felicidad. Por tanto, adiós, esto no se demuestra con palabras, sino que lo inspira el Señor cuando llega la hora. Dios sea con usted, querida, de veras querida Valeria Vladimirovna. No sé lo que hasta ahora me proporcionáis más: si sufrimientos morales o gozos. Pero soy tan simple en minutos como éste que os doy las gracias por ambas cosas.

Quisiera recibir todos los días palabras vuestras. Pero si no sentís el acicate, no escribáis, mejor aún: si no tenéis ganas de hacerlo, escribidme sólo esta frase: Hoy, día tal, no deseo escribiros, y enviadla. Estaré encantado.

Por amor de Dios, no inventéis vuestras cartas; ved que yo no lo hago, aunque podría hacer gala de ello ante vos; tal vez penséis que rehuyo el coqueteo, pero hacer alarde ante vos de honestidad y franqueza tendría que hacerlo; sobre todo a vuestro favor: sé de muchas mujeres más inteligentes, aunque más honestas que vos ninguna. Es más: la excesiva inteligencia es repulsiva, pero a la honestidad más se la estima cuanto mayor y más plena. Lo veis, pues, con tal afán quiero amaros que hasta os enseño cómo habéis de obligarme a que os ame. El sentimiento principal que despertáis en mí aún no es amor realmente, sino un vivo deseo de amaros con todas mis fuerzas.

Por Dios, escribid, entonces, lo antes posible, cuanto más mejor, y cuanto más incoherente y, disforme, para mayor sinceridad.

¡Maravillosamente se puede vivir en el mundo, cuando se sabe trabajar y amar, trabajar para quien se ama, y amar aquello en lo que se trabaja. A la fascinante Zheniechka la abrazo con toda mi alma. A sus hermanos menores de usted también un poco. A Olga Viadimirovna le estrecho la mano con sumo gusto.

A Natalia Petrovna le dice que O. Turgueneva no se le ocurría casarse. En caso de desear vos escribirme algo y no decidiros; entonces, por favor, insinúa de qué se trata. Pues

hay que dilucidar con valentía todos los misterios. Yo planteo muchas preguntas, y descortesés, pero nunca lo hacéis vos.

## A V. V ARSENEVA

Petersburgo, 19 de noviembre, 1856

Gracias, querida, por contestar. Tres cartas he recibido y el retrato está a punto de llegar, pero no temáis: nadie podrá ver ni verá el retrato ni las cartas. Escribo ahora la séptima. Su última esquela me ha emocionado mucho, muchísimo, y siento vergüenza por el dolor que os haya podido ocasionar. Aún así, es mejor que si ocultase en mi mismo la duda. Contestaré por partes. Vuestra opinión de Kireievski es cierta, aunque no totalmente sincera: teméis descifrar mi pensamiento, que consiste en que él es rico y usted pobre; él es vuestro tío y padrino y por ello puede pensar que esperáis dinero de él. Yo en vuestro lugar, decidiría no recibir nunca nada de él, y entonces lo amaría y respetaría ya, si él lo merece. Decís que por una carta mía estáis dispuesta a sacrificarlo todo. Dios nos libre de que vos penséis de ese modo, y sobra hablar de ello. Entre ese todo hay una virtud que no se puede sacrificar, no un canalla como yo, sino por nada en el mundo. Pensad en ello. Sin respeto, por encima de todo, al bien no se puede vivir cumplidamente en el mundo. Vuestro hábito de despertaros por las noches es muy buena y entrañable. ¿Por qué os ha ensombrecido la comedia de Ostrovski?

El apunte de Zheniechka es cruel. ¿Es posible, de Hecho, que os alborotéis como para llegar a las adivinaciones y similares absurdos? Evitad todos esos medios de excitación

y más que ninguno la ociosidad. No (ligáis que se está perdiendo un tiempo precioso. Más bien lo estamos viviendo los dos y lo vivimos con tan sublime sentimiento, que Dios quiera que lo volvamos a vivir después alguna vez. No penséis que nadie os habrá de amar jamás como os amó vuestro padre. Merecéis vos un amor intenso y grande y, por ello, lo tendréis. El mundo es así. No escribáis de venir a Petersburgo ni hagáis tal desatino; y si os sobra el dinero, id a vivir aunque sólo sea un mes a Moscú; y luego, quizá, viajad también a Petersburgo.

No creáis que soy tan increíble, me sorprendéis con ello de modo horrible. Tampoco es un mérito ser inteligente; pero rengo el corazón destrozado por la duda, la desconfianza y diversas maldades. De haber en mí algo que amar, tendrá que ser si acaso mi honestidad en lo que al sentimiento se refiere. jamás os he engañado ni os engañaré. Vos sois otra cosa, con vuestro carácter ingénito y fresco, no viciado por las dudas; si amáis, pues amáis, su odiáis, pues odiáis; mucho de lo que a mí me inquieta no lo entenderíais, y yo nunca llegaré a esa alteza de amor que vos podéis alcanzar, siempre que no os forcéis ni engaños. Yo soy, por tanto, quien debo sentirme indigno de vos, tortolita; y no vos de mí. Ello se debe a la diferencia de nuestros caracteres, que ya no cambiará, y que si cambiara sería para peor, a esa diferencia temible para nuestro porvenir. Habrá que resignarse y veremos con qué: yo, con que la mayor parte de mis inquietudes intelectuales, esenciales en mi vida, os sean extrañas, pese a todo vuestro amor; vos os resignaréis a nunca hallar en mí la plenitud de sentimiento que vos me daréis. Pero a rachas mi sentimiento pueda ser también mucho más fuerte que el vuestro, y el respeto y la gratitud por vuestro amor, mientras él exista, no decaerán ni un instante. Sólo puede unirnos de modo inquebrantable el amor justo por el bien, al que yo he llegado gracias al intelecto, y vos llegaréis por el corazón. Lo creo así, aunque por otra parte

quiera Dios que todo sea como vos lo soñáis caminando por la sala con las manos a la espalda. Mi fuerza, por la que vos me amáis, es el intelecto; la vuestra, el corazón. Y ambas cosas son buenas, e intentaremos fomentarlas con reciproca ayuda: vos me enseñaréis a amar, y yo os enseñaré a discurrir.

¿Es posible eso de que vos entendáis la necesidad de amor y trabajo en la vida, y no la abnegación? ¿Puede no ser el trabajo abnegación? ¿Y el amor? Vos misma decíais en vuestra penúltima carta cómo me amáis con egoísmo. Si es cierto, entonces no me amáis en absoluto. Amar para propio deleite es imposible, pues se ama para el gozo del otro. Está de más explicaros lo que lleváis dentro de vuestro excelente corazón. No dejéis de escribirme acerca de vuestras ocupaciones y, con el mayor detalle, de lo que hayáis leído y tocado, y por cuánto tiempo. No desaprovechéis las tardes, hacedme ese favor. Concienciaos, más que nada para enseñaron a vencer las malas inclinaciones y la pereza. Aquí me detuve y pensé largamente en vuestro carácter. Vuestro defecto pri-

mordial es la flaqueza de ánimo, y de ahí vienen los otros defectos. Educad vuestra fuerza de voluntad. Combatid tenazmente vuestros malos hábitos. Es pesado enseñar a una llogazanilla, uno mismo tiene que obligarse a este respecto sin falta. Nada es posible, ni siquiera la felicidad, lo principal, es posible sin esfuerzo. Y saltaré de alegría cuando lea vuestros éxitos en la educación de sí misma. Por Dios, pasead y no os acostéis muy, tarde; cuidad vuestra salud. Zheniechka dice que vos adelgazáis, eso no está bien. Casi con seguridad, en enero iré a veros. Quisiera, desearía llegar ahora a ésa y no marcharme jamás, creedlo; porque yo nunca os miento en este sentido, más bien en el opuesto. Hace unas tres noches estuve en casa de O. A. Turgueneva, gentil muchacha, a la que sin querer he comparado con otra joven que yo conozco. ¿Pero qué?, hasta ahora no conozco a nadie mejor que esta otra joven; es mejor en sí, y tiene el mejor corazón del mundo, y toca mejor; pero aquella muchacha es más instruida, está más desarrollada, quiere más la poesía y la entiende mejor. Me pregunto sin cesar: estoy o no enamorado de vos, y me respondo: no, pero algo me lleva hacia vos, día tras día me parece que habremos de convertirnos en seres íntimos y que ya sois mi mejor amiga.

Por tanto tendrán que vivir los Jrapovitski. Poseen pocos medios, que requieren trabajo y vivir con espíritu práctico, del que él carece completamente y ella posee escaso (siendo muy deseable que ella lo fomente), para que los Jrapovitski puedan vivir por cinco meses en la ciudad y siete en el campo, y honradamente, sea aquí o allá. Los meses de invierno pueden pasarlos un año en el extranjero y otro en Petersburgo, luego de nuevo en el extranjero y así sucesivamente. Pero sin falta en Petersburgo o en el extranjero, para que ni el uno ni el otro

vayan a la zaga de la época y no se hagan provincianos, lo que es una cierta desventura. Y no ir a la zaga del siglo no en cuanto a saber qué sombreros y chalecos se llevan, sino de saber qué excelente nuevo libro ha salido, qué asunto inquieta a Europa, y no dedicarse a comprar y vender seres humanos y quitarles los carneros a los mujiks, cuando todo estudiante sabe ya que eso es detestable, etc. En la ciudad, en Petersburgo, sin alternar con el gran mundo, los Jrapovitski pueden hacerse su pequeño círculo de amistades, escogidas, no entre la gente que trae el destino, sólo y exclusivamente, a semejanza de los perros, sino entre personas inteligentes, cultas y buenas. Esto es en especial para la Sra. Jrapovitskaia, que por su juventud le gustan mucho las nuevas amistades, sin exigirles nada, salvo que no sean hadulaques. El Sr. Jrapovitski, sin embargo, está convencido de que eso no es suficiente, sino que procede ser cuanto más precavidos mejor al elegir las amistades, pues no es desgracia tener amistad con un hombre vacío, pero si la amistad es con treinta, aunque ellos no le hagan mal, sólo con sus visitas e invitaciones le privan de la libertad de asueto y le envenenan a uno la existencia. Y el Sr. Jrapovitski piensa que ni a él con la literatura y la gentil Sra. Jrapovitskaia, ni a la Sra. Jrapovitskaia con la música y el Sr. Jrapovitski les va a ser aburrido

estar solos en casa. Los Jrapovitski dedicarán todos sus medios, por mucho que éstos aumenten, al lujo interno: a instalar los aposentos, a cuadros, a la música, a los alimentos y bebidas, para que el hogar sea lo más alegre, y sobre todo la Sra. Jrapovitskaia se ocupará de ello.

Los cónyuges se verán poco en la vida petersburguesa o foránea, ya que la vida de sociedad y las ocupaciones los distraerán a ambos; y por ello no se cansarán tan pronto uno de otro; pero en el campo, donde tratarán de no ver ni una sola alma ajena, se cansarán el uno del otro. Aunque no habrá sordo resentimiento, ya que también los dos aquí tendrán sus quehaceres. Lo primordial es eso. El Sr. Jrapovitski conseguirá su antiguo propósito, en el que la Sra. Jrapovitskaia seguro que le apoyará, de hacer cuanto más felices pueda a sus campesinos; escribirá; leerá y estudiará y enseñará a la Sra. Jrapovitskaia y la llamará "burbujita". La Sra. Jrapovitskaia practicará la música y la lectura, y, compartiendo los planes de su marido, le ayudará en la actividad principal del mismo. Me la imagino con aire de pequeña providencia para los labriegos, algún vestido de popelina y su cabecita negra yendo a verlos a las isbas y volviendo todos los días sabiendo que ha hecho una buena obra; y despertar por las noches satisfecha de sí y queriendo que arnezca cuanto antes, para vivir de nuevo y hacer bien; por lo cual el Sr. Jrapovitski cada vez la adorará más y más.

Retornarán después a la ciudad, volverán a una vida moderada y bastante difícil, con privaciones y molestias; pero, eso sí, con la conciencia de que son personas buenas y honradas, que se aman mutuamente con toda su alma; y con excelentes amigos que sentirán por los dos hondo cariño, y cada uno con su ocupación preferida. Y quizá ocurra en alguna ocasión, en un viejo coche de punto, que volviendo de visitar a un modesto amigo, hayan de pasar junto a alguna casa iluminada, en la que hay baile y se oye la orquesta de Strauss tocando prodigiosos vales. Tal vez entonces la Sra. Jrapovitskaia suspire hondamente y quede pensativa; pero ella deberá acostumbrarse, pues, a la idea de que ese placer jamás volverá a experimentarlo ya. En cambio la Sra. Jrapovitskaia puede tener la seguridad de que será raro, muy raro el caso, tal vez ni uno sólo de los que ella envidia en este baile, nin

guno haya experimentado sus deleites de cálido amor y amistad, los encantos de la vida familiar, del amistoso círculo de personas queridas, del arte, y el deleite principal: la conciencia de que uno no vive en vano en el mundo, de que hace el bien y no tiene nada que reprocharse. Cada cual tiene sus deleites, pero los supremos concedidos al hombre son los deleites del bien que uno hace, los del amor puro y los del arte.

Cuando se elige ese camino, hace falta que los Jrapovitski crean firmemente en que es el mejor, y que no hay que marchar por ningún otro para que ambos se ayuden, detengan el paso y se indiquen mutuamente los barrancos y con auxilio de la religión, que es guía, nunca se desvíen de él. Ya que cualquier paso en falso, hará que no vuelva a alcanzarse la dicha perdida. Y hay muchos de esos pasos era falso: tanto la coquetería, que motiva desconfianza, celos y animosidad, como los celos sin causa; y la frivolidad, ruina del amor y de la confianza; y el disimulo, que inspira recelo; y la ociosidad, que engendra el cansancio mutuo; y la fogosidad, por la cual se dicen el uno al otro cosas rayanas en la eterna chiquillada; y la informalidad e inconsecuencia en los planes; y lo más importante, la falta de sentido práctico, la negligencia, por la que se dan los malentendidos, se estropea la disposición de ánimo, se derrumban los planes, sucumbe la tranquilidad y nace la mutua repulsa: ¡y se acabó!

Cierto, difícil camino; pero apasionante, y sólo él conduce a la auténtica felicidad; por ello vale la pena actuar sobre uno mismo y eliminar todas las causas, antes subrayadas, de que seden pasos en falso. Y si es demasiado arduo, aconsejo a los Jrapovitski dirigirse del siguiente modo: residir en Petersburgo, no en un cuarto piso, sino en un entresuelo, confeccionar treinta vestidos a la Sra. Jrapovitskaia, ir en carroza a todos los bailes, recibir en casa a todos los generales y oficiales ayudantes del zar y presumir de ello, y pasear en carroza

por la Nievski. Que la señora coquettee y el señor juegue a los naipes, y luego, cargados de oprobio, huir de las deudas al campo, para terminar después aborreciéndose mutuamente.

Resulta muy fácil, facilísimo, sólo hay que dejarse llevar, ello va por sí mismo; y, desviados del primer camino, a los Jrapovitski les resultará muy sencillo caer en eso. E incluso caerán sin falta, si se desvían, pues él de por sí carece de sentido práctico y de carácter y también la señora. ¡Pero qué fascinante y venturoso sueño es el primer camino! Si yo estuviese ahora con vos en Sudakovo, en el rinconcito del salón, os contaría muchas, muchas cosas. Por lo demás, quizá vos misma comprendáis el encanto de esta ilusión. Si es así, no olvidéis una cosa -lo digo tras pensarlo seriamente y por experiencia-, no existe término medio, elegid uno: o con todo rigor el primero, repitiéndose cada día y cada minuto yo quiero marchar por este camino; o sin quererlo caeréis en el segundo, en el remolino en que se enfangan noventa y nueve de cada cien.

Me ha llevado mucho esta carta, el ir pensándola, y son ya las dos de la madrugada. De mí os diré que estoy sano, y trabajo; ¿en qué? eso aún no despierta vuestro interés; veo a muy poca gente y sigo sin visitar a nadie ni lo haré hasta el mes de diciembre. Hoy no tuve tiempo para retratarme. Mañana será. Adiós, tortolita mía, valor, ánimo, estudiad y queredme como hasta ahora; pero algo más tranquila. Me siento muy feliz con la idea de que existís y me amáis, que no sé qué sería de mí si de pronto me dijeran que ya no me queréis. Por favor, ni lo intentéis. Un abrazo para Zhemechka, un apretón de manos a Olenka, besos a Natasha. Iván Ivánovich estuvo ayer en Los hugonotes y no le gustó mucho; Aliosha, por el contrario, la halló estupenda.

## A V. V. ARSENEVA

Petersburgo, 23 de noviembre de 1856

Ahora mismo he recibido vuestra carta maravillosa, admirable y estupenda del 15 del presente mes. Tortolita mía, no os enfadéis conmigo por llamaros así en mis escritos. Esa palabra le cuadra tan bien al sentimiento que yo guardo por vos, justa y cabal: tortolita. Y cuántas veces hablando con vos quise llamaros así, justo así y no de otro modo. Esta carta tendrá que ser breve, si no me dejo arrastrar; ya que tengo mucho que hacer, y me urgen, por lo que ya llevo varias noches en vela. Sabéis que hemos firmado un acuerdo con "Sovremiennik" concediéndole la exclusiva para la publicación de mis obras a partir de 1857; pero yo había prometido a Druzhinin y Kraievski enviarles algo para Otiechestmennie Zapiski, y he de escribirlo antes del día uno de diciembre. Para Druzhinin ya he escrito, a trancas y barrancas, un pequeño relato, pero lo de Kraievski no anda bien; lo escribí, pero no estoy satisfecho, creo que tendré que rehacerlo, y no tengo tiempo ni humor, pero aún así trabajo. He de cumplir mi palabra, y temo comprometer mi nombre literario; al que, lo reconozco, tengo en mucha estima, casi tanto como a una dama que vos conocéis. Mi ánimo está fatal, estoy descontento de mí mismo, y endemoniado con todo el mundo por

haber dado palabra; deseo trabajar en lo antiguo y me repele; y, para mayor desgracia, acuden a mi mente más ideas sobre obras que piden escribirse.

Ese era mi estado al llegar vuestra última misiva, que me consoló por entero. Dios sea plenamente con ellos, siempre que vos me améis y seáis como yo deseo veros, es decir, admirable; y por la carta me ha parecido que vos me queréis y empezáis a ver la vida con más seriedad, amar el bien y hallar deleite en velar por sí misma, e ir adelante por el camino de la

perfección. Senda infinita que prosigue en el más allá, y única por la que en esta vida se encuentra la felicidad. Que Dios os ayude, tortolita mía, id adelante; amad, y no sólo a mí, amadlo todo en este mundo del Señor: a la gente, la naturaleza, el arte y cuanto hay en él de fascinante; y desarrollad vuestro intelecto, para así poder entender las cosas dignas de amor en el universo. El amor es el móvil y la felicidad esencial en el orbe. Pero, lo diré, aunque no venga a cuento para nada con nuestra conversación; entonces también hay una magna causa por la que la mujer tiene que desarrollarse. Igual que el destino que la mujer tiene de ser esposa, también ha de ser madre; y para ser madre, y no hembra reproductora (;comprendéis vos la diferencia?), es necesario desarrollo. Sin enfadarse, tortolita mía (me causa un júbilo atroz llamaros así), por los consejos que os dé.

1) A menudo decís que vuestro amor es puro, elevado, etc. Creedme, alegar que mi amor es elevado, etc., es igual que declarar: tengo una nariz y unos ojos muy lindos. De eso hay que dejarles juzgar a otros, y no uno mismo.

2) Por vuestra adición al plan de vida de los Jrapovitski no está bien que queráis vivir en el campo y viajar a Tula. ¡Líbrenos Dios! El campo ha de ser recogimiento y ocupación, de los que yo escribí en la penúltima carta, y nada más; pero vos no soportaréis una aldea así, y las amistades de Tula engendran el provincialismo, lo que es muy peligroso. Los Jrapovitski se convertirán ambos en provincianos y se odiarán sordamente el uno al otro por así serlo. He visto ejemplos análogos. Por ejemplo, yo mismo experimenté una sorda aversión por mi nita debido a su provincialismo en lo esencial. ¡Ah!, muy señora mía, los Jrapovitski o no verán a nadie, o será a la mejor sociedad de toda Rusia; es decir, la mejor sociedad no en el sentido de la gracia zarista y la riqueza, sino en el de la inteligencia y la cultura. Tendrán sus habitaciones en un cuarto piso, pero en ellas se reunirán los hombres más notables de Rusia. Dios nos libre de ser descorteses por ello con nuestros amigos y parientes de Tula, pero hay que alejarse de ellos, no los necesitamos; y ya hablamos de que las relaciones con gente superflua son siempre perjudiciales.

3) ¡Oh! Erráis al decir que tenéis gusto. O sea, tal vez lo tengáis, pero sin tino. Por ejemplo, cierto tipo de galas como el sombrero azul celeste con flores blancas es precioso; más le va bien a una señora que pasee en tiro de trotones con atelaje inglés y que entra en su escalera con espejos y camelias; pero en la conocida y modesta situación de un cuarto piso, carruaje, etc., ese mismo complemento es ridículo; y de ser en el campo y en calesa, pues, sobra hablar. Luego hay cierto tipo de mujeres, casi del jaez de la Scherbachova e incluso mucho peor, que en ese modelo de elegancia de flores vistosas, perifollos deslumbrantes y todo lo exótico, mantos de armiño, sacos frambuesas, etc., siempre la aventajarán, y vendrá a ser que os parecéis a ellas. Y las doncellas y las mujeres que han vivido poco en las grandes ciudades siempre se yerran en esto. Existe otro tipo de elegancia, modesta, que no quiere lo exótico y deslumbrante, y sí es muy exigente en las menudencias, en los zapatos, los cuellos, los guantes, la limpieza de las uñas, el esmero del peinado, etc.; que yo defiendo a muerte, siempre que no quite mucha atención a cosas más serias; y que no puede dejar de estimar toda persona amante de lo bello. La elegancia de los colores deslumbrantes y demás es aún disculpable, aunque ridículo, en una joven de mal semblante; pero en vos, con vuestro hermoso rostro, no tendría perdón cometer ese error. Yo que vos tomaría como regla propia para vestir la sencillez, y en los mínimos detalles la más rigurosa elegancia.

Y 4) ¡Válgame Dios! ¡¡Paseos por el patio que hay junto al salón!!! Pero eso no importaría riada, si vos soñaseis aunque fuese en ir a estudiar música a la Fábrica de Armas de Tula, y nada significaría comparado con la arrebatadora sinceridad y el amor que emanan de vuestras cartas. Por Dios, que mis observaciones no vayan a malograr vuestra mejor cualidad: la franqueza. ¿De quién esta enamorada Olenka? ¿No se puede decir? Eso es que ella, mirándoos a vos, también se ha encaprichado de alguien. Adiós, hasta mañana. He

recibido un aviso por un rublo, debe ser el retrato; y espero que mañana, cuando llegue a mis manos, no me haga entontecer, ponerme más chiflado aún de lo que ya estoy. Aún no me lo he hecho, por falta de tiempo. Tampoco tengo para escribir mucho, el hacérselo a vos es para mí un verdadero deleite. Adiós, torrolita mía, tortolita mía y otras veces tortolita: os enfadéis o no; así queda, pues, escrito. Que el Señor sea con vos.

24 de noviembre

Acabado mi trabajo de hoy, tarea que me atormenta y de la que os escribí, abrí un libro y leí algo admirable: la *Ifigenia*

de Goethe. Vos no termináis de entenderlo (ojalá lo hagáis con el tiempo), el indecible y enorme placer que uno experimenta cuando entiende y ama la poesía; pero se trata de que el inmenso goce que yo he tenido, no sé por qué me ha hecho recordaros, y quiero deciros: tortolita mía, y nada más. Vuestro retrato no lo he recibido aún; remito, pues, el mío, del que ya hice entrega a Iván Ivánovich. Se va a cumplir un mes desde que no os veo, y aún pienso en vos casi igual, unas veces con desconfianza y animosidad, la mayor parte con necio amor. Aparte, no hago nada para probar mi sentimiento. Desde que partí, mi vida es más solitaria que en Yásnaia. Con el uno de diciembre me lanzaré a todas las distracciones y veré lo que sucede. Después os veré; aunque no del todo seguro, por las fiestas y no antes. Ahora ya trabajo por entero para los libritos de diciembre; mi empeño esencial -rehacer juventud- sigo sin empearlo, y me llevará todo diciembre. ¿Habéis ido a algún baile? ¿No pensáis ir a Moscú a tomar algunas lecciones de Mortier? Ambas cosas son muy, pero que muy necesarias, y mil veces os aconsejo llevarlas a cabo. Os lo ruego, tortolita, hacedlo. ¿Y la música? A menudo sueño con que al llegar al entrañable Sudakovo, dentro de unas cinco semanas, y luego de hablar con vos al lado de la estufa, os sentaréis al pianoforte y me asombraréis de repente con extraordinarios éxitos. Si no os vence la pereza, podéis hacerlo. Tortolita, adiós, señora mía, estrecho vuestra gentil mano, Dios sea con vos. Quizá os escriba mañana también. Escribidme, escribidme como antes; pero con más detalles de vuestros quehaceres: ¿qué leéis, cómo y qué os satisface? Encantadora Zheniechka, ¡Hua! Pindigashki, ¡Huy!

Enamorada Olenka, ¡Oh!

¿Viviremos mucho aún en la amargura, Aguantando crueles pesares?

¿Qué pensáis vos? Creo yo que no mucho.

Estoy acordándome: mi carta de ayer es una necesidad, podría decirse que me vuelvo orgulloso en demasía.

## A V. V. ARSENEVA

Petersburgo, 7 de diciembre, 1856

Tuve ayer dos cartas vuestras juntas, una del 1 de diciembre y otra del 29 de octubre, y las dos las leí repetidas veces. Estas epístolas, en las cuales me aconsejáis viajar por Andalucía, y decís que debo amaros con vuestras debilidades y que mi camino lo puede emprender una mujer de 14 o de 35 años, etc., son cosas lindísimas. Si uno de los dos estuvie-

18

ra casado, o bien si vuestro padre no quisiera daros en matrimonio por nada del mundo; entonces (y no lo digo en broma, sino ante Dios) daría rienda suelta a mis sentimientos, me olvidaría del pasado y del futuro; y con pasión, tanta que llegaseis a decirme: ¡más despacio!, me enamoraría de vos. Pero entended bien esto; nuestro objetivo no es sólo, pues, deleitarnos con el amor, para eso hay que abandonarse a los sentimientos y no pensar en nada. Nuestro fin, aparte de amar, es, pues, vivir unidos la vida entera y cumplir todas las obligaciones que impone el matrimonio; y para ello hace mucha, muchísima falta estar capacitado y sobreponerse, tanto antes como después. Soy un egoísta, he de admitirlo; pero llevo unos seis meses de lucha continuada conmigo mismo y por el cambio de mis costumbres preferidas; vos no lo sois, pero sólo queréis amar y deleitaros con ese bien, el mejor del mundo; sin hacer nada en absoluto por capacitaros para él; es más, sin sacrificar el menor goce. Pensáis que yo no sabría hacer lo mismo en vuestro lugar, o sea tumbarme a la bartola, complacerme con los mejores sentimientos del mundo, y allá lo que venga luego, "eso es cosa vuestra". Y a pesar de eso y a pesar de todo, sois sublime, excelente con vuestra honestidad y ternura; que, si bien no estimo lo bastante, amo más que nada en el mundo.

Pensemos en el mañana. Las labores de la hacienda, la música, los mujiks y la lectura son simples consejos que os doy para que la vida os sea propicia; pero quizá encontréis otras más gratas; tal vez muchas no os agraden... Todo eso es cosa vuestra, podéis ser una excelente señora jrapovitskaia, sin renunciar a los paseos en el patio del salón; aunque la misión de Jrapovitski, que os ama y ha vivido más, sea indicaron lo que da felicidad y no dejaros esperando, que ésta os busque, y que cometáis todos los errores en que él mismo incurrió. Son sólo consejos, porque el que ella lea o pasee por las tiendas no será para él ni mejor ni peor, sino para ella; pero ante el gran mundo la cosa cambia. Aquí sí, a Jrapovitski le será peor, y mucho peor. Tendrá que tener amistad con gente a la que no estima, que detesta y aborrece; tendrá que perder el tiempo, cambiar su tipo de vida y abandonar lo que en él hay de mejor: sus ocupaciones. Imaginemos que Jrapovitski es egoísta, pero él no ha exigido nada similar ni lo exigirá de Dembitskaia. En muchas cosas lleváis razón, al decir que no me incumbe "si se viste a la antigua", que pido una perfección imposible, planteo problemas a cuál más difícil y asusto demasiado con los pasos en falso. A pesar de todo, es preferible no dejar de la mente ese camino y procurar no desviarse de él. Y el gran mundo, sea el que sea, incluso el de Tula, y ese camino son dos cosas incompatibles. El gran mundo es probablemente un paso en falso en el fascinante camino. Y esto lo diré sabiendo lo que digo aun cuando por . ello me quemén. Pensad en todo esto con seriedad y, como siempre, escribidme sinceramente, mi admirable tórtola. Imaginemos que queréis ahora este sacrificio como una inmolación, aunque estoy seguro de que si os son aseguibles otros sublimes deleites, dejaréis de pensar en tal sacrificio y os reiréis de ella.

Con vuestra edad y formación lleváis razón al mirar a la vida como a un grato esparcimiento; y yo la llevo de verla como trabajo, en el que suele haber momentos se sumo deleite; y si no sois una dama casquivana, también llegaréis a lo mismo; pero ¿cuánto tardaréis? Quizá cuando yo mire ya a la vida como a una carga (casi igual que la mira Zheniechka). ¿Y cómo quererse entonces con distintas opiniones sobre la vida? Podría amarse si yo estuviera casado, pero es imposible vivir juntos y no sufrir a cada instante. Entonces, o habréis de afanaros y alcanzarme, o tendré que volver atrás para marchar juntos. Y no puedo volverme, pues sé que más adelante está lo mejor, más radiante y feliz. Hacedlo en caballo de correo, os ayudaré tanto como pueda; os será dificultoso, pero con qué amor, quietud y ventura (si esto os hace falta) andaremos nuestra senda hasta el final. Y hasta más allá del camino habrá igual felicidad, bonanza y amor.

¿Por qué calláis acerca de Dickens y Thackeray? ¿Es que os han aburrido? ¿Y qué niñería es esa de Noticias sur les opéras que habéis leído? ¿Y por qué habéis hecho amistad

con la gentil Sashenka? ¡Qué débil carácter tenéis, señora mía! Nada hay en ella de anormal, y es estupendo que vos no os enojéis con nadie, pero ese contacto no os hará bien. Motivado por ese vínculo arraigarán en vos las ideas y convicciones que luego habrán de salir con el tiempo. Así que tanto más difícil os será desprenderos de ellas. Con el último correo acabo de remitiros un libro primoroso, leedlo. En él tenéis donde aprender a vivir. Se ven distintas opiniones sobre la vida y el amor, con las que puede no estarse de acuerdo, ni siquiera con una, pero en cambio la propia se hace más inteligente y clara. De nuevo estoy dando consejos; y que hacer, pues, sin ello no imagino mis relaciones con la persona a quien amo. A veces también vos me aconsejáis, y yo me alegro muchísimo cuando lleváis razón. El amor está presente ahí. Consiste en eso, no en besar las manos de mi "gatita" (hasta decirlo resulta vil), sino en abrirse las almas, comparar los pensamientos de ambos, pensar unidos y sentir juntos. Tortolita, adiós, estrecho vuestra mano. Un afectuoso abrazo para Zheniechka y los Pindigashki.

## A V. P BOTKIN

París, 5-6 de abril (24-25 de marzo) de 1857

Querido Vasili Petrovich, no está bien el que usted se halle enfermo: temo que eche por tierra su plan de viaje al extranjero. Pero ya en Petersburgo creí, y me lo hace creer su carta, que no quiere viajar. No deje de venir, entrañable y sabio amigo, se entiende que nos reuniríamos; ansío verle y charlar con usted. Sigo viviendo en París, va a hacer dos meses, y no preveo cuándo esta urbe puede dejar de interesarme ni esta vida perder su encanto para mí. Soy un total ignorante; y en ningún lugar lo he percibido con tanto como aquí. Por tanto, aunque sólo sea por eso, ya puedo estar contentó y feliz de mi vida en ésta; más cuando me doy cuenta de que mi ignorancia no es irremediable. Luego, el deleite de las artes, el Louvre, Versalles, el conservatorio, los cuartetos, teatros y conferencias en el College de France y la Sorbona; y, más que nada, la libertad social, de la que no tenía en Rusia ni idea; todo ello hace que no antes de dos meses, del período en que comienzan los cursos de aguas, me marche de París o del pueblo cercano a la urbe en el que quiero instalarme en estos días. Al parecer, Turguenev padece realmente de espermatorrea, y seguirá una cura de aguas, pero todavía no ha decidido cuándo ni adónde ir. Está afectadísimo. Y sufre moralmente como sólo puede hacerlo un hombre de su imaginación. Desde hace bastante poco me he instalado de manera que trabaje varias horas al día. Sórdido en extremo es el ambiente de Kizivetter, lo que me enfría un poco, aunque a pesar de todo trabajo con mucho gusto.

Eso lo escribí ayer, me interrumpieron y ahora sigo con humor harto diferente. Hoy me he equivocado por ir a ver por la mañana una ejecución. Además de que llevamos aquí dos semanas largas con un tiempo detestable y me siento bastante indispuerto, el malísimo estado de nervios en que estaba, y dicha exhibición me ha causado tal impresión que me llevará mucho tiempo recuperarme. He presenciado demasiados horrores en la guerra y en el Cáucaso; pero aunque despedazasen a un hombre en mi presencia, nada habría sido tan odioso como este hábil y elegante ingenio, por el cual bastó un instante para guillotinar a un hombre sano, fresco y vigoroso. Allí hay un deseo irracional, pero un sentimiento humano de pasión, pero aquí se ha llevado hasta el refinamiento el sosiego y la comodidad en el asesinato y sin nada sublime. Un deseo insolente y salvaje de que se cumpla la justicia, la ley de Dios. La justicia que deciden los abogados, quienes basándose en el honor, la religión y la

verdad opinan -cada cual a su manera- cosas distintas. Con iguales formalidades guillotinaron al rey, y a Chenier, y a los republicanos, y a los aristócratas, y (olvidé su nombre) al señor que hace dos años reconocieron inocente del asesinato por el que lo mataron. Y la multitud es detestable, un padre explica a su hija lo ingenioso y cómodo que resulta el mecanismo con que se hace, y cosas así.

¡Es un sinsentido la ley humana! De veras, el Estado no sólo es una conjura para la corrupción de los ciudadanos. Y a pesar de todo los Estados existen y de un modelo tan imperfecto aún. Así las cosas, pasar al socialismo ellos no pueden. Por tanto, ¿qué tendrán que hacer aquellos a los que esto les parece igual que a mí? Hay otras personas, como Napoleón III, a quienes -o porque sean más inteligentes o más necios que yo- todo les parece claro en esta confusión, y piensan que en esta mentira el mal puede ser mayor o menor, y actúan conforme a ello. Y magnífico, por cierto, hace falta gente así. Pues en esta detestable mentira yo no veo más que el mal y la ignominia, y ni deseo ni puedo analizar dónde hay más y dónde menos. Entiendo las leyes morales, las de la ética y la religión, que no son obligatorias para nadie, guían adelante y prometen un futuro mejor; siento las leyes del arte, que siempre dan felicidad; pero las políticas son para mí tan detestable falsedad que no veo en ellas ni lo mejor ni lo peor. Eso he percibido, comprendido y reconocido hoy. Tal conciencia, aunque sea un poco, me compensa del agobio de la impresión. Ha habido aquí en estos días un sinfín de arrestos, se ha descubierto un complot, querían matar a Napoleón en el teatro, de nuevo volverán a ejecutar en fecha próxima; pero yo, por cierto, a partir del día de hoy no sólo no iré a presenciarlo jamás, sino que nunca serviré en ningún sitio a gobierno alguno. Me gustaría contarle todavía de lo que . aquí veo, como por ejemplo, el club de cantores populares de las afueras que suelo visitar los domingos. Con razón dijo Turguenev que en este pueblo no hay poesía. Hay una poesía: la de matiz político, algo que siempre he detestado, y especialmente ahora. Por lo general, me gustan la vida y el pueblo francés, pero no he hallado una sola persona sensata ni entre el público ni en sociedad. Adiós, querido Vasili Petrovich, dispense lo absurdo de la carta, hoy estoy muy trastocado. Suyo,

CONDE. L. TOLSTOI

Mi dirección sigue siendo Rue de Rivoli, 206.

## A I. S. TURGUENEV (Sin remitir)

Ginebra, 9 de abril (28 de marzo), 1857

Mi querido Iván Serguéivich, por poco que sea he de escribirle, ya que he estado pensando en usted durante todo el trayecto. Anoche, serían las ocho, cuando tras el maldito tren tomé un asiento descubierto en la diligencia y vi el camino, la clara noche, todos los sonidos y aromas del viaje; como por encanto se fueron del todo mi angustia y enfermedad, o mejor aún, se tornaron en esa apacible y encantadora alegría que usted conoce. Hice muy bien en abandonar esa Sodoma. Por Dios, váyase usted también adonde sea, pero en modo alguno lo haga en tren. El ferrocarril es para el viaje lo que el prostíbulo para el amor: igual de cómodo, pero igual de inhumanamente maquinal y terriblemente monótono. Partí y

21

alguien me hizo raya en la frente (advierta que me puse en marcha el 28 de nuestro estilo). Pasé la noche entera, fascinante, de primavera y con luna, solo en la baca de la diligencia, caminando a través de Suiza, y al llegar a Ginebra ya no encontré a las Tolstoi; y dejé pasar la velada solo en mi cuarto, mirando a la noche de luna y al lago; luego abrí un libro sin mirar, y resultó ser el Evangelio, que aquí suele estar en todas las habitaciones. Ya ve que me siento enormemente feliz, con lágrimas de felicidad, y advierto con alegría cómo en este estado pienso sin cesar en usted y le deseo la misma suerte e incluso otra mejor. En Sodoma he vivido mes y medio y mucho es ya el barro que se pegó a mi alma: y dos muchachas, y la guillotina, y el ocio, y la trivialidad; usted es un hombre inmoral, aunque vive con más moralidad que yo, pero también en usted hay muchas, muchas adherencias de estos seis meses, ajenas a su alma; de verdad, viaje en diligencia, o pernocte en la aldea, derrame sin temor cuantas lagrimas encierra dentro, y verá que le hará bien, se sentirá aliviado.

Por favor, trate de enterarse de las relaciones que existen entre Orlov y la princesa Lvova. Creo que nuestro deseo se cumple. Lleva razón usted, Orlov será buen marido; pero si eso no se da, dígame francamente si podría ocurrir que una joven como ella me quisiera; es decir, tal como yo lo entiendo, que no le resultara detestable y ridículo pensar que quiero casarme con ella. Tanto estoy seguro de lo imposible de esa rareza que el escribir me da risa. Pero si yo creyera en esa posibilidad, le demostraría que también yo soy capaz de amar. Usted se sonríe irónicamente, sin remedio y con tristeza. A mi modo, pero soy capaz, lo presiento. Adiós, entrañable amigo, pero no trate de ajustar -se lo ruego- lo que ahora escribo a la idea general que usted se ha hecho de mi persona. Por eso es tan bueno el hombre, por que a veces no cabe esperar del mismo lo que con él sucede, y un viejo rocín cualquiera se desboca en ocasiones, sale disparado y le echa arrestos; así es mi actual estado de inesperado y raro, aunque sincero arrojito.

Suyo,

CONDE. L. TOLSTOI

## A A. A. TOISTAIA

Yásnaia Poliana, 18 de agosto de 1857

Querida abuelita:

Os envió esta carta a Ostende, aunque creo que ya no os hallará allí; y ahora, estando solo en la aldea y repasando sin querer mis recuerdos, veo que el recuerdo de vos es para mí lo más grato, serio y dulce de toda mi vida foránea, y deseo escribiros con toda el alma: haceros más viva y cercana en mi pensamiento. Dicho esto, permanecí sentado y pensando largamente, no porque no supiera qué escribir, sino por querer deciros demasiadas cosas que no serán del gusto de vuestra modestia. Vos misma decís que los sentimientos adquieren en la aldea dimensiones enormes, y mi cariño por vos se ha transformado aquí en un cariñazo tan desmedido que, si hablo de él, me diréis de nuevo, seguramente, que vivo eternamente entre paradojas. Bueno, y qué contestar a eso: sois una abuela prodigiosa, tanto más que nada queréis saber de ello; y en la gentil Alexandra Alexandrovna veis erudición y una mente

22

genial, y en mí descubris bondad y otras bellas cualidades. Y lo más asombroso, que esa incomprensible modestia se encuentra ¿dónde, pues?: ¡en la tina! Ciertamente, esto es mucho más increíble que si el pepino en salmuera creciese en un rosal.

Me topé en Dresde con el gentilísimo Filemón con peluca gris en unión de Bávkida para mi alegría y sorpresa, licenciada del Smolni, y fui con ellos hasta Petersburgo. Es de entender que muchas veces hemos murmurado de vos con estos gentiles amigos, y Mijail Ivánovich, haciendo flema, solía decir con perplejidad: cierto, admirable dama... y de pronto, bajo las canosas cejas, en sus sinceros ojos redondos asomaba algo parecido a lagrimitas. En Dresde encontré también a la princesa Lvova, de modo totalmente imprevisto. Estaba en un estado de ánimo muy propicio para enamorarse: había perdido al juego, estaba descontento conmigo mismo y del todo ocioso (según mi idea, el amor consiste en un deseo de alienación, de ahí que al igual que el sueño suela llegar con mayor frecuencia al hombre cuando éste está descontento consigo mismo o es desgraciado). La princesa Lvova es bella, inteligente y honesta por naturaleza; con toda mi alma hubiera deseado enamorarme y me entrevisté con ella muchas veces, pero ¡nada! ¿Qué es esto? ¿Qué monstruo hay en mí? Algo debe faltarme, por lo visto. Y creo que es fatuidad, aunque sólo sea una poca. Podría decirse que la mayor parte de la gente que se enamora coincide así: se ven frecuentemente, coquetean y, al final, se convencen de que están mutuamente enamorados unos de otros; y luego ya, en pago al cariño imaginado, empiezan a amarse ellos mismos. Pero ¿cómo yo, observador atento en la mujer con que coincida del la cantidad de rechazo que en ella despierta mi persona, cómo, digo, yo mismo voy a entregarme a tan gentil ficción? Y además, que Dios guarde ese postre en la eternidad; ya está bien de preocuparse por los platos dulces, cuando uno tiene canas en las sienes. Gracias a Dios por haberme dado lo principal, es decir, la capacidad de amar; aunque vos lo tildéis, quizá, de paradojas; pero así lo he decidido para mi persona. Mi salud y las tareas literarias me entretuvieron en Petersburgo toda una semana, a pesar de lo cual no fui a ver a K. N., y es que me olvidé por completo. En Rusia, esto está fatal. En Petersburgo, en Moscú no hacen más que gritar, indignarse y esperar algo; mientras que en el interior subsiste de igual manera la barbarie patriarcal, la rapiña y la arbitrariedad. Al llegar a Rusia, he luchado duramente con un sentimiento de aversión a la patria y es sólo ahora cuando comienzo a acostumbrarme a la continua tormenta que es el eterno clima de nuestra vida. Sé que vos no estaréis de acuerdo; pero qué le vamos a hacer, pues: gran amigo es Platón, pero mayor amigo es aún la verdad, reza el proverbio. Tal vez si hubierais visto, como yo, en una semana: una dama apaleando en la calle a su doncella; el jefe de puesto de la guardia rural mandándome a decir que le enviase un carro de heno, de lo contrario no facilitará cédula legal a mis hombres; un funcionario pegando ante mis propios ojos a un anciano de setenta años, hasta casi matarlo, porque aquél se enganchó al pasar; mi burgomaestre que, deseando mostrarse servicial conmigo, castigó al jardinero a una paliza por andar de parranda y lo mandó descalzo a llevar el ganado al rastrojo, alegrándose de que el jardinero volviera con los pies llenos de heridas; de haber visto todo eso y muchas otras cosas, entonces sí me creeríais eso de que la vida en Rusia es trabajo sin fin y continuo y pugna con los propios sentimientos. Gracias a que hay salvación: la esfera moral, el mundo de las artes y los afectos. Aquí nadie me molesta, ni el comisario ni el burgomaestre; estoy solo, aúlla el viento, hace frío, hay barro, pero yo interpreto a Beethoven con mis torpes dedos y vierto lágrimas de enternecimiento; o leo la Iliada, o invento personas, mujeres, vivo con ellas, emborrono papel, o pienso -como hago ahora- en los seres que amo. Y hasta os veo ahora mucho más clara y mejor que cualquier príncipe de Wurtemberg que haya puesto sus equinos columbres en vos. Mi hermana está mejor de salud y con más alegría que antes. Pero no digo más de ella o no acabaré la carta. Con toda el alma beso vuestras manos y las de la abuela Liza, y para el

bueno de Rebinder espero que tenga suerte, entereza de ánimo y estrecho su mano de manera amistosa.

El dinero os lo remitiré a Petersburgo o como vos queráis. Mi dirección: A Tula. Escribidme, aunque sea poco; pues ya sabéis, ya sin bromas, que me alegro de vuestras cartas de todo corazón.

## A A. A. TOLSTAIA

Yásnaia Poliana, 1 de mayo de 1858

Me hallo bien, abuelita, recibí tus cartas, y os deseo una feliz primavera. Pero, por favor, no os contristéis ni dejéis lugar a pensamientos como los que se han deslizado en una de vuestras cartas. Vos resplandecéis con la primavera; siempre la lleváis en el alma, y por eso trasciende de vos; pero diríase que os quejáis de algo, que algo motiva vuestro descontento. Por favor os lo pido, o no me digáis nada de lo que os entristece o decídmelo todo. También yo, fuera de toda broma, en los buenos instantes (cuando no me excedo en lo detestable) me tengo por sincero amigo vuestro, y sobre esta base me siento feliz y orgulloso cuando os ponéis a hablar conmigo como con un igual, como con alguien que no sólo requiere ayuda, sino que también os puede servir de algo; aunque sólo sea para escucharos calladamente, con alegría y suma atención. ¿Cómo os halláis ahora de salud? ¿Y dónde estáis? ¿Acaso en la urbe? Llegó la primavera, por muchas vueltas que le dio, por fin llegó. Ante nuestros mismos ojos se producen milagros. Cada día un nuevo milagro. Había una rama seca, y de pronto con hojas. Dios sabe de dónde desde allá abajo, del interior de la tierra, crecen unos entes verdes, amarillos, azules. Ciertos animales, como azogados, vuelan de mata en mata y, por algún motivo, trinan con todas sus fuerzas, y a las mil maravillas. Hasta en este instante bajo la propia ventana, se desgañitan dos ruiñesores. Experimento con ellos, y podéis imaginaros que he logrado llamarlos al pie de la ventana tocando sextas al pianoforte. Lo descubrí por casualidad. Uno de estos días, según mi costumbre, estaba tecleando sonatas de Haydn y allí hay sextas.

De repente oí en el patio y en la habitación de la tía (que tiene un canario) silbidos, piadas y trinos al son de mis sextas. Cesé yo, y cesaron ellos. Comencé, y ellos siguieron (eran dos ruiñesores y un canario). Me pasé unas tres horas en esta ocupación, con el balcón abierto, la noche tibia, la ranas croando y el guarda en lo suyo: magnífico. Perdonadme si la carta resulta algo rara. Lo reconozco, la primavera y la soledad me tienen un poquito fuera de mí. Eso mismo os deseo con toda el alma. Suele haber momentos de felicidad más intensos que éstos; pero no hay dicha más plena ni más armónica.

Y lánzate, animoso, prepotente,  
en este océano vivificante.

"Primavera" de Tiútchev, que siempre olvido en el invierno, pero a la que vuelvo, repitiendo línea por línea, sin proponérmelo, cuando llega dicha estación.

Estuve ayer en un bosque que acabo de comprar y estoy talando; en los abedules brotan allí las hojas y cantan los ruiñesores; y no quieren saber que ya no son del fisco, sino míos, y que los van a talar. Los talarán, y crecerán de nuevo, y seguirán sin querer saber nada de

nadie. No sé de qué modo transmitir este sentimiento; vergüenza siente uno por la dignidad humana y el arbitrio del que tanto blasonamos; el arbitrio de hacer realidad los rasgos imaginados y no tener derecho a cambiar ni un granito de arena en nada, ni en uno mismo siquiera. Todo tiene sus leyes, leyes que uno no entiende, pero que siente por todas partes esta brida, por todas partes ella está presente.

Ahora diré algo sobre mi obrita Las tres muertes. Para nada la mira usted desde el punto de vista cristiano. Mi idea era:

murieron tres seres: una dama, un mujik y un árbol. La dama era miserable y despreciable, pues mintió toda su vida y lo hace ante la muerte. Como ella lo comprende, el cristianismo no le soluciona el problema de la vida y la muerte. ¿Para qué morir cuando se quiere vivir? En las promesas futuras del cristianismo ella cree con la imaginación y el intelecto, pero todo su ser se rebela, y no hay otro consuelo (a no ser el pseudocristiano); pero el lugar está ocupado. Ella era mezquina y miserable. El mujik expira tranquilo justo por no ser cristiano. Su religión es otra; pero, según la costumbre, también él venía cumpliendo los ritos cristianos; su religión es la naturaleza, con la cual ha vivido. El mismo talaba los árboles, sembraba el centeno y lo segaba, sacrificaba los carneros, y le nacían más, y le nacían niños, y morían los ancianos; y él sabía de esta ley, a la cual jamás volvió la espalda como la dama, sino que la miró siempre de frente, cara a cara. Una bestia, decís, pero ¿qué hay de malo una bestia? Una bestia es felicidad y hermosura, conformidad con todo el mundo, y no la discordia esa de la dama. El árbol muere serena, honrada y bellamente. Bellamente, ya que no miente, ni se exaspera, ni teme, ni lamenta. Tal es, pues, mi idea, con la que vos -se supone- no estáis de acuerdo; pero que no se puede negar, pues la llevamos en el alma tanto vos como yo. Que la idea misma está expresada de modo detestable, en eso estoy de acuerdo con vos. Si no fuera así, hubieseis entendido con vuestro sutil sentido, y yo no habría escrito estas aclaraciones, que además temo no os vayan a enojar y os obliguen a dejarme por imposible. No me desahuciéis, querida abuela. También en mí hay, y mucho, sentido cristiano; pero hay además esto otro, y lo tengo por muy querido. Aquí se manifiesta el sentido de la verdad y la hermosura; mientras que allí anida un sentimiento personal, de amor y sosiego. La manera de conciliarlo, ni la conozco ni la puedo explicar; pero tenemos al perro y al gato en un mismo cuartucho, y eso ya es algo.

Me despido, mi querida abuelita; escribidme de vos misma, os lo ruego. Saludad efusivamente de mi parte a todos los vuestros y no les digáis que soy un descreído. Vos sois otra cosa, me parece que lo habréis de captar, ya que sois sensible a todo. Bueno, sea lo que fuere, espero de vos una carta contundente o, lo que es peor aún, breve y de condolencia. Pero no, mejor es que os enfadéis. Pronto llegarán Mashenka, la tía y el resto.

Adiós, mi querida abuelita, estrecho vuestra mano de todo corazón.

Vuestro,

CONDE. L. TOLSTOI

A A. A. TOLSTAIA

Yásnaia Poliana, finales de abril - 3 de mayo de 1859 ¡Por Dios! ¡Qué me decís! ¡Dios, que no puedo recobrarme! Pero sin burlas, querida abuelita, soy pésimo, detestable, y os he causado dolor; pero ¿es necesario castigar tan duramente? Todo lo que decís es verdad y

mentira. Las certidumbres de alguien no son las que él cuenta, sino las que sufre en toda su vida; son difíciles de entender por los otros, y vos no conocéis las mías. Si las conocierais no me atacaríais así. Trataré, sin embargo, de hacer mi profesión de fe. De niño creía ardientemente, de modo sentimental y sin recapacitar; luego, al filo de los catorce, empecé a discurrir sobre la vida en general y me topé con la religión, que no encajaba con mis teorías; y, se supone, tuve por mérito el destruirla. Sin ella estuve muy tranquilo durante diez años. Todo se mostraba ante mí claro y lógico, subdividiéndose, y no había sitio para la religión. Más tarde llegó un tiempo en que todo estaba descubierto, ya no había misterios en la vida, y empezó a diluirse el sentido de la propia existencia. En esa misma época anduve solitario y desdichado, viviendo en el Cáucaso. Comencé a meditar como sólo una vez en la existencia los humanos encontramos fuerzas para hacerlo. Aún tengo mis notas de entonces y, al releerlas ahora, no logro entender que el hombre pueda llegar hasta aquel grado de exaltación intelectual por mí alcanzado entonces. Fue un periodo atormentador, a la par que excelente. Nunca, ni antes ni después, llegué a la elevación del pensamiento, a mirar al más allá, como en ese tiempo, que duró dos años. Cuanto encontré entonces permanecerá para siempre entre mis convicciones. No podría ser de otro modo. En dos años de trabajo intelectual hallé una vieja y sencilla cosa, pero que yo sé como nadie la sabe; averigüé que existe la inmortalidad, que existe el amor y uno ha de vivir para los demás si quiere ser eternamente feliz. Esos hallazgos me asombraron por su parecido con la religión cristiana, y en vez de continuar mis indagaciones, fui a buscarlos en el Evangelio, pero hallé poco. No hallé ni Dios, ni Redentor, ni misterios, ni nada; aunque busqué con todas las fuerzas de mi alma, y lloré, y me atormenté, y no quise otra cosa más que la verdad. No creáis que en virtud de mis palabras vais a entender acaso una pizca de toda la fuerza y recogimiento de aquella búsqueda mía. Esto es uno de esos secretos del alma que hay en cada uno de nosotros. Pero sí puedo decir que rara vez he encontrado en las personas la pasión por la verdad que sentí entonces. Así pues, me quedé con mi religión; y me ha sido bueno vivir con ella. Debería continuar.

3 de mayo. Eso fue escrito en cuanto recibí vuestra carta. Pero paré al ver que todo lo que decía no os transmitiría apenas nada de lo que pretendía. Pero como no gusto de rehacer para vos las cartas, ahí va lo escrito. La religión me importa, la amo y la respeto; y considero que sin ella el hombre no puede ser ni bueno ni feliz; que querría tenerla más que nada en el mundo, que siento cómo sin ella mi corazón se seca al pasar los años, que yo tengo todavía confianza y en cortos instantes me parece que creo; pero no tengo religión ni creo. Además, la vida hace mi religión, y no la religión mi vida. Cuando vivo bien me siento más cerca de ella, me parece que casi casi estoy del todo dispuesto a entrar en ese venturoso mundo; pero si vivo mal me parece que no hay necesidad alguna de ella. Ahora, en la aldea, me siento tan detestable y con tal sequedad de corazón, que me da horror y asco, y se hace más perceptible la necesidad. Si Dios lo quiere, vendrá. Os reís de la naturaleza y los rui señores. Para mí ella es portadora de la religión. Cada ser tiene su camino, y éste es desconocido, y tan sólo perceptible en lo hondo de aquélla. Tal vez os ame yo también sólo por eso. Ay, mi querida y entrañable abuelita.

Escribidme con más asiduidad. Estoy tan triste, tan pésimo ahora en el campo... con un frío y sequedad de alma que da miedo. No existen motivos para vivir. Estas ideas me venían a la mente ayer, que empecé a preguntarme con todo rigor: ¿a quién hago bien?, ¿a quién quiero? ¡A nadie! Y ni una lágrima por mí mismo, ni tan sólo tristeza. Y un frío arrepentimiento. Así pues, digresiones. Sólo queda el trabajo. Y el trabajo ¿qué? Simplezas: uno escudriña, se afana, mientras el corazón se crispa, queda yerto y seco. Os escribo de ello no para que me digáis qué es esto o qué debo hacer, ni me consoléis. No es posible nada de eso. Sólo escribo porque os amo y comprenderéis; y abriréis una ventanita en vuestro corazón, daréis paso a este cúmulo de pueriles necedades, volveréis a cerrar la ventanita, y está bien.

Os lo ruego, ni me contestéis a esto. Lo importante es que no puedo mentir ante mi propio ser. Mi hermana está enferma, una tía anciana, mujiks, a los que se puede ser útil, con los que cabe ser cariñoso; mas el corazón calla, y de hacer expresamente el bien siente vergüenza. Sobre todo habiendo vivido la felicidad (por muy rara que sea) de hacerlo sin saberlo, fortuitamente, de corazón. Se seca, anquilosa y crispera, y no puedo hacer nada. No os vayáis a enojar conmigo, no me reprendáis; más bien acariciadlo y compadeceos. A vos os va bien. Tenéis siempre donde calentar el alma, pero yo la siento secarse y me horrorizo: no queda otro remedio.

Saludad de mi parte a los vuestros y no me olvidéis. Qué necesidad tenéis de vuestras cortes y qué es todo lo absurdo que no os ha permitido escribirme. Parece que este nieto, que os ama, es bastante más serio que todas las tinas del mundo.

Mi hermana y mi tía os quieren y os recuerdan. Aún tengo una pena. Mi Ana al llegar al campo y releerla, me pareció una asquerosidad tan ignominiosa que no puedo recobrar del oprobio, y supongo que nunca más escribiré. Pero ya está impresa. Tampoco en esto me consoléis. Sé que yo sé. Otra desgracia: la hacienda marcha pésimamente, mas yo persisto y creo que pronto me arruinaré por completo. Y por añadidura, hasta el centeno se ha perdido este año. Pues bien, brincar y reírme quisiera ahora. Y eso sólo porque apenas hace cinco minutos quería llorar y porque os escribo.

L. TOLSTOI

3 de mayo

En la primera jornada que hace un tiempo espléndido.

## A. B. N. CHICHERIN

Yásnaia Poliana, 30 de enero de 1860

Si pretendías con tu carta una respuesta mía, ya ves que lo has conseguido. Ha llegado incluso a enojarme. Negligente y cariñoso me ofreces tus consejos de cómo al artista le hace falta desarrollarse, de lo saludable que es el influjo de Italia, sus obras de arte, el cielo... y análogas trilladas vulgaridades. Lo nocivo que es la inactividad en el campo: la bata, y cómo necesito casarme y escribir gentiles novelitas, etc. Aunque tu actividad me parezca anodina y falsa, yo no te doy consejos. Soy consciente de que el hombre (o sea, un ese ser que vive libremente) ve en cada cosa y en cada idea lo suyo peculiar, que nadie ve, y sólo eso y nada más que eso puede encariñarlo hasta el sacrificio con su obra. También me doy cuenta de que un hombre así conoce a su manera el lugar y el precio que le corresponde en el mundo y el valor de su obra; sé que a veces le falta fuerza para narrar todo lo que sabe, pero lo sabe firmemente.

Con el fin de mostrarte, siquiera, cómo uno puede equivocarse no permitiéndolo o bien olvidándose de ello, sólo te diré únicamente, respondiendo a tus consejos, que tengo el convencimiento de que -con nuestra edad y con nuestros medios- el callejeo fuera de casa, o la escritura de novelas amenas para la lectura, son igual de malos y poco decorosos. A nuestros años, cuando uno ha llegado, no por el único camino del pensamiento, sino mediante toda la existencia, toda la vida, a darse cuenta de la inutilidad y la imposibilidad de buscar el

deleite; cuando uno realmente siente que lo que antes parecía tormento se ha convertido en la esencia única de la vida: el quehacer, el trabajo; entonces son inoportunas e imposibles las búsquedas, la angustia, la insatisfacción de sí mismo, los pesares y las otras características de la juventud; y no diré que es necesario trabajar, sino que es no puede dejar de hacerse, no volcarse en el trabajo cuyos frutos uno pueda ver con suficiente antelación para darse de lleno a esa tarea. Unos a labrar la tierra, otros a enseñar a la juventud a ser honesta, etc.

La presunción, por tanto, de los llamados artistas, y guardo la esperanza de que lo soportes sólo por tu aprecio hacia al amigo (sin comprenderlo), esa vanidad es para quien a él se entrega la más ruin vileza y falsedad. Estar toda la vida sin hacer nada, explotando el trabajo y los mejores bienes de otros, para luego reproducirlos sin embargo pésima y fútilmente, es tal vez la monstruosidad y la vileza de las que yo he visto demasiados ejemplos infames a mi alrededor para no horrorizarme, y las que tú no puedes admitir, si recapacitas el hecho y sientes afecto por mí. ¿Qué hago, entonces?, me preguntas. No hay que hacer nada de particular, inventado; hago algo que me es tan natural como respirar el aire, al mismo tiempo que desde cuya altura -he de admitirlo- a menudo y con criminal orgullo gusto de miraros a los demás. Apreciarás y entenderás esta cuestión, pero no se puede contar; terminada tu peregrinación, ven a Yásnaia Poliana, y ya me dirás si no me envidias en verdad, al ver lo que estoy haciendo y la serenidad con que lo hago. He ahí, pues, el enigma. No he salido de viaje este año ni saldré tampoco de la aldea, y tampoco puedo imaginarme cómo y para qué tendré que salir en el futuro. Mi hermana reside a cuarenta verstas de aquí y te manda cordiales saludos. La tía te ama con locura. Mi hermano Nikolai ha marchado a la caza de osos. Adiós, escribe en cuanto te sea posible.

## A E. P KOVALIEVSKI

Yásnaia Poliana, 12 de marzo de 1860

Quizá pueda recordar usted, querido Egor Petrovich, que llevo ya más de dos años en el campo y me ocupo de la hacienda. Este año (desde el otoño), aparte de la hacienda, me ocupo de un colegio para niños, niñas y mayores que he fundado para bien de cuantos lo deseen. He reunido casi cincuenta alumnos y aún vienen más. Los adelantos de los alumnos y el éxito de la escuela en la mente del pueblo son inesperados. Pero no se puede contar todo, ni la manera ni su razón; se tendría que escribir un libro o verlo uno mismo. Veamos de qué se trata. El saber en todas las cosas de la vida radica -según mi opinión- no ya en qué hay que hacer, sino en saber el orden de las acciones. Respecto al progreso de Rusia, creo que por muy útiles que sean los telégrafos, los caminos, los barcos, las carabinas, la literatura (con todo su fondo), los teatros, las Academias de Bellas Artes y demás, todo es inútil y prematuro si por el calendario se ve que en Rusia estudia -incluidos todos los que sean alumnos de algo- apenas el uno por ciento de toda la población. Sí, todo eso es útil (la Academia y demás), pero lo es como puede serlo una comida en el Club Inglés que se engullan por entero el administrador y el cocinero. Todas estas cosas las producen setenta millones de rusos, y apenas las consumen unos cuantos miles. Por muy ridículos que sean los esclavófilos con su carácter nacional y su aislamiento y todo lo demás, estriba todo en que no saben llamar a las cosas por su nombre; y, sin querer, terminan teniendo razón. A nosotros los rusos, pero también a cualquier extranjero que recorra veinte verstas de suelo ruso se da cuenta de la desproporción numérica existente entre los instruidos y los no instruidos o, mejor dicho, entre los salvajes y los alfabetizados.

No hace falta ya hablar, por tanto, si comparamos los informes de los distintos Estados europeos. Más aún, si en Inglaterra fuese el uno por ciento de salvajes, con seguridad que también en ese caso el mal social nacería sólo de ese porcentaje de salvajes.

¿Qué es sino la incultura de la violencia predominante el mal social que entre nosotros ha tomado carta de naturaleza reconocer y llamar con distintos nombres, en su mayor parte violencia y despotismo? La violencia no puede ejercerse por un hombre solo contra muchos, sino sólo por una mayoría predominante de correligionarios en la incultura. Parece que Napoleón III acaba de concertar la paz de Villafranca, y ya prohíbe las revistas y quiere ocupar Saboya, y todo eso lo hacen los Félixes y los Víctores que no saben leer la prensa. Me he guiado por mis hábitos pedagógicos, y hasta me resulta ridículo, que estoy tratando de demostrarle a usted tan serio de que dos por dos son cuatro, es decir, que la enseñanza pública es lo más necesario para el pueblo ruso. Enseñanza esta que no existe. Todavía no ha empezado, ni lo hará jamás mientras el gobierno sea quien la administre. Que no existe es imposible demostrarlo, pero si usted se hallara aquí recorreríamos ahora la aldea para que viese y oyese. Para demostrar que no ha comenzado iríamos también ahora a la escuela, y yo le mostraría a los alfabetizados, a los que han estudiado antes con los popes y diáconos. Discípulos son ya que no tienen ningún remedio. De las discusiones sobre si la alfabetización es o no útil, no son cosa de risa. Ésta es una polémica seria y triste, y yo tomo el lado negativo. La alfabetización, como proceso de lectura y escritura, es perjudicial. Lo primero que suele leerse son el salterio, símbolo de la fe eslava, y los mandamientos (eslavos); después, el libro de las adivinanzas y así sucesivamente. Sin haberlo comprobado de hecho, es difícil imaginarse las horribles devastaciones que ello produce en las capacidades intelectuales y las ruinas que deja en la moral de los discípulos. Hay que visitar las escuelas rurales y los seminarios (he investigado este asunto), esos seminarios que forman pedagogos para los colegios del gobierno, para comprender la razón de por qué los alumnos de estos centros salen más necios e inmorales que los no son alumnos.

Se hace necesario para que la instrucción pública funcione que sea dejada en manos de la sociedad. No citaré el ejemplo de Inglaterra, el país más instruido: lo esencial de la cuestión habla por sí mismo. Si el gobierno abandonara todos los asuntos, cerrase todos los departamentos y comisiones (lo cual sería excelente) y únicamente se ocupase de la educación nacional, a duras penas podría conseguirlo entonces; ya que el mecanismo asimilado por el gobierno se lo impediría, y, más que nada, porque sus intereses le parecen estar muy lejos (en concreto, esto es íntegramente de su interés) de la instrucción pública. La misma sociedad tendrá que conseguirlo, porque sus intereses están tan vinculados en el grado de instrucción del pueblo, pues privados de todos los medios coercitivos, los actos de la sociedad sólo estarán de acuerdo con la necesidad del pueblo, que tendrá su expresión en el éxito filantrópico o pecuniario de la empresa, y en el grado de satisfacción de la necesidad popular se tendrá de manera constante como la prueba de sus actos. Al parecer, he vuelto a demostrar lo de dos por dos. El problema puede hallarse sólo en si existe o no la necesidad de educar e instruirse. Ese problema para mí está resuelto. Seis meses de mi escuela han engendrado otras tres iguales en la comarca y en todas partes el éxito es similar.

¿De qué se trata, pues? ¿Qué dirá el gobierno, si se le presenta el siguiente proyecto:?

"La Sociedad de Instrucción Pública (u otro nombre más modesto) tiene como fin la extensión de la enseñanza en el pueblo.

"Los recursos de la Sociedad serán las cuotas de sus miembros, a 100 rublos, o tanto por ciento, de las aportaciones de los alumnos (donde sea posible), de los ingresos que originen las publicaciones de la Sociedad y de las donaciones.

"Las funciones de la Sociedad serán:

"1) La publicación de una revista, que contendrá una sección íntegramente pedagógica (sobre las leyes y métodos de la enseñanza primaria), otra sección de manuales elementales para maestros y lecturas para alumnos, y la sección de informes sobre las actividades de la Sociedad.

"2) La fundación de escuelas allí donde no existan y se advierta su necesidad.

"3) La elaboración del curso de la enseñanza, el nombramiento de los maestros, la supervisión de la docencia, de la contabilidad y la dirección de las escuelas.

"4) La inspección del proceso docente en aquellas escuelas . cuyos fundadores así lo soliciten."

Yo solo por ahora constituyo la mencionada sociedad. Pero se lo digo a usted sin hacer frases, cuaje o no dicha sociedad, pondré todas mis fuerzas en el cumplimiento de ese programa. Sobra decir que mis pensamientos tal vez sean unilaterales y que la Sociedad, al ocuparse de ellos, cambiará muchas cosas y las ampliará. Más si ello pudiera reunir las fuerzas de muchos en un mismo objetivo. Ayúdeme usted, pues, Egor Petrovich, entrañable amigo. No gozo de buena fama en el gobierno. Esto no debe salir de mí en ningún caso, es mejor que usted se lo diga o haga una nota y se la enseñe a Evgraf Petrovich. (Le propongo sin rodeos este asunto, pues sé por anticipado que usted habrá de simpatizar con él en cuerpo y alma.) Si yo supiera con seguridad que el gobierno va a autorizar esta Sociedad, trabajaría más seriamente en la redacción del proyecto mismo y lo presentaría en nombre de otra persona. Hay en Tula un hombre extraordinario, Gayarin (su hermano le conoce), director del gimnasio, a quien he puesto al corriente de mis intenciones. Confío en que él no se negaría a presentarlo en su nombre. Sea como sea, el asunto lo tiene usted y está en buenas manos. Por tanto, preséntelo directamente transcribiendo y rehaciendo esta nota (sobre la sociedad), o haga usted un sondeo, donde proceda, y escríbame contándome cómo hay que actuar; sólo una cosa, en el acostumbrado anzuelo del gobierno de hacer que se exponga con detalle el proyecto, el curso de la enseñanza y demás, para después decir que no es factible, en ese anzuelo yo no picaré. Estimo el valor de mi tiempo (y con orgullo puedo decir que también lo tiene para cien niños). Aparte de mi escuela y la de mi hermano, estoy preparando un largo artículo sobre pedagogía, que no servirá para el proyecto destinado al gobierno. Lo permitan o no, y aunque esté yo solo, crearé una sociedad secreta de instrucción pública. Fuera de bromas, si la sociedad fuese imposible, aun con eso y todo tengo la intención de sacar a la luz la revista a la que me refiero en el proyecto de la sociedad. Investigue usted el terreno y escríbame de ello, se lo ruego. ¿La revista se autorizaría con mi nombre como redactor? ¿Y de qué modo, ante quién hay que solicitarlo, y lo que sea? Por mucho que yo necesite estar ahora aquí, iría a Petersburgo, si para el éxito de la cuestión pudiera ser indispensable mi presencia. Y cuando uno piensa, casi con seguridad, que usted me conteste: "Se ve que usted anda en el campo, Leon Nikoláievich, y por eso se mete en este tipo de proyectos", cuando uno lo piensa, se desespera.

¿Tiene acaso algo que temer el gobierno? ¿Puede en una escuela libre enseñarse lo que no procede saber? Ni una sola persona tendría en la escuela, si balbuciese que las reliquias no son tan sagradas como Dios mismo. Pero esto no les impide saber que la tierra es un globo y que dos y dos con cuatro. Veremos qué pasa; pero cuanto antes, lo antes que se pueda, infórmeme. Le deseo lo mejor, nada de tristeza, y que Dios con vos sea benévolo. Con toda el alma estrecho su mano. Suyo.

L. TOLSTOI

Mis señas: A Tula.

## A A. A. FET

Guier, 29 [17] de octubre de 1860

Usted conoce ya lo ocurrido. Murió el pasado 20 de septiembre, en mis brazos prácticamente. Nada antes me había impresionado tanto. Él solía decir y es cierto que no hay nada peor que la muerte. Y qué bueno es pensar, no obstante, que con ella todo acaba, pues nada hay peor que la vida. Y para qué afanarse y esforzarse, si de lo que fue N. N. Tolstoi nada quedó para él. Él no hablaba de que veía la cercanía de la muerte, pero sé que él seguía sus pasos y sabía con certeza lo que aún le quedaba. Poco antes de expirar se quedó adormecido y despertándose de súbito susurró con espanto: "¿Y qué será, pues, esto?" La había visto; y eso era la absorción de sí mismo en la nada. Y si él no encontró ya nada a que aferrarse, ¿qué voy yo a encontrar? Aún menos. Pero sí, de verdad, ni yo ni nadie luchará hasta el último instante con ella como él lo hizo. Unos dos días antes yo le dije: "Sería necesario ponerte el bacín en la habitación." "Oh, no -dice-, estoy débil, pero no tanto aún; aún habremos de pelearnos." No se rindió hasta el final, haciéndolo todo él mismo, tratando siempre de realizar algo; escribía, preguntaba por mis escritos y me aconsejaba. Y todo eso, a mi entender, no lo hacía ya obedeciendo a impulsos de su naturaleza, sino por principio. Tan sólo cosa, lo natural, quedó hasta el fin. La víspera iba a [...] en su dormitorio y cayó en el lecho abatido por la debilidad, al lado de la ventana; llegué yo. Y me dice con lágrimas en los ojos: "Cómo me he deleitado durante una hora entera." Polvo eres y en polvo te convertirás. Queda una sola y vaga esperanza, que allí, en la Naturaleza, de lo que uno sea parte bajo tierra, subsista y se encuentre algo. Los que le conocían y le vieron en los últimos instantes dicen: "Qué admirable calma y serenidad ha tenido ante la muerte", mientras yo conozco el horrible martirio que ha sufrido, ya que ni un solo sentimiento ha escapado a mi atención.

Continuamente me digo: "Dejemos que los muertos entierren a los muertos", hay que dedicar a algo las fuerzas que aún tienes; pero no se puede convencer a la piedra de que caiga para arriba, y no para abajo, hacia donde tiende. No se puede reír con una broma que nos molesta, ni se puede comer sin apetito. A qué viene todo, si mañana empezarán los suplicios de la muerte con toda la ignominia de la ruindad, la mentira, el engaño de sí mismo, y terminarán en la nulidad, en la anulación de uno mismo. Resulta divertido. Sed útiles, virtuosos y felices mientras viváis, se vienen diciendo los hombres unos a otros desde hace siglos, también nosotros; y la felicidad, y la virtud, y la utilidad se encuentran en la verdad; y la verdad que yo he sacado de mis treinta y dos años es que la situación en que nos ha colocado alguien constituye el más horrible crimen y engaño, para el que nosotros (los liberales) no hallaríamos palabras, si un hombre pusiera a otro hombre en esa misma situación. Alabemos a Alá, a Dios, a Brahma. Así de bienhechor. "Tomad la vida tal como ella es", "No es Dios, sino vosotros mismos quienes os habéis puesto en ese estado." ¡Pues bien! Es así como tomo yo la vida, tal como ella es, como el estado más vulgar, detestable y falso. Y de que no me he puesto yo tenemos una prueba en que durante siglos tratamos de creer que eso esta muy bien; pero tan pronto como el hombre alcanza un nivel superior de desarrollo, deja de ser necio, así lo ve de claro que todo es farsa y engaño, y que la verdad, que sin embargo ama sobre todas las cosas, esa verdad es horrible. Y cuando uno la vea claro y bien se despertará y dirá con horror: "Hermano: ¿y qué es, pues, esto?"

Y claro, en efecto, mientras hay deseo de comer, se come [...], o el deseo inconsciente y simple de saber y decir la verdad, se trata de conocer y hablar. Esto es lo que me queda del dominio moral, lo más elevado a que he podido llegar y eso es lo que voy a hacer, pero no en la forma del arte de usted. El arte es mentira, y yo no puedo amar ya la hermosa falsedad. Pasaré aquí el invierno por la mera razón de que estoy aquí, y me da igual vivir, sea donde sea.

Se lo ruego, escíbame. Tanto le quiero como mi hermano le quiso a usted y le recordó hasta el último momento.

## A A. I. HERZEN

Bruselas, 26 [14] de marzo de 1861

He recibido su carta, querido Alexandre Ivánovich, cuando iba a escribirle. Y quería hacerlo a Poliarnaia Zvezdá, que he acabado de leer por entero como se debe. Magnífico volumen, todo él, y no es sólo mi opinión, sino la de todos aquellos a quienes he visto. Usted gusta decir: "venga polémica". ¿Qué tipo de polémica? Su artículo acerca de Owen, ¡ah!, tiene mucha, demasiada afinidad con mi corazón. Es verdad, sin embargo, que en nuestra época sólo es posible para un extraterrestre que haya venido a la Tierra, o para el hombre ruso. Hay mucha gente, y de los rusos casi todos, que no creerán en vuestra idea por miedo (aunque entre paréntesis se diga que les es muy cómodo, gracias al tono demasiado suave de su artículo. Podría decirse que usted se dirige sólo a las personas inteligentes y audaces). Aquella gente, o sea, los no inteligentes y no audaces, dirán que es mejor callar si se ha llegado a tales resultados, es decir, a un resultado tal que demuestra que el camino no fue justo. Y usted da les algo de razón para decirlo, pues en lugar de los ídolos rotos pone la vida misma, el arbitrio y arabesco de la vida, como dice usted. Ese arabesco no es nada en lugar de las inmensas esperanzas de inmortalidad, del perfeccionamiento eterno, de las leyes históricas y demás: un botoncito ante un coloso. Mejor hubiera sido no darles esa posibilidad. Nada en cambio. Nada, salvo la fuerza que derribó a los colosos.

Y es más, esas personas -humildes de carácter- no pueden comprender que el hielo cruje y se hunde bajo los pies, lo que demuestra que el hombre camina; y que existe una manera para no hundirse: caminar sin parar.

Que no conozco a Rusia, me dice. Oh, no, la conozco, pero la Rusia subjetiva, mirándola por medio de mi prismita. Si la pompa de jabón de la historia se ha roto para usted y para mí, también eso prueba que ya estamos soplando una nueva pompa que nosotros aún no vemos. Y esa pompa es para mí el claro conocimiento de mi Rusia, tan claro como el conocimiento de la Rusia de Riléiev pudo serlo en el año 25. La gente como yo, gente práctica, no podemos vivir sin eso.

¿Qué opina del manifiesto? He terminado de leerlo en ruso y no comprendo para quién ha sido escrito. Para los mujiks será incomprendible, y nosotros no creemos una palabra. No me gusta tampoco del manifiesto el tono de gran favor que se hace al pueblo, cuando en verdad no representa nada, ni para un siervo docto, excepto promesas.

Usted no puede imaginarse, aparte del interés general, de qué manera me interesa todo lo referente a los decembristas en Poliarnaia Zvezdá. Quizá haga unos cuatro meses que inicié una novela en la que el protagonista ha de ser un decembrista que regresa. Yo hubiera querido hablar de ello con usted, pero no tuve tiempo. Mi decembrista debe ser entusiasta,

místico y cristiano; vuelve a Rusia en el año 56 con su familia, y confronta su concepción rígida y algo ideal con la nueva Rusia. Por favor, dígame usted lo que piensa sobre el decoro y la oportunidad de semejante argumento. A Turguenev, a quien le he leído el comienzo, le han gustado los primeros capítulos.

Mis saludos a todos los entrañables (a la manera de Tesier y por reflexión propia) moradores de Horsette House, a usted y Ogariov les envío las fotos prometidas, a cambio de las suyas que espero.

L. TOLSTOI

26 de marzo

Si usted no lo desea, no me conteste. Sólo deseaba dialogar con usted, pero no incitar a la correspondencia al célebre exiliado. Si le apetece, escríbame algo. En lo esencial, temo ser indiscreto con su tiempo.

## A A. A. TOISTAIA

Yásnaia Poliana, principios de agosto de 1861

La hacina y la burra de Balaam empiezan a hablar. Por qué, no os enojéis conmigo: nunca os enojéis. ¿Acaso no vale igual que en cuanto recibo unas letras de vos inscribo tomos de respuestas en mi corazón? Vos debéis saberlo. Pero ¿para qué necesitáis mis cartas? Tenéis a Maltzev, tenéis a Perovski, tenéis a Viazemskaia: vos lo tenéis todo. ¿Qué falta os hace mi gota en vuestro mar? Pero conmigo la cosa es distinta. Llego de la comarca, de explicarles a los campesinos que no deben pegarse hasta hacerse sangre, ni tampoco hay por qué pelearse, sencillamente -o bien a los terratenientes, de que ya no procede casar a las mozas por la fuerza y así por el estilo-, y al llegar recibo vuestra esquela. Por lo demás, tampoco yo debo quejarme. También yo tengo algo poético y fascinante de lo que no es posible apartarse: la escuela. Cuando logro evadirme de la oficina y de los mujiks, que me persiguen por todos los soportales de la casa, voy a la escuela; pero como está rehaciéndose, las clases se dan en la huerta vecina, bajo los manzanos, adonde uno llega sólo encorvándose, así está todo de frondoso.

Y allí se sienta el maestro, rodeado de los escolares, mordiéndolos y chascando hojas de arce y de tilo. El maestro enseña según mis consejos; y no del todo bien, cosa que los niños perciben. A mí me quieren más. Y empezamos a dialogar unas tres o cuatro horas, y nadie siente fastidio. No se puede contar lo que son estos chiquillos: es para verlos. Nada parecido he visto entre los niños de nuestro querido estamento. Imaginaos sólo que en dos años, con una ausencia total de la disciplina escolar, no hay ni un caso de niño o niña castigado. Nunca hay pereza, ni groserías, ni bromas estúpidas o palabras indecentes.

Están acabando ya la casa de la escuela. Tres enormes habitaciones: una rosada y dos azules para las clases. Cada una de las cuales sirve también como museo. En baldas, a lo largo . de las paredes, hay expuestas mariposas, piedras, esqueletos, hierbas, flores, instrumentos físicos y cosas así. Los domingos, el museo se abre para todos, y un alemán de Jena (que es un magnífico muchacho) hace experimentos. Una vez a la semana hay lección de botánica y todos vamos al bosque por setas, hierbas y flores. También hay cuatro lecciones de

canto por semana, seis de dibujo (otra vez el alemán), y excelente. La agrimensura marcha tan bien que los mujiks ya invitan a los chiquillos. Aparte de mí, hay tres maestros más. Y también el sacerdote, dos veces por semana. Y vos no hacéis más que pensar que soy un descreído. Y además enseñó al cura cómo hay que enseñar. Y mirad cómo lo hacemos: el día de San Pedro les contamos la historia de Pedro y Pablo y todos los oficios. Luego murió Feofán en la aldea: les explicamos lo que es la extremaunción, etc. Y así, sin vínculo aparente, vamos pasando todos los sacramentos, la liturgia y las fiestas del viejo y nuevo testamento. Las clases se celebran de ocho a doce y de tres a seis, pero siempre se alargan hasta las dos, ya que no se puede echar a los niños de la escuela: quieren más. Por la noche, una buena mitad suele quedarse a pernoctar en la cabaña del jardín. Durante la comida y la cena, y tras ésta, discutimos nosotros, los maestros. Los sábados leemos juntos nuestras anotaciones y nos preparamos para la semana siguiente.

Espero empezar con la revista en septiembre. La mediación es interesante y cautivadora, pero no está bien que la nobleza entera me odie con todas las fuerzas de su alma y me pongan obstáculos por doquier.

Adiós, querida amiga; escribid, escribidme, que yo siempre seré informal.

L. TOLSTOI

## A A. A. TOISTAIA

Moscú, 22-23 (?.) de julio de 1862

Querida amiga, días antes del viaje a Samara recibí vuestra misiva y pensé en contestaros desde Moscú. Quedaos mi gratitud por vuestro cariño; no estoy tan enfermo en absoluto, no estoy enfermo ni siquiera. Pero el ¡pobre Kutler! lo he visto, y parece un muerto. No obstante, dicen que está mejor. ¿Qué temíais vos por mí? Estaba sin cesar intrigado, y solamente ahora, al tener noticias de Yásnaia Poliana, lo he entendido todo. ¡Buenos amigos tenéis! Pues los Potapov, Dolgoruki y Arakchéiev y los revellines, todos ellos son amigos vuestros. Desde Yásnaia me escriben: el 7 de julio llegaron tres troicas con gendarmes y no permitieron que nadie saliese; posiblemente, tampoco a la tíita, y empezaron a registrar. Qué buscaban: por ahora no se sabe. Uno de vuestros amigos, un inmundo coronel, releyó todas mis cartas y diarios, que sólo antes de mi muerte pensaba yo confiar al más entrañable de mis amigos; releyó dos correspondencias por cuyo secreto yo lo hubiera dado todo en el mundo; y se marchó, diciendo que no había encontrado nada sospechoso. Por suerte para mí y para ese amigo vuestro, yo no estaba aquí, sino ¡lo hubiese matado! ¡Vaya gentileza! ¡Vaya gloria! De este modo es como el gobierno hace amigos. Si usted se acuerda desde mi matiz político, sabe que siempre -y sobre todo desde que entrego mi cariño a la escuela- he sido del todo indiferente hacia el gobierno y más indiferente aún con los actuales liberales, a los que desprecio con todo mi ser. Hoy por hoy ya no puedo decir eso, siento rencor y aversión, casi odio, por ese gentil gobierno que registra mi casa en busca de las máquinas litográficas y tipográficas con las que se reimprimen los panfletos de Herzen, los cuales desdeño y no tengo paciencia de leer hasta el fin porque me enojan. De hecho tuve en casa todos esos encantos de los panfletos y Kolokol por una semana, y así los devolví, sin llegar a leerlos. Me fastidia todo eso, y lo conozco y lo desprecio no de palabra, sino con toda el alma.

Y acuden a registrarme por los estudiantes, como si quisieran efectuar pesquisas sobre vos en un niño muerto. Eso no resulta aún tan insultante. Si ellos saben y se cuidan de mi

existencia, deberían de conocerla mejor. ¡Gentiles amigos los vuestros! Aún no he visto a la tía, pero me la imagino. Cierta día os escribí que no se puede buscar refugio tranquilo en la vida, sino que hace falta bregar, trabajar, sufrir. Es posible todo eso, pero si fuera posible marcharse lejos de esos bandidos de manos y mejillas lavadas con jabón perfumado, y que sonrían de modo afable. De verdad; me iré, aunque aún viva mucho, a un monasterio: no para orar a Dios -según yo, no es necesario eso-, sino para no ver toda la ignominia de la mundana depravación: pedante y jactanciosa con sus charreteras y miriñaques. ¡Ufl ¿Cómo podéis vos, magnífica persona, vivir en Petersburgo? No lo entenderé nunca, a no ser que tengáis ya cataratas en los ojos y nada veáis.

L. TOLSTOI

## A ALEJANDRO II

Moscú, 22 de agosto, 1862

Su Majestad:

El 6 de julio un oficial superior de gendarmes acompañado de las autoridades locales fue a mi posesión en mi ausencia. En mi casa habitaban durante las vacaciones mis huéspedes, unos estudiantes, maestros rurales del distrito judicial que yo administraba, mi tía y mi hermana. El oficial de gendarmes comunicó a los maestros que estaban arrestados, y requirió sus efectos y papeles. El registro duró dos días; se registró: la escuela, los sótanos y los almacenes. Según el oficial de gendarmes, no se halló nada sospechoso.

Aparte del agravio inferido a mis invitados, se creyó necesario ofendernos a mí, a mi tía y a mi hermana. El oficial de gendarmes registró mi gabinete, que entonces estaba como dormitorio de mi hermana. Al preguntársele sobre qué base actuaba así, el oficial de gendarmes declaró que lo hacía por mandato imperial. La presencia de soldados de la gendarmería y de los funcionarios que le acompañaban confirmaban sus palabras. Los funcionarios se presentaron en el dormitorio de mi hermana no dejaron sin leer ni una sola correspondencia ni un solo diario y, al marcharse, declararon a mis huéspedes y familiares que quedaban libres, y que no se había encontrado nada sospechoso. Por tanto, ellos eran también nuestros jueces y de ellos dependía el acusarnos de sospechosos y privarnos de libertad. No obstante, el oficial de gendarmes dijo además que su marcha aún no debía tranquilizarnos del todo, y advirtió: cualquier día podemos regresar.

Me parece indigno asegurar a Su Majestad lo inmerecido del agravio que se ha cometido. Todo mi pasado, mis relaciones, mi franca actividad a la vista de todos en el servicio de las armas y en la instrucción pública y, por último, la revista, en la que van expresadas todas mis íntimas convicciones, hubieran demostrado -sin tener que emplear medidas que destruyen la felicidad y el sosiego de las personas- a cualquiera que se interese por mí, que yo no puedo ser conspirador, redactor de octavillas, asesino o incendiario. Aparte del agravio, de la sospecha sobre el delito, además del oprobio ante el juicio de la sociedad y del sentimiento de eterna amenaza bajo el que estoy obligado a vivir y conducirme, esa visita me ha comprometido de lleno ante la opinión de la gente, que yo estimaba, había ganado con los años y me era del todo necesaria para la actividad elegida por mí: la fundación de escuelas para el pueblo.

De acuerdo al sentimiento propio de todo hombre, yo busco a quién culpar de lo que ha sucedido conmigo. Yo no puedo culparme: me siento con más razón de la que nunca tuve; no conozco al falso delator, ni puedo inculpar a los funcionarios que me juzgaron y ofendieron: ellos repitieron continuamente que no lo hacían por su voluntad, sino por mandato imperial.

Para continuar siempre igual de justo respecto a mi gobierno y a la persona de Su Majestad, ni puedo ni quiero creerlo. Pienso que no puede ser designio de Vuestra Majestad el que los inocentes hayan de ser castigados y los justos vivan de manera constante con el temor de la ofensa y el castigo.

Me dirijo a Vuestra Majestad para conocer las razones de todo ello. Sólo ruego que se elimine toda posibilidad de que sobre el nombre de Su Majestad vaya a caer el reproche de injusticias y que sean, si no castigados, sí fustigados los culpables del abuso de tal nombre y dignidad.

Leal súbdito de Vuestra Majestad,

CONDE LEON TOLSTOI

## A A. A. TOISTAIA

Moscú, 7 de septiembre de 1862

Gentil amiga Alexandrine.

¡Me siento muy feliz de contar con amigas como vos! ¡Vuestra carta me ha traído mucha alegría y consuelo! Y es que todas las desgracias se ciernen sobre mí últimamente: los gendarmes, la censura impuesta a mi revista, cuyo número de junio saldrá sólo mañana y sin mi artículo, que ha sido enviado para algo a Petersburgo, y como tercera y principal desgracia o suerte, como queráis, vedlo vos misma. Este viejo necio y desdentado se acaba de enamorar. Como oís. He escrito esa palabra y no sé si he dicho la verdad ni lo que es. No debería decirlo esto, pero quiero explicaros el porqué me siento no ya indiferente, sino lejos de todo lo que pasó conmigo, como si desde entonces hubiera pasado ya mucho, largo tiempo. No debería haberle escrito de ello, pues de seguro que en estos días de una manera o de otra saldré del confuso, grave y a la par dichoso estado en que me hallo. Hasta usted sabe que esto sucede siempre no como uno lo escribe y lo cuenta; siempre es tan complicado, confuso, y hay tantas y tantas cosas que no se pueden contar. En alguna ocasión con la alegría o la nostalgia del recuerdo se lo referiré todo. Pero, uno teme, no vaya a resultar luego culpable ante sí mismo. Como no hay reglas de ninguna clase ni puede haberlas, domina sólo el sentimiento; y lo que uno teme es eso.

Aquí entregué la carta dirigida a Su Majestad, por medio de Sheremétiev, creo, ayudante del zar. He pedido a Krúzhanovski que vele por la misma. Estoy en la situación de la persona a quien han dado un pisotón y no puede quitarse la idea de una ofensa intencionada y desea saber de modo cierto si lo hicieron a propósito o no, y también desea una satisfacción o que al menos le digan: perdón. Ya noto en mí los malos instintos que tan reprobables me eran en otros. La censura me estropea el artículo, en el correo se pierde una carta, los mujiks vienen a quejarse de que les han recortado la tierra, y yo no trato lo mismo que antes de que [el artículo] lo dejen pasar, de que las cartas no se pierdan, de que devuelvan la tierra a los mujiks, y pienso: esto, así es, ¿no puede entre nosotros haber otra cosa?, que se vayan al diablo; hay que huir de un Estado así, hay que abandonarlo todo, y cosas de ese

estilo. Todo eso es aborrecible y estúpido, y lo sé y ahora más que nunca deseo mirar con cariño y, sobre todo, con serenidad a todo y a todos. Pensaba escribir sólo dos líneas contestando a su carta; lo escribiré todo cuando esté en la orilla, bien sea en aquélla o en ésta.

Adiós, querida y gentil amiga, que Dios os dé el sosiego que yo anhelo y deseo para mí con tal claridad y todo mi ser. L. TOLSTOI Estrecho las manos a nuestro excelente Boris Alekséievich y mi gratitud por el interés que se toma en lo que a mí respecta.

## A T. A. BERS

Yásnaia Poliana, 23 de marzo de 1863

Fue ella quien empezó, en efecto, a escribir y de repente lo dejó, pues no puede. Y ¿por qué, querida Tania? Te lo diré: con ella pasa una extraña aventura, y más rara conmigo todavía. Sabes que ella fue siempre de carne y hueso, como lo somos nosotros, y tenía todos los beneficios y desventajas de semejante estado: respiraba, emanaba calor, a veces ardiente, respiraba, se sonaba (hay que ver con qué fuerza), etc.; y lo esencial, dominaba todos sus miembros, los cuales, como los brazos y las piernas, podían adoptar variadas posiciones; en una palabra, era corporal, igual que todos nosotros. De improviso, el 21 de marzo de 1863, a eso de las diez de la noche, nos sucedió este singular hecho. ¡Tania!, yo sé que tú siempre la amaste (hoy no me es posible decir qué sentimiento suscitará en ti), sé que coincidías conmigo, conozco tu sensatez, tu acertada opinión sobre las cosas pertinentes de la vida y el amor que sientes por tus padres (prepara los y comunícaselo), y cómo sucedió te lo cuento.

Dicho día me levanté pronto, anduve y cabalgué mucho. Desayunamos, comimos y leímos juntos (todavía ella podía leer). Y yo me sentía tranquilo y satisfecho. A las diez me despedí de la tía (ella era aún como siempre, y prometió venir) y me fui a dormir solo. Oí cómo ella abría la puerta, respiraba y se desnudaba, todo entre sueños... Sentí que salía del biombo y se acercaba al lecho. Abrí los ojos... y vi a Sonia, pero no a la Sonia que tú y yo conocíamos, sino a ella, a una Sonia ¡de porcelana! De esa misma de la que discutieron tus padres. ¿Conoces esas muñequitas de porcelana con el cuello y los hombros fríos y desnudos, y los brazos cruzados por delante, pero hechos de un mismo trozo con el cuerpo: de negro cabello teñido y ondulado de grandes ondas, con la tintura gastada en la coronilla; y ojos saltones de porcelana, también de negro en las comisuras y con excesiva amplitud; y con los pliegues de la camisa duros y en porcelana de un solo trozo? Es así como era Sonia, igualita. La toqué con los dedos: era suave y agradable al tacto, y a la vez fría y de porcelana.

Creí que estaba dormido, y me sacudí, pero ella continuó siendo la misma, inmóvil y de pie delante de mí. Pregunté: ¿eres de porcelana? Ella, sin abrir la boca (tal como la tenía fruncida y pintada de rojo, así se quedó), contestó: "Sí, lo soy." Sentí cómo se me helaba la espalda, miré a sus piernas y también eran de porcelana, se sostenían (puedes imaginarte mi espanto) sobre una peana del mismo trozo y materia que ella, simulando la tierra y pintada de verde como si fuese hierba. Al lado de su pierna izquierda, un poco por encima de la rodilla y detrás, había un postecillo de color castaño, representando, quizá, un tocón. Del mismo trozo y materia que ella también. Me di cuenta de que sin el postecillo no habría de sostenerse, y entristecí tanto como no puedes imaginarte tú, que la amabas. No acababa de creerlo, empece a llamarla; ella no podía moverse sin el postecillo y la tierra, y se contoneaba sólo un poquitín con todo el orbe para venir a caer a mi lado. Oí cómo el fondito de porcelana golpeó en el suelo. Me puse a tocarla: toda ella suave, agradable y fría, de porcelana. Traté de alzar su

mano: imposible. Quise introducir un dedo, aunque fuera la uña, entre su codo y el costado: no podía ser. Había una compacta barrera de porcelana, de la que hace Auerbaj y que usan para fabricar las salseras. Todo estaba hecho sólo para la apariencia.

Empecé a examinar la camisa: abajo y arriba todo era del mismo trozo que el cuerpo. Miré más de cerca y vi que abajo había un fragmento del pliegue de la camisa roto y se veía algo marrón. Con la pintura algo deslucida, la coronilla blanqueaba. El carmín de los labios también deslucía en un sitio; y le faltaba un cachito en el hombro. Y todo resultaba tan natural y bueno que seguía siendo en verdad nuestra Sonia. Y la camisa aquella que yo conocía con puntilla, y el mechón de cabellos negros por detrás, pero de porcelana, y los gráciles y queridos brazos, y los ojos grandes, y los labios: todo era parecido, pero de porcelana. Y el hoyuelo de la barbilla, y los huesecitos delante de los hombros. Estaba yo en una situación terrible, sin saber qué decir, ni qué hacer, ni qué pensar; y ella me hubiese ayudado gustosa, pero qué podía hacer alguien de porcelana. Sus ojos entornados, y las pestañas, y las cejas: todo parecía vivo visto desde lejos. Ella no me miraba, por medio de mí miraba su lecho; al parecer quería acostarse y no hacia más que contonearse. Terminé por aturdirme, la cogí y quise trasladarla al lecho. Mis dedos no acataban su glacial cuerpo de porcelana, y, lo que aún me sorprendió más, ella se hizo ingravida como un cristal pequeño.

De repente, podría decirse que toda ella se había evaporado, haciéndose minúscula, menor que la palma de mi mano, y todo de ese modo. Cogí la almohada, la puse sobre una esquina, golpeé con el puño en la otra esquina y la coloqué allí; cogí después su cofia nocturna, la doblé en cuatro y la tapé hasta la cabeza. Justo de esa manera quedó acostada allí. Apagué la vela; y la puse conmigo bajo el mentón. De súbito oí su voz desde la esquina de la almohada: "Leoncito, ¿por qué me habré hecho de porcelana?" Yo no sabía qué responder. Y ella repitió: "¿No te importa que sea de porcelana?" No quería entristecerla y dije que no. Y otra vez la palpé en la oscuridad: de porcelana y tan fría como antes. Y tenía el abdomen como si estuviese viva, con el cono invertido, algo que no es frecuente para una muñeca de porcelana. Sentí algo extraño. De repente no vi mal que ella fuese así y ya no me asombré: todo me parecía natural. La saqué, pasándomela de una mano a otra, y la puse bajo mi cabeza. Todo le iba bien. Nos quedamos dormidos. Al levantarme la mañana siguiente, salí sin mirarla siquiera. Había sido tan horrible para mí todo lo de ayer. Al ir a desayunar, ella era otra vez la misma de siempre. No quise recordarle nada de ayer, temiendo afligirla a ella y a la tía. Excepto a ti, a nadie he contado aún esto. Pensé que todo había pasado, pero uno y otro día, siempre que nos quedamos solos, se repite lo mismo. Se hace minúscula y de porcelana de repente. Basta hallarse en presencia de extraños, para que vuelva a ser la de antes. Ni a ella le duele el alma por eso, ni tampoco a mí. Sinceramente tengo que reconocerlo, por muy extraño que parezca, me alegro de ello; y, a pesar de que ella es de porcelana, somos muy felices.

Te lo cuento esto, querida Tania, sólo para que vayas predisponiendo a los padres para esta noticia y sepas por papá con los médicos: qué significa este caso, y si no será nocivo para el futuro niño. Ahora estamos solos, y ella escondida tras mi corbata, y yo siento cómo su minúscula y aguda naricilla se clava en mi cuello. Se quedó sola ayer. Entré en la habitación y vi que Dora (la perrita) la arrastraba a un rincón, jugaba con ella casi la rompió. Di unos latigazos a Dora, puse a Sonia en el bolsillo del chaleco y la llevé al gabinete. Por eso pedí y ahora acaban de traérmela de Tula, una pequeña caja de madera con broche, revestida de cordobán por fuera, y de terciopelo rojo por dentro, con un sitio adecuado para ella, en el que puedan cómodamente descansar sus codos, espalda y cabeza, y ya no tendrá que romperse. Por encima la cubro con gamuza para protegerla.

Mientras escribía esta carta cuando sucedió de pronto una tremenda desgracia. Estaba sobre la mesa y Natalia Petrovna la empujó al pasar, cayó y se ha roto una pierna por encima

de la rodilla con el toconcito. Dice Alexéi que puede pegarse con albayalde y clara de huevo. ¿No conocerán la receta en Moscú? Por favor, mándala.

## A A. A. TOLSTAIA

Yásnaia Poliana, 17 (?) de octubre, 1863

Entrañable amiga Alexandrine. tengo empezada y esperando una carta de cuatro folios para vos, pero no os la envío. Tanto os he perdido de vista que me siento tan culpable ante vos que os tengo miedo. Sin embargo, el riesgo de perder en vos a una amiga es lo suficientemente malo para mí. Vos conocéis mi letra y mi firma; pero os preguntáis, con certeza, quién y qué es lo que yo soy ahora. Marido y padre, eso soy, del todo feliz de mi situación y acostumbrado a ella tanto que para sentir mi felicidad necesito pensar qué sería sin ella. No hurgo en mi situación (sueños a un lado) ni en mis sentimientos y no hago más que sentir, y no pienso en mis relaciones familiares. Dicho esto me ofrece un espacio intelectual dilatadísimo. No había sentido nunca antes mis fuerzas intelectuales, y todas las morales incluso, tan libres y tan dispuestas para el trabajo. Y este trabajo yo lo tengo. Estoy dedicado de manera plena desde el otoño a dicha tarea: una novela de 1810 y los años del 20.

Pone de manifiesto acaso esto flojedad de carácter o entereza: a veces pienso que lo uno y lo otro, aunque he de reconocer que mi opinión de la vida, del pueblo y de la sociedad es hoy del todo distinta de la que tenía cuando nos vimos por última vez. Se les puede compadecer, pero ¿amar?, me es difícil comprender cómo yo pude amar tan intensamente, a pesar de lo cual me alegro de haber pasado por esa escuela; esa última amante mía ha contribuido mucho a formarme. Amo los niños y la pedagogía, pero no consigo entenderme tal como fui un año atrás. Los niños suelen venir por las tardes y me traen consigo los recuerdos de aquel maestro que hubo en mi y que ya no habrá. Hoy soy escritor con toda el alma, y escribo y pienso como nunca lo había hecho todavía. Soy un marido y un padre feliz y tranquilo, que no tiene secretos para nadie ni tampoco deseos, salvo el de que todo siga como hasta ahora ha venido siendo.

Os quiero algo menos que antes, y, no obstante, lo bastante como para que vos no me dejéis; y, sin embargo, más que a toda la gente (muchísima, de veras) a la que traté en mi vida. Sólo una cosa os he reprochado siempre, y ahora tengo ese reproche en el alma, y lo siento y concibo con bastante claridad para decirlo. Vos me entregabais siempre sólo el lado común en nuestras relaciones (vos me entenderéis) de vuestro corazón y entendimiento; no me hablasteis nunca de los pormenores de vuestra vida, de los casos sencillos, sensibles y particulares de vuestra existencia. Os escribo ahora sobre mí, y de vos no sé qué preguntar, qué pensar ni qué desear. No sé ni lo que en vuestra vida os es más íntimo y caro, salvo el amor general por el bien y por lo bello en el bien, que es vuestra característica principal. Quisiera que vos me introdujeseis no en el santuario, sino en las preocupaciones diarias de vuestra existencia. Temo que no me entendáis. Mi expresión es torpe. Soy débil de carácter, sin dificultad me someto al influjo de las personas a las que amo, y por eso me sometía y me someto al vuestro. Cuando os trato me pongo frac (en verdad, frac moral) y guantes blancos; tras la velada en vuestra casa, recuerdo que siempre me quedaba un sabor de algo sutil, lozano y fragante; pero me hubiese gustado algo más sustancial. No había a qué agarrarse. Quizá eso fuera lo necesario, y eso era excelente; aunque yo hubiese querido algo de otra cosa. Recuerde, una vez en que quisisteis contarme una novela. Creo que entonces

hubiéramos entrado en esas relaciones más sustanciales. ¿Acaso ello está perdido para siempre?

No he escrito tampoco lo que quería, y hubiera sido peligroso dejar también esta carta sin mandar; pues ya no me habría decidido a escribir otra vez. ¿Dónde estáis? ¿Cómo

os halláis? ¿Qué planes tenéis? Nuestros planes son estos: en invierno, si la salud de Seriozha (Seriozha no es más que una sonrisa afectuosa y entrañable con unos ojillos fulgurantes; en él no hay nada, sino eso) nos deja, pasaremos dos semanas a Moscú. En el verano estaremos en el campo, y el próximo invierno iremos a vivir a algún sitio en la ciudad. Adiós. A tenor de las colegialas que ruegan, yo también ruego no enseñar a nadie esta carta y romperla.

Sonia os quiere mucho (no es otra la verdad) y siempre está pensando en escribiros. No sé lo que os escribirá, aunque me gustaría saberlo.

## A P D. BOBORYKIN (Sin remitir)

Nikolskoie-Viazemskoie, julio... agosto de 1865

Muy señor mío Piotr Dmítrievich:

Vuestra última carta no ha tenido respuesta. Discúlpeme usted. Pero gracias a vuestra amabilidad, con el envío de la "Biblioteca de Lecturas" -que yo no he merecido, que estoy tan ocupado con mi propia escritura que dudo poder escribir algo para aquélla-, y gracias a la citada remisa he recibido su carta general Las potencias del Zemstvo, a la que deseo mucho contestar. He habitado en ese mundo en el que vive usted ahora, y sé de la nociva influencia en la que perece su admirable capacidad de artista. Al leer ambas novelas suyas, sobre todo las dos partes de la última, veo que me he encariñado mucho con vuestro talento. Y lo digo para que usted me disculpe los reproches que sobre ese sentimiento me considero con el derecho de hacerle. No escribo para declararle mi simpatía, ni para intimar con usted -aunque muy deseable sean para mí ambas cosas-; pero alimento el ingenuo convencimiento de que mis observaciones tal vez tengan influencia en algo y lo depuren de los nocivos sedimentos literarios petersburgueses lanzados sobre vuestra valía.

1) Escribe con demasiado descuido y precipitación y no depura suficiente lo escrito (ampulosidades), no usa apenas el método que para el escritor épico constituye toda la omnisciencia del arte: no acriba lo suficiente la arena para separar el oro limpio.

2) El uso del lenguaje es desaliñado; y usted, con su fino gusto, que se advierte en todo, ha asimilado la fea costumbre -introducida no sé por quién no hace mucho- de hablar así: «"En salud vivamos", saludó él"», y utiliza expresiones vanas -si bien certeras- que no ofenden en Pisemski, pero sí lo hacen en usted.

3) Y lo principal. Las dos novelas tratan un tema de actualidad. Los problemas del Zemstvo, de la literatura, de la emancipación de las mujeres y demás resaltan polémicamente en el primor plano de sus obras; pero tales cuestiones no sólo no son amenas, sino que existen en el mundo del arte. Los problemas de la emancipación de la mujer y de los partidos literarios se le aparecen involuntariamente como trascendentales en su ambiente literario petersburgués; pero todas esos temas se agitan en un minúsculo charco de agua sucia, que sólo tienen por océano aquellos a los que el destino ha colocado en medio de ese charco. Los fines del arte son inconmensurables (como dicen los matemáticos) con los fines sociales. La finalidad del artista no estriba en solucionar el problema de modo incontestable, sino en hacer

que se ame la vida en todas sus infinitas y siempre inagotables manifestaciones. Si usted me dijese que puedo escribir una novela en la que establezca de modo irreprochable la concepción que yo estimo justa sobre todos los problemas sociales, yo no dedicaría ni dos horas de trabajo a una obra tal; pero si me dijesen que lo que yo escriba lo leerán los niños actuales dentro de veinte años y llorarán y reirán y amarán la vida, yo le sacrificaría toda mi vida y mis fuerzas todas.

Desde hace unas dos semanas está escrita esta carta y no termino de enviársela, por temor a que se ofenda con mis consejos, para los que nada me da el menor derecho.

## AY. E. SAMARIN (Sin remitir)

Yásnaia Poliana, 10 de enero de 1867

Yuri Fiódorovich: desconozco el modo en que ha sucedido esto, pero usted se ha vuelto para mí tan entrañable como nadie en el mundo moral-intelectual. Casi no he tenido amistad con usted, hemos hablado poco; pero, por algún motivo, creo que usted es el hombre que yo necesito (y si estoy en lo cierto, también yo le soy necesario), el que me hace falta: un hombre de singular inteligencia, que ama muchas cosas, pero ante todo la verdad, y que la busca. Soy un hombre por el estilo. Tengo mis costumbres y aficiones, mis vanidades y lazos íntimos; pero por ahora -estoy rayando en los 40-, y a pesar de los pesares, deseo la verdad sobre todas las cosas, y no he desesperado de encontrarla, y continúo buscándola. En ocasiones, pero nunca, por cierto, como en el presente año, he logrado alzar levemente las esquinitas del velo y mirar allá; pero a mí solo me es arduo y temible, y me parece que me equivoco. Necesito ayuda; y, por alguna razón involuntaria, siempre me lo imagino a usted. Ya a principios de otoño iba a entrevistarme con usted y escribirle, pero lo fui aplazando, y ha llegado hasta el punto de que escribo mi novela, escribo otras cosas... y hay que escribir a Samarin, hay que escribirle. Pues bien, hoy escribo.

¿Qué es lo que deseo decirle? Veamos. Si no me equivoco, y usted es en efecto el hombre que me imagino, que aspira a la explicación a todo este embrollo que nos rodea; y si de igual forma usted me tiene por necesario y de interés como yo a usted, aun cuando sólo sea una pizca; hagamos amistad, nos ayudaremos el uno al otro, trabajaremos juntos y nos tomaremos cariño, si esto es posible. Tanto le conozco que nada tengo que decirle: sea del todo franco y recto al responder, o sea, escíbame y responda a mis preguntas; o bien, se entiende, rompa mi carta y no hable de ella a nadie, si ésta le parece la expresión de un ser extravagante. Aparte de otras cuestiones que me ocupan y a las que todavía no puedo referirme por ahora, pero que si coincidimos tendremos que estudiarlas mucho por escrito y en conversaciones, respóndame a algunos extremos que le conciernen de modo personal.

Sé de su presencia en Moscú por las reuniones del Zemstvo de no sé qué. He leído sus discursos y me han causado espanto. Para hablar en aquel lugar usted necesita (aunque sea lo último, acerca de la nobleza) aguzar su idea, que emana de las anchas bases del pensamiento, y aguzarla de modo tal que sea decente, y cuando ella se haya hecho decente para todos (excepto algunos que le ven a usted mediante ella, como yo) ella pesa lo mismo que la insulsa y razonable palabra de cualquier noble aristócrata o del abominable anciano Smirnov. Lo cual no puedo comprender. Como usted puede confrontarse con el Zemstvo y demás. Estos discursos suyos los pongo en relación con lo que usted me dijo, cuando le vi de paso, de que

yo era hombre perdido... Y no es así, y lo percibo. El Zemstvo, los jueces de paz, la guerra y la no guerra, etc., todo eso es la expresión de un organismo social, de un enjambre (igual que en las abejas); para eso sirve cualquier abeja y todavía mejor las que ni saben lo que hacen ni para qué: por tanto de su labor en común resulta siempre una actividad uniforme, pero conocida por las leyes zoológicas. Esta actividad zoológica del militar, del gobernante, del jefe y del labriego es el grado inferior de la actividad, una labor en la que -los materialistas llevan razón- no hay arbitrio. Bismarck cree que ha ganado en astucia a Europa entera, y no ha hecho más que coadyuvar con las otras mil causas a la necesaria sangría de Alemania en 1866. Deje que los jamelgos den vueltas a esa mortífera rueda de molino; pero usted gira en ella sabiéndolo, usted; un buen corcel que podría galopar libre por los campos, se ha uncido a la rueda, marcha al mismo paso que los jamelgos y se dice: "Voy a andar así para que la harina salga de lo mejor." La harina seguirá siendo igual que la de aquellos rocines que piensan con candor en que van a llegar lejos haciendo la rueda. Haga usted el favor de explicarme eso. Otra cosa que yo no entiende en usted son las convicciones religiosas. Si bien nunca le he oído hablar de sus creencias, me han hablado de usted. ¿Es así esto? ¿Es una cuestión abierta o cerrada a la discusión en usted?

Por favor, se lo repito, rompa mi carta o escríbame; pero igual que yo le miro -no veo entre nosotros ninguna clase de obstáculo convencional-, y me siento al instante y sin rodeos del todo abierto a usted. No quiero aparentar, ni ocultarle nada de lo más escondido o de lo más oprobioso para mí, si usted necesita conocerlo. Seré muy feliz, si recibo de usted una carta similar. No sé cómo ni por qué, pero confío mucho -y no sólo para nosotros- de nuestro acercamiento intelectual así visto. En caso de que no lo desee, escríbame entonces sólo que ha recibido mi carta: y entonces sentiré por eso un poco de vergüenza cuando me encuentre con usted.

CONDE L. TOLSTOI

## A N. N. STRAJOV (Sin remitir)

Yásnaia Poliana, 19 de marzo de 1870

Muy señor mío:

He leído su artículo acerca de la mujer con gran agrado y con las dos manos pongo mi rubrica bajo sus conclusiones; pero una concesión que usted hace sobre las mujeres asexuales creo que estropea toda la obra. Mujeres así no existen. Lo mismo que no existen humanos cuadrúpedos. La mujer adulta y que no ha encontrado marido sigue siendo mujer; si hemos de tener en cuenta no la sociedad humana que nos prometen crear los Mill y demás, sino la que existe y siempre ha existido por culpa de alguien que ellos no reconocen; y veremos que no hay necesidad de inventar una salida para las mujeres adultas que no han encontrado marido; para estas mujeres, sin oficinas, cátedras ni telégrafos, siempre hay y hubo una demanda que supera la oferta. Comadronas, niñeras, amas de gobierno y heteras. Nadie duda de la necesidad y la insuficiencia de comadronas, y toda mujer sin familia que no desee depravarse en cuerpo y alma, no irá a buscar cátedras, sino que irá en cuanto sepa a prestar asistencia á las parturientas. Niñeras, en el más amplio sentido popular. Tías, abuelas y hermanas son niñeras

que hallan en la familia una vocación sumamente preciada. ¿Dónde habrá una familia que no tenga alguna niñera así, además de la contratada? Y venturosa es la familia y son los niños que la tienen. Y la mujer que no quiera depravarse en cuerpo y alma, elegirá siempre esta vocación en lugar de la oficina de telégrafos; y ni siquiera la elegirá, sino que ella misma entrará sin proponérselo por ese cauce y seguirá por él hasta la muerte, consciente de su utilidad y de su amor. Sin hablar de las niñeras contratadas que hemos traído de Suiza, Inglaterra y Alemania.

Además de las contratadas, por amas de gobierno sobrentiendo de nuevo las suegras, madres, hermanas, tías y mujeres sin prole. Otra vocación femenina sumamente útil y digna. No sé por qué para la dignidad de la mujer ser humano es más elevado en general transmitir despacho ajenos o escribir informes que cuidar el estado de la familia y la salud de sus miembros.

Tal vez usted se asombre de que entre esos honrosos títulos yo incluya también a las desgraciadas prostitutas. Estoy obligado a hacerlo, ya que mis argumentos arrancan no de lo que yo desearía que hubiese, sino de lo que hay y siempre hubo. De estas desgraciadas siempre hubo y las hay; y, en mi opinión, sería descreimiento y absurdidad admitir que Dios se equivocó al crearlo así, y que aún más erró Cristo anunciando el perdón a una de ellas. Yo no hago más que mirar a lo que existe y trato de comprender para qué existe. Que este género de mujeres es necesario nos lo demuestra el hecho de que las hayamos traído de Europa; tampoco es difícil comprender para qué son indispensables, mientras admitamos, como siempre ha ocurrido, que el género humano se desarrolla sólo en la familia. Sólo en su aspecto más elemental y primitivo la familia puede mantenerse sin magdalenas, como vemos en los rincones apartados y en las aldehuelas; pero apenas surge una gran aglomeración en los centros: pueblos grandes, ciudades pequeñas y urbes-capitales, así aparecen ellas y siempre en proporción a la magnitud del centro. Sólo el agricultor que nunca se ausenta de su casa puede -habiéndose casado joven- mantenerse fiel a su mujer y ella a él; pero en las formas complejas de vida a mí me parece evidente que eso no es posible (con carácter masivo, se entiende). ¿Qué deberían hacer, entonces, las leyes que rigen el mundo? ¿Detener la aglomeración de los centros y el desarrollo? Eso contradiría otros objetivos. Permitir el libre cambio de esposas y maridos (como quieren los tarabillas liberales), esto tampoco entró en los fines de la providencia por causas claras para nosotros: hubiera destruido la familia. Y de ahí que según la ley de economía de fuerzas surgiese el promedio: la aparición de magdalenas en proporción a la complejidad de la vida. Imagínese usted Londres sin sus ochenta mil magdalenas. ¿Qué sería de las familias? ¿Se habrían mantenido puras muchas hijas y esposas? ¿Qué habría sucedido con las leyes de la moral, que las personas tanto aman acatar? Me parece que esta clase de mujeres es indispensable para la familia en las actuales complejas formas de vida. Así pues, siempre que no pensemos que la organización social es obra de ciertas gentes necias y malvadas, como lo piensan los Mil], sino de una voluntad impenetrable, entonces debe quedar claro para nosotros el lugar que en ella ocupa la mujer sin familia.

Miran ellos desde el punto de vista del orgullo, o sea, del deseo de mostrar que van a organizar el mundo mejor de lo que está, y por eso no ven nada, pero basta mirar desde el punto de vista de lo existente, y todo queda claro. Ellos hablan bien de la mujer. Pero la vocación principal de la mujer es el nacimiento, la educación y la nutrición de los niños. Michelet dice de modo magnífico que sólo hay mujer, y que el hombre es el macho de la mujer Fíjese, pues, en esa mujer que cumple su deber primordial. Quien ha vivido con una

mujer y la ha amado sabe que esa mujer, que alumbró durante diez, quince años, tiene un periodo en que suele estar agobiada por el trabajo. Se halla criando o en estado de gestación; hay que instruir a los mayores, vestirlos y alimentarlos, luego las enfermedades, la

educación, el marido y junto a ello el temperamento, que debe actuar, pues habrá de dar a luz. En este periodo la mujer suele encontrarse como en una niebla de tensión, ella debe mostrar una elasticidad de energía inconcebible si nosotros no la viéramos. Algo así como nuestros mujiks nórdicos, que en los tres meses del verano recolectan los campos. Y en ese periodo imagínese la usted sujeta a las seducciones del tropel de faldilleros solteros que no tienen magdalenas; y sobre todo, imagínese a la mujer sin la ayuda de otras carentes de prole: hermanas, madres, tías y niñeras. ¿Y dónde existe una mujer que se las haya arreglado sola en ese periodo? Así, pues, qué destino necesitan aún las mujeres sin familia? Todas ellas marcharán en auxilio de las parturientas, y serán pocas, y seguirán sucumbiendo los niños por falta de cuidado y en razón del descuido seguirán mal nutridos y mal educados.

## A A. A. FET (Fragmento)

Yásnaia Poliana, ...6 (?) de enero de 1871

(...) Nada escribo, sólo me dedico al estudio. Y, por los informes que me llegan de Borisov, el cuero que usted ha facilitado para el pergamino de mi título de griego se encuentra en peligro. Resulta increíble y a nada se parece, pero me he leído a Jenofonte y ya lo leo sin diccionario. Para Homero, por tanto, sólo hace falta un léxico y algo de tensión.

Estoy impaciente por tener oportunidad de mostrarle a alguien este truco. Pero qué feliz me siento de que Dios me haya enviado tal extravagancia. Primero, yo me deleito; después, me he convencido de que, como todos (a excepción de los profesores, los cuales, aunque lo saben, no lo entienden), de momento nada sabía yo de todo lo auténticamente bello y sencillamente hermoso que ha creado la palabra humana; y por último, porque no escribo, ni quiero volver a escribir jamás, locuaces bagatelas como Guerra y Paz. Soy culpable y, por mí, que no lo volveré hacer.

Sea amable y hágame entender usted el motivo por el que nadie sepa las fábulas de Esopo, ni siquiera del admirable Jenofonte, y no hablemos ya de Platón o de Homero, a quienes tengo por delante. De lo que puedo juzgar ahora ya, Homero no ha sido más que ensuciado por nuestras traducciones tomadas del modelo alemán. Trivial, pero involuntaria comparación: el agua hervida y destilada, templada, y el agua de manantial que hace doler los dientes, con brillo y sol hasta con virutas y granitos de polvo que la hacen aún más pura y fresca. Todos esos Voss y Zhukovski cantan con una voz empalagosa de melaza, gutural, infame y aduladora; al tiempo que aquel demonio canta y vocifera con todo el pecho, y nunca pensó que alguien podría escucharlo.

Celébrelo usted: sin el conocimiento del griego no hay instrucción que valga. Pero ¿qué conocimiento? ¿Cómo adquirirlo? ¿Para qué es necesario él? Sobre eso yo tengo razones claras como el día. (...)

## A N. N. STRAJOV (Fragmento)

Yásnaia Poliana, 13 de septiembre de 1871

(...) ¿Para qué me elogia usted?. Me hará fingir ante usted (máxime si esto hubiera ocurrido hace unos dos años), mostrarme falto de naturalidad, tratando de mantener a sus ojos el aspecto en que usted me imagina; además, las alabanzas me son perjudiciales (suelo creer que son justas), y apenas acabo de extirpar en mí la excentricidad que me produjo el éxito de Guerra y paz. Hasta usted lo comprende muy sutilmente. Cómo puso A. Grigóriev a todos por genios para bañarse en un ambiente de elogios. Y engatusarme a mí por la trascendencia de mi labor no es complicado, hasta yo estoy encantado de hacerlo. Sobre la expresión de su simpatía diré, cómo no, que me alegra en muchísimo y nada más; ya que la misma alegría que usted ha experimentado al hallar en mí idénticas opiniones sobre la vida la experimenté yo al encontrarme con usted. Sólo discrepamos en una cosa: no puedo desechar la idea de que me he dejado sobornar por sus encomios.

Poco después de separarme de usted me encontré con Tiútchev en el tren, y estuvimos hablando durante cuatro horas. Yo más bien escuchaba. ¿Le conoce usted? Es un anciano genial y tierno, como un niño. No conozco a nadie entre los vivos, excepto a él y a usted, con quien yo pueda sentir y pensar de igual modo. Aunque a determinada altura espiritual la identidad de criterios sobre la vida no une, como suele pasar en los niveles más bajos de actividad, para fines terrenos; sino que deja a cada uno libre e independiente. He vivido eso con usted y con él. De igual modo vemos lo que hay abajo y a nuestro lado; pero quién somos, para qué y con qué vivimos y adónde vamos, no lo sabemos ni podemos decírnoslo el uno al otro, y somos más extraños el uno al otro que para mí o hasta para usted lo son mis hijos. Aunque da alegría encontrar a esos extraños viajeros en esta senda desértica. Y yo he vivido esa alegría al encontrarme con usted y con él.

Lo que me más me impresionó en usted, ¿sabe qué fue? La expresión de su rostro, al entrar, una vez, sin saber que yo estaba en el gabinete, desde el jardín por la puerta del balcón. Aquella expresión extraña, concentrada y austera me lo explicó a usted (claro, con la ayuda de lo que lleva escrito y dicho). Para mí, usted acabará dedicándose a la filosofía pura, en el sentido de alejamiento de la cotidianeidad; y no pura en el sentido de alienarse de la explicación poética y religiosa de las cosas. Y es que la filosofía pura, intelectualmente, es un monstruoso producto occidental; pues ni los griegos, con Platón, ni Schopenhauer, ni los pensadores rusos la comprendían de ese modo.

Posee usted una capacidad que yo no encontré en ningún otro ruso, que es, además de la claridad y brevedad de la exposición, la ternura unida con el vigor: usted no desgarrar con los dientes, sino con dulces y vigorosas garras. El contenido de su proyectada obra no lo conozco, pero su título me agrada mucho, siempre que defina el contenido en sentido genérico. Pero que no sea un artículo; sino mejor un libro. Abandone para ello la depravada labor de periodista.

Ahora le cuento sobre mí: posiblemente usted se siente igual mismo que yo vivía así (en el trajín), que deja apenas unas horas de asueto y calma al mes en las que pueda establecerse algo del clima propio que nada altera, y en la que se van colocando todos los fenómenos de la vida como deben ser y son para uno; y uno experimenta y reconoce sus fuerzas como un hombre extenuado tras el baño. Es en esos instantes propios (no de los demás) cuando se desea de veras trabajar, y uno se suele sentir feliz con esa conciencia de sí y de sus fuerzas, a veces también del trabajo. Tal sentimiento, pienso, reconoce también usted, del que antes yo gozaba; ahora ésa es mi situación normal, y de vez en cuando me embarga aquel ajeteo en que usted me halló y que alguna vez nada más trunca dicho estado. Pues bien, eso mismo quisiera yo para usted. Por mi parte, le diré que, ya sea por entregarme

demasiado al citado sentimiento o sea por algún trastorno (no me encuentro bien últimamente), ni escribo nada ni tengo, ganas de hacerlo con decisión. (...)

## A N. N. STRAJOV (Fragmento)

Yásnaia Poliana, 3 de marzo de 1872

(...) ¿Usted se ha percatado en nuestros días de la conexión existente en el mundo de la poesía rusa entre dos manifestaciones que se relacionan de manera inversa: la decadencia de la creación poética de todo género -música, pintura, poesía- y el ansia por el estudio de la poesía popular rusa de toda clase: música, pintura y poesía? No es decadencia, creo yo, sino muerte con garantía de renacimiento en la avenencia con el pueblo. En la última oleada poética, la parábola alcanzó su punto más alto con Pushkin, tras él vinieron Lérmontov, Gógol, nosotros los pecadores, y se hundió en la tierra. Otra vertiente se adentro en el estudio del pueblo y ahora emerge, Que así sea, mientras que el periodo de Pushkin está del todo muerto. (...)

## A N. N. STRAJOV (Fragmento)

Moscú, 22, 25 de marzo, 1872

(...) Lleva razón al decir que en nuestro país no hay libertad para la ciencia y la literatura, pero usted ve en ello una desgracia, y yo no. Ni a un solo francés, alemán o inglés le vendrá a la mente, si no está loco, es verdad, ponerse en mi lugar y recapacitar si no son falsos los médicos, si no es falso el idioma en el que nosotros escribimos y yo he escrito; pero el ruso, si no está loco, debe pensar y preguntarse: ¿seguir escribiendo, poner en escena lo antes posible mis ingeniosos pensamientos; o recordar que también La pobre Liza se leyó con furor y se alabó por alguien; o buscar otros métodos y otro lenguaje? No es por discurrir así, sino por ser detestables nuestro lenguaje actual y nuestros recursos; y sueños involuntarios nos llevan hacia otros métodos y otro idioma distintos (habiendo sido él también popular). El aviso de Danilievski es muy acertado, más en lo que se refiere a la ciencia y a la llamada literatura; y es que el poeta, mientras es poeta, no puede dejar de ser libre, esté o no batido por los disparos. Cada uno es de igual modo libre para levantarse o no de la cama sin peligro en su habitación, al igual que batido por los disparos. Puede quedarse bajo los disparos, puede marcharse, o puede defenderse y atacar. En tal situación no se puede edificar, hay que marcharse allí donde se den las condiciones.

Vea que nosotros estamos batidos por los disparos, ¿y? Si todos fuesen, entonces la vida sería tan indecisa y mezquina como son la ciencia y la literatura; sin embargo es firme la vida y majestuosa, siguiendo su propio camino y sin querer saber nada de nadie. Así, esos disparos

caen sólo en un torreón de Nuestra necia literatura. Luego hay que apearse y marchar allá, más abajo, allí habrá más libertad. Y otra vez es por casualidad ese allá, más abajo de raigambre popular. La . pobre Liza hizo llorar, y la elogiaron, pero ya nadie más volverá a leerla; pero las canciones, los cuentos y leyendas -todo lo natural- serán leídos mientras exista la lengua rusa.

He tenido que cambiar los métodos de mi escritura y el lenguaje, pero -lo reitero- no por haberlo juzgado necesario, sino porque hasta Pushkin es grotesco para mí, sin hablar ya de nuestras elucubraciones; y el lenguaje que habla el pueblo, y en el que hay voces para expresar todo cuanto pueda desear decirnos el poeta, me es entrañable. Este lenguaje es también -y lo más importante- el mejor regulador poético. Al querer decir uno algo superfluo, ampuloso y enfermizo, el lenguaje no le deja, pero nuestro idioma literario carece de huesos; a fuerza de mimo, admite que se despotrique, y todo parece literatura. La avenencia de los eslavófilos con el pueblo y la verdadera fusión con el pueblo son dos cosas tan distintas como el éter sulfúrico y el éter universal, fuente de luz y calor. Detesto todos esos principios corales y regímenes de vida y de comunidad y hermanos eslavos, podríamos decir, inventados, y simplemente me gusta lo de-

terminado, claro, bello y moderado y todo eso lo encuentro en la poesía, el lenguaje y la vida del pueblo, y en la nuestra lo contrario. (...)

## A A. A. TOLSTAIA

Yásnaia Poliana, 26 (?) de octubre de 1872

Gentil amiga Alexandrine:

Al escribir (sobre todo cuando remití) mi última carta, tenía la corazonada de no estar haciendo nada bueno, y al recibir vuestra respuesta me asombré de que yo hubiera podido enviar esa epístola. Con el alma os pido que me perdonéis por haberos afligido.

Os quería escribir una larga carta, pero días antes del viaje a Moscú he redactado infinidad de cartas de trámite y siento no escribiros lo que yo deseaba deciros. En otra ocasión lo haré. Estas líneas son para aliviar algo mi conciencia. Beso vuestra mano.

Vuestro,

L. TOLSTOI

Preguntáis por el asunto del toro. Todo terminó en que el juez de instrucción se había equivocado al inculparme. Y, habiéndome inculgado, se equivocó de nuevo al decretar bajo firma mi arresto domiciliario. Y los que me habían impuesto la multa también se equivocaron. Y en el hecho de iniciar el sumario también hubo errores, pues, tras hacerlo conmigo y para demostrar que había cierta causa, comenzaron a inculpar a mi intendente; y es evidente que nadie es culpable, y que no se puede acusar al intendente. Como justificación os diré también que últimamente, tras acabar mi Abecé, he empezado a escribir el gran [relato] (no me gusta llamarlo novela) con el que soñaba tiempo ha. Y al empezar a apoderarse de uno dicha excentricidad, como tan genialmente la llamó Pushkin, se vuelve uno muy sensible a la rudeza de la vida. Imaginaos una persona que en pleno silencio y oscuridad escucha los susurros y escruta los claros en las tinieblas, y a la que de repente le ponen, bajo las narices pestilentes, bengalas y le tocan una marcha en trompetas discordantes.

Gran suplicio. Ahora otra vez en silencio y oscuridad escucho y miro, y, de poder, describiría una centésima parte de lo que veo y escucho. Resulta un gran deleite. Vaya, pues, me lancé a escribir. Me habéis dado un tema de escritura en el que entro con ganas. El de mis hijos. Son estos:

El mayor es rubio y apuesto. Tiene algo de delicado y paciente en la expresión, y muy dulce. Al reír no contagia, pero si llora, es difícil contenerse el llanto. Según todos, se parece a mi hermano mayor. Temo creerlo. Sería demasiado bueno. El rasgo principal de mi hermano no era ni el egoísmo ni la abnegación, sino un austero término medio. No se sacrificaba por nadie, ni tampoco perjudicó ni molestó a nadie. Se alegraba y padecía en sus adentros. Seriozha es inteligente, con una inteligencia matemática, y con sensibilidad para el arte, estudia de modo provechoso, es hábil saltarín y gimnasta; pero padece de indolencia y es distraído. No es muy original. Depende de lo físico. Dependiendo de su salud, resulta ser dos niños distintos.

El segundo es Ilia. jamás enferma. Es de recia complexión, rubio, colorado, radiante. Mal estudiante. Siempre está pensando en aquello en lo que le mandan no pensar. Los juegos los inventa él mismo. Es puntual y precavido; eso de "mío" para él es muy importante. También es apasionado y violento, rápidamente arma pelea; pero es también cariñoso, y muy sensible. Sensual: le gusta comer bien y dormir la siesta con calma. Al comer jalea de frambuesa y gachas de alforfón se deleita con los labios. En todo es original. Y si llora, se enfurece a la vez y es arisco, pero al reír todos ríen con él.

Lo impropio tiene encanto para él, y repentinamente lo reconoce. Siendo muy pequeño escuchó a escondidas que mi esposa, en estado, sentía el movimiento de la criatura. Por mucho tiempo su juego predilecto fue ponerse algo redondo bajo la cazadora y acariciarlo con mano tensa mientras musitaba sonriendo: "esto es un bebé". De igual modo acariciaba todos los montículos en los muebles rotos de muelle, repitiendo: "bebito". Hace poco, mientras escribía yo de historia en el Abecé, él inventó la suya: "Un niño preguntó: ¿Dios anda...? Dios le castigó, y el niño tuvo que andar toda la vida..."

Si yo muero, del mayor, caiga donde caiga, saldrá una persona de provecho, lo más probable es que sea el primer alumno de la institución; Ilia perecerá, si no tiene un preceptor severo y de su gusto.

Fuimos a bañarnos en el verano: Seriozha en su caballo Illia conmigo, detrás de la silla.

Salgo por la mañana, ambos esperan. Ilia lleva sombrero, sábana, y resplandece con esmero; Seriozha llega corriendo de algún sitio, jadeante, sin sombrero. "Busca el sombrero, o no te llevaré." Seriozha busca por todas partes. El sombrero no aparece. "No hay nada que hacer, sin sombrero no vienes.

Debe servirte de lección, siempre lo estás perdiendo todo." Va a llorar llorar. Salgo con Ilia y espero, a ver si manifiesta alguna compasión. Nada. Está radiante y habla del caballo. Mi esposa encuentra a Seriozha anegado en lágrimas. Busca el sombrero y no está. Ella sospecha que su hermano, quien salió de madrugada a pescar, se ha puesto el sombrero de Seriozha. Me hace saber con una nota que el niño quizá no sea culpable de la desaparición del sombrero, y me lo manda con gorro. (Ella acertó.) En la tarima del baño oigo unos pasos rápidos, Seriozha entra corriendo. (Ha perdido la nota en el camino.) Y empieza a sollozar. Aquí empieza también Ilia, y yo un poquitín también.

La tercera, de ocho años, es Tania. Según dicen, se parece a Sonia, y yo lo creo, pero también esto es bueno; y lo creo porque es así. Si hubiera sido la hija mayor de Adán y no hubiese habido niños menores que ella, habría sido una niña desgraciada. Lo que más le gusta es andar con los pequeñuelos. Es porque ella encuentra un goce físico en sopesar y tocar sus minúsculos cuerpos. Lo que ahora quiere, lo sabe, que es tener hijos. En estos días fuimos con ella a Tula para retratarla. Me pidió que le comprara un cortaplumas a Seriozha, esto al

otro, aquello a la otra... Y sabe qué quiere más cada uno. A ella no le compré nada, y ni por un solo instante pensó en sí misma. Vamos camino de casa: "Tania, duermes?" "No." "¿En qué piensas?" "En que al llegar le preguntaré a mamá si Liolia ha sido bueno, y en cómo se lo daré, y lo que le daré a otro; y cómo Seriozha fingirá no estar contento, pero lo estará y mucho." No es muy lista. Trabajar con la mente no le gusta, pero su mecanismo cerebral es bueno. Será una mujer estupenda, si Dios le da marido. Y bien, pues, quiero dar un gran premio a quien haga de ella una mujer nueva.

Tras ella va Liev. Él es excelente, hábil, memorión y gracioso. Cualquier vestido que se ponga parece haber sido hecho para él. Repite lo que ve hacer a los otros, y todo hábilmente y con gracia. Aún no lo entiendo del todo bien.

La siguiente es Masha, de dos años, la misma con la que Sonia estuvo a punto de morir. Una criatura débil y enfermiza. Un cuerpo blanco como la leche, rubios pelillos ensortijados; ojos grandes, extraños y zarcos, extraños por su expresión honda y seria. Es muy inteligente pero nada bonita. Esto será uno de los enigmas. Sufirá, buscará y no hallará nada; pero buscará eternamente lo más inasequible.

El último, Piotr, es el gigante. Enorme, un bebé encantador, con su cofia, retuerce los codos, y siempre anda buscando algo. Y mi esposa se emociona muchísimo cuando lo sostiene; pero yo no entiendo nada. Sé que tiene una gran reserva física. Pero si hay algo más de lo que también necesita reserva, no lo sé. Es por eso por lo que no me gustan los niños de dos o tres años: no los entiendo. ¿Os contado una rara observación?

Existen dos tipos de hombres: cazadores y no cazadores. Los no cazadores aman a los niños pequeños, a los bebés, y pueden cogerlos en brazos; los cazadores, sin embargo, tienen un sentimiento de recelo, aprensión y lástima por los bebés. A esta regla no he hallado excepción. Ved vuestras amistades.

## A P I. CHAIKOVSKI

Yásnaia Poliana, 19... 21 de diciembre de 1876

Querido Piotr Ilich, le hago llegar las canciones. Y revisadas. Queda en sus manos este maravilloso tesoro. Pero transcríbalas y aprovéchelas en el estilo de Mozart-Haydn, y no en el de Beethoven-Schumann-Berlioz. Por Dios, estilo enrevesado que busca lo inesperado. ¡Fue tanto lo que me quedó por hablar con usted! Nada dije de lo que quería, y es que no tuvimos tiempo. Para mí resultó un gozo.

Nunca tuve mejor premio por mis obras literarias, como esa prodigiosa velada. ¡Y qué gentil Rubinstein! Vuelva a agradecerse de mi parte. Disfruté. Así es: todos esos popes del mejor arte del mundo, que sesionaban en torno a una empanada, me dejaron una impresión tan pura y seria. De lo que sucedió conmigo en la sala circular, eso no lo recuerdo sin que me estremezca. ¿A quién se le pueden enviar mis obras, quiero decir, quién no las tiene y habrá de leerlas?

Sus cosas aún no las he visto, y cuando lo haga -pídalo usted o no- escribiré mis opiniones y valientemente, ya que he tomado cariño a su talento. Adiós, con un amistoso apretón de manos.

Suyo,

L. Tolstoi

¿A qué retrato se refería Rubinstein? Se lo haré llegar con gusto, pidiéndole que me corresponda de igual modo; pero para el Conservatorio la cosa es de otra manera.

## A A. A. FET (Fragmento)

Yásnaia Poliana, 24-25 de marzo de 1878

(...) La pasada semana, tras 17 años de ausencia, estuve en Petersburgo para comprar unas tierras de Samara al general Bistrom.

Todo es sencillo allí y lo pasan bien; por tanto, ¿hay algo de qué quejarse? ¿De qué andan chupando la sangre de Rusia, cuando así procede? Demasiado ambicionamos por nuestra parte. Lo digieren fácilmente. No hay que ofenderse por ello; podemos dejar pasar que sean necios; pero con toda la pulcritud del atavío, parecen bestias por su ruindad, y me resultó muy penoso hacer la comprobación en mi estancia allí. (...)

## A I. S. TURGUENEV

Yásnaia Poliana, 6 de abril de 1878

Iván Serguéievich:

Acordándome de nuestras relaciones recientemente, con sorpresa y agrado me he dado cuenta de que no siento la menor animosidad hacia usted. Ojalá le suceda a usted eso mismo. Y, teniendo conocimiento de su benevolencia, casi estoy seguro de que el sentimiento de enemistad que había en usted pasó ya antes que el mío.

De ser así, entonces tendámonos la mano el uno al otro, os lo pido; y, dispéñeme del todo y hasta el fin de lo que haya sido culpable ante usted.

Es para mí tan natural tenerle en la memoria sólo en lo bueno porque de ello hubo muchísimo en sus relaciones conmigo. Sé que le debo mi notoriedad literaria, y me acuerdo de su cariño por mis escritos y por mí. Tal vez en usted todavía sigan vivos dichos recuerdos sobre mí; y es que hubo un tiempo en que le tuve un cariño sincero.

Si es posible, con sinceridad, que usted me perdone, le brindo toda la amistad de que soy capaz. Sólo existe a nuestros años un bien: la amistad con los otros. Mucho me alegraré de restablecer la nuestra.

CONDE. L. TOLSTOI

Dirección: Tula.

A A. A. FET

## (Fragmento)

Yásnaia Poliana, 27-28 de julio de 1879

Estoy muy agradecido por su extraordinaria última carta, queridísimo Afanasj Afanásievich, y la alegoría del halcón -que me agrada también-, si bien quisiera aclararlo más. Si yo soy el halcón, y si -como al parecer es- mi altísimo vuelo estriba en que niego la vida real, debo entonces justificarme. No la niego, como tampoco lo hago con el trabajo necesario para mantenerla; pero creo que gran parte de mi existencia y de la suya está dedicada cubrir las necesidades que no son . naturales, sino impuestas de modo artificial por la educación

o inventadas por nosotros mismos y transformadas en hábito; y que la casi totalidad del trabajo provechoso para satisfacer esas necesidades resulta ser trabajo inútil. Qué más quisiera que estar del todo seguro de que entrego a los demás más de lo que yo recibo de ellos. Pero por sentirme muy inclinado a valorar mucho mi labor y tener en poco la ajena, no confío en convencerme de la inocuidad para otros de la estimación en común del esfuerzo solo de nuestro trabajo y el escoger el más duro (me convence sin falta de que mi labor predilecta es además la más necesaria y la más dura); tomaría lo menos posible de los demás y trabajar también lo mínimo para la satisfacción de mis propias necesidades; y creo que así resulta más fácil acertar. (..)

## A N. N. STRAJOV (Fragmento)

Yásnaia Poliana, 5-10 (?) de febrero de 1881

(...) Cuánto querría decirle todo lo que siento sobre Dostoievski. Cuando describe usted su sentimiento ha expresado parcialmente el mío. No le había visto jamás ni me relacioné personalmente con él; y al morir, de repente, he entendido que era para mí el hombre más entrañable, más querido y necesario. Como soy hombre de letras, y -como todos los literatos- altivo y envidioso, así me creo yo al menos, nunca pensé equipararme a él, en la vida. Cuanto creó (todo, lo bueno y verdadero) era de tal índole que cuanto más hacía tanto mejor para mí. El arte, como la inteligencia, me inspira envidia; sin embargo, la obra del corazón, sólo alegría. Por tanto, le estimaba como a un amigo; y pensaba que llegaríamos a vernos; si bien hasta el momento no había pasado, tenía yo que hacerlo. Y así, sin más, sentado a la mesa -comía solo por haberme retrasado-, leo: ha muerto. Se había derrumbado un pilar que me sostenía. Quedé desconcertado; después pude ver con claridad cuán entrañable me era, entonces lloré, como lloro ahora.

Pocos días antes de la noticia, había leído Humillados y ofendidos, que me conmovió mucho. (...)

## A ALEJANDRO III

## (Borrador)

Yásnaia Poliana, 8-15 de marzo de 1881

Vuestra Majestad Imperial:

Yo, un humilde hombre, no llamado y débil, de baja condición, por la presente me dirijo al emperador ruso y le sugiero lo que debe hacer en las más difíciles e intrincadas circunstancias que hayan nunca existido. Veo lo que hay en ello de raro, indecoroso y atrevido; a pesar de lo cual, escribo. Pienso para mí: si escribes, tu carta será innecesaria, no se leerá, o la leerán y la encontrarán perniciosa, y te condenarán por tal cosa. Cuanto puede ocurrir no es otra cosa. Y en ello no habrá nada de lo que puedas arrepentirte. Pero si no lo haces y después sabes que nadie dijo al zar lo que tú querías decir; y que más tarde el zar, cuando ya nada habrá de cambiar, recapacite y diga: ¡si alguien me lo hubiera sugerido antes! Si esto pasase así, eternamente te arrepentirías por no haber dicho lo que pensabas. No por otra cosa os escribo lo que pienso, Vuestra Majestad.

Me hallo en una apartada aldea y no sé nada a ciencia cierta. Lo que sé lo conozco por la prensa y por rumores; y por ello tal vez señale innecesarias nimiedades de cosas que no son reales; si es así, os ruego que excuséis mi presunción y creáis que lo hago, fuera de toda elevada idea de mí mismo, únicamente porque me siento muy culpable ante todos y temo serlo todavía más si no hago lo que estaba en mi mano hacer.

(No escribiré en el tono en que normalmente se escriben las cartas a los soberanos: con flores de obsequiosa y falsa elocuencia que no hacen otra cosa que oscurecer tanto las afecciones como las ideas. Quiero escribir claramente, como de hombre a hombre. Mis verdaderos sentimientos de respeto por vos, como hombre y como zar, se verán mejor sin tales adornos.)

Vuestro padre, zar ruso que hizo mucho favor y siempre deseó el bien a los demás, hombre anciano y bueno, ha sufrido mutilación y muerte no por obra de sus enemigos personales, sino de los enemigos del orden de cosas imperante; lo asesinaron en aras de un cierto bien supremo de toda la humanidad. Vos habéis pasado a ocupar su sitio, y ante vos están los enemigos que envenenaron la existencia de vuestro padre y lo eliminaron. Son vuestros enemigos, pues estáis en el lugar de vuestro padre, y para el fantástico bien común que ellos desean, han de desear también asesinatos a vos.

Debe haber en vuestro espíritu hacia estos seres un sentimiento de venganza, como hacia los asesinos del padre, y un sentimiento de horror ante la obligación que habéis de tomar sobre vos. No puede imaginarse situación de peor espanto, y tanto más espantosa por no poder tampoco imaginar mayor tentación del mal. Los enemigos de la patria, del pueblo, son unos mozalbetes despreciables, criaturas sin conciencia, transgresores de la paz y la vida de millones de gobernados, y asesinos del padre. Qué se puede hacer con ellos como sino limpiar de su contagio el suelo ruso y aplastarlos igual que a repulsivas alimañas. Así lo requiere no ya el sentimiento personal, ni tan sólo la represalia por la muerte del padre, así lo requiere mi deber y así lo espera [de] mí toda Rusia, os diréis.

El horror de vuestra tentación radica en esa misma tentación. Seamos quienes seamos, zares o pastores, somos personas iluminadas por la enseñanza de Jesús.

Antes que los deberes del zar, pues no estoy hablando de ellos, están los deberes del hombre, y éstos han de servir de base a las obligaciones del zar y han de armonizarse con ellas.

Dios no os preguntará por el cumplimiento de vuestras obligaciones como zar, no demandará por el deber zarista incumplido, sino por vuestros deberes de hombre. Vuestra situación es horrible, pero con ese fin existe, pues, la doctrina de Cristo: para dirigirnos en los horribles instantes de la tentación que a los hombres acecha. A vos os ha tocado la peor de las tentaciones. Pero por muy horrible que ella sea, la doctrina de Cristo la destruye; y todas las redes de la tentación echadas alrededor de vos se desharán como polvo ante el hombre que cumple la voluntad de Dios. (Mateo, 5, 43.) Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos..., bendecid a los que os maldicen -para que seáis hijo de vuestro Padre que está en los cielos. También habéis

oído que fue dicho: ojo por ojo y diente por diente. Y yo os digo: no resistáis al mal. (Mateo. 18, 20.) No te hablo ya de siete, sino de setenta veces siete. No aborrezcas a tu enemigo, bendícelo, no os resistas al mal, no te canses de perdonar. Esto se le ha dicho al hombre, y todo humano puede cumplirlo. Y ningún tipo de consideraciones zaristas ni estatales pueden transgredir estos mandamientos. (5, 19.) Y cualquiera que lo infringiese, ínfimo será llamado en el reino de los cielos; pero cualquiera que hiciere y enseñare, éste será llamado grande en el reino de los cielos. (7, 24.) Y a cualquiera que me oiga estas palabras y las realice le compararé al hombre prudente que edificó su casa sobre una peña; y descendió la lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y arremetieron contra aquella casa; y no cayó: pues estaba cimentada sobre roca.

Conozco lo alejado que se halla el mundo en que vivimos de aquellas divinas verdades que figuran en la palabra de Cristo y viven en nuestro corazón, pero la verdad es siempre la verdad, vive en nuestro corazón y se proclama con el entusiasmo y el deseo de acercarse a ella. Tengo conciencia de que soy hombre insignificante y pésimo, acosado mil veces por tentaciones menores que las que se han abatido sobre vos; y que estuve entregado no a la verdad y al bien, sino a la tentación; y que es insolencia y locura el que yo, persona henchida de mal, pida a vos, zar ruso, frente a la presión de cuantos os rodean e hijo amante, después del regicidio, perdonéis a los asesinos y les devolváis bien por mal; pero no puedo no quererlo [ni dejar] de ver que un paso vuestro hacia el perdón es un paso hacia el bien; que cualquier paso hacia el castigo es un paso hacia el mal, y no puedo dejar de verlo. E igual que deseo para mí en los momentos serenos, libres de tentación, cuando quiero con todas mis fuerzas elegir el camino del bien y del amor, de igual modo anhelo para Su Majestad, y no puedo dejar de confiar en que trataréis de ser perfecto, como vuestro Padre en el cielo, y haréis en el mundo una obra sublime venciendo la tentación, y vos, el zar, daréis al mundo un excelente ejemplo de cumplimiento de la doctrina de Cristo: devolveréis el bien por el mal.

Trocad el mal en bien, no resistáis al mal; a todos, perdonadlos.

Únicamente cabe hacer esto, es ésa es la voluntad de Dios. Que tenga o no fuerzas alguien para hacerlo, eso es otra cuestión. Pero eso es lo único, lo que sólo se puede querer, lo único que hay que anhelar, lo único que considerar como bueno, y tenéis que saber que todas los reparos contra ello son tentaciones y seducciones, y que de todas las reflexiones contra eso, ninguna tiene fundamento, son inconstantes y tenebrosas.

Y también toda persona debe moverse por esta regla en su vida, y no hay otra fuera que esa expresión de la divina voluntad, la observancia de dichos mandatos divinos es también a la par el acto más racional para vuestra vida y la del pueblo. La verdad y el bien, siempre la verdad y el bien así en la tierra como en el cielo. Perdonad a los más sangrientos delincuentes contra las leyes humanas y divinas y pagadles bien por mal: a muchos les parecerá idealismo y demencia, y a muchos aviesa intencionalidad. Tal vez dirán: "No debe perdonarse, sino extirpar la pus, avivar el fuego." Pero será suficiente con llamar a los que digan eso para que demuestren su opinión, y demencia y aviesa intencionalidad resultará a su lado. Alrededor de veinte años hace que apareció un grupo de gente, en su mayoría joven, que odia al gobierno y

el orden de cosas existente. tales personas representan otro orden de cosas diferente, o ni tan sólo eso, y por todos los medios -inhumanos y deshonestos, incendios, saqueos y asesinatos- destruyen el régimen social vigente. Igual número de años se lleva luchando con ese núcleo. Pero como foco avinagrado que sin cesar engendrarse nuevos agentes, lejos de haber sido destruido, sigue aumentando, y sus componentes han llegado a cometer actos aberrantes por su crueldad y osadía que alteran la marcha de la vida estatal. Los que desean luchar contra esta lacra por medios externos y superficiales han seguido dos vías: o bien la amputación directa de lo morbosos y purulento, el rigor del castigo; o bien dejar que la enfermedad siga su marcha y regular ésta. El empleo de medidas liberales debía satisfacer a las fuerzas intranquilas y atenuar la presión de las fuerzas adversas. Para las personas que enfocan la cuestión en un sentido material no hay otros caminos: o enérgicas medidas coercitivas, o la indulgencia liberal. Sean cuales sean el sitio y las personas que se reúnan para hablar de lo que procede hacer en las circunstancias actuales, sean ellas las que sean, conocidos de salón, vocales de un consejo o miembros de una asamblea de representantes, si han de hablar de qué hacer para erradicar dicho mal, no saldrán de estas dos concepciones al respecto: o reprimir con severidad, ejecuciones, destierros, fuerzas de seguridad, restricciones de la censura y demás, o complacencia liberal: libertad, firme blandura en las medidas punitivas, incluso representación, constitución y concilio. Todavía puede la gente decir mucho de nuevo en lo que a los pormenores de uno u otro modo de acción; un elevado número no estarán de acuerdo en mucho dentro de uno y otro campo, discutirán entre sí, pero ni los unos ni los otros saldrán de lo mismo: unos de la búsqueda de medios para la represión violenta del

mal; otros de la búsqueda de medios no ya restrictivos, sino propiciatorios de una salida para la efervescencia reinante. Los habrá que curen la enfermedad empleando medios radicales contra la propia dolencia; los habrá que no ataquen la enfermedad, pero que tratarán de poner al organismo en las más higiénicas y favorables condiciones, confiando en que la dolencia pase por sí misma. Posiblemente unos y otros revelen muchos nuevos pormenores, pero nada nuevo nos dirán, porque ambos sistemas fueron ya utilizados, y ninguno logró curar al enfermo, ni siquiera ejercer sobre él el menor influjo. La dolencia ha seguido empeorando progresivamente hasta nuestros días. Y por eso estimo que no se puede llamar -así de primeras- cumplimiento de la voluntad de Dios en los asuntos políticos la quimera y la demencia. Incluso si el acatamiento de la ley de Dios, el sanctasanctórum, se piensa como un medio contra el mal corriente y mundano, ni se le puede ver con el aire despectivo, tras haberse hecho evidente que nada ha ayudado, ni puede ayudar toda la sabiduría del mundo. Han venido curando al paciente o bien con medios radicales, o simplemente prescindiendo de ellos y dando salida a sus actividades, y ninguno de los sistemas ha servido de ayuda, el enfermo sigue empeorando. En tal situación, aparece otro medio: un remedio extraño y desconocido para los doctores. Entonces, ¿por qué no probarlo? Tal remedio posee una primera cualidad exclusiva ante los demás, la de no haber sido todavía empleado, frente a aquéllos, que fueron empleados de forma inútil.

En aras de la necesidad estatal del bien de las masas se ha recurrido a constreñir, desterrar y ejecutar; en nombre de esa misma exigencia del bien de las masas han probado a conceder la libertad, pero todo continua igual. ¿Por qué no probar en nombre de Dios a cumplir única y exclusivamente su ley, sin pensar ni en el Estado ni en el bien de las masas? En el nombre de Dios y del cumplimiento de su ley no puede haber mal.

Pero hay además otra ventaja del nuevo remedio -también indudable- que es que los dos anteriores resultaron de por sí funestos: el primero se apoyaba en la violencia y las ejecuciones (por muy justas que parezcan, todo humano sabe que son un mal); el segundo en permitir una libertad no del todo franca. El gobierno daba esta libertad con una mano, y con la otra la frenaba. Aplicar ambos medios, por muy útiles que parecieran al Estado, fue una

obra siniestra para quienes los emplearon. El remedio propuesto aquí es tal que, además de verse entrañado en el alma humana, otorga a ésta el mayor bienestar y alegría. Perdonar y devolver bien por mal es un bien en sí mismo. Por eso el uso de los dos viejos tratamientos sea contrario al alma cristiana y deje como secuela la pesadumbre; en cuyo lugar el nuevo método, el perdón, proporciona sublime alegría a quien lo lleva a cabo.

El perdón cristiano tiene más ventajas, he aquí otra que, ante el aplastamiento o la hábil orientación de los elementos perniciosos se relaciona con el momento presente y tiene singular trascendencia. Vuestra situación y la de Rusia es ahora como la de un enfermo en época de crisis. Un error, el empleo de un remedio precario o dañino, puede dejar secuelas al enfermo para siempre. Lo mismo ocurre con un acto en uno u otro sentido: la represalia por el mal de crueles ejecuciones o la convocatoria de representantes puede condicionar todo el futuro. Actualmente, en este par de semanas del juicio contra los delincuentes y la sentencia, tendrá que darse un paso que elegirá uno de los tres caminos de la inminente encrucijada: el camino del aplastamiento del mal con el mal, el camino de la indulgencia liberal, ambos ya probados y que a nada conducen. Y además uno nuevo: el camino del cumplimiento cristiano por el zar como hombre de la voluntad divina...

Por horribles incomprendimientos del destino se encendió en el alma de los revolucionarios un odio espantoso contra vuestro padre, odio que condujo a su execrable asesinato. Dicho odio puede ser enterrado con él. Los revolucionarios pudieron -tal vez injustamente- condenarle por la muerte de decenas de los suyos. Pero vos estáis limpio ante toda Rusia y ante ellos. Vuestras manos están limpias de sangre. Víctima inocente sois de vuestra situación. Limpio e inocente sois ante vos y ante Dios. Y os halláis en una encrucijada. Más tiempo, y si han de triunfar los que dicen y piensan que las verdades cristianas sólo sirven para los diálogos, mientras que en la vida estatal debe verterse la sangre y reinar la muerte, para la eternidad saldréis vos del bienaventurado estado de pureza y vida con Dios y entraréis en el tenebroso camino de las necesidades estatales que todo lo justifican, incluso la infracción de la ley divina para el hombre.

Si no perdonáis y ejecutáis a los delincuentes, haréis que entre cientos sean eliminados tres o cuatro, y el mal engendrará el mal, y en vez de tres o cuatro, crecerán treinta o cuarenta, y hasta vos perderéis de una vez por todas ese momento que por sí solo vale más que todo un siglo: instante en que habríais cumplido con la voluntad divina y no la cumplisteis, y os apartaréis para una eternidad de esa encrucijada en la que podríais haber elegido el bien en vez del mal, y para la eternidad os atascaréis en las obras mal llamadas de utilidad pública. (Mateo 5, 25.)

Practicad el perdón, devolved bien por mal, y de cientos de malvados habrá decenas que se pasarán no a vos, ni a ellos (qué importa eso), sino del diablo a Dios y en miles y millones temblará de alegría el corazón viendo el ejemplo de bien que llega desde el trono en un momento tan espantoso para el hijo de un padre asesinado.

Si vos hicierais eso, señor, llamaseis a esas personas, les ofrecieseis dinero y las enviaseis a algún lugar de América, y escribieseis un manifiesto encabezado por las palabras: Pero yo os digo, amad a vuestros enemigos; yo no sé lo que harían otros, pero yo, un mal súbdito, me convertiría en perro y esclavo vuestro y lloraría enternecido, como ahora lo hago al conmovirme, siempre que oyera vuestro nombre. Pero qué digo yo: no sé lo que otros harían. Sé el torrente de bien y amor que por esas palabras se derramaría por toda Rusia. Las verdades de Dios están vivas en los corazones de las personas, y sólo ellas lo están, y sólo en su nombre amamos a los otros.

Así vos, el zar, proclamaríais no con palabras sino con hechos dicha verdad. Tal vez no sean más que visiones, y no sea factible nada de esto. Quizá, aun siendo cierto: 1) sea más probable acertar recurriendo a actos similares, nunca probados aún, que a los ya probados y

de inutilidad manifiesta; y 2) un acto así habrá de ser bueno para el hombre que lo realice; y 3) ahora os halláis en un cruce de caminos y es el único momento en que podéis actuar de conformidad con Dios, y si lo dejáis pasar ya no volverá; tal vez todo ello guarda en sí la verdad, pero dirán: eso no es posible. De hacerlo, arruinaríais el Estado.

Pero supongamos que los hombres están acostumbrados a pensar que las verdades divinas lo son sólo del mundo espiritual y no pueden aplicarse al terrenal; imaginemos que los médicos dicen: no aceptamos vuestro remedio porque -aunque no está probado todavía ni es nocivo de por sí y en verdad ahora hay crisis- sabemos que no viene al caso, ni puede traer nada, a no ser perjuicio. O pueden decir: el perdón cristiano y el pago del mal con el bien es bueno para cada hombre, pero no para el conjunto del Estado. La aplicación de estas verdades a la administración pública arruinará el Estado.

Señor, todo eso es un engaño, el más ruin y desleal: que cumplir la ley de Dios arruine a los hombres. Si eso es la ley de Dios para los hombres, siempre y por doquier será la ley de Dios, y no hay ninguna otra de su voluntad. Y no hay verbo más profanador que el decir: la ley de Dios no sirve. Entonces no es ley de Dios. Reconozcámoslo entonces: olvidemos que la ley de Dios está sobre todas las demás leyes y es siempre aplicable, olvidémoslo. De acuerdo: la ley de Dios es inaplicable y si la cumplimos resultará un mal aún peor. En caso de perdonar a los delincuentes y dejar en libertad a todos los presos y desterrados, ocurrirá un mal peor. Pero ¿por qué, pues? ¿Quién lo ha dicho? ¿Cómo lo vais a demostrar? Con vuestra cobardía. No hay ninguna otra prueba. Y no tenéis tampoco derecho a negar remedio alguno, pues todo el mundo conoce que los de vos no sirven.

Ellos dirán: de libertar a todos habrá una degollina, pues cuando suelten a algunos suele haber pequeños desórdenes y grandes si excarcelan a muchos. Piensan de ese modo hablando de los revolucionarios, como si se tratase de malhechores de una banda con cuya captura todo acaba. Resulta que la cuestión no es ésta: no es el número lo importante, ni siquiera el exterminio o la deportación de cuantos más mejor, sino la eliminación del fermento, el suministro de otro fermento.

¿Qué son, por tanto, los revolucionarios? Personas que odian el orden de cosas existentes por considerarlo detestable y sustentan los principios de otro orden futuro de cosas que sea mejor. Matando, exterminándolos, no se puede luchar con ellos. No es su número lo que importa, lo que importa son sus ideas. Contra ellos hay que luchar con el espíritu. Su ideal es la abundancia para todos, la igualdad y la libertad. Para luchar con ellos hay que contraponerles un ideal más alto y que incluya en sí el que ellos pretenden. Franceses, ingleses y alemanes luchan ahora con ellos y también sin fruto.

Un único ideal se les puede oponer. No es otro que aquel del que ellos salen, sin comprenderlo y profanándolo: un ideal de amor, perdón y pago del bien con el mal y en el que está comprendido el propio ideal que ellos sostienen. El mal que consume Rusia sólo puede eliminarlo una palabra de perdón y amor cristiano, dicha y cumplida desde la altura del trono y el camino de un reinado cristiano, que habéis de emprender.

Como la cera ante el fuego, toda la lucha revolucionaria terminará derriéndose ante un zar-Hombre que cumple la ley de Cristo.

A N. N. STRAJOV  
(Sin remitir)

Yásnaia Poliana, 1-5 0 de julio de 1881

Querido Nikolai Nikoláievich:

Si me sucede que con alguien como usted, con quien siempre hubo mutuo entendimiento, de pronto llego a un callejón sin salida, me siento invadido siempre por una honda tristeza. Es por esto que me ha entristecido su respuesta. Por lo que le decía que no me habían gustado sus cartas era por ser injusto el ángulo de enfoque; y es que, sin ver que el último mal que os ha desconcertado provenía de la lucha, intentáis darle una explicación. Y usted me replica: "No quiero oír hablar, de ninguna lucha, de ningunas convicciones, si ellas conducen a eso, etc." Pero si usted analiza la cuestión, debe escuchar. Yo veo que a un carretero de cien años lo asesinaron los colonos con extremada crueldad y que al lozano joven Osinski lo ahorcaron en Kiev. No tengo el menor derecho a condenar a esos colonos ni tampoco a los que ahorcaron a Osinski, si no quiero oír hablar de ninguna clase de lucha. Sólo si quiero escuchar, sólo entonces, sabré que el carretero había matado a sesenta personas, al tiempo que Osinski era un revolucionario y escribía proclamas. A usted le ha sorprendido singularmente el asesinato del zar y le son en especial detestables aquellos a quienes llama nihilistas. Y un sentimiento y el otro son muy naturales, pero para analizar la materia hay que sobreponerse a dichos sentimientos; y usted no lo ha hecho. Por eso no me han gustado sus cartas. Y si yo mismo, porque usted menciona al pueblo, y porque condena con especial rigor ese asesinato indicando el motivo por el que es de mayor alcance que todos los demás asesinatos entre los que vivimos, y -hasta supongamos- que usted tiene por muy bueno el actual régimen estatal ruso; pues bien, si por mi parte yo hice eso fue para encontrar alguna justificación a la falta que comete no deseando oír hablar de ninguna lucha y analizando a la par uno de los resultados de esa lucha. Su punto de vista me es muy conocido (está muy de actualidad ahora y no tengo hacia él la menor simpatía). Nihilistas, tal es el nombre de ciertos seres horribles, y que de humano no tienen más que el parecido. Usted efectúa una investigación sobre dichos seres. Y de acuerdo a sus indagaciones resulta que ni siquiera al sacrificar su vida para un fin espiritual practican el bien, sino que actúan según ciertas leyes psicológicas de manera pésima e inconsciente.

Esa opinión no me es posible compartirla y hasta la considero detestable. El hombre siempre es bueno, y si actúa mal hay que buscar la fuente de sus actos en las seducciones que lo arrastran a la desgracia, y no en la pésima naturaleza del orgullo y la ignorancia. Y para indicar las tentaciones que llevan a los revolucionarios al asesinato no hay que ir muy lejos. La atestada Siberia, las cárceles, las guerras, los patíbulos, la miseria del pueblo, las vejaciones, la avidez y la crueldad de las autoridades no son excusas, sino la fuente verdadera de la tentación.

Mi pensamiento es ése. Lamento hallarme tan en desacuerdo con usted, pero no olvide que no soy yo quien analiza el mal que ocurre; lo analiza usted, yo sólo he dado mi criterio, y más que criterio, una explicación del motivo por el que no me gustan sus cartas. Sólo espero una cosa: nunca más volver a juzgar ni oír hablar de esto.

Siento mucho que no venga usted en el verano. Lo siento por mí, pero sobre todo por usted. Permanecer en Petersburgo en el estío debe ser horrible. Más aún si la salud flaquea. Tal vez usted lo arregle aún. Sería estupendo. Le ruego que no se enfade conmigo ni vaya a pensar que lo leo sin atención. Un abrazo.

Suyo.

A V. G. CHERTKOV

## (Fragmento)

Moscú, 27 de marzo de 1884

(...) Le diré que me gustaría estar animoso y feliz, pero no puedo estarlo. No es que sea desgraciado, estoy lejos de eso; ni tampoco me encuentre decaído, de eso aún estoy más lejos. Pero me es doloroso. Sin un trabajo que me absorba completamente, haciéndome bregar hasta el atontamiento y con la conciencia de que ésa es mi labor, esa es mi situación; de ahí que sea tan sensible ante la vida que me rodea, y ante mi propia existencia, y esta vida es aborrecible.

Anoche fui de paseo. Al regreso, cruzando el Campo de las Doncellas, advertí que alguien forcejeaba, puse oído y un municipal gritó: "Tío Kasin, anda, llévala." Pregunté: ¿qué sucede? Habían recogido a unas muchachas en el callejón de la Corriente: tres iban delante conducidas; y una, embriagada, marchaba a la zaga. Esperé. El sereno se alineó con ella, portando una linterna: distinguí a una niña de complexión similar a mi Masha -con sus 13 años- llevaba sucio y desgarrado el vestido, y oí una voz ronca y aguardentosa: no quería seguir, humeando un cigarrillo. "Del cogote te llevo, hija de perra", chillaba al municipal. Miré el rostro achatado, gris, marchito y embrutecido de la criatura. Le pregunté cuántos años tenía y me contestó: 15. Y se la llevaron. (Así es, pregunté también si tenía padres: sólo madre, fue su respuesta.) Se la llevaron, y yo no la traje a mi casa, no la senté a mi mesa, ni me hice cargo de ella para siempre: pero le cogí cariño. La llevaron a la policía, al calabozo hasta el amanecer, y después al atestado médico. Me fui a la cama, limpia y confortable, a dormir y leer libritos (y tomar agua de zarzamora). ¿Qué es esto, pues? Por la mañana decidí ir a verla. Me llegué a la policía; ya la habían trasladado. El agente respondió con recelo a mis preguntas y explicó cómo suelen actuar con ellas. Es su cometido habitual. Al decir yo que me sorprendió su juventud, señaló: "Las hay y más jóvenes aún."

Hoy a primera hora se presentó mi amanuense, un teniente llamado Ivánov, persona aturdida pero excelente. Pernocta en una casa de dormir. Llegó muy excitado. "Allí ha ocurrido algo horrible: En nuestro número vivía una lavandera. De veintidós años. No podía hacer su trabajo y no tenía con qué pagar el alojamiento. La echó el ama. Estaba enferma y desde hacía tiempo malcomía. No quería marcharse. Llamaron a un municipal y él la sacó. "¿Dónde voy a ir, ahora?", dijo ella. "Espicha donde quieras, sin dinero no se puede vivir", replicó. Y la metió en el atrio de una iglesia. Llegó la noche, sin tener adónde ir, y volvió a la dueña: no le bastaron las fuerzas para subir al cuarto, se desplomó junto al portón, y allí murió." Abandoné la casa y me fui para allá. El ataúd se encontraba en el sótano, y dentro una mujer casi desnuda con una pierna doblada por la rodilla y yerta. La acompañaban unas velas. Canturreaba un diácono, como oficiando misa de cuerpo insepulto. Y yo curioseando. Siento vergüenza al escribirlo, y vergüenza de vivir. Volví a casa. El plato de esturión, quinto por orden, no lo encontraron nada fresco. Mis deudos, acogieron la plática sobre lo ocurrido llenos de perplejidad: para qué hablar, si no se puede remediar. Y en aquel momento me puse a rezar: "Dios mío, enséñame lo que debo hacer, cómo vivir para que la existencia no me sea abominable." Y espero que Él me alumbré.

A ALEXANDRA A. TOLSTAIA

Yásnaia Poliana, 1884

Mi agradable amiga:

Mi atisbo de irritación lo ha apagado vuestra carta. Aunque quisiera hacer aún otra advertencia, y no para mí, sino para vos; para datos la clave exacta de mi ser, y que os sea más fácil pensar en mí sin amargura, pues veo que ello os cuesta excesivo trabajo.

Entrañable amiga, decís que alecciono, y eso no es cierto ni por asomo. Considero que no hay persona convencida y creyente menos inclinada a adoctrinar y que menos lo haga que yo. Profundizad, os lo ruego, en lo que os voy a decir, y contrastadlo, sin alteraros. Creo (y aunque mi fe sea pésima, no importa). Tengo familia, hijos, amigos y, por desgracia, también un público ruso que tiene interés por mis opiniones sobre la vida. Decidme, por favor: ¿qué debo hacer? ¿No expresar mis opiniones mientras ellas no se hayan afirmado, mientras no sepa yo firmemente que así lo creo y morirme en mi fe y por mi fe? Exactamente así lo he venido haciendo hasta ahora. Pero por creer con todas mis fuerzas en lo que tengo por verdad, ¿qué debo hacer si me preguntan cuál es mi credo? ¿Ocultar mi fe? ¿Ocultarla porque mi fe no está de acuerdo con el credo reinante, y porque me es arriesgado, desagradecido y penoso exponerla? ¿Está claro que debo exponer mi credo, para que no haya quid pro quo ni pueda haber gentes que amparándose en mi autoridad (que vos reconocéis) sostengan aquello en que yo creo. Eso mismo es lo que hice. Ahora decís que adoctrino. No me parece justo que digáis eso. El sentido completo de mis escritos se encuentra en que expongo mi propia fe, la personal; y no sólo no defiendo que fuera de ella no exista salvación, sino que reconozco como buena toda fe, siempre que ésta sea sincera y nos una sin falta en la obra del amor. No hago más que señalar lo que creo, lo que no creo, y por qué no creo. Frecuentemente me sorprende del enojo que despierta mi confesión de fe. ¿Y por qué el protestantismo, el unitarismo o el islamismo no suscitan una irritación similar?

Sería muy dichoso si vos tuvieseis mi mismo credo; pero si tenéis otra fe, entiendo bien por qué es así, y la diferencia que hay entre nosotros no puede enojarme. Contra mí, la irritación . es singularmente cruel. Bucead un poquitín en mi vida. De todas las anteriores alegrías de mi existencia me he privado, de todas. De cualesquiera placeres de la vida: la riqueza, los honores, la gloria; nada de eso tengo yo. Mis amigos, y hasta los familiares, me dan la espalda. Los unos, los liberales y estetas, me tienen por loco o estúpido al estilo de Gógol; los otros, los revolucionarios, los radicales, me tienen por un místico y un charlatán; las fuerzas gubernamentales dicen que soy un maléfico revolucionario; y los ortodoxos me tienen por demonio. Todo ello me resulta muy doloroso, y doloroso no porque ofenda, sino porque trastoca lo que es objetivo esencial y felicidad de mi vida: la relación basada en el amor hacia los demás, que se hace más difícil cuando todo el mundo arremete contra uno con animosidad y reproches. Hacedme por eso el favor, miradme como a un buen mahometano, y entonces todo será admirable.

(...) Un abrazo.

L. TOLSTOI

A T. L. TOLSTAIA (SUJOTINA)

Yásnaia Poliana, 18 (?) de octubre de 1885

Gracias, Tania querida, por la esquila. Me gustaría que escribieseis más a menudo, os iré coleccionando vuestros propios sellos. Ya tengo muchos recogidos. Ahora sin bromas. Dices claramente por vez primera que tu visión de las cosas ha cambiado. Es mi única ilusión y posible alegría en la que no puedo confiar: hallar en mi familia hermanos y hermanas; y no lo que por ahora he encontrado, alejamiento y resistencia deliberada; donde veo menosprecio -no ya por mí, sino por la verdad- o quizá miedo ante algo, lo que es muy de lamentar. Cualquiera día llegará la muerte. ¿Para qué llevarme allá conmigo, y de los míos, un sentimiento de premeditada vaguedad y distanciamiento mayor que con los extraños mismos? Siento temor al pensar en ti, no por tu debilidad, sino por tu receptividad en lo que a la desgana se refiere, y quisiera ayudarte. Tengo la convicción cierta de que para ti, como para todos nosotros, no hay nada más vital en el mundo que nuestros propios actos y los hábitos que de ellos nacen. Por ejemplo, resulta mucho más importante para mí levantarme temprano y dejar el tabaco que cumplir todos mis deseos externos; para la tía Tania -de la que tengo noticias y me dicen que necesita dinero, dinero y dinero- no es más trascendental, ni con mucho, perder el hábito de disputar, y dejar de hacerlo una vez, que obtener la fortuna de Rothschild; y el último ejemplo, de añadidura, para ti es más crucial arreglar la habitación y cocinar una sopa (bueno sería que lo hicieras: y te abrieras paso entre todos los entorpecimientos, más que ninguno el que dirán) que casarte bien o mal. Con esto es posible que estés muy de acuerdo o disientas totalmente, pero siempre me asombra este desatino: sus actos, de los que fluye la vida entera, el hombre viene considerándolos como simples fruslerías, en tanto que tiene por muy trascendental aquello que no puede cambiar su vida interior. Por consiguiente, la conciencia del valor de lo trascendente, y de la futilidad de lo insignificante, puede ayudar mucho frente a las tentaciones, sean cuales sean. Continuamente me imagino a Fet, Kostenka, Urusov, los Shirkov y los Zolotariov con los emboquillados y las conversaciones sin interés, inútiles, incomprensibles incluso para ellos mismos; y también para Mme. Seuron, inclinada con objeto de escuchar; pero carece de importancia lo que yo imagine ni a quién del ambiente moscovita -hombres y mujeres, jóvenes y viejos-, se apodera de mí el espanto. Una salvación hay en todos los ambientes, y de modo especial en el urbano; trabajo y más trabajo.

Te estoy viendo, y dirás: todo es desconsolador. No consiste en consolarse, ni es ése es el asunto, sino ir adelante, adonde se quiere ir y uno va aunque no quiera, y todo está en conducirse rectamente. Y cuando uno va derecho le es grato, muy grato. Hablo por experiencia. Ahora lo estoy percibiendo. Estoy muy bien. No veo a nadie, con excepción de Alexandr Petróvich, cuyos recursos son bien limitados; y si creyera en la felicidad, quiero decir, si yo pensara en que debo notarla y desearla, diría que soy feliz. No me doy cuenta de cómo pasan los días, ni pienso en cuál será el fruto de mi trabajo; pero creo hacer lo necesario, lo que de mí desea aquello que me empujó a vivir aquí. Mi actual separación con la familia no es mayor que la de siempre cuando estamos todos juntos. Hasta entonces solía sentirme, con frecuencia, más solo. Pienso ahora bastante a menudo en vosotros, y haciéndolo os entiendo mejor. No he visitado la escuela ni una sola vez. Cuanto más solo estoy, más ocupado también. He tenido noticias de la tía Tania y de Chertkov.

Me queda libre un ejemplar de ¿Qué hacer? y te lo enviaré mañana, aunque podrías obtenerlo de mamá. Y, también, ¿por qué no te encargas de algún trabajo para la impresión de las ediciones populares? Leo ahora poco a poco Bleak House, cosa muy buena, y pienso en Oliver Twist. Continuamente imagino cómo lo leerías en la escuela.

Por favor, dime qué significa Stájovich. Como crees tú, ¿quiere casarse contigo? Y si lo desea, ¿por qué no pide tu mano? Sé franca y dime lo que opinas sobre esto. En sus relaciones con nosotros hay mucho de similar a las mías con la familia de mamá. Mamá es

como la tía Tania, Liova, como Stiopa, etc. No hay que pagar por tu dedo nada al doctor; y de la sopa, si te las ingeniaras y aprendieras a cocinarla, eso estaría bien.

Hoy estuve cortando leña, con tres chicos de los sirvientes y con su mayoral Iván Pavlych. Vinieron y se detuvieron enfrente de mí. Les pregunté qué querían, vacilaron, hasta que Iván Paviovich me entregó un papelito: "Yo -dice- he escrito la historia de un mujik pobre." Es una obra irónica, pero con dos pormenores buenísimos. El mujik tiene desgarradas hasta el codo las mangas de la pelliza y los dedos le sobresalen de las botas; de manera que, al ponerse a danzar, las mangas le envuelven como las alas de un halcón; mientras que los dedos asoman desde las botas igual que los polluelos del ruiseñor desde el nido.

No vayas a creer, por las dos hojitas en que te escribo que he roto y no envío te lo que tenía escrito, no; sólo es por economizar papel, y escribo al azar, y si bien siento que lo hago muy mal, lo mando como está escrito. Al recibir ayer tu carta en Kozlovka, pensé en ti y hablé mentalmente contigo; pero ahora he perdido el tono, y ha resultado pedantesco y sin ilación. Vivir en el mundo es para ti hermoso: tienes fuerzas de sobra, físicas, intelectuales y morales, así es que no tienes más que cuidarlas. Y te quiere la gente, las damas, como tú dices; y lo creo, que te aman, así, sin más. Bueno, adiós, alma mía. Escribe.

## A V. G. CHERTKOV (Sin remitir)

Moscú, 9-15 de diciembre de 1885

Me invade una gran pena y con nadie deseo compartir este pesar como con usted, querido amigo; y es que creo que nadie como usted estima lo que de bueno hay en mí. Claro que todo esto es flaqueza y alejamiento de Dios, e incluso cierto estado físico; pero vivo, tal vez, las últimas horas de mi existencia, muy mal, lleno de tristeza e irritación contra quienes me rodean. Algo estoy haciendo no como Dios manda, pero investigo y no adivino; y continúa la misma angustia, la misma tristeza, y, lo peor de todo, exasperación y deseo de morir. No he escrito en los últimos días, ni escribo aún; y miro alrededor, me juzgo y me horrorizo.

Esta [vida] animal, y no sólo en su simple animalidad, sino también con mi separación brutal de todos los seres, camina vanidosa; y veo cómo las divinas almas infantiles van cayendo una tras otra en esta fábrica, sujetándose la piedra molar al cuello, y perecen. Me doy cuenta de que mi fe, se expresión en el verbo y la obra hacen que me aleje y adquiera para ellos la significación de fenómeno injusto y fastidioso. En las colmenas suele haber así gusanos a los que las abejas, sin fuerza para acabar con ellos, los embarran a fin de que no entorpezcan. Y la vida continúa absurda y triunfal con su declinante orden. Los hijos estudian en los liceos, los meneces lo hacen en casa y aprenden además la ley de Dios que luego necesitarán en aquéllos. Se atracan, se divierten, compran por dinero el esfuerzo de otros para su deleite, cada vez más seguros, conforme van siendo mayores, de que es así. Escribo acerca de esto, pero no lo leen, ni escuchan lo que digo o responden excitados al sospechar el sentido, ignoran lo que hago o intentan no verlo.

En estos días ha empezado una nueva suscripción y venta en las condiciones más agobiantes para los libreros y más ventajosas para el oferente. Uno baja y se encuentra con la mirada inquisidora del comprador, diríase clavada en un farsante que escribe contra la propiedad y, bajo la firma de su mujer, saca a la gente por sus escritos cuanto dinero puede.

Oh, si alguien lo dijera bien dicho en los periódicos, de forma clara, justa y cáustica (lo siento por él, que a nosotros nos vendría de perlas) cuánto de sórdido hay en esto. Me pidieron ayer que firmase un mandato transmitiendo a un hijo el derecho a las elecciones de la nobleza de conformidad con las tierras que poseo. ¿Por qué permito y hago esto? Es fácil de entender: no sé qué hacer. Vivo en familia y no veo a nadie, más que cuando van de prisa a algún sitio; e incluso un poco sulfurado por esa premura y hasta convencido de que tal urgencia no es necesaria, pero tan natural como respirar. Y no intentes hablarles, que se irritan y empiezan a soltar los mayores desatinos, donde hay que descifrar vocablo tras vocablo en cada frase; o empiezan a mirar el reloj o la puerta ansiando que termine pronto el refunfuño de este maniático viejo exaltado, gruñón y que de juventud no entiende. Cuando empiezo a hablar con mi esposa y el hijo mayor me domina la cólera, la cólera sólo, contra la que soy débil y acaba por contagiarme.

Entonces, ¿qué resultará más conveniente? ¿Tolerarlo y mentir, como ahora miento con toda mi vida; sentado a la mesa, acostado en la cama, permitiendo la venta de mis obras, firmando papeles sobre el derecho en las elecciones, admitiendo las exacciones de los campesinos y las persecuciones por el hurto de mi propiedad, con mi propia autorización? ¿Acaso acabar con todo y entregarme a la exasperación? Hacerlo y librarme de la mentira sin irritación no sé, todavía no estoy preparado. Suplico a Dios, o sea, busco en Dios el camino hacia el desenlace y no lo hallo. Y en ocasiones le pregunto en buena ley cómo he de conducirme. Así lo hago ante cualquier disyuntiva entre lo uno y lo otro. ¿Cómo habrías de conducirme, si murieras ahora?, me digo. Y siempre, cuando me imagino vivamente que abandono este mundo, siempre quiero hacerlo con amor, sin dejar animosidad tras de mí, eso es lo más trascendente de todo; y así, pues, lo consiento todo, para no exasperar. Y lo más importante, uno se vuelve entonces completamente indiferente ante la opinión de los demás. Aunque más tarde, al contemplar los resultados, y la mentira en que se vive, cuando nos gana el desánimo, todo trasciende en aversión hacia uno mismo y hostilidad por quienes nos han colocado en esa situación. En la familia encuentro una pizca de consuelo, y es en las niñas. Me aman por lo que debe quererse y ellas aman. Algo aún en Liovochka, pero menos conforme crece. Acabo de hablar con él. No hacía más que mirar a la puerta: tenía que ir al liceo.

¿Para qué le escribo esto? Movidio por un deseo que me dicta la amistad que nos tenemos. No enseñe la carta a otras personas. Si tiene del todo claro lo mejor que procedería hacer, escríbame. Todo esto es muy difícil de resolver, al menos así me lo parece. Existe solución: vivir en todo momento en armonía con Dios, haciendo su voluntad y no la mía; entonces no existirán parecidas cuestiones. A pesar de que uno pierda por momentos ese sostén, esa auténtica vida, como ahora la he perdido yo, y se debata con ahogo como el pez en la orilla.

Eso es todo. No sé si le enviaré la carta. De no mandársela, se la mostraré en alguna entrevista.

Ya hace dos días que escribí cuanto precede. Ayer no pude contenerme y hablé, volvió la ira, el ansia de no querer ver ni oír nada y relacionarlo todo con mi exasperación. Sufro, toda la jornada, solo, y sin poder evitarlo, lloro.

A S. A. TOLSTAIA

Yásnaia Poliana, 4 de mayo de 1886

Te escribo por la mañana porque por la noche me acucian las prisas nocturnas. Ayer despedí a los invitados y me quedé solo con gran placer. Todo el día llovió. Paseé por el bosque: no encontré colmenillas, pero cogí violetas. Vinieron a casa numerosos mujiks. Hubo siempre pobreza, pero todos estos años fue creciendo, hasta hacerse horrible en el actual, y aun, quiérase o no, alarmante para la gente rica. No se puede comer tranquilo, ni siquiera unas gachas o un rosco con té, si sabes que al lado hay gente conocida: niños (como las criaturas de Chilikin en Teliatinki), o Matriona, la nodriza de Tania, que se acuestan a dormir sin pan, del que piden y no hay. Hay muchos. Sin hablar ya de la avena para simiente, la carencia de la visión del futuro, la cual atormenta a estos hombres; quiero decir, les muestra con claridad que también en el porvenir, si el campo no se siembra y se entrega a otro, no habrá nada que esperar más que la venta de lo último y la mochila de pordiosero. Se puede cerrar los ojos, como se puede cerrar los ojos ante quien rueda a un precipicio, pero eso no cambia la situación. En otra época se quejaban de la pobreza algunos, y a veces, pero ahora es un clamor general. En los caminos, en la taberna, en la iglesia y las casas todos hablan de lo mismo: de la necesidad. Tú preguntas: ¿qué hacer? ¿cómo ayudar? Ayudar con semillas y pan a quienes lo piden se puede, pero esto no es ayuda, es una gota en el mar, y, también, una ayuda que se niega a sí misma por naturaleza. Distes a uno, a tres, y por qué no a veinte, o a mil, o a un millón. Claro que no es posible limitarse a dar, y con entregarlo basta. Entonces, ¿qué hacer? ¿Cómo ayudar? Sólo de un modo: llevando una vida de bien. El mal no consiste en que los ricos despojaron a los pobres. Esto es una mínima parte del mal. El motivo está en que los hombres, tanto ricos como medios e incluso pobres, viven como las fieras: cada uno para sí, arremetiendo contra el otro. De aquí viene la desgracia y la pobreza. La salvación de esto se encuentra sólo en dar en nuestra vida, y por igual motivo de los demás seres, otro respeto hacia todas las personas, amor por ellas, nuestra solicitud hacia los demás y la máxima renuncia posible de uno mismo, de nuestras alegrías egoístas. No te lo sugiero ni predico, sólo escribo lo que pienso: discurro contigo en voz alta.

Cualquiera lo sabe, como tú y como yo, que los hombres destruirán el mal humano, y que es en esto donde estriba la misión del género humano, el sentido de la vida. Trabajaré y trabaja para eso la gente; y ¿por qué nosotros no habríamos de hacerlo para lo mismo?

Demasiado te he escrito a este respecto y -no sé el porqué- creo que al leerlo dirás alguna palabra cruel; y la mano se resiste a seguir escribiendo. El tiempo es espléndido, caluroso. Quiero calentar hoy bien la casa por la noche. Y mañana abrirla en pleno sol. Ya va llegando arriba el aire templado, y no es muy perceptible la humedad. Me acuerdo de que en vísperas de la marcha dijiste algo sobre la llave. ¿Me la diste o no? Si no lo hiciste, envíamela; y si lo hiciste, pues escíbeme. No la tengo, y voy a encargar una nueva. La casa está fregada, y, si la mantenemos así, en cuatro días se podrá efectuar el traslado. ¿Cómo están las cosas por ahí? ¿Y la tos de los nenes? ¿Llegó Kolechka? Adiós, querida. Esta noche te he visto en sueños, y me ofendías. Eso quiere decir al revés. Que así sea. Besos para todos. Me alegro mucho de que Iliá y Liova estén contigo. Así debe ser. Muy unidos. ¿Ha dejado de llorar Masha? ¿Sigue Tania gastando cinco rublos a la hora por el alquiler de un caballo? Cinco rublos es el pan de los niños para un mes, en vez de cortezas. En Moscú eso no se comprendería; y os espero, os espero cuanto antes a todos aquí. Gracias por las manzanas y las naranjas (en exceso). Andas demasiado preocupada por mí, cuando yo estoy del todo sano. Saco y no acabo, comida y más comida. Pusiste de todo.

Tu carta me ha llegado. Te metes con las muchachas para nada. Están enredadas, pero son muy buenas y cariñosas. Oí hablar también de Orloy este año. Es una lástima.

## A ROMAIN ROLLAND (En francés en el original)

Yásnaia Poliana, 3-4 de octubre de 1887

Querido hermano:

Me llegó su primera carta. Me enterneció el corazón y la leí con lágrimas en los ojos. Quería contestarla, pero no tuve tiempo; además -no hablando ya de la dificultad de expresarme en francés- de que hubiera tenido que responder con mucho detalle a sus preguntas, gran parte de las cuales se basan en interpretaciones erróneas.

Me pregunta: ¿Por qué el trabajo manual es una de las condiciones necesarias para la verdadera felicidad? ¿Habría que privarse voluntariamente de la actividad intelectual, de las ocupaciones dedicadas a las ciencias y las artes que le parecen incompatibles con el trabajo manual?

Según yo, he contestado a esos interrogantes en el libro titulado: ¿Qué hacer, traducido al francés, si he oído bien. Nunca pensé en el trabajo manual como principio independiente, y siempre lo he tenido por la más sencilla y natural aplicación del principio moral, y de tal naturaleza que se ofrece de primeras al conocimiento de toda persona sincera.

En nuestra degenerada sociedad, una sociedad de, lo que se viene llamando, personas instruidas, es obligatorio el trabajo manual, por un único motivo: porque el principal fallo de esta sociedad ha venido consistiendo y consiste hoy en el afán de emanciparse de dicho trabajo y utilizar -sin contrapartida alguna- el trabajo de las clases pobres, ignorantes y desgraciadas, de esclavos en definitiva, como de los esclavos del mundo antiguo.

Como prueba de franqueza de quienes participan de dicha sociedad y dicen profesar principios cristianos, filosóficos o humanitarios tenemos el empeño por salir, en cuanto sea posible, de esa contradicción.

La manera más fácil y que siempre está a mano para conseguirlo es, ante todo, el trabajo manual dedicado a los cuidados de nuestra persona. No creeré nunca en la sinceridad de las convicciones cristianas, filosóficas y humanitarias del hombre que obliga a la sirvienta a sacar su bacín.

Y es que no hay regla moral más simple y más concisa que la de hacer que los otros nos sirvan lo menos posible y que uno sirva a los demás cuanto más mejor. Pedir al prójimo cuanto menos mejor y dar al prójimo todo cuanto se pueda.

Esta norma, que otorga a nuestra existencia un sentido racional y la felicidad que de ella emana, acaba con todas las otras dificultades, hasta la que surge ante usted: ¿qué se deja a la suerte de la actividad intelectual, de la ciencia y el arte?

Según esta norma, sólo puedo estar feliz y contento si tengo la firme convicción de que mi labor es útil a los demás. (La satisfacción de aquellos para los que actúo es un factor adicional, una alegría complementaria con la que no cuento y que no puede influir en la propia elección de mis acciones.) Mi inquebrantable convicción de que lo que hago es útil, tampoco encierra el mal, sino el bien para los demás, viene a ser, pues, la condición necesaria de mi felicidad.

Es por eso por lo que, sin quererlo, incita al hombre moral y sincero a preferir el trabajo manual en vez del científico y artístico. Pues el libro que escribo, y para el que necesito el trabajo de los cajistas; la sinfonía que compongo y para la que necesito a los músicos; los

experimentos que llevo a cabo, y para los que necesito del trabajo de quienes fabrican nuestros aparatos de laboratorio; el cuadro que pinto, y para el que se hace necesario el trabajo de los que fabrican las pinturas y el lienzo, todas estas cosas pueden ser útiles para los demás, pero pueden ser también -como ocurre de hecho- completamente inútiles e incluso perjudiciales. Por eso, mientras hago todas esas cosas cuya utilidad es muy dudosa y que exigen además del trabajo de otros, me rodean por todas partes innumerables labores necesarias, de indudable utilidad para los demás, y en las que no me hace falta la ayuda ajena: llevar un peso, para ayudar al fatigado; labrar un campo, cuyo dueño está enfermo; vendar una herida. Y no digamos de estas incontables labores que nos rodean, para las que no se hace necesario ninguna ayuda, y que causan satisfacciones directas a aquellos en cuyo provecho uno las realiza. Plantar un árbol, echar de comer a un ternero, limpiar un pozo, esas son labores útiles a los demás y que ningún hombre sincero dejará de preferir a las dudosas ocupaciones que en nuestro mundo se predicán como la más sublime y la más noble vocación humana.

La del profeta es alta y noble vocación. Y sin embargo sabemos muy bien lo que en sí representan los sacerdotes que blasonan de profetas por la única razón de que les conviene y tienen la posibilidad de hacerse pasar por tales.

Quien obtiene la educación de tal o cual no es profeta, sino el que tiene la profunda convicción de que lo es, debe serlo y no puede dejar de serlo. Ese convencimiento no es habitual y puede demostrarse sólo por los sacrificios que el hombre ofrenda a su vocación.

Es aplicable lo mismo a la verdadera ciencia y al verdadero arte. Un tal Lully, que por su cuenta y riesgo abandona el servicio en la cocina para entregarse a tocar el violín, demuestra su inclinación por los sacrificios realizados. Pero el alumno del Conservatorio o estudiante, cuyo único deber consiste en estudiar lo que les enseñan, no tienen la oportunidad de mostrar su vocación: sólo se valen de unas condiciones que tienen por ventajosas.

El trabajo manual es obligación y felicidad para todo; la actividad intelectual es una labor peculiar que se transforma en deber y felicidad sólo para aquellos que tienen la vocación necesaria. Puede ésta manifestarse y demostrarse sólo si el científico o el artista sacrifican su tranquilidad y bienestar para cumplir su inclinación. El hombre que sigue la obligación de mantener su existencia con el trabajo de sus propias manos y, a pesar de todo, dejando a un lado el sueño y el descanso, halla la oportunidad de meditar y trabajar con buenos resultados en el dominio intelectual, testimonia con ello su vocación. El que rehuye ese deber moral común a todas las personas y, con el pretexto de su inclinación por las ciencias y las artes, se crea una vida de parásito, ése jamás producirá otra cosa que seudociencia y pseudoarte.

Pero las obras de verdadera ciencia y auténtico arte son el resultado de los sacrificios hechos por el hombre, y nunca de unas u otras ventajas materiales.

¿Qué pasará con la ciencia y el arte? ¡Es curioso cuántas veces habré oído esta pregunta de gentes a quienes la ciencia y el arte nada les importaban, y hasta carecían de nociones

más o menos claras de lo que ellas son! Podría pensarse que esas personas nada aprecian tanto como el bien de la humanidad, que a juzgar por su idea de las cosas consiste en el fomento de lo que ellos denominan ciencias y artes.

¿Y qué ha pasado para que halla hombres tan necios que nieguen que las ciencias y las artes son útiles? Existen artesanos, existen labradores. Y a nadie se le ocurre poner en duda su utilidad; y nunca pasará por la imaginación del obrero el demostrar la conveniencia de su trabajo. Él produce; su producto es necesario y constituye en sí un bien para los demás. Lo emplean, y nadie duda de su utilidad, y tampoco nadie la demuestra.

Artistas y científicos están en esas mismas condiciones. Entonces, ¿qué ha pasado para que haya personas que con todas sus fuerzas tratan de probar su utilidad?

La clave está en que los auténticos científicos y artistas no se atribuyen ninguna clase de derechos; dan los frutos de su trabajo; sus obras son beneficiosas y ellos no piden derecho alguno ni pruebas que lo confirmen. Pero la inmensa mayoría de quienes se titulan científicos y artistas saben muy bien que lo producido por ellos no vale lo que consumen, y ésta es la única causa de que con tanta energía quieran -como los sacerdotes de todos los tiempos- probar que su actividad es indispensable para el bien del género humano.

La verdadera ciencia y el arte verdadero siempre han existido y siempre existirán, como los demás tipos de actividad humana, y tan imposible como inútil es impugnar o probar su necesidad.

Ciencia y arte en nuestra sociedad desempeñan un falso papel surgido de las que se llaman personas instruidas, científicos y artistas a la cabeza, que constituyen un grupo privilegiado, como el de los sacerdotes. Y esta casta tiene los defectos propios de todas las castas. Que deshonra y humilla el mismo principio para el cual se organizó es uno de esos defectos. Y obtenemos una religión falsa en lugar de la verdadera. En vez de verdadera ciencia, dan lugar a seudociencia. Y lo mismo con respecto al arte. Un defecto de la casta es que gravita sobre las masas y, además de eso, las priva de lo que se suponía iba a difundir entre ellas. Pero como defecto primordial de la casta tenemos la contradicción -que consuela a sus miembros- entre los principios que ellos dicen seguir y su modo de actuar.

Exceptuando a los que defienden el absurdo principio de la ciencia para la ciencia y el arte por el arte, los partidarios de la civilización se ven obligados a afirmar que la ciencia y el arte constituyen en sí un gran bien para la humanidad.

¿Cuál es ese bien? ¿Cuáles son las características por las que cabría diferenciar la felicidad y el bien del mal? Los partidarios de la ciencia y el arte eluden cuidadosamente la respuesta a esas cuestiones. Dicen incluso que no se puede definir el bien ni la belleza. "Ni el bien en general -dicen ellos-, ni el bien ni la belleza pueden definirse." En eso mienten. Hasta ahora la humanidad ha venido haciéndolo siempre, en cada etapa de su desarrollo, definiendo el bien y la belleza. El bien está definido desde hace muchos siglos. Pero esa definición no les gusta a dichas gentes. Ya que revela la futilidad y hasta las consecuencias, nocivas y contrarias al bien y la belleza, de lo que ellos llaman sus ciencias y sus artes. El bien y la belleza se definieron hace muchos años. Los brahmanes, los sabios budistas, chinos y hebreos, los pensadores egipcios y los estoicos griegos los definieron, y el Evangelio les dio la más exacta definición.

Aquello que une a los hombres es bien y belleza; y cuanto los separa, mal y fealdad.

Todos sabemos esa fórmula. La llevamos en nuestro corazón. Bien y belleza para la humanidad es todo lo que une a los hombres. Por tanto, si los partidarios de las ciencias y las artes de verdad contasen con el bien de la humanidad, y supieran en qué consiste el bien del hombre -al saberlo- se ocuparían sólo de aquellas ciencias y aquellas artes que conducen a dicho objetivo. No habría ciencias jurídicas, ni ciencia militar, ni economía política ni ciencia de las finanzas, ya que todas esas materias no tienen otra finalidad que el bienestar de unos pueblos en menoscabo de otros. Si el bien fuera verdaderamente el criterio de las ciencias y las artes, y nunca las indagaciones de las ciencias exactas, insignificantes completamente respecto al bien auténtico de la sociedad, hubieran conquistado la importancia de la que hoy gozan; ni, en particular, hubiesen adquirido tanta importancia las obras de nuestras artes, sólo y apenas útiles para disipar el tedio de las personas ociosas.

La sabiduría humana no se encuentra en el conocimiento de las cosas. Multitud de cosas hay que no podemos saber. Ahí no estriba el conocimiento, en saber lo máximo posible. Radica la sabiduría humana en el conocimiento del orden en que se deben saber las cosas; es la capacidad de distribuir nuestros conocimientos de acuerdo con su grado y su valor.

De entre todas las ciencias que el hombre puede y debe saber, el cómo vivir es la más importante, haciendo el menor mal y el mayor bien que se sea capaz; y la más importante de todas las artes es saber evitar el mal y hacer el bien con el mínimo compra de esfuerzo, dentro de lo posible. Con esto, resulta que de entre todas las artes y ciencias que pretenden servir al bien de la humanidad no sólo faltan la ciencia y el arte principales, sino que han sido tachados de la lista en que figuran las ciencias y las artes.

Lo que se llaman ciencias y artes no es sino una tremenda impostura, una gran superstición en la que ordinariamente caemos tan pronto como nos liberamos de la vieja superstición eclesiástica. Para ver con claridad el camino que debemos seguir, hay que empezar por el principio: quitándose el capuchón, que nos da calor, pero nos tapa los ojos. La tentación es grande. Nacernos, y luego, con ayuda del trabajo o, mejor, con el auxilio de cierta habilidad intelectual, vamos ascendiendo los peldaños de la escalera y acabamos entre los privilegiados, entre los sacerdotes de la civilización y la cultura; y hay que tener, como deben tenerlo también el brahmán y el cura católico, una gran sinceridad y un gran amor a la verdad y al bien para dudar de los principios a los que debemos nuestra ventajosa situación. Pero para el hombre serio que, como usted, se plantea el problema de la vida: no hay elección. Para adquirir una opinión lúcida de las cosas, uno ha de liberarse de la superstición en que vive, aun en el caso de que esa superstición le sea ventajosa. Esto es una condición sine qua non. No se puede platicar con el hombre que aferra con tesón a cierta creencia, aun cuando sólo se trate de uno cualquiera de sus puntos.

Necesita estar del todo libre su pensamiento de todo lo preconcebido, pues por mucho que haya de razonar, no se acercará a la verdad ni un solo paso si no lo está. Su creencia previa detendrá y manipulará todos sus razonamientos. Hay fe religiosa y hay también fe en nuestra civilización. Son parecidísimas. Dice el católico: "Puedo razonar, pero sólo dentro de los límites que me enseña nuestra Escritura y nuestra leyenda, poseedoras de la verdad inmutable y plena." El que cree en la civilización dice por su parte: "Mi razonamiento se detiene ante los datos de la civilización, la ciencia y el arte. La ciencia representa en sí todo el verdadero conocimiento humano. Si ella no posee aún toda la verdad, llegará a poseerla. Nuestro arte, con sus tradiciones clásicas, es el único arte verdadero." Dicen los católicos: "Fuera del hombre existe una cosa en sí, como dicen los alemanes, y es: la Iglesia." Las personas de nuestro mundo dicen: "Fuera del hombre existe una cosa en sí: la Civilización." Nos resulta fácil ver las equivocaciones en el razonamiento de las creencias religiosas, ya que no las compartimos. Sin embargo, aquel que cree en alguna religión positiva, el católico incluido, está persuadido completamente de que no hay más que una religión verdadera: justamente la suya; e incluso le parece que la autenticidad de su religión puede ser probada por medio del razonamiento. De este mismo modo, nosotros, creyentes en la civilización, no dudamos que sólo existe una civilización auténtica, que es la nuestra; y nos es casi imposible darnos cuenta de la falta de lógica en todos nuestros razonamientos enfilados a probar que sólo nuestro tiempo y los varios millones de personas que habitan esta península a la que llamamos Europa, de entre todas las épocas y pueblos, poseen la civilización verdadera, constituida por las ciencias y las artes verdaderas.

No hay que recurrir a nada positivo para entender la verdad de la existencia -tan sencilla como es-, de ninguna filosofía, de ninguna ciencia profunda; solamente se hace necesaria una propiedad negativa: carecer de supersticiones.

Únicamente hay que situarse en el estado de una criatura, o en el de Descartes, y decirse: no sé nada, ni creo en nada, y sólo quiero una cosa: conocer la verdad de la existencia que me ha tocado vivir.

La respuesta es clara y sencilla y se conoce ya desde hace siglos.

Algo en mi interior me dice que el bien y la felicidad son para mí necesarios, para mí solo. El entendimiento me dice: todos los hombres, todos los seres aspiran a lo mismo que yo. Los seres que buscan la felicidad personal, lo mismo que yo, me aplastarán: es palpable que no puedo poseer la felicidad que yo deseo; mientras que toda mi vida radica en el afán de ventura. No siéndome posible lograr la felicidad, de aspirar a ella, esto es lo mismo que no vivir.

¿No puedo vivir, entonces?

El discernimiento me convence de que con un mundo organizado de modo que todos los seres tienden sólo a su propia ventura, yo, un ser que quiere también eso, me es imposible lograr la felicidad; no puedo vivir. Y, sin embargo, a pesar de esta argumentación tan rotunda, vivimos y aspiramos a la felicidad, al bien. Nos decimos: yo podría alcanzar la ventura y ser feliz sólo si todos los demás seres me amasen más de lo que ellos se aman a sí mismos. Resulta esto una cosa imposible; pero, a pesar de eso, vivimos; y toda nuestra tarea, nuestro afán de riqueza, de gloria y de poder no es más que el intento de conseguir que los demás nos quieran más de lo que ellos se aman a sí mismos. La riqueza, la gloria, el poder nos dan la impresión de ese orden de cosas; y casi estamos contentos, y a veces no olvidamos de que eso no es más que apariencia, y no realidad. Todos los seres se aman a sí mismos más de lo que nos aman a nosotros, y la felicidad no es alcanzable. Hay personas (y su número aumenta cada día) que, no estando en condiciones de resolver esta dificultad, se suicidan, diciendo que la vida es sólo un engaño.

Pero la solución del problema es sencilla y se impone por sí misma. Yo sólo puedo ser entonces feliz cuando en este mundo haya de existir un orden de tal naturaleza en el que todos los seres amen a los demás más que a sí mismos. Todo el mundo sería feliz si todos los seres dejaran de amarse a sí mismos, y amaran a los demás.

Hombre soy, y la razón me muestra la ley de la felicidad de todos los seres. Yo debo seguir la ley de mi razón: debo amar a los demás más de lo que me amo a mí mismo.

Si el hombre efectúa este razonamiento, rápidamente la vida se le presentará en otro aspecto distinto al de antes. Todos los seres se exterminan los unos a los otros; pero los seres se aman y se ayudan. La vida se mantiene no con el exterminio, sino con la solidaridad mutua de los hombres que se hace patente en mi corazón como sentimiento de amor. Con empezar a entender la marcha de las cosas en este mundo, veo que con sólo el principio de solidaridad mutua condiciona en sí el progreso de la humanidad. La historia en su conjunto no es más que un esclarecimiento cada vez mayor y una aplicación de este principio único de solidaridad de todos los humanos. Por tanto, la experiencia histórica y también la personal confirman el razonamiento.

Y halla el hombre encuentra aparte de este razonamiento también en su interior la prueba más convincente de la autenticidad del propio razonamiento. La máxima felicidad asequible al hombre, el estado más venturoso y libre es el de amor y renunciamento. La razón revela al hombre el único camino de ventura posible, y el sentimiento hace que tienda hacia dicho camino.

Si los pensamientos que he intentado transmitirle le parecen confusos, no los juzgue con demasiado rigor. Quisiera que alguna vez los leyera en una exposición más clara y más precisa.

Tan sólo he tratado de darle una idea de mi opinión sobre las cosas.

LEON TOLSTOI

## A EDOUARD ROD (En francés en el original)

Moscú, 22 de febrero de 1889

Querido compañero:

Quedo muy agradecido al Sr. Pages por la excelente idea que tuvo de enviarme a usted mi libro, gracias a lo cual yo he recibido el suyo. Sin conocerle, ni siquiera por el nombre, me puse a hojearlo, pero muy pronto me cautivaron la sinceridad y fuerza de expresión, así como también la importancia del propio tema, y me leí con afán el libro, especialmente algunos de sus pasajes. Sin hablar ya de la descripción de los sufrimientos íntimos del matrimonio y la paternidad; quedé muy conmovido por dos pasajes: lo que usted dice acerca de la guerra, un notable pasaje que he leído numerosas veces en voz alta; y también lo que se refiere al azote de nuestra civilización que usted llama diletantismo. Pocas veces he podido leer análisis más vigoroso del estado intelectual de la mayoría de nuestra sociedad; aunque, sinceramente se lo digo, querido colega, la conclusión es floja y no llega a estar a la altura de ese y muchos otros pasajes del libro. Para mí, la conclusión es únicamente un modo para terminar de alguna manera con los propios problemas planteados en el libro con tanta audacia y claridad. El pesimismo, en particular y como ejemplo, de Schopenhauer siempre me pareció no ya sofisma, sino estupidez, y por añadidura, del peor gusto. Un pesimismo que emite su opinión acerca del mundo y predica su doctrina entre hombres que se sienten magníficamente en la vida, recuerda al hombre que habiendo sido acogido en la buena sociedad comete la torpeza de aguar el placer de los demás con la expresión de su fastidio, poniendo con ello de manifiesto simplemente que no está al nivel del círculo en que se encuentra. Quiero decirle siempre al pesimista: "Si el mundo no es de tu gusto, no hagas alarde de malhumor, abandónalo y no molestes a los demás." Debo a su libro principalmente uno de los más gratos sentimientos que conozco, a saber: el de encontrarme de repente con un camarada que camina animoso por la senda que yo sigo. Diga lo que diga o haya escrito de Leopardi, joven o viejo, rico o pobre, muy recio o débil de cuerpo, estoy seguro de que usted encontrará la auténtica solución al título del libro, si es que todavía no la ha hallado.

A S. L. TOLSTOI

Yásnaia Poliana, 8 de marzo de 1890

¿Piensas de verdad, Seriozha que te trato con ironía? Si gasté una broma con Sasha Kuzminski, no fue más que eso. Trato de recordar y recuerdo mi juventud, y tengo la esperanza, y hasta casi estoy seguro, de que haces y habrás hecho menos necedades que yo, incluso de modo relativo, quiero decir, en relación con las condiciones y la época que a mí me tocó y las que tú tienes. Hay algo que me disgustaba en ti antes ( ahora ya no es así), eso de que, tú tan razonable y experimentado en la adquisición de conocimientos científicos y prácticos como eres; que siempre aprovechabas lo hecho por el hombre antes de ti, y que no habías inventado la tabla de logaritmos y cosas análogas, hace tiempo inventadas, y que sabes

adónde acudir en busca de esos conocimientos; tú, quieras llegar con tu intelecto y tu experiencia en lo que atañe al conocimiento más trascendental: qué es el bien y el mal, y según ello cómo vivir. Y no aproveches lo que hace tiempo ha sido explicado y demostrado, fuera de toda duda y con mayor evidencia que cualquier teorema de geometría.

Te has percatado, por poner un ejemplo, que es necesario estar ocupado, y buscas ocupaciones, aun sin saber a ciencia cierta en qué debes hacerlo precisamente: un banco, las cárceles, la hacienda o la jefatura de un distrito. Pero tampoco eso lo es todo: ¿por qué no el arte, ni una fábrica, ni los viajes, etc.? Está claro que la norma de la que procede estar ocupado no tiene importancia y sentido, hasta que se decide en qué hacerlo. Eso mismo hace muchísimo tiempo se resolvió por los que se preocuparon de estas cuestiones. Ante todo, hay que ocuparse (lo digo aun a riesgo de incomodarte, he de repetir lo que, crees, estás cansado de rebatir), ante que nada, de nuestra excepcional situación, hay que ocuparse en bajar del cuello del pueblo al que uno está subido, y antes de hacer algo útil -a juicio de uno- para ese pueblo, no molestarle más con las exigencias para la satisfacción de nuestros caprichos en la vida; es decir, llevar primero a cabo lo que a uno le compete. Sólo entonces no cabrán dudas sobre lo que debe emprenderse, y la vida se vivirá tranquila y gozosa. Existe la excepción sólo si hay una vocación singular. Sin embargo, no puede comprobarlo quien la posee, pues eso nunca está a su alcance; tan sólo los otros podrán decir si existe tal inclinación y exigir la dedicación a la misma como útil y gozosa para la sociedad.

No me discutas en esto, te lo ruego. No es mi intención polemizar, y quizá esta carta te sirva de provecho. Intenta analizar lo que te digo con la seriedad con que suele resolverse una ecuación, o sea: suponiendo de antemano que  $x$  (y  $x$  es aquí tu situación) puede ser bien positiva, bien negativa o cero. Y no decidiendo de antemano que  $x$  sea magnitud positiva, a la par que se idean artimañas para que la ecuación tenga solución y  $x$  sea positiva.

El fallo reside en nosotros, descendientes de humanos y pertenecientes al círculo de opresores y tiranos, porque queremos -sin cambiar nuestra situación, sin reconocer su criminalidad- hallar de repente una ocupación con cuya utilidad nos redimamos de todos los pecados presentes y pasados. Hay que reconocer de una vez por todas nuestra situación, y eso es fácil. Cuando lo hayamos comprendido, resultará evidente que antes de pensar en la utilidad que produce al pueblo (a los hombres), se ha de dejar de participar en su opresión por medio de la propiedad agraria, la burocracia, el regateo, etc. Sólo resta una cosa: tomar cuanto menos podamos del fruto del trabajo de los demás y trabajar nosotros mismos cuanto más podamos. Esta regla -por mucho que pueda cansarte, según me temo- es de tal clase que la hace aplicable a la más compleja y embrollada situación en que normalmente nos encontramos. Sea como sea, uno puede tender a ello y hacer cada vez más. Visto desde fuera, desde la superficie, es del todo imposible definir nuestras condiciones. Se ha de hacer sin obviarlo desde dentro, desde la misma entraña, no con vistas a resolver dónde me es mejor servir o vivir, sino para decidir: ¿Qué soy yo? ¿Con qué vivo? ¿Qué relaciones tengo con las demás personas y cuáles son mis deberes y derechos respecto a ellas?. Pues eso, y adiós. Con un beso.

Aplicate, y lee esta carta con igual cariño que con el que te la escribo.

## A GEORGE KENNAN (Fragmento)

Yásnaia Poliana, 8 de agosto de 1890

No he podido leer todavía los últimos artículos, los cuales espero conseguir. Hace poco le he recordado con motivo de sus artículos sobre los horrores siberianos, que tanta repercusión han tenido en Europa. Una parte de ellos, sin tachaduras, me llegaron por una revista de Stadde, no recuerdo cuál de ellas: Pall Malle Budget o Review of Reviews.

Agradecidísimo le quedo -como el resto de los rusos- por publicar las atrocidades que se vienen cometiendo en el actual reinado.

Tendrá noticia posiblemente de la espantosa historia del ahorcamiento en Penza de dos campesinos entre siete condenados por haber dado muerte al intendente, quien había matado a uno de ellos. La noticia fue publicada en la prensa -y hasta en la interpretación que le dan los órganos gubernamentales- produce una gran indignación y repulsa; más que en nadie entre nosotros, los rusos, educados en la conciencia de que en nuestra legislación no existe la pena de muerte. Me acuerdo de las veces que siendo joven me enorgullecí de eso; ahora ya, con el reinado actual, la pena de muerte parece algo natural; y sin juicio previo, bueno, con un simulacro del mismo.

No vale la pena hablar ya de los horrores a que se somete a los políticos. No se sabe nada aquí, tan sólo que miles de personas sufren tormentos terribles en las celdas de incomunicación, los presidios y la muerte, y que todo eso se oculta a los que no participan en tal violencia. (...)

## A LOS REDACTORES DE LOS PERIÓDICOS RUSSKIE VIEDOMOSTI Y NOVOIE UREMIA

Yásnaia Poliana, 16 de septiembre de 1891

Muy señor mío: Debido a las muchas solicitudes que de manera frecuente recibo de autorización para editar, traducir y poner sacar a la luz mis obras inéditas, le ruego que muestre en su diario la siguiente declaración:

A todos aquellos que así lo deseen, doy el derecho de publicar gratuitamente en Rusia y en el extranjero, en ruso y en traducciones, así como poner en escena, todas las obras escritas por mí a partir del año 1881 e impresas en el tomo XII de mis obras completas, edición de 1886, y en el tomo XIII, editado en este año de 1891, así como todas mis obras en Rusia y que hayan de aparecer a partir de ahora.

LEON TOLSTOI

## A S. A. TOLSTAIA (Fragmento)

Beguichovka, 28 de febrero de 1892 (...)

Ya le hablé de Grot, y éste escribe además una carta y remite una declaración a hectógrafo para su envío a los periódicos y revistas. Lo he firmado todo y le doy salida. Querida mía, por Dios, no te inquietes por eso. Al leer la carta de nuestra gentil Alexandra Andreievna, y según el tono de ella, diríase que he estoy en falta y tengo que justificarme

ante alguien. No puede admitirse ese tono. Vengo escribiendo lo que pienso y que no puede gustar ni al gobierno ni a las clases ricas ya durante doce años; y no lo escribo de manera accidental, sino de modo consciente; y no sólo no tengo el propósito de justificarme por ello, sino que confío en que quienes desean que yo me justifique tratarán de justificarse y hasta de purificarse ellos mismos de lo que viene culpándoles toda la vida y no yo.

Si es así, pues, sucede lo siguiente: El gobierno decreta la censura, absurda, ilegal, que entorpece la expresión del pensamiento de la gente tal como es, y sin querer ocurre que estas cosas aparecen en el extranjero de forma tergiversada. El gobierno llega a inquietarse, y en vez de analizar el hecho abierta y honestamente, vuelve a ocultarse tras de la censura, al mismo tiempo que se siente molesto por algo y se permite encima culpar a otros, y no a sí mismo. Eso, justo eso que acaba de escribir en el artículo sobre el hambre es una parte de lo que vengo escribiendo y diciendo en todos los acordes, y lo que dice conmigo cuando hay de ilustrado y honesto en todo el mundo; lo que dice el corazón de cada persona inocente; y lo que dice el cristianismo que profesan esos que se horrorizan. Por favor, no adoptes el aire de inculpada. Se trata de una consumada transposición de papeles. Se puede callar. Si no se hace, se puede sólo culpar y no a Moskoinkie Viedo- . mosti, que en general carece de interés, ni a las personas, sino a la situación en la que se hace posible todo lo que es posible en nuestro país. Desde hace tiempo quería hablarte de esto. Y hoy, temprano, con la cabeza fresca, expongo lo que pienso sobre ello. Ten en cuenta por ello que hay escritos míos en diez mil ejemplares y diversos idiomas en los que están expuestas mis opiniones. ¡Y de súbito, debido a no sé qué misteriosas cartas aparecidas en los diarios ingleses, han entendido todos de pronto qué clase de ser soy yo! Resulta eso ridículo. Sólo las personas ignorantes, y las de más supina ignorancia entre ellas, que integran la corte, pueden desconocer lo que llevo escrito, y creer que opiniones como las mías pueden cambiarse de súbito en un día y hacerse revolucionarias. Eso es ridículo. Y razonar con gentes así es humillante y ofensivo para mí.

No me vayas a regañar por estas palabras, querida mía, y culparme de orgullo. Pero eso será injusto. No se trata de orgullo. Pues los fundamentos del cristianismo con los que yo vivo, no pueden doblarse bajo las exigencias de personas que no sean cristianas; y no me defiendo ni me ofendo por mí, sino por los ideales con los que vivo.

Por tanto, escribo la declaración y la firma, como dice también nuestro estimado Grot: la verdad siempre debe ser restablecida, si ello debe hacerse. Y quienes rompen retratos, de manera bien inútil los tenían. (...)

## A L. L. TOLSTOI

Griniovka, 28 de enero de 1894

Ahora mismo he recibido tu carta de París, que nos han reenviado a Griniovka. Sabes seguro que estamos aquí: Tania y yo. Mientras que Masha se quedó en casa de María Alexandrovna y en Yásnaia, adonde queremos irnos en un par de días. Tu traslado [a París], como ahora escribo a mamá, ni lo apruebo ni lo condeno. Todo dependerá de ti, y un poco de las circunstancias. Quedarte libre del doctor te será útil y beneficioso, se sobrentiende. La soledad es buena, tanto en la aldea como en París. Ni siquiera diré: no te incomodes con demasiadas impresiones. Entre la muchedumbre y en el más emocionante espectáculo puede uno quedarse tranquilo y gozoso; y acostado en el lecho puede sonrojarse con los pensamientos hasta sofocarse de emoción. Es tentador el gran París, sí. No en el sentido

grosero de la seducción de toda concupiscencia -que lo es por sí-, pero yo no hablo de eso, sino en lo que atarle al encubrimiento de la crueldad de la vida y las costumbres.

Aquí, en Griniovka, está al desnudo. Nada más llegar y ver a estos mujiks con una talla de niños de doce años trabajando para Iliusha el día entero por veinte copecs, me es tan clara la institución de la esclavitud que utilizamos las personas de nuestra clase, tan vivamente clara viendo a estos esclavos en poder de Iliusha, que hasta no hace mucho era una criatura, un niño. Y esta esclavitud, que pierde a generaciones de hombres, me indigna y aguijonea a que yo, un viejo, gaste los últimos años o meses que me quedan de vida en buscar el modo para destruir esa horrible lacra. Pero en París hay esa misma esclavitud, de la que tú te servirás con los quinientos rublos llegados de Rusia, la misma, pero oculta. Y vivimos así, sustentando con ayuda del poder nuestra vida de antojo (aunque sea el minimum), cuando uno quiere servir con toda el alma a la obra de destruir ese mal, y mejor que a esa obra, a la de difundir las ideas y sentimientos del bien que tendrán que eliminar tal lacra. En la última carta reprochas mi tolerancia. No creas que por eso me he quejado de ti, al contrario, eso me gusta; me satisface que despierten en mí la conciencia de flaqueza -mi viejo pecado- y susciten un creciente deseo de repararlo.

Puedes imaginarte que de camino para ésta entablé conversación con un señor. Comenzó a hablarme del congreso de naturalistas. Le dije que me había defraudado sobre todo el discurso de Danilievski. Y resultó que era el propio Danilievski. Un hombre muy inteligente y simpático. Su discurso tomó ese amargo carácter por haberlo acertado. Charlamos gustosamente. Y de nuevo ratifiqué que no es lícito condenar.

Nunca son buenas las prisas. Adiós, muchos besos. Escribe a Yásnaia.

Estamos muy a gusto aquí. Sonia es un primor, y los niños están preciosos. De mí, muchos besos a Iliia, sólo si recibes ésta en su presencia. Cuanto digo concerniente al pueblo se refiere a todos los propietarios. Hablo de él únicamente porque lo tengo ante mí.

Querido Nikolai Nikoiaievich:

Mucho me duele que habiendo visto en mí indicios de alma rencorosa no lo haya relacionado, como debía, conmigo mismo, sino con usted. Puede uno reprocharse la locura

## A N. N. STRAJOV

Yásnaia Poliana, 23 de agosto de 1894

ciudad, pero no -claro- la reserva: palabras valiosas. De lo que escribe usted, quisiera mucho contestar a lo que se refiere al problema de conciliar la aspiración a lo eterno con lo terreno; o incluso sobre si es posible dicha conciliación, según creo que a usted se le antoja. Y qué quiere hacer usted, pues, si es así eso.

Puesto que la verdad o, mejor, la conciencia de la misma no se puede acomodar a la medida de la realidad. Que sea la realidad la que se adecúe, como pueda y sepa, a la verdad. Y es que asustarse de que la realidad no sea lo mismo que la verdad es lo mismo que temer en matemáticas por la magnitud irracional.

Usted sostiene que la negación del Estado, de la ciencia, de la música, de la filosofía, del patriotismo y la poesía le sumen en la perplejidad. Pero qué puedo hacer, si, como usted,

veo, como hombre, que del patriotismo y del Estado, o de la filosofía de Hegel, o de la poesía de Fet nace mucho mal, de los dos primeros, y mucho indigno del hombre, de los dos últimos. Puedo dejar de verlo y ocultar mi divino origen de la vida o torcer, para no retrasarse de aquello con que viven las gentes y, según vuestra opinión, no dejarán de vivir. Eso de que los hombres seguirán viviendo con nocivas estupideces y jamás emprenderán el camino de la bienhechora razón, esa profecía no la reconozco. Si entiende usted por Estado, patriotismo, ciencia, filosofía y poesía la relación de los hombres entre sí, sus ocupaciones intelectuales, entonces coincido en que sin ello nunca vivieron los hombres ni vivirán. Pero no apruebo lo de que las formas que han tomado dichas relaciones, como el patriotismo y el Estado; y los quehaceres intelectuales y las alegrías espirituales, como la ciencia, la filosofía y la poesía actuales; no estoy de acuerdo

L. T

LEON TOLSTOI

con que esas formas escandalosas, completamente opuestas a todas las exigencias de la razón y la moral del hombre, tengan que quedar para siempre.

De estar yo convencido de que eso iba a ser así, me ahorcaría sin pensármelo sin terminar de vivir lo poco que me queda; y no lo acabaría de vivir porque todo y el único sentido de mi vida estriba en el cambio de esas formas según los requerimientos de mi amorosa razón o racional amor; metamorfosis que yo alcanzo mediante el perfeccionamiento del alma, quiero decir, mediante la mayor concordancia de mi vida con las exigencias de ese racional amor y de la fe en su absoluto poder. Discúlpeme si filósofo mucho. Sólo pienso en esto, y esos pensamientos los tengo siempre en la boca.

Afectuosamente suyo,

LEON TOLSTOI

## A L. L. TOLSTOI Y M. L. TOLSTAIA

Yásnaia Poliana, 27 de agosto de 1894

Liova y Masha (por edad):

Quiere opinar uno, o que otro le dé su parecer; quiere realizar algo bueno a alguien, o que alguien se lo haga a uno; quiere amor racional y diligente, y diríase que no lo hay entre las personas que me rodean, o no lo hay en mí, o algo entorpece y no puedo desafiar y destruir lo que entorpece. Bueno, como dama sentimental os escribo, aunque arriba en la casa están: mamá, Iliusha, la tía Tania, Misha y, cómo no, Tania.

Posiblemente hayáis experimentado ese sentimiento de enternecedora melancolía, esa cierta disposición a todo lo bueno: al amor, al sacrificio, a la conciencia de lo inútil y lo extemporáneo de los muros de una cárcel espiritual que te separan de los demás, de la relación amorosa con ellos y de la vida. Resulta muy pesadoso pensar que otros vayan a sentir lo mismo. En nuestra familia, seguramente, Tania es quien lo siente a menudo y busca con la misma ansia. Creo yo que también vosotros. Así que os escribo. Y tú, Masha, hablas de ello. Misha pienso que también; aunque no activa, sino pasivamente. Pero los otros creo que no. Entre ellos y yo hay un muro infranqueable.

La víspera fue Tania a Ovsiannikovo a poner por escrito con los mujiks las condiciones. Lo sentía por ella, pero yo callaba a propósito. Al regresar estaba muy triste. Esta la mañana, al cruzar su habitación, la pregunté: ¿Por qué estabas triste? Y ella me contestó: "Por todo, aunque no, hay una cosa." "¿Qué?" "Ovsiannikovo. Para qué hacer villanías, si nadie las necesita." Y, hinchidos los labios, empezó a sollozar. Tras serenarse, me dijo que hablaría conmigo de lo ocurrido. Le sugerí cómo hacerlo. Y el corazón se llenó de gozo en mis adentros; pero así transcurrió el día sin que a hablar llegásemos. Tal vez piense que lo he olvidado (cuando sólo vivo con eso), quizá sienta vergüenza. Pero todo esto saldrá bien con ella, pues no trata de no ver lo que no quiere.

Mamá e Ilia se pasan todo el día en discusiones con la asamblea y los mujiks sobre cuánto trabajo tendrán que pagar éstos por la tierra expoliada. En otra época eso me angustiaba personalmente; pero ahora sólo siento pena -y no exagero-, pena, como la puede dar el hombre que tiene una herida hedionda y molesta; pena y asco, pero -ante todo- pena.

Porque yo sé que mamá no puede actuar ahora de otra manera, ya no le es imposible entender lo que pudiera haber entendido hace unos años. Y, además de pena, lástima me da porque ni puedo ni sé decirles lo que tan claro es y tanta falta les hace. Podría decirse que el sentimiento de un mudo, que no puede transmitir lo que sabe y lo que es de necesidad y salvación que sepan aquellos a quienes quiere decírselo. Este sentimiento de enternecedora melancolía que advierto sobre mí quizá sea malo, pero quiero sin embargo expresároslo para que me conozcáis tal como soy (cierto, exactamente igual sois vosotros), y me ayudéis en ocasiones a superarlo, y yo os ayudaré a vosotros. Y lo que más engaña en esta afección es que uno presume de no necesitar nada y estar dispuesto a servirles a todos y hacerlo todo, pero pide a los demás sólo un poquito de amor. Como Fet: dadme todo lo que necesito para la vida y entonces no me hará falta nada. Dadme cariño, es decir, el bien supremo, y entonces no precisaré de nada. Oh, no, entrégalo tú mismo, si sabes que el corazón humano lo necesita.

Esto os dejo dicho con toda mi alma. Adiós, hasta pronto. Muchos besos.

L. T

## A ANDREI L. TOISTOI

Yásnaia Poliana, 16 (?) de octubre de 1895

Andriusha:

Si bien prometí no dirigirme más a ti, y esperar a que tú lo hicieses buscando mi consejo (lo que sigo esperando), te escribo, en cambio, por varios motivos: primero, mucho me tortura tu situación; segundo, hay un equivoco en tu interpretación de mis palabras, y se ha de corregir, para no llevarte a error ni a ti ni a los demás; y tercero, confío en que te será más fácil leer y comprender bien la carta que no las palabras. Por favor, lee con profunda atención y piensa mucho en lo que escribo.

La confusión de la que hablo tiene que ver con mis palabras de que, según yo, da igual en el fondo casarse con una princesa que con una campesina (yo tengo por mejor incluso la campesina que la princesa). Palabras que tú has creído que eran mi aprobación para casarte con Akulina Makarova en el estado en que estás ahora. Y no sólo no estaría de acuerdo con eso, sino que tendría mi aprobación o incluso la indiferencia ante ese proceder tuyo por la mayor de las faltas ante ti, ante esa joven y, sobre todo, ante Dios. Entonces yo te dije que

75

casarse siempre es posible, e incluso necesario, si el joven siente que no puede vivir decentemente sin esposa o está tan enamorado que pierde el seso; pero que el casamiento y la amistad con los Bibikov y los Berguer, y el beber vodka con ellos y los campesinos, y el toque de acordeón, no tienen nada de común con el matrimonio. Sino al contrario, ese estado de ánimo y los pasatiempos y, muy especialmente, el incesante alucinamiento con alcohol de que van acompañados, demuestran que el hombre no puede casarse en modo alguno cuando se halla en semejante estado. Para comprar, ir de caza o escribir una carta, el hombre debe estar en estado de sensatez y claridad; para casarse, pues, para ejecutar el acto de más importante en la vida -tal es así que se celebra una sola vez- tanto más necesaria es la plena lucidez de mente y la eliminación de todo lo que puede nublar el juicio y distraer la atención. Sin embargo, tú, desde que te quieres casar vienes enajenando con creciente reiteración y por todos los medios: tabaco, vodka, el acordeón y la vanidad de toda clase, que no te deja tranquilo ni a solas con tus pensamientos ni un momento. Tu estado manifiesta que lejos de pensar en la importancia del paso que vas a dar, lo que deseas es lo contrario, no pensar en él, querer olvidar su trascendencia; y que no se trata aquí de matrimonio, sino de una excitación extraña en la que tú te encuentras y que debes erradicar con presteza, ya que dicho agujoneo artificial no cesará para nada con el matrimonio, sino que seguirá creciendo y terminará por perderte.

Se deriva de ahí que no puedo estar de acuerdo con tu boda ahora, al contrario, lo tendría por el error más grande, tras el que casi no podría volver. Tu enlace ahora, según todas las posibilidades, haría que dentro de una semana -o tal vez antes- te despertaras no ya con una esposa malquerida, sino incluso odiada y que te produciría repugnancia (suele pasar eso siempre cuando la intimidad es del todo sensual). Y en manos de los groseros y codiciosos parientes de la mujer, que no te soltarían de las manos con los bienes que has de tener. Y después ese hábito que has adquirido de ahogar con alcohol los disgustos -ayudado por esos mismos parientes con los que ahora bebes- hará que la ebriedad te venza por entero; da miedo pensar la infausta situación en que podrás encontrarte seguramente en dos, tres, a lo sumo cinco años; quiero decir, cuando acaso deberías empezar a disfrutar una vida de familia, ya que el casarte lo ves tan necesario.

Te repito por eso lo que yo dije cuando opiné que lo mismo daba casarse con una princesa que con una campesina: Necesitas tranquilizarte antes de pensar en casamiento alguno, volver a tu estado normal, en el que puedas relacionarte con tus conocidos, pensar con serenidad, no ofender a tus más cercanos deudos, y -sobre todo- puedas trabajar, hacer algo de provecho y vivir de ese modo no ya una semana ni un mes, sino -cuanto menos- uno o dos años. Lo primero así que necesitas es dejar de tomar vodka, para lo cual, para no beberlo: no relacionarte más con quienes lo beben.

Es inmortal el alma que Dios ha dado al hombre y para gula de esa alma, la razón. Así las cosas, el hombre ha ideado una manera de ahogar esa razón, para que el alma quede sin gula. Es la bebida. Y de ahí, más que pecado, este fatal engaño; pues el alma sin gula siempre lleva a una situación de atroces sufrimientos. Y tú ya empiezas a notarlo, no me equivoco si digo que sufres, y mucho, con el martirio que ocasionas a tu madre (sé que tienes buen corazón y la amas); y sufres también con la conciencia de tu caída, que deseas ocultar a tus ojos. Pero no lo intentes, mejor es reconocerlo y arrepentirte ante Dios, y comenzar con su ayuda una nueva vida cuyo propósito principal sea tu propia enmienda, tu perfeccionamiento moral.

Sólo te doy cuatro consejos para alcanzar dicho fin: 1) el principal, abstenerse de todo lo que ofusca el entendimiento y, en particular, de todo lo que sea alcohol; 2) tratar con personas superiores a uno por la cultura, la inteligencia e incluso la condición social, y hasta por los bienes de fortuna, y de ningún modo con los inferiores a uno; 3) cambio exterior de

las condiciones de vida: ir a algún sitio lejos de ese ambiente en el que uno vivió de modo reprobable, y 4) olvidarse de diversiones y esparcimientos, y no temer el fastidio en el primer tiempo. Esto para encontrar ocupación, dedicarse a ella y amarla. El diablo nos gana con picardía, y mediante picardía tenemos que luchar contra él. Pues bien, esas cuatro normas son meras astucias que deshacen sus intrigas. Por lo demás, cuando se quiere llevar una vida de bien, uno mismo encuentra lo que necesita. Quien quiera encontrará su camino. Pues comprende tú quién eres. Sé consciente de que eres hijo de Dios, quien amándote te ha enviado a este mundo para que hagas lo que él quiere; y por ello te ha dado la razón y el amor, que han de traerte la felicidad, siempre que los impulses y no los ahogues.

Con todo cariño,

L. TOLSTOI

## A M. L. TOISTOI (Sin remitir)

Yásnaia Poliana, 16-19 de octubre de 1895

Misha, te escribo sin contarte de palabra lo que quiero decirte porque entre nosotros -entre ambos-, en nuestra relación personal, podría decirse que se alza un muro impenetrable: una pared a través de la que no podemos comunicarnos. Y por existir ese muro nos alejamos progresivamente el uno del otro, y nos hemos alejado ya tanto que incluso no es difícil comprendernos el uno al otro. Te escribo esta carta para romper esa barrera y comunicarte algo de muy importancia, que debes saber y sin lo que te será cada vez más costoso cada día vivir. Te pido que la leas con atención y reflexiones sobre su contenido. Merece la pena hacerlo, aunque sea sólo porque la escribo apenas aguantando las lágrimas y con ternura en el corazón, intentando expresar todo lo que últimamente con tanto dolor he sufrido y repensado durante largas noches en vela. Lo que escribo aquí se relaciona también con Andriusha, y con todos los jóvenes que están en tu misma situación, aunque al escribirlo te tengo a ti sólo ante mis ojos y me dirijo sólo a ti con ese amor natural que me inspiras. Y no lo hago a Andriusha también porque él se ha alejado demasiado ya por ese nefasto camino que tú mismo sigues, y porque confío menos en que me comprenda y entienda mis palabras -tal como yo las entiendo- y profundice en lo que quiero expresar con ellas.

Todos nosotros somos como dos personas que vayan en direcciones opuestas y tras encontrarse se van alejando, y cuanto más andan más se alejan, hasta que llega el momento en que ya apenas pueden o con mucha dificultad logran verse la una a la otra. Tú aún, en eso confío, te encuentras a una distancia en la que aún puedes oír mi voz-, pero Andriusha está ya tan lejos que hay menos probabilidades de que me oiga. Y cuanto más lejos esté, más necesidad tiene de oír, y por eso grito con todas mis fuerzas, le grito también a él, y no desespero de que me oiga y vuelva o al menos se detenga. Le he escrito ahora a él otra carta, afrontando más bien la difícil situación en que se encuentra. En lo que a ti se refiere, lo hago confiando en prevenir esa situación.

Los jóvenes de tu edad, y que viven como tú vives, todos se hallan en una situación de extremo peligro. Éste estriba en que con edad, cuando se forman los hábitos que más tarde quedarán para siempre, como los pliegues en el papel, vosotros vivís sin ningún freno moral ni religioso, sin ninguno, sin ver nada más que los inconvenientes de los estudios a los que os

77

obligan y de los que tratáis de libraros de uno u otro modo, y las más diversas satisfacciones de la concupiscencia, que os atraen por todas partes y que tenéis la posibilidad de satisfacer. Tal situación del todo os parece natural y otra cosa no puede pareceres, ni vosotros sois culpables en absoluto de que así os lo parezca, pues os habéis criado en ello y en esas mismas condiciones están vuestros compañeros: pero ella es completamente excepcional y en extremo peligrosa. Pasa esto más que nada porque si abordamos el pleno objetivo de la existencia -como sucede con vosotros, los jóvenes- cuando esas concupiscencias implican novedad y en especial son fuertes, sin duda tendremos -según una ley conocida y evidente- que para obtener el mismo placer al que nos hemos habituado satisfaciendo la concupiscencia-golosinas, paseos, juegos, galas y música- habrá que aumentar cada vez más y sin tregua los objetos de la concupiscencia, ya que ésta, una vez satisfecha, en segundas y terceras no ofrece igual placer, y necesita la satisfacción de otras más fuertes. (Existe incluso una ley por la que se sabe cómo el goce aumenta en progresión aritmética, mientras que los medios para obtenerlo han de aumentar en progresión geométrica.)

Siempre es así: primero bayas, melindres y simples juguetes; más tarde bombones, refrescos, bicicletas, monturas; después embutidos, queso, vino y mujeres. Y como la más fuerte de todas las concupiscencias es la sexual, con sus amoríos, caricias, onanismo y apareamiento, todo llega rápido a eso, y siempre a una y la misma cosa. Y ya aquí, cuando esos deleites no se pueden sustituir por nada nuevo y más intenso, empieza el aumento artificial de ese mismo placer mediante la alucinación de uno con el vino, el tabaco y la música sensual.

Tan normal es tal camino que por él andan -salvo escasas excepciones- todos los jóvenes, sean ricos o pobres. Y, si no se detienen a tiempo, emprenden la auténtica vida más o menos empachados, o se pierden para siempre, como se han perdido a mis ojos cientos de jóvenes y se está perdiendo a mis ojos Andriusha. Ese es el peligro que antes amenazaba a todos los jóvenes, y a los ricos y a los pobres; si bien, por supuesto, tal peligro es mayor para la gente rica -a la que vosotros pertenecéis-, ya que ella puede satisfacer antes sus concupiscencias y, por eso, aburrirse antes, la primera, y llegar antes al final: las mujeres y la alucinación con el vino y la música sensual. Especialmente grave resulta en nuestra época, cuando las viejas normas de vida y los antiguos valores de la existencia han quedado destruidos para la mayor parte de vosotros, y los nuevos valores y nuevos ideales lejos de reconocerse por la opinión pública se presentan, al contrario, como algo extraño, ridículo y hasta pernicioso.

Mi juventud también se vio arrastrada por ese proceso gradual en la satisfacción de concupiscencias; pero yo, al igual que todos los jóvenes de mi tiempo, tenía ideales y normas muy definidos. Normas muy petulantes, aristocráticas, pero que me contenían. Por ejemplo, para mí la idea de hacer lo que hacéis vosotros: tomar vodka con los mujiks y los cocheros o mostrar ante la gente la inclinación por una moza campesina, era tan impracticable como robar o matar. Los propios ideales se encargaban de continuar la vida que habían llevado el padre y antes el abuelo; esto es, crearse una posición social destacada y respetable; para lo cual había que ser refinadamente ilustrado, como ellos, y tan ilusoriamente magnánimo. Tales ideales me parecen ahora absurdos, y con seguridad a ti también; pero estaban tan arraigados en mí que me retenían de hacer muchas cosas y me apartaban de cuanto impedía su consecución. Quedan todavía familias nobles de nuestro país en las que aún se mantienen vivos esos ideales y que tienen bien sujetos a los jóvenes. Creo que tú también las conoces. Están por encima de la época esos ideales y deben desaparecer, y en virtud de ello los jóvenes educados bajo su influencia tendrán que desilusionarse en muchas cosas de la vida y sufrir; pero facilitan su educación. No van a perderse en flor como podéis perderos vosotros, carentes de cualquier ideal.

Vuestro caso -y como el vuestro hay muchísimos- es demasiado terrible porque no reconoceréis normas ni ideales de ningún tipo, al tiempo que os deslizáis como sobre raíles cuesta abajo atraído por la intemperancia y rodáis por desgracia a un mismo y eterno pantano, del que casi no hay salida: el vino y las mujeres.

Sólo hay un modo de salvación: pararse, volver en sí, mirar alrededor y hallar ideales apropiados, o sea, aquello por lo cual uno desea ser y vivir para obtener lo que quiere.

Es más terrible vuestra situación ya que sabéis, si sois personas honestas y no os mentís a vosotros mismos, que las antiguas creencias, las mismas que os enseñan en los liceos . bajo el nombre de ley de Dios, son un absurdo en el que nadie cree; sabéis también que los ideales de la aristocracia, por los cuales hay que ser un hombre excepcional, mejor, más ilustrado y más refinado que los demás, para gobernar al gentío, sabéis que esos ideales se han marchitado; y veis que todos alrededor viven sin normas ni ideales de ningún género, salvo el de vivir cuanto más alegres mejor. Y si veis o escucháis que hay ciertas personas que profesan algo extraño, andan mal vestidas, comen pésimamente, no beben ni fuman, por todo lo que veis, oís y hasta leéis sobre ellas os convencéis de que son unos seres estrafalarios, de los que con antelación decidís que nada necesitáis saber. Y, por lo tanto, no os interesáis por ellas. Así es que para todos los jóvenes de nuestro tiempo, para ti mismo y Andriusha y todos los nuestros, está ya decidido -sin la menor duda- que la solución de vuestros problemas internos cabe buscarla en cualquier sitio, pero a duras penas entre los lúgubres. Son unos estrafalarios y nada más. En mí mismo veis a un escritor que ha narrado admirablemente un baile, y las carreras de caballos, y una cacería; pero que ahora dice y escribe algo raro y sin interés, y que ya no indicará en modo alguno lo que habéis de hacer vosotros, simples jóvenes. Hijos, vosotros sois bastante torpes y crueles en este sentido. Como quien se encuentra demasiado cerca del objeto y no lo ve por eso, cuando le bastaría alargar la mano para tocarlo.

Lo cual me causa dolor sin par, esa misma desunión entre nosotros -entre la juventud, toda la juventud, y yo-, esa incomprensión artificialmente creada por los enemigos del bien es lo que yo quisiera erradicar con esta carta. Los tolstoyanos, los lúgubres, Posha, Chertkov, los estrafalarios, el vegetarianismo, los harapientos y las religiones andan con bacinillas: y listo y todo está resuelto. Creéis eso. Pero todo eso es fantasía, pues no son prácticos ni aplicables a la vida en general, son provechosos para seres estrafalarios, pero ya no para vosotros, para jóvenes que lo único que no quieren es distinguirse en nada y desean vivir como todos. Y esa opinión sobre lo que yo profeso, sobre aquello a lo que he consagrado y consagraré todas mis fuerzas hasta el fin de mis días, me es singularmente dolorosa.

Pues no lo profeso y predico por mero gusto, sino convencido de que sólo eso puede salvar a los hombres -y, sobre todo, a vosotros, los jóvenes, que empezáis a vivir de las desgracias en que seguramente os meteréis, y dadas el auténtico bien que deseáis; convencido de que lo que yo profeso y predico es lo único práctico, sencillo y fácil entre los fantásticos, arduos, complejos e imposibles objetivos que os planteáis.

Y lo que yo profeso y predico, como lo han hecho Cristo y todos los mejores hombres del orbe, faculta para indicarnos las calamidades de vuestra vida, en las que os metéis sin verlas, como las mariposas en el fuego, y el bien que os está predestinado, y que por no saber dónde se encuentra, pisoteáis y destruíis cruelmente. Existís sin tener un rumbo definido en la vida, salvo aquel al que os arrastran -hoy aquí, mañana allá- vuestras concupiscencias, y así no se puede vivir. Pues bien, la doctrina de Cristo, que yo profeso, os marca un rumbo, indica el camino de la vida, el camino por el que el hombre marcha con facilidad y alegría, y del que todo desvío se castiga con sufrimientos. Dicha doctrina marca el rumbo por cuanto indica el sentido y la finalidad de la existencia. Y sin ello no cabe vivir, pues sólo eso detiene la vida de concupiscencia.

Aquello a lo que lo que llamamos ideales no es más que la señalización de la finalidad y el sentido de la vida. Aunque el hombre tenga el más ruin de los ideales, por ejemplo: la adquisición de riqueza, pues también eso detiene la vida de concupiscencia. Y asimismo detendrán la concupiscencia el ideal de la ambición y el de la gloria. Pero todos esos ideales pueden ser destruidos, de ahí que haga falta un ideal con valor de permanencia, y ese ideal nos da el sentido de la vida, revelado por el cristianismo.

No consiste tal sentido en otra cosa distinta a que nuestra vida no tiene finalidad en sí misma, una finalidad que pudiera satisfacernos; su móvil está fuera de nosotros y nos es inaccesible, de la razón de ser de nuestra vida esté en cumplir aquello lo que ha sido predestinada.

El modo de conocer, pues, cuál es su fin, se nos ha concedido el entendimiento, propiedad que a todos nos une y permite asimilar cuanto la razón ha venido revelando desde hace miles de años a personas que ya no existen, y transmitir lo que la razón nos revele a personas que vivirán miles y millones de años después de nosotros. El seguir todo lo que ha revelado la razón constituye, pues, el sentido de la vida. Y tal observancia supone el bien supremo accesible al hombre.

El cumplimiento de todo lo que ha revelado la razón no sólo no es indeterminada y opcional, como podría parecerles a quienes nunca pensaron en la trascendencia de la razón, sino que -por el contrario- es muy determinada y en seguida le impone a uno obligaciones harto claras y sencillas. Lo que la razón exige no son los requerimientos de tu buen juicio individual en el estudio de los fenómenos del mundo, sino las exigencias de la razón humana colectiva expresadas para nosotros en las palabras, reglas y doctrina que se nos transmite. Lo cual no quiere decir que debemos aceptar todo lo que nos llega de los antiguos, sino que hemos de verificar cuanto nos llega mediante nuestra razón, y una vez aceptadas las exigencias de la razón colectiva, guiarnos por ellas en la vida.

Por ejemplo, del mismo modo que algo antiguo y racional me llega la idea de que Dios es uno y trino, y Cristo es Dios, y que es necesario comulgar, etc. Mi razón no lo acepta, y yo no pongo dichos requerimientos como guía de mi vida. Pero me llegan además: la regla de que no hagas a otro lo que no quieras para ti mismo; o la de que todos los hombres somos hermanos, y si el hombre [no] puede dar la vida tampoco debe quitarla; o la de que el ser humano ha de aspirar constantemente a su perfeccionamiento y, cuando ha pecado, no deses- perarse, sino corregirse de nuevo desde el principio y tratar de no volver a pecar; o la de que para el bien de los humanos hace falta que se amen los unos a los otros y se perdonen los unos a los otros; o que se debe compadecer a los que sufren y ayudarles; o que para bien de todos los humanos cada hombre debe amar a una mujer, y cada mujer a un hombre; o que para el bien de cada uno por separado y de todos juntos hace falta que cada uno trabaje, y no consuma el trabajo de los demás: o que para el bien de todos es necesario que cada persona se conduzca de tal modo que, si todas las demás se condujeran igualmente, la dicha de todos y cada uno de los hombres no disminuirla, sino que aumentarla, y tantas otras reglas. Y esos requerimientos de la antigua razón -bien sean el fruto de la sabiduría china o hindú, de la antigua o de la nueva, de la alemana o la francesa- yo los acepto y los pongo como guía de mi vida, ya que dichos requerimientos están de acuerdo con mi razón. Comprobar así por medio del propio entendimiento las exigencias de la razón antigua y aceptar las que estén de acuerdo con mi buen juicio, constituye, pues, lo que se llama acatar las exigencias de la razón.

Desde que el mundo es mundo, los hombres han venido acumulando sin tregua esas indicaciones de la razón, y ahora contamos con señalamientos muy definidos cuya observancia nos libra de los tormentos y nos proporciona el auténtico bien. Las mismas indicaciones de la doctrinal razón cristiana son las que yo profeso y predico. muy definidas y obligatorias, por cierto.

El quid de la doctrina cristiana radica en que revela al hombre su auténtico bien, extrañado en el cumplimiento de su destino, y le indica cuanto bajo el señuelo de alegría y placeres puede alterar ese bien. A esos ficticios alborozos y deleites la religión cristiana los llama trampas-seduciones y los determina en detalle, precave de ellos, ofrece los medios de salvación frente a los mismos y, en su lugar, brinda -además del auténtico bien destinado al hombre- alegrías y placeres muy superiores a aquellos que atrapándoles en las tentaciones le llevan a la perdición.

La más importante seducción contra las que previene la doctrina de Cristo es la de creer que la felicidad radica en la satisfacción de la concupiscencia del propio individuo. El individuo, el ser animal, siempre buscará la satisfacción de sus concupiscencias, pero la tentación radica en creer que dicha satisfacción procura el bien. Y de ahí proviene la enorme diferencia que existe entre creerlo y acentuar la concupiscencia, de un lado, y saber que -por el contrario- esa satisfacción distancia del verdadero bien y atenúa el ansia que nos estimula, de otro.

Es suficiente con que el hombre dé rienda suelta al entendimiento para ver con claridad que la satisfacción de toda concupiscencia se realiza siempre en detrimento de otras personas y, por tanto, con lucha; y además, conlleva también la necesidad de nuevas concupiscencias más difíciles de satisfacer todavía. Y así hasta el fin. Y para que el entendimiento nos descubra las vanidades de esta seducción, se une a ella, otra más horrible: la de debilitar nuestra razón y alucinarla mediante el tabaco, el vino y la música.

En estas dos tentaciones principales se sostienen todas las seducciones menores que atrapan a los humanos y, privándoles del auténtico bien, los torturan.

El hombre tiene la posibilidad de gozar con el alimento: del sabor, que se desarrolla con el trabajo y la abstinencia. Una corteza de pan negro se come con mayor deleite que las piñas y trufas, si uno está hambriento; y el hombre organiza su vida de tal manera que casi nunca siente hambre; y con alimentos sazonados, grasos y artificiales deteriora su sabor, viéndose a menudo enteramente privado del goce de la comida y sufriendo debido a la digestión en un estómago aquejado.

El hombre también puede gozarse de ejercitar sus músculos en el trabajo, y la alegría del descanso; y él obliga a que los demás le hagan todo, privándose de dichas alegrías, a la vez que pierde la capacidad y la maña de trabajar.

El hombre tiene la ventura de relacionarse con los demás, la amistad y la hermandad; y, en lugar de aprovecharla, se aparta de todos con su orgullo, y limita su relación con los demás al pequeño círculo de los peores -en su mayor parte-, de quienes son como él. Al hombre se le ha concedido la dicha del amor familiar, y él la malogra ora con el onanismo ora con la depravación.

El hombre es capaz de tomar conciencia de sí como ser racional, y él, renunciando a la actividad que le adjudicaba la razón, ahogada ésta con el tabaco, el vino y la vanidad, desciende a la altura de animal carente de razón.

No es otra la doctrina que yo profeso y predico, y que a ti y a muchos os parece un poco fantástica, oscura, extraña e inservible. Se basa en no hacer disparates ni arruinar en vano -sin fruto para uno ni para los demás- la divina fuerza que llevamos dentro, y no privarnos de la felicidad a que todos estamos predestinados. Demanda creer en nuestra razón, acatarla en toda su pureza y fomentarla, y -al hacerlo- poder alcanzar el auténtico y eterno bien de la justa vida, a la vez que esas alegrías que ahora te atraen, aunque en grado muy superior.

Te gustaría gozar del sabor e imaginas comer platos cada vez más sabrosos, pues tu gusto se va embotando, y bien pronto acabas por no percibir los mejores de dichos goces.

Te gustaría disfrutar de la tranquilidad y el descanso, y dejar de trabajar física y mentalmente; pues pierdes la capacidad y la habilidad de trabajar, y -en virtud de ello- tampoco conoces la verdadera alegría del descanso después del trabajo.

Te gustaría sobresalir de entre los demás, sobresalir por algo y así atraer la atención de otros; pues, en lugar de atención, suscitas envidia y te privas del amor fraterno que podrías establecer con ellos.

Te gustaría las alegrías del amor sexual y comienzas por destruir en su posibilidad cuando llegue su hora.

Te gustaría ocultarte el desacuerdo entre la razón y la vida que llevas para no perturbar tu gozo con los bienes de la existencia, pero, ahogando la razón, la destruyes y arruinas con ella todas tus humanas alegrías.

Es el hombre la mezcla de dos principios: animal corporal, y racional espiritual. El transcurrir de la vida se efectúa en un ser animal, el cual hace avanzar su propia existencia y la continúa en las posteriores generaciones; el ser racional, espiritual, guía ese movimiento. De no tener sentido la existencia, entonces la vida iría en nosotros según la dirección preestablecida para aquélla, como en un animal o una planta; pero en cuanto en lo animal desborda la razón, ésta debe gobernar la existencia enseñando y dando lugar a otra cierta vida, superior, espiritual. Si la razón se orienta y no sigue la senda de la vida animal -como hacen las personas que se dejan caer en tentaciones- cambian entonces los movimientos regulares de la vida física irracional.

Se entiende sin más que los extravíos de algunas personas no pueden alterar el curso general de la vida, e incluso son necesarios y dan sus frutos a la economía general de la existencia; aunque tales extravíos son funestos para quienes se entregan a ellos. Esos individuos son como las semillas que brotan de los árboles pero no germinan.

Existen sólo dos vías para el ser racional, que está vinculado en la vida animal: el que muestra la razón, subordinando a ésta su naturaleza animal, camino gozoso que da conciencia de la vida eterna y de la alegría en esta vida; y el que lleva consigo la subordinación de la razón a la naturaleza animal, su empleo para alcanzar fines animales, un camino de perdición que priva al hombre de la conciencia de la vida eterna e incluso de las alegrías propias del animal.

Todo esto te lo digo para que te pares a recapacitar y dejes de pensar que si tú no ves ningún sentido en la vida -excepto la satisfacción de los placeres de que te he hablado- eso es porque así debe ocurrir; se debe a que caminas extraviado, y a tu lado hay señales de ese extravío en el que vives y te pierdes, y bastaría que volvieras en tí y te recobrases para notarlos.

Me es muy doloroso ver como tú y otros muchos contigo os perdéis -en vano y de manera horrible- cuando la salvación está tan cerca y es tan fácil. Por eso, sobre todo, escribí lo que dejo escrito.

L. T

A E A. ZHELTOV

Moscú, 18 de diciembre de 1895

Querido Fiódor Alexéievich:

En cuanto recibí su carta quise contestarla sin tardar, pues tengo ideas muy definidas sobre el problema que le preocupa; pero debido a los achaques y también al ajeteo de la vida y los quehaceres me vi retenido hasta ahora. Acerca de la educación he pensado muchísimo. Y suele haber cuestiones en las que uno llega a conclusiones dudosas, y otras en las que obtiene conclusiones definitivas y no se siente capaz de añadirles nada ni cambiarlas: tales son las que he logrado en materia de educación. Son éstas: la educación aparece como asunto arduo y complejo mientras queremos educar a nuestros hijos o a quienquiera que sea, sin educarnos a nosotros mismos. Si entendemos, entonces, que sólo mediante uno mismo, educándonos nosotros, podemos educar a los demás, entonces se elimina el problema de la educación y queda una sola cuestión en la vida: ¿Cómo ha de vivir uno mismo? No conozco ni un acto educativo de los niños que no incluya también la educación de uno mismo. ¿Cómo vestir, cómo alimentar, cómo acostar y cómo enseñar a los niños? Exactamente igual que a uno mismo. Si el padre y la madre se visten, comen y duermen moderadamente, y trabajan y estudian; pues también los niños harán eso mismo. Yo daría dos normas para la educación: la de que no sólo llevemos una vida de bien, sino que nos capacitemos y perfeccionemos constantemente; y la de no ocultar nada de nuestra vida a los niños. Mejor es que los hijos conozcan los lados débiles de sus padres y no sientan que estos llevan una vida, oculta para ellos, y aparentan otra. Cuantas dificultades hay en la educación arrancan de que los progenitores, que, lejos de corregir sus defectos, ni tan sólo los reconocen y hasta los justifican, pero no quieren ver esos mismos defectos en sus hijos. He ahí toda la dificultad y toda la lucha con los hijos.

En cuanto a la sagacidad, los niños moralmente tienen mucha más que los adultos, y -con frecuencia sin mostrarlo y hasta sin ser conscientes de ello- no sólo ven los defectos de los progenitores, sino también el peor de todos los defectos: la hipocresía de los padres, y pierden el respeto por ellos y el interés por todas sus enseñanzas. La falsedad de los padres en la educación de los hijos es el fenómeno más corriente, y los niños son muy sensibles y lo notan al instante, se alejan y se corrompen. La verdad es la primera y principal condición de la eficacia del influjo espiritual; de ahí que sea también la condición primordial del empeño educativo. Y con miras a que no nos asuste el mostrar a nuestros hijos toda la verdad de nuestra vida, hemos de hacer que sea una vida de bien, o, cuanto menos, no tan mala. La educación de los demás por eso va inmersa en la educación de uno mismo, y nada más hace falta.

Con todo afecto,

L. TOLSTOI

## A ALEXANDRA M, KALMYKOVA

Yásnaia Poliana, 31 de agosto de 1896

Estimadísima Alexandra Mijailovna:

Me hubiese gustado mucho defender junto a usted y sus camaradas Devel y Rubakin -de cuya actividad tengo conocimiento y estimo- los derechos del comité de alfabetización y batallar contra los enemigos de la instrucción pública; pero no veo ningún medio de plantear combate en el campo en que ustedes trabajan.

Sólo me consuelo con estar ocupado sin parar en esa misma lucha con los mismos enemigos de la instrucción, aunque en otro terreno.

En cuanto a la cuestión particular que les ocupa, pienso que -en lugar del comité de alfabetización suprimido- cabe organizar multitud de otras sociedades de alfabetización con los mismos objetivos, independientes del gobierno, sin pedirle ningún tipo de autorizaciones de la censura y concediéndole el derecho de perseguir a dichas asociaciones de alfabetización, castigar por ellas, deportar y demás, si ése es su deseo. De llegar a hacerlo, tan sólo obtendrá con ello dar importancia a los buenos libros y a las bibliotecas y reforzará el movimiento a favor de la instrucción.

Creo que es ahora muy importante hacer lo bueno con calma y tenacidad, no ya sin preguntar al gobierno, sino evitando a sabiendas su participación. Su fuerza se mantiene sobre la ignorancia del pueblo, y él lo sabe y por eso luchará siempre contra la instrucción. Ha llegado el momento de que lo entendamos. Darle al gobierno la posibilidad de aparentar -mientras difunde las tinieblas- que se ocupa de la instrucción pública, como lo hacen las entidades pseudoilustrativas controladas por él: escuelas, liceos, universidades, academias, comités y congresos de toda índole, resulta normalmente muy perjudicial. Lo bueno es bueno y la instrucción es instrucción sólo cuando es del todo buena e instrucción de principio a fin, y no con arreglo a las circulares de Delianov y Durnovo. Sobre todo, me da siempre lástima de que energías tan valiosas, desinteresadas y abnegadas se gasten sin apenas fruto. En ocasiones me resulta simplemente ver personas inteligentes y buenas que consumen sus fuerzas en luchar contra el gobierno con las leyes . que a su arbitrio dicta el propio gobierno.

La cuestión me parece que radica en lo que sigue: Existen personas, como nosotros, sabedoras de que nuestro gobierno es malísimo y que luchan contra él. Desde tiempos de Radischev y los decembristas han venido empleándose dos métodos de lucha: uno, el de Stenka Razin, Pugachov, los decembristas, los revolucionarios de los años 60, las figuras del Primero de Marzo, etc.; otro, el que defienden y llevan a la práctica ustedes, el método de los "gradualistas", que se basa en luchar sobre una base legal, sin violencia, conquistando gradualmente los derechos. Los dos métodos se vienen empleando sin cesar desde hace más de medio siglo que yo recuerde, y la situación cada vez se pone peor; y si la situación mejora no es que ocurra debido a alguna de esas actividades, sino a pesar del perjuicio de las citadas actividades (por otros motivos de los que hablaré más tarde); y la fuerza a la que se oponen se hace cada vez más poderosa, fiera y robusta. Los últimos resplandores de autonomía: el zemstvo, el juzgado, sus comités, etc., se van liquidando como "desatinadas ilusiones".

Hoy, transcurrido tanto tiempo de inútil empleo de ambos métodos, parece verse con claridad la insolvencia de uno y otro procedimiento y su razón. Por lo menos para mí, que he sentido siempre asco por nuestro gobierno, pero nunca he recurrido ni a uno ni al otro método de lucha contra él, las deficiencias de los dos procedimientos son manifiestas.

El primero de ellos no es válido, sobre todo, porque si se lograra incluso el cambio del orden existente con la violencia, quién garantizaría que el nuevo orden establecido habría de ser estable y que sus enemigos no triunfarían con condiciones favorables y con auxilio de la propia violencia, como esto ha venido pasando muchas veces en Francia y allí donde se hayan producido revoluciones. Por eso el nuevo orden de cosas establecido por la violencia tendría que estar continuamente apoyado por esa misma violencia, es decir, por el capricho; y de ahí se sigue que muy pronto y de forma inevitable se deteriore igual que aquel otro al que sustituyó. Si sale mal, como siempre ha salido en nuestro país, todas las violencias revolucionarias, desde Pugaschov hasta el Primero de Marzo, no han hecho más que reforzar el orden imperante al que se oponían, llevando al campo de los conservadores y retrógrados a muchas personas indecisas que se hallaban en medio y no pertenecían a ningún campo. Por tanto, si nos guiamos por la experiencia o si lo hacemos por el razonamiento, hemos de decir con resolución que tal medio carece de eficacia y es insensato, aparte de no ser moral.

El otro medio es menos eficaz, si cabe, según creo. Y lo es, pues el gobierno, teniendo en sus manos la plenitud del poder (el ejército, la administración, la iglesia, las escuelas y la policía) y haciendo él mismo las tal llamadas leyes sobre la base de las cuales los liberales quieren luchar con él; ese gobierno, que sabe muy bien lo que para él es ciertamente peligroso, jamás permitirá a personas que le están subordinadas y actúan bajo su dirección que ejecuten ninguna clase de actos en menoscabo de su poder. En este caso, como sucede en nuestro país (y por doquier), ese gobierno que se mantiene sobre la ignorancia del pueblo no permitirá nunca de veras ilustrarlo. Es autorizado todo tipo de entidades supuestamente ilustradoras y controladas por él: escuelas, liceos, universidades, academias, comités, congresos y publicaciones de toda clase sometidas a la censura, siempre y cuando dichas entidades y publicaciones sirvan a sus objetivos, o sea, confundan al pueblo o, al menos, no impidan que se le engañe; pero al menor intento de esas entidades o publicaciones que haga vacilar aquello en que se sostiene el poder del gobierno -como digo, la ignorancia del pueblo-, el gobierno con la mayor tranquilidad, sin rendir cuentas a nadie de su actuación, veta, reorganiza y cierra los organismos o instituciones y prohíbe las publicaciones. Y así, como el razonamiento y la experiencia confirman claramente, esa ficticia y progresiva conquista de derechos es un engaño de sí mismo, muy ventajoso para el gobierno y estimulado por él incluso, como es lógico.

No es eso todo: esa ineficaz actividad que no tiene sentido es también perjudicial. Y lo es -antes que nada- porque las personas ilustradas, buenas y honestas, al entrar en las filas del gobierno le dan una autoridad moral de la que éste carecería sin ellas. Un gobierno constituido únicamente por los burdos opresores, egoístas y aduladores que forman su núcleo no podría durar. Sólo esas personas ilustradas y honestas al participar en la obra del gobierno otorgan a éste el necesario prestigio moral que posee. Está ahí un perjuicio de la actividad de los liberales que integran el gobierno o pactan con él. Además de eso, tal actividad siempre es perjudicial, pues esas mismas personas ilustradas y honestas -aceptando las responsabilidades en aras de su tarea- gradualmente se hacen ala idea de que el buen fin admite apartarse un tanto de la verdad en las palabras y en los hechos. Puede, pongamos por ejemplo, sin reconocer la religión existente cumplir sus ritos; puede presentar falsos mensajes de adulación contrarios a la dignidad humana, cuando sea necesario para que la empresa salga adelante; puede inscribirse en el servicio militar; puede tomar parte en un zemstvo exento de todo derecho, y ejercer de maestro y profesor enseñando no lo que uno cree necesario, sino lo que el gobierno desea; y hasta jefe de distrito, amoldándose a exigencias y disposiciones del gobierno contrarias a la conciencia, y cabe publicar diarios y revistas callando lo que es necesario decir e insertando lo que ordenan. Siendo así, contrayendo tales compromisos -cuyos límites no pueden preverse- las personas ilustradas y honestas, las únicas que podían ser un notorio obstáculo para el gobierno en sus afrentas a la libertad de la población, se van apartando lentamente de los requerimientos de su conciencia y acaban por encontrarse -casi sin percatarse- en total dependencia del gobierno: él les da un sueldo, distinciones, y -al tiempo que siguen imaginando que están aplicando sus ideas liberales- pasan a ser servidores y sostenedores del mismo régimen que desaprobaban.

Es verdad que hay también otras personas de ese campo sinceras y mejores que no caen en la trampa del gobierno y se mantienen libres de soborno, sueldo y posición. Estas personas, en su mayoría, después de enredarse en las mallas que les tiende el gobierno, se debaten en ellas, como ustedes ahora en sus comités, sin lograr dar un paso; o exasperadas se pasan al campo de los revolucionarios, o bien se pegan un tiro o se entregan a la bebida. O cayendo en la desesperación lo abandonan todo y, con suma frecuencia, se van a la literatura. Y allí, sometiéndose a las exigencias de la censura, dicen sólo cuanto está permitido; y, con ese mismo silencio acerca de lo más importante, van introduciendo en el público las ideas

más tergiversadas y deseables para el gobierno; mientras siguen imaginando que con sus escritos, de los que obtienen los medios de subsistencia, sirven a la sociedad.

Entonces tanto el razonamiento como la experiencia me indican que los dos métodos para luchar contra el gobierno -empleados ahora y con anterioridad-, en lugar de ser válidos, refuerzan el poder y la arbitrariedad gubernamentales.

¿Qué cabe hacer? Claro está, no lo que durante setenta años ha fracasado y ha obtenido incluso resultados inversos. ¿Qué hacer, entonces? Pues lo mismo que hacen los que han apoyado siempre el impulso de mejora por el camino del bien y de la luz desde que existe el mundo. Justamente eso es lo que hay que hacer. ¿Y qué es eso, pues?

Es la sencilla, serena y franca ejecución de lo que uno estima bueno y conveniente, totalmente al margen del gobierno, y de si a éste le gusta o no. Dicho en otras palabras: la defensa de mis derechos no en calidad de miembro del comité de alfabetización o concejal, o terrateniente o comerciante, o incluso diputado del parlamento, sino la defensa de mis derechos de ser racional y libre; y no como se hace en cuanto a los zemstvos y comités, mediante concesiones y compromisos, sino rechazando toda concesión y compromiso, pues no hay más modo de defender la dignidad humana y la moral.

Se necesita para defender con éxito una fortaleza quemar todas las casas de los arrabales y dejar sólo lo que hay de mayor solidez y que no tenemos la intención de entregar de ninguna manera. Eso es menester hacer aquí: ceder al principio todo lo que podemos entregar, y dejar tan sólo lo que no se entrega. Sólo entonces, habiéndonos afirmado en lo que no admite capitulación, podemos conquistar todo lo que necesitamos. Ciertamente, los derechos del diputado a Cortes, o aunque sea de un zemstvo o vocal de un comité, son mayores que los de un simple mortal, y parece que utilizando esos derechos se puede hacer muchísimo; la desgracia está en que para adquirir los derechos del zemstvo, del parlamento o de un comité, hay que renunciar a una parte de nuestros derechos como personas. Y una vez se ha renunciado aunque sólo sea a una parte de nuestros derechos como personas, no existe ya punto alguno de apoyo y no se puede conquistar ni mantener derecho verdadero alguno. Para sacar a otros del pantano uno tiene que pisar terreno firme, pero si para mayor comodidad uno mismo se mete en el pantano, entonces, no sacará a los otros y él mismo se hundirá. Tal vez sea muy bueno y útil hacer que se apruebe en el parlamento la jornada de ocho horas, o en el comité un programa liberal de bibliotecas escolares; pero si para ello el diputado al parlamento tiene que mentir en público levantando la mano, mentir al hacer juramento, mentir expresando de palabra su respeto a lo que en absoluto respeta; o para nosotros, a fin de promover los más liberales programas, celebrar tedeum, prestar juramento, vestir de uniforme, escribir papeles falsos y aduladores, pronunciar discursos por el estilo y demás, entonces, al hacer todas esas cosas, renunciando a nuestra dignidad humana, perdemos mucho más de lo que ganamos; y aspirando a lograr un cierto objetivo (que en su mayor parte tampoco se alcanza), nos privamos de la posibilidad de alcanzar otros fines y los más importantes. Pues contener al gobierno y oponerse a él pueden únicamente personas en las que haya algo que no cedan a título de nada ni en circunstancias de ninguna índole. Para tener la fuerza de encararse hay que poseer un punto de apoyo. Y el gobierno lo sabe muy bien y se cuida -más que nada- de extirpar en las personas lo que no cede: la dignidad humana. Cuando ésta ha sido extirpada de ellas, el gobierno hace tranquilamente lo que necesita, sabiendo que ya no encontrará verdadera oposición. El hombre que ha convenido en jurar públicamente, pronunciando las indignas y falaces palabras del juramento; o esperar sumiso y de uniforme durante varias horas en la antesala del ministro; o inscribirse para custodia durante la coronación; o que por decencia cumple el rito del ayuno y así por el estilo; el gobierno ya no ha de temer a ese hombre.

El zar Alejandro II decía que los liberales no eran temibles para él, y es que sabía que a todos se les podía comprar o con dinero o con honores.

Los hombres que participan en el gobierno o trabajan bajo su dirección, aparentando que luchan, pueden engañarse y engañar a sus correligionarios; pero quienes se oponen a ellos saben fuera de dudas, por la resistencia que ofrecen, que aquéllos no hacen tiro sino que sólo aparentan hacerlo. Nuestro gobierno sabe esto referido a los liberales y los tiene sujetos a pruebas constantes para calibrar en qué medida hay una real y verdadera oposición; y luego de cerciorarse de que ésta no es inconveniente para sus fines, obra con la certeza absoluta de que todo es posible tratándose de tales personas. Lo sabía muy bien el gobierno de Alejandro III, y sabiéndolo, anuló sin preocuparse todo aquello de cuanto se enorgullecían los liberales pensando que ellos lo habían hecho todo: cambió y puso límite a las funciones del jurado; abolió el juez de paz; terminó con los derechos universitarios; reformó todo el sistema de enseñanza en los liceos; restauró los Cuerpos de Cadetes; e incluso la venta fiscal de vodka; instauró las jefaturas de distrito; legalizó los apaleamientos; casi terminó con el zemstvo; dotó de muchísimo poder a los gobernadores; fomentó la tortura; intensificó los destierros, los encarcelamientos gubernativos y las ejecuciones de los presos políticos; introdujo nuevas persecuciones por motivos de fe; llevó el alucinamiento del pueblo con las bárbaras supersticiones de la ortodoxia hasta su último grado; legalizó el homicidio en los duelos; instauró la arbitrariedad en forma de estado de prevención con pena de muerte como orden de cosas normal; y en la aplicación de todas esas medidas no encontró la menor oposición, salvo la protesta de una honorable mujer, que valientemente dijo al gobierno lo que ella estimaba verdad. Los propios liberales hablaban entre sí a escondidas de que todo aquello no les gustaba; pero seguían participando en los jurados, y en los zemstvos, y en las universidades, y en la administración y en la prensa. En ésta insinuaban lo que estaba permitido insinuar y callaban lo que se ordenaba callar; pero publicaban cuanto se les mandaba publicar. Así pues, cualquier lector que no estuviera al corriente de lo que se decía en las redacciones a escondidas, al recibir el diario y la revista de tendencia liberal de la la exposición sin comentarios ni condenas de las más irracionales y crueles medidas, junto a serviles y aduladores mensajes dirigidos a los culpables de esas medidas, y a menudo hasta el elogio de los mismos. Y así, toda la funesta labor del gobierno de Alejandro III, destructora de cuanto de bueno habla empezado a ponerse en práctica bajo Alejandro II, empeñada en retrotraer a Rusia a la barbarie de comienzos del siglo actual -toda esa deshonrosa tarea de horcas, apaleamientos, persecuciones y bestialización del pueblo- sirvió de pretexto para una irracional alabanza de Alejandro III que se publicó en todas las revistas y periódicos liberales, y de su ensalzamiento al rango de gran hombre y arquetipo de la dignidad humana. Y todo . eso continúa en el nuevo reinado. A un joven, sin ninguna noción de la vida, que venía a ocupar el sitio del zar anterior, le hicieron creer -quienes se hallaban en el poder y a los que esto era ventajoso- que para gobernar a cien millones no tenía más que proseguir la obra de su padre, verbigracia: no preguntar a nadie lo que se debe hacer, sino actuar del modo en que se le antoje o le aconseje el primero de sus aduladores favoritos. Y, figurándose que la autocracia ilimitada es el principio sagrado de la vida del pueblo ruso: este joven inicia su reinado gritando de forma indecoroso e insolente a los representantes del pueblo ruso que acuden a él con felicitaciones y llamando "desatinadas ilusiones" al deseo expresado con timidez por algunos de hacer llegar las necesidades nacionales a conocimiento del poder, en lugar de pedir a los representantes del pueblo ruso que le ayuden con sus consejos a gobernar, de lo que él, educado en los regimientos de la guardia, nada sabe ni puede saber.

¿Y qué? ¿Se rebeló la sociedad rusa acaso, y las personas ilustradas y honestas -los liberales- manifestaron su indignación y repulsa; o al menos, se privaron de aclamar a tal gobierno, de intervenir en él y de estimularlo? No. Desde entonces se inicia a conciencia una

apología muy intensa tanto del padre como del hijo, su imitador, y nadie protesta; y los salones del Palacio de Invierno se llenan de aduladores y ruines parabienes y de iconos ofrecidos. Se prepara la coronación, pavorosa por lo desatinada y el gran derroche de recursos que acarrea; debido al desprecio por el pueblo y la insolencia de los señores, se producen terribles desastres en los que mueren miles de personas, a los que los organizadores de aquélla miran como a un pequeño incidente de las celebraciones, que no pueden interrumpirse por ello; se abre una exposición que nadie necesita, salvo los organizadores, y en la que se derrochan millones; con insolencia hasta ahora inaudita se traman en la cancillería del Sínodo más nuevos y estúpidos medios para embrutecer al pueblo: reliquias de una persona de la que nunca nadie supo nada; crece la dureza de la censura, se continúa con el estado de prevención -quiero decir, la arbitrariedad legalizada- y la situación va a peor.

Aunque, pienso, no habría nada de eso, si los liberales -sobre la base de la legalidad en los zemstvos, comités, literatura autorizada por la censura, etc.- encauzasen sus esfuerzos no a ganarse como sea al gobierno, dentro de las formas instituidas por él mismo, y hacerle actuar en su detrimento y perdición, sino sólo para defender sus derechos individuales de hombres, y nunca a participar en el gobierno ni en los asuntos que con él se relacionan. "Les agrada a ustedes nombrar jefes de distrito de vara, en vez de jueces de paz, eso es cosa suya, pero no llevaremos nuestros litigios a vuestras jefaturas de distrito, ni participaremos en ese cargo; a ustedes les gusta hacer del jurado una simple formalidad, eso es cosa suya, pero nosotros no recurrimos a los juzgados, ni a los abogados, ni a los jurados; a ustedes les agrada anular los derechos bajo la apariencia de prevención, eso es cosa suya, pero nosotros no participaremos en ello y sin rodeos llamaremos arbitrariedad al estado de prevención y asesinato a las penas de muerte sin juicio; a ustedes les satisface crear liceos clásicos con ejercicios militares y la ley de Dios o los Cuerpos de Cadetes, eso es asunto suyo, pues nosotros no haremos en ellos de maestros, y nuestros hijos no asistirán a ellos, y los educaremos como creamos oportuno; les agrada a ustedes acabar con el zemstvo, pues no participaremos en él; prohíben ustedes imprimir lo que no les gusta, pueden capturar y quemar, castigar a los tipógrafos, pero no pueden evitar que hablemos y escribamos, y lo haremos; ustedes mandan que juremos fidelidad al zar, pues no lo haremos, porque es estupidez, falsedad y bajeza; ustedes mandan que hagamos el servicio militar, pues no lo haremos, porque estimamos que el homicidio en masa un acto tan contrario a la conciencia como el asesinato aislado, y, más que nada, la promesa de matar a quien ordene el jefe como el acto más bajo que un hombre puede cometer; ustedes practican una religión con un milenio de atraso de la época, con Iverskaia, reliquias y coronaciones, es asunto suyo, pero no vamos a reconocer la idolatría y el fanatismo como religión, y esos son sus nombres: idolatría y fanatismo, e intentamos librar de ello a las personas."

¿Qué le cabe hacer al gobierno ante ese modo de actuar? Puede desterrar y encarcelar a un hombre por fabricar una bomba o incluso por imprimir un panfleto a los obreros, y

puede transferir el comité de alfabetización de un ministerio a otro, o cerrar el parlamento; pero ¿puede hacer el gobierno algo con un hombre que se niega a mentir públicamente alzando la mano, o no quiere llevar los niños a una institución que considera mala, o no quiere enseñar a matar seres humanos, o no quiere participar en la idolatría, ni tampoco en las coronaciones, encuentros y felicitaciones, o habla y escribe lo que piensa y siente? Persiguiendo a un hombre, el gobierno lo convierte en mártir que despierta la simpatía de los demás, y debilita los cimientos que le sostienen, pues al actuar de ese modo él mismo vulnera los derechos humanos de la población, en lugar de velar por ellos.

Sobraría con que todas las personas ilustradas y honestas -cuyas fuerzas se pierden ahora en perjuicio de sí entregadas a la actividad revolucionaria, socialista y liberal- comenzaran a proceder así para que en seguida se constituyera un núcleo de personas

independientes, ilustradas y honestas al que se uniría toda la masa, siempre vacilante, de gente media, convirtiéndose en la única fuerza de palabra, libertad de conciencia, justicia y humanitarismo. Y en cuanto se constituyese esa opinión pública, no sólo no resultaría ya posible acabar con el comité de alfabetización, sino que se anularían por sí mismos todos los inhumanos institutos de vigilancia, la policía secreta, las censuras, Shlisselburg y el Sínodo, con los que luchan ahora liberales y revolucionarios.

Por tanto, se ha luchado con el gobierno por dos medios, ambos sin suerte, y hay ahora un tercero para probar, y que, para mí, no es posible que fracase. En pocas palabras, éste consiste en que todas las personas ilustradas y honestas traten de ser lo mejor posible, y ni siquiera lo mejor en todos los sentidos, sino solamente en uno: en el acatamiento de una de sus virtudes elementales: ser honesto, no mentir, y proceder y hablar de manera que los motivos por los que uno se mueve sean comprensibles a nuestro querido hijo; actuar de manera que ese hijo no diga: "Papá, ¿y por qué, entonces, tú dijiste aquello una vez, y ahora haces o dices todo lo opuesto?" Parece muy débil, pero yo estoy convencido de que ése es el único medio posible que ha hecho avanzar a la humanidad desde que existe. Y estoy convencido de ello porque lo que exige la conciencia -el gran presentimiento de la verdad accesible al hombre- es siempre y en todos los sentidos la actividad más necesaria y fructuosa. Únicamente a la persona que vive de acuerdo con su conciencia le es posible ejercer buena influencia en los hombres. La labor que está en consonancia con la conciencia de las mejores personas de la sociedad siempre es el propio trabajo que se solicita para el bien de la humanidad en este momento.

Disculpen mi extensión, tal vez innecesario del todo para ustedes; pero desde hace tiempo quería opinar sobre esta cuestión. Y he empezado un amplio artículo al respecto, que no sé si podré concluir antes de mi muerte; y es por esto por lo que quise exponerlo de algún modo. Perdónenme por lo que en ello haya errado.

Un amistoso apretón de manos,

LEON TOLSTOI

## A M. L. OBOLENSKAIA (Sin remitir)

Moscú, 12 de enero de 1897

Léelo cuando estés sola.

Querida Masha, aunque cuando estás aquí apenas hablo contigo, cuando el estado de mi alma es deplorable, deseo tu compasión. Sólo tú, de toda la familia, -por intensa que sea tu vida privada y sus obligaciones- sólo tú me entiendes y lo haces plenamente. Ahora esta vida que me rodea y en la que por una cierta necesidad o flaqueza participo con mi . presencia; toda esta perversa y detestable existencia de la que está ausente cualquier interés no ya racional y amoroso por los humanos, sino todo otro interés, excepto los más instintivos y burdos de las galas, la dulce glotonería, los juegos de toda clase y derroche a patadas del trabajo ajeno en forma de dinero. E incluso ello sin bondad, sino con vituperios, ira y predisposición a calentarse por todo, a ir a contracorriente, hasta llegar a hacérseme detestable a

veces, me ahogo en ella. Y uno desea gritar y llorar, aunque sabe que todo ello es inútil y nadie lo va a entender, ni prestar atención a lo que sientes: intentarán no comprenderlos, aunque sin quererlo tampoco los entenderían, como no los entiende un burro.

Mientras la comida, ayer, oyendo esas conversaciones sin palabra viva, con aburridos chistes y animosidad de unos por otros, esos incongruentes monólogos, miré a Mlle. Aubert y me di cuenta de que ambos éramos igual de superfluos y que los dos estábamos igual de incómodos al entenderlo. Da mucho asco, y más si no puedo dominarme y no sufrir, ni comenzar algo para romper esta falsa situación, vivir en paz y sin oprobio -y no como vivo ahora- lo que me quede . por vivir. Y no sé por qué: quizá porque no puedo entregarme con pasión al trabajo y dejar de verlo con tanto dolor, o tal vez porque sintiendo tanto dolor no me es posible trabajar; es penoso y uno quiere conmiseración, piedad y ser comprendido. A Tania, la pobre, le gustaría vivir más cerca de mí, pero es tan débil y se ve arrastrada por ese irracional torbellino: la Duse, Hoffman, la belleza, la exposición, los años que pasan,

Sujotin, qué hartura. Y con Seriozha, Iliusha y Misha pasa igual. Ni siquiera hijos en los que descansar. Chertkov y Posha no están tampoco. Hasta tú estás atormentada y destrozada con tus asuntos, y yo te muestro además mi postilla. Compadezcámonos juntos. Refiéreme todo lo tuyo. Yo lo tomaré a pecho, pues aun teniendo que ser además pesar en el mañana, es algo serio. Me tortura la tensión de las naderías y las ínfimas groserías.

## A V. G. CHERTKOV

Moscú, 12 de enero de 1897

Léalo si está solo.

Querido amigo, ¿por qué no me escribe? ¿Está bien de salud? ¿Qué tal en su fuero interno? Mi genio no acaba de entender lo que usted hace allí. Temo que pueda ir en perjuicio de su alma. Es trabajoso creer que para una auténtica buena obra hay que adoptar tales dispositivos y preparativos. Puede que sea una tentación. Escríbame, de sí más que de nada, de su alma: cómo y con qué vive, de qué padece y con qué disfruta. Le escribo hoy de modo especial porque me siento muy apenado y solo. No está Masha, ni nadie como usted y Posha, con quien pueda desahogar el alma, quejarme, pedir auxilio y compasión. Estoy rodeado de una vida que se hace más demencial cada día: comidas, galas, juegos de toda índole, vanidad, chanzas, despilfarro de dinero, viviendo en mitad de la pobreza, y nada más. No hay posibilidad alguna de parar esto, convencer y llamar a la conciencia. Los sordos oirán antes que los que gritan sin cesar. Y me es muy, muy penoso. Si dijera que lo sobrellevo pacientemente y hago lo que puedo, faltaría a la verdad. Me deprimó y enfurezco, rezo sin creer y me odio a mí mismo. La verdad no es otra.

No hay novedad, es lo mismo de siempre. Pero podría decirse que toma fuerza de nuevo este despropósito, la depravación de la vida; y yo cada vez tengo menos resistencia, estoy cada vez más cerca del final; lo cual me hace sentir un constante y creciente deseo de vida apacible, digna y humana. No puedo ya dedicarme a lo que antaño me salvaba: el trabajo intenso, apasionado y absorbente. Algo escribo, sobre . arte, pero esta labor en parte científica, y sobre todo ahora, no me apasiona; no tengo energía para otra cosa. Se lo pido, no trate usted de consolarme, y no me escriba de esto, ni lea a nadie mi carta, salvo a Posha. Quería tan sólo desahogarme con alguien a quien tengo cariño y que me quiere. Me aliviará.

Cuando estoy mejor suelo decirme que todo lo que me rodea me es necesario y así debo vivir hasta morir; pero más tarde vuelve a ganarme la indignación y el deseo y la recriminación: por qué no he de vivir, aunque sea en fechas previas a la muerte -no importa cuánto sea, un año o un mes la vida que es mía, lejos de la mentira que me hostiga, en la que tomo parte y me ahogo.

Escríbame, como le digo, sobre usted con la misma confianza con que lo hago yo sobre mí, pero nada con relación a esto. Afectuosamente, le estrecha la mano,

LEON TOLSTOI

## A S. A. TOISTAIA (Sin remitir)

Yásnaia Poliana, 19 de mayo de 1897

Mi queridísima Sonia:

No me gusta tu acercamiento a Tanéiev, además me atormenta terriblemente. Seguir viviendo en estas condiciones envenena y acorta mi vida. Hace ya un año que no puedo trabajar y no vivo, sino que me mortifico sin tregua. Y tú lo sabes. Te lo he dicho y con irritación y con súplicas, y últimamente no te digo ya nada. Todo lo he intentado, y nada ayuda: el acercamiento continúa y hasta se acentúa, y veo que así seguirá hasta el final. No lo soporto más. En un principio, tras recibir tu última carta, quise marcharme. Y tres días enteros viví con esta idea y aguanté, y decidí: por penosa que resulte la separación contigo, acabaré como sea de esta horrible situación de humillantes recelos, sacudidas y desgarros de corazón, y podré vivir y hacer al final de mi vida lo que creo que es necesario hacer. Decidí entonces marcharme. Pero cuando pensé en ti, no en lo doloroso que me será verme privado de ti -por mucho que lo sea- sino en cómo ello te amargará y atormentará, en cómo sufrirás, comprendí que no puedo hacerlo, no puedo irme sin tu aprobación.

Ésta es la situación: seguir viviendo como ahora vivimos para mí es casi imposible. Casi, pues poco a poco siento cómo pierdo mi propio dominio, y en el momento menos pensado puedo faltar y hacer algo irremediable: no puedo pensar sin horrorizarme en seguir con estos sufrimientos que siento casi físicos y que no consigo disminuir.

Lo conoces, aunque tal vez lo hayas olvidado o querido olvidarlo, pero lo sabías; eres una mujer de bien y me quieres; aunque no has querido liberarme y no quiero imaginar que hayas podido hacerlo-, ni a ti tampoco, de estos innecesarios y espantosos pesares.

Entonces, ¿qué hacer? Tú misma, decide. Reflexiona y determina el modo de actuar. Las salidas de esta situación yo las veo así: la primera y mejor es cortar toda relación, sin tener en cuenta lo que vayan a pensar, sino borrando de golpe y de una vez esta atroz pesadilla que nos viene atormentando durante un año. Ni entrevistas, ni cartas, ni chicos, ni retratos, ni setas de Anna Ivanovna, ni Pomerantzev; sino completa liberación, como Masha se liberó de Zander y Tania de Popov. Ésta es una de ellas y la mejor. Otra posibilidad sería que yo me fuera al extranjero, separándome de ti por completo, y que vivamos nuestra existencia de forma independiente. Esta salida es la más complicada, pero mil veces más fácil para mí que seguir aguantando la vida que hemos llevado este año último.

En tercer lugar tenemos la posibilidad de que -tras romper toda relación con Tanéiev- nos fuésemos los dos al extranjero y viviéramos allí hasta que termine lo que ha sido el motivo de todo esto.

No es una salida la cuarta, pero sí la elección de lo más temible, en lo que no puedo pensar sin horror y desesperanza, el de que nos persuadamos de que esto pasará -pues no tiene importancia- y sigamos viviendo igual que el este año: Tú misma -sin notario- tendrías que seguir indagando todos los modos de aproximación; y yo tendría que verlo, observarlo, conjeturar y atormentarme, no con celos, aunque quizá haya ese sentimiento, pero no es eso lo más importante. Lo principal, como te he manifestado ya, es nuestra dignidad, la tuya y la mía. La misma aflicción que experimenté respecto a Tania -con Popov y con Stajovich- si bien cien veces más dolorosa. Tú fuiste la que propusiste la quinta salida: que deje de mirar las cosas como las veo, y tener paciencia hasta que todo pase; si entonces hubo algo, como tú dices. Ya lo he intentado, y yo estoy convencido de que no puedo destruir en mí lo que me tortura mientras sigan los motivos que la generan.

Es estéril, lo he probado en el transcurso del año, con todas mis fuerzas, y no he podido y sé que no puedo; al contrario, los reiterados golpes en uno y el mismo lugar han conseguido que el dolor crezca en grado sumo. Dices que te duele ver a Gurievich, aunque el sentimiento que tú relacionabas con ella carecía de toda base o algo así y apenas duró unos días. ¿Qué debo sentir yo luego de dos años de arrebatos y con los más evidentes fundamentos, cuando tú -tras todo lo que hubo- organizaste en mi ausencia entrevistas diarias, que si no llegaron a tener ese carácter no fue por culpa tuya?

Tú exponías en aquella misma carta algo así como el programa de nuestra vida posterior, para que no te molestase en tus ocupaciones o alegrías, cuando sé muy bien en qué consisten.

Sonia, palomita, eres una mujer de bien, bondadosa y cabal. Ponte en mi lugar y entiende que no puedo sentir de otro modo, es decir, vergüenza y dolor; y piensa tú misma . el mejor modo de librarnos -no tanto a mí como a ti misma- de pesares aún peores que vendrán con seguridad en un aspecto u otro, si tu opinión de toda esta cuestión no varía y no te esfuerzas en ello. Ésta es la tercera carta que te escribo. La primera, exasperada; la segunda fue una nota que dejo. Te darás cuenta por la presente de mi estado de ánimo precedente.

Escribeme tras meditar a conciencia ante Dios. Sea como sea, volveré pronto, e intentaremos analizarlo todo tranquilamente. Las cosas no pueden quedar así; nada habrá para mí peor que este infierno. A lo mejor me lo tengo merecido. Pero tú no te lo mereces. Es verdad, hay otras dos salidas: mi muerte o la tuya, pero ambas horribles, si ocurren antes de que lleguemos a aclarar nuestro pecado.

Añado aún, tras abrir la carta, lo que sigue: Si no eliges ni la primera, ni la segunda, ni la tercera salida; es decir, no rompes todas las relaciones de una vez por todas, ni me dejas ir al extranjero para cortar hasta el último lazo entre nosotros o partes allá conmigo sin plazo para volver, llevándonos a Sasha, claro; sino que te aferras a la confusa y desgraciada salida de que todo se quede como antes y que pasará, te pido que nunca hables conmigo de esto. Yo callaré, como lo he venido haciendo, sólo en espera de la muerte, la única que puede evitarnos este martirio.

Me voy yo también, pues tras cinco noches sin dormir me siento tan cansado y nervioso que en cuanto me abandono rompo a llorar, y tengo miedo a no aguantar la entrevista contigo y todo lo que de ella puede seguirse.

No es atribuible mi estado a malestar físico, pues todo el tiempo me he sentido estupidamente y no tengo padecimientos gástricos ni vesiculares.

## A ANDREI L. TOLSTOI

Yásnaia Poliana, mediados 0 de octubre de 1899

Querido Andriusha, te he tenido muy presente. Tu idea de hipotecar Samara y comprar una hacienda en Chern no es muy acertada como podía imaginarse. La tierra de Samara no da ingresos todos los años. Habrá pagos en descubierto y nuevas hipotecas. Tampoco el hacerse cargo de la deuda y comprometerse a pagarla anualmente -sin tanta necesidad- es sensato. Adquirir una pequeña hacienda que no proporciona ingresos en Chern y gastar en ella (para llevar allí una vida señorial) el dinero, es el medio más seguro de una completa ruina en menos de cinco años. La tierra de Samara da ingresos y ella misma se revaloriza y seguirá haciéndolo; pero la posesión de Chern, con la casa y todas las pertenencias de la vida señorial, es un modo seguro de arruinarse, llevando además la vida más huera y estúpida: con terrazas, jardines, caballos, perros y coches. ¿Para qué casarse con una mujer tan inteligente y buena para llevar una vida tan estúpida y egoísta? Siento mucho cariño por Ilia, y él es gentil, pero su vida es un ejemplo de lo que no hay que hacer. Y no es más que el principio, porque al final le espera mucho dolor, con el cual pagará su actual ritmo ocioso, festivo y egoísta. No le sigas en eso, sino en la bondad y la alegría, pero no en la forma de llevar su vida. Entonces, dirás: ¿qué hacer? ¿Adónde vivir? No puedo contestarte con precisión, pero puedo decirte que hay mucho donde elegir y depende de vuestros (también los de Olga) gustos y deseos: se puede vivir en Yásnaia, como indica mamá. Es muy sencilla y natural esta opción. Dices tú que no hay ocupaciones. Las hay para todo el que desea ser útil a los demás; mientras que los quehaceres en aldea propia, con casa, jardín, caballos y perros, no son ninguna ocupación, sino mimo. Moscú, Petersburgo, Tula, Kiev... donde quieras se puede vivir sin montar casa propia, hoyo propio en el que se disipa el dinero, el tiempo y la atención. También en Samara. Dondequiera se puede vivir, con tal que no lo hagamos para nuestro solo placer, sino para utilidad de los demás. Pero la vida de hacienda -como la de Iliusha- hace que uno mismo absorba sin querer todas sus energías, lo que además de no ser bueno, al fin y al cabo, deviene en aburrido e incluso penoso. Y créeme también, te lo pido, créeme; si más dinero hace falta para la vida, peor es ella, más inmoral; y, en fin, hasta más penosa. ¿Qué necesitáis vosotros, dos personas sanas, jóvenes y buenas? Un piso de dos habitaciones por diez rublos mensuales; comida por otros diez rublos, té por cinco rublos, y otro poco para algunos caprichos. Pero todo eso es bastante cuando hay quehaceres fuera de uno mismo. Pero si no los hay, ni cinco mil al mes bastarán. Te preguntarás: ¿quehaceres fuera de uno? Es como si yo te dijera: mira a las estrellas; y tú preguntases: ¿a qué estrellas? En todas partes hay estrellas, y en todas partes hay ocupaciones fuera de uno. Vaya, cuidar al padre de Olga, ya entrado en años, si lo necesita: eso es trabajo. Adoptar un huérfano, criarlo y educarlo, trabajo; escribir las cartas para Inglaterra, instruir a los niños, todo es trabajo. Pero sólo es verdadero y fructuoso si se emprende con ánimo para otro, y no para uno mismo, y no como si mi objetivo fuera mi placer; sino que además también puedo ser útil a los demás.

A G. M. VOLKONSKI

Moscú, 4-16 de diciembre de 1899

Los folletos me han llegado en su carta y los he leído. No he podido contestar antes porque aquélla estaba en Yasenka, mientras yo estaba en Moscú; y no la escribí yo mismo por encontrarme débil y enfermo.

Su trabajo está muy bien realizado y es muy sincero, como se desprende de la lectura que he hecho, salvo el tercero fascículo, por el cual coincido con vuestros deudos. Este folleto es débil por no plasmar con claridad suficiente los rasgos despreciables de Guillermo 11, detestables en un emperador, y no por la brusquedad con que está escrito.

Pero por muy bien que estén escritos sus artículos, en esencia no estoy conforme con ellos, y más que la disconformidad, lo que ocurre es que no puedo condenar lo que usted condena.

Si dos hombres que han bebido hasta embriagarse en una taberna llegan a pelearse jugando a las cartas, en modo alguno me decidiré a condenar a uno de ellos; por muy convincentes que sean los argumentos del otro, el motivo de los escandalosos actos de uno y otro está en que tuvieron por bueno beber vino y jugar a los naipes en la taberna, en lugar de trabajar o descansar, y no estriba en la equidad de cualquiera de ellos. De igual modo, al decirme que en una u otra guerra que ha estallado únicamente uno de los beligerantes es culpable, tampoco puedo estar de acuerdo. Se puede reconocer que una de las partes actúa de modo más perverso, pero al analizar cuál se porta peor no nos aclara nada ni aun el motivo causante de un fenómeno tan abominable, cruel y descarnado como es la guerra. Esas causas, tanto ahora en la contienda del Transvaal como en todas las contiendas que ha habido recientemente, están del todo claras para el que no cierra los ojos. Son tres los móviles: 1º, la distribución desigual de los recursos, es decir, el robo de unos hombres por otros; 2.a, el hecho de que existan ejércitos, quiero decir, de personas educadas y destinadas para el homicidio; y 3.a, una doctrina religiosa falsa y, en buena medida, engañosa de manera consciente, y que se inculca por la fuerza a las nuevas generaciones.

Me parece por tal inútil y nocivo ver el motivo de las guerras en los Chamberlain, en los Guillemos y demás, dejando a parte así las verdaderas causas, mucho más cercanas y en las que todos participamos. Con los Chamberlain y los Guillemos podemos sólo enojarnos y vituperarlos; pero nuestro corazón y vituperio no hacen más que estropearlos la sangre, y no hacen virar el rumbo de las cosas: los Chamberlain y los Guillemos son mecanismos ciegos de fuerzas que están muy lejos detrás de ellos. Actúan como tienen han de hacerlo y no pueden hacerlo de manera distinta. La historia es como una serie de actos de las figuras políticas, exactamente iguales a éstos: como la guerra del Transvaal; y, por lo tanto, enfadarse con ellas y condenarlas es por absolutamente inútil, además de imposible, al ver las verdaderas causas de su labor y percibir que hasta nosotros mismos somos culpables de los aspectos de esa labor, sujetos a nuestra propia actitud ante las tres cosas fundamentales que he mencionado. Mientras unos sigamos disfrutando de riquezas excepcionales, al tiempo que las masas del pueblo están oprimidas por el trabajo, no dejará de haber guerras por los mercados, por las minas de oro, etc. que necesitamos para sostener nuestra excepcional riqueza. Sobre todo serán inevitables las guerras mientras participemos en el estamento militar; dejemos que existan y no nos enfrentemos con todas nuestras fuerzas a él. O servimos en el estamento militar, o lo reconocemos no sólo indispensable, sino digno de elogio. Eso solemos hacer; y luego, cuando surge la guerra, condenamos en ella a algún Chamberlain y cosas de ese tipo. Lo que importa es que estallarán guerras mientras sigamos no ya predicando sino incluso admitiendo sin indignarnos ni protestar la manipulación del cristianismo que se llama cristianismo eclesiástico, y en el que son posibles las huestes guerreras amantes de Cristo, la bendición de los cañones y el reconocer la guerra como una coyuntura cristianamente justa. Esa religión y no otra es la que inculcamos a nuestros hijos, nosotros mismos la profesamos,

y luego decimos: unos, que Chamberlain; y otros, que Kruger es el culpable de que los hombres se maten unos a otros.

No se debe, por tanto, a otra cosa que no coincida con usted ni pueda condenar a los ciegos instrumentos de la ignorancia y el mal, sino que vea la raíz de fenómenos tales en los que yo mismo pueda coadyuvar al aumento o la disminución del mal. Contribuir a la fraterna igualdad de bienes, valerme lo menor posible de las ventajas que me han tocado en suerte; no participar junto a nadie en los asuntos bélicos; destruir esa hipnosis por la cual los hombres, transformándose en sicarios, creen hacer una buena obra dedicándose al servicio de las armas; y profesar, ante todo, la racional doctrina cristiana, intentando destruir con todas las fuerzas ese maléfico engaño de falso cristianismo en el que se instruye a la fuerza a las jóvenes generaciones; según yo, en esta triple labor radica la obligación de toda persona deseosa de servir al bien e indignada con razón ante la espantosa guerra que también a usted le ha sublevado.

## A EDWARD CARNET (En inglés en el original) (Fragmento)

Yásnaia Poliana, 21 de junio de 1900

Muy señor mío:

Tras leer su carta del 6 de junio, de la que le estoy muy agradecido, me parecía imposible enviar algún llamamiento al pueblo norteamericano.

Aunque tras pensarlo una vez más por la noche, sentí que ante la necesidad de dirigirme al pueblo norteamericano intentaría hacerle llegar mi gratitud por la gran ayuda que obtuve de aquellos de sus escritores que florecieron en los años cincuenta, y mencionarla a Harrison, Parker, Emerson, Balow y Thureau; no por sean los más grandes, sino porque son los que -según creo- influyeron de manera especial en mí. Entre otros nombres citaré: a Channing, Whittier, Lowell y Walt Whitman, brillante elenco del que podría hallarse algo similar en la literatura mundial.

Quisiera preguntarle al pueblo norteamericano el motivo por el cual no escucha más a esas voces (pues dudoso es que se puedan suplantar por las voces de Goold, Rockefeller y Carnegie) y por qué no prosigue la buena obra que con tanto éxito ellos empezaron. (...)

## A ANDREI L. TOLSTOI

Yásnaia Poliana, 22-23 (?) de agosto de 1901

Al despertarme ayer, torné a pensar de nuevo en ti, Andriusha, y decidí hablar contigo sin falta para decirte lo mucho que pienso y siento, lo que todos coincidimos en decir sobre ti. Te será útil, aparte de que te guste oírlo. Te lo pido, Andriusha, lee con atención lo que voy a decirte; y, más que nada, trata de ponerte por un momento en mi lugar e intenta comprender

que es el deseo de tu bien el que me dirige, que te escribo porque ese es mi deber y que voy a morir pronto, y no será bueno hacerlo sin haberte dicho lo que creo conveniente. Pues bien, ayer me levanté y fui a la biblioteca -no estabas allí- para hablar contigo; y en cuanto entré en la escalera pude oír el estúpido y chirriante estrépito del gramófono, manera ociosa y detestable de matar el tiempo. Muy afectado, debido al grave y buen sentimiento que me llevaba, fui abajo esperando que entrarías a despedirte. Pero lo hiciste en compañía de Olga, y no quise hablar delante de ella. Eso fue todo. Pero mi alma, desasosegada por la marcha de tu vida, no puede callar, y decidí escribirte.

Ya hace tiempo que tu tipo de vida, tu tono, tus suntuosas costumbres de ociosidad, las relaciones con tu esposa, tus amistades, tu abuso de la bebida, todo eso no es bueno y va a peor. Sin hablar ya de ese estúpido gramófono, ocupación del más pésimo gusto, tu trato de ayer a Olga, como si se tratase de cualquier chiquilla o de una sierva, en lo que no tuviste reparos, delante de todos, fue un suplicio para los presentes. Fue doloroso y molesto, aunque por decencia y compasión con Olga fingiesen no darse cuenta. Tu jovialidad es de tal calado que, aparte de no contagiar a los presentes, hace que sientan vergüenza ajena. No lo digo como opinión exclusivamente mía, sino como la de todos, cuyos nombres omito para no suscitar en ti un mal sentimiento hacia ellos. Tu vida de ocio, el vino y el tabaco -sobre todo el vino-, y las pésimas, y si no pésimas, muy miserables compañías en lo intelectual y espiritual, han hecho que pierdas la delicadeza y comprensión de que tú eres capaz hacia los sentimientos de los demás. Y ahora tu presencia en nuestro círculo nos mantiene con el alma en vilo ante la posibilidad de cualquier torpeza y hasta grosería por tu parte.

Tu aire y engreimiento son la causa de esto, que basas en el vigor físico, la movilidad y el nombre; y, especialmente, en la posibilidad de gastar dinero que ni has ganado ni sabes ganarlo. Trata de imaginarte el que serías y qué papel desempeñarías sin dinero ni nombre, dos cosas que no son tuyas y que te pertenecen como le podrían haber pertenecido a otro. Imagínate con claridad lo que serías sin nombre ni dinero, y te espantarás. Y por eso, lo primero de lo que tienes necesidad es de vivir como si no lo tuvieses; es decir, vivir de manera tal que puedas servir en algo a los demás, y no ser un peso para todos, a excepción hecha de tus compañeros de juerga. Abreviando, quiero decirte que llevas una vida demasiado detestable y -para mí está clarísimo- vas hacia tu total perdición, ahogando en ti las mejores cualidades humanas, y entre ellas una y la más cara: el buen corazón, cuando no está oprimido por el orgullo, el deseo de mandar y el vino. Ahora ni siquiera lo advierto, al contrario, en tu espantoso trato con tu admirable mujer, de la que no entiendes nada. No necesitas adoctrinarla, como sueles hacerlo, sino tomarla como ejemplo.

Además de perderte a ti mismo, también pierdes a tu familia; y tu salvación está en una cosa nada más: en la autocondena, en la resignación, en el reconocimiento de que has llevado y llevas una vida deplorable y no digo cambiar algo en ella, sino cambiarlo todo y empezar de cero. Abandonar la bebida y el tabaco; olvidarte de los gitanos, los caballos y los perros; dejar las relaciones con gentes ociosas y hallar ocupación: útil a los demás, y no para tu exclusivo placer. ¿Cómo? No puedo prescribir nada. Si tú me creyeras -lo que casi es imposible, y yo, además, no espero-, tú solo encontrarías el modo; y Olga te ayudaría. Puede decirse una cosa: hay que buscar ocupación en provecho de los demás, y no la que para uno es grata y ventajosa, y entregarte a ella. Y además, aunque también se puede cambiar de vida quedándose en las anteriores condiciones -en Tapytkovo- eso no es nada fácil; y es por eso que creo que te sería de provecho, si quisieras cambiar tu vida, abandonar Tapytkovo.

Hay que recordar que todas las consideraciones acerca de Tapytkovo o el dinero -comparado con el hecho de que tu alma muere y puede resucitar- tienen tan nimia importancia como el ala de un mosquito en una carretada.

Te pido que me disculpes si no he sido circunspecto y cuidadoso al decirte lo que estimaba necesario. No he sabido hacerlo de otro modo. Me ha guiado el amor al hombre, no sólo en general, sino también al que uno también aprecia.

Tu padre,

L. Tolstoi

## A PIETRO MAZZINI (En francés en el original)

Yásnaia Poliana, 27 de agosto (9 de septiembre) de 1901

Muy señor mío:

Como respuesta a su primera pregunta -¿qué piensa el pueblo ruso de la alianza franco-rusa?- le remito lo que sigue:

El pueblo ruso, el verdadero pueblo, para nada conoce la existencia de dicha alianza; y aunque tuviera de ella noticia, estoy seguro de que su sentido común, su humanitarismo -igual hacia todos los pueblos- le indicarían que esta alianza extraña con un solo pueblo, preferible al resto, no puede tener otro objetivo que el de arrastrarlo a la enemistad y quizá también a guerras con otros pueblos, por lo cual la mencionada alianza le sería muy enojosa.

De la pregunta: ¿comparte el pueblo ruso la emoción del francés?, creo que puedo decirle que el pueblo ruso no lo comparte (si es que tal entusiasmo existe en verdad, lo cual dudo mucho) y que si el pueblo supiera lo que se hace en Francia y se dice a raíz de la alianza alimentaría más bien desconfianza y antipatía hacia un pueblo que, sin ninguna razón seria, empieza de repente a manifestar por él un inesperado y excepcional amor.

Acerca de la pregunta: ¿cuánto importa esa alianza para la civilización en general?, creo que puedo suponer, ya que esa alianza no puede tener otro fin sino la guerra contra otras naciones, que su influjo será perjudicial, y no puede dejar de serlo. En lo que respecta a la trascendencia de la misma para ambas nacionalidades concertantes, queda claro que -tal y

como ha venido ocurriendo en el pasado- seguirá siendo un mal terrible para los dos pueblos en el futuro. El gobierno francés, la prensa y toda esa parte de la sociedad francesa que elogia dicha alianza están haciendo ya y habrán de hacer forzosamente en adelante otras concesiones y compromisos frente a las tradiciones de un pueblo libre y humanitario, para aparentar estar de acuerdo, o estarlo de verdad, con las intenciones y sentimientos del gobierno más despótico, atrasado y cruel de toda Europa. Lo cual ha sido y será un gran perjuicio para Francia. En lo que respecta a Rusia, la citada alianza ha tenido ya y tendrá -si continúa- una influencia hartamente funesto. Con ese desgraciado convenio, el gobierno ruso que alguna vez sintió vergüenza ante la opinión de Europa y contó con ella, ahora ya no se preocupa más de ella; viendo tras de sí esa rara amistad de un pueblo que se tiene por el más civilizado del mundo, va ahora con la cabeza muy alta entre sus amigos los franceses al ritmo de La Marsellesa y del servil himno Dios guarde alzar (que deben estar muy sorprendidos de hallarse juntos) y se hace cada día más y más reaccionario, cruel y despótico.

Por tanto, ese raro y malhadado acuerdo no puede tener, a fe mía, otra influencia sino la más negativa para la prosperidad de ambos pueblos, así como para la civilización.

Acepte, estimado señor, mis mejores sentimientos.

LEON TOLSTOI

## A NICOLÁS II

Gaspra, 16 de enero de 1902

Querido hermano:

Me parece más oportuno ese tratamiento, pues me dirijo más bien al hombre-hermano que al zar. Y el motivo por el que os escribo, que es casi desde el otro mundo, en espera de una cercana muerte.

Me resisto a morir sin antes deciros mi opinión de vuestra labor actual y de lo que ella podría ser, del gran bien que haría a millones de seres y a vos mismo; y del gran mal que traerá a millones de personas e incluso a vos, si ha de seguir con la misma orientación que ahora lleva.

La tercera parte de Rusia se halla en estado de prevención, es decir, fuera de la ley. El ejército de policías -uniformados y secretos- crece sin cesar. Las cárceles, lugares de destierro y presidios están repletos, además de cientos de miles de delincuentes comunes, por los políticos, a los que ahora vienen a sumarse también los obreros. La censura ha llegado a tales absurdos en las prohibiciones como no se había visto antes nunca. Las persecuciones religiosas nunca fueron más y más inhumanas y frecuentes. En todas partes de las ciudades y centros fabriles hay tropas concentradas y se las envía con municiones de combate contra el pueblo. Son muchos los lugares en los que ya se ha derramado sangre de modo fratricida, y en todas partes se preparan -y sin falta los habrá- otros nuevos y aún más cercanos.

Eso es resultado de toda esta intensa y despiadada labor de gobierno, la población agrícola -cien millones, en los que se sustenta el poderío de Rusia-, a pesar del excesivo crecimiento del presupuesto estatal o, más bien, a causa del mismo, va empobreciendo cada año hasta llegar a que el hambre se ha convertido en fenómeno normal. Y algo similar ha venido a ser el descontento general de todos los estamentos con el gobierno y la actitud de hostilidad hacia el mismo.

El motivo de todo eso, palpable, es que vuestros adjuntos os hacen creer que deteniendo toda la marcha de la vida misma en el pueblo aseguran la prosperidad de éste y vuestra calma y seguridad. Sin embargo antes puede detenerse la corriente de un río que el eterno movimiento de avance de la humanidad, establecido por Dios. Es de comprender que hombres para los que tal situación es ventajosa y que en su interior piensan: "después de nosotros, el diluvio", puedan y deban haceros creer eso; lo asombroso es que vos, personalidad libre y que nada necesitáis, hombre bueno y razonable, los creáis y -siguiendo sus miserables consejos-, permitáis o dejéis hacer que se consienta tanto mal en vistas a un fin tan irracional como lo es parar el eterno movimiento de la humanidad del mal al bien y de las tinieblas a la luz.

No podéis desconocer vos que desde que existe el hombre, sus formas de vida, tanto las económicas y sociales como las religiosas y políticas, han ido evolucionando sin cesar, de más rudas, irracionales y crueles a más suaves, racionales y humanas.

Los que os aconsejan niegan esto, que al pueblo ruso le han sido inherentes en otro tiempo la ortodoxia y la autocracia, y de la misma manera le son ahora inherentes y le serán propias hasta su final; y por ello y para bien del pueblo ruso hay que apoyar a toda costa estas dos formas vinculadas entre sí: la creencia religiosa y el orden político. No cabe decir, sobre todo, que la ortodoxia, en otro tiempo inherente al pueblo ruso, le sea propia también ahora.

Por los informes del procurador general del Sínodo podéis ver que los seres espiritualmente más desarrollados del pueblo, a pesar de todas las desventajas y peligros a que se hallan sometidos al renegar de la ortodoxia, van pasando cada año y en número cada vez mayor a las llamadas sectas. Además, de ser cierto que al pueblo le es inherente la ortodoxia, no hay por qué mantener de modo tan enconado esa forma de creencia y perseguir con tanta sevicia a quienes la niegan.

Acerca de la autocracia, lo mismo. Si en otro tiempo ella fue inherente al pueblo ruso, en tiempos del absolutismo, cuando se gobernaba personalmente, ahora está ya lejos de suceder, cuando todos saben o llegan a saber a poco que se instruyan: en primer lugar, que un buen zar es sólo "una feliz casualidad", y que los zares pueden ser y han sido también monstruos dementes, como Joann IV o Pablo; y, como segunda puntualización, por muy bueno que sea no puede gobernar él mismo a un pueblo de tantos millones, y que gobiernan los favoritos del zar, quienes se ocupan más de su propia situación que del bien del pueblo. Vos diréis: el zar puede elegir de adjuntos a personas desinteresadas y buenas. El zar no puede hacer eso, mal que le pese; ya que sólo conoce a varias decenas de personas que por casualidad o por diversas intrigas le se han ido acercando y con denuedo lo apartan de aquellos que pueden sustituirlos. Por tanto, el Soberano no escoge entre los miles de personas activas, enérgicas, ilustradas realmente y honestas que buscan la obra social, sino entre aquellos de quienes Beaumarchais dijo: "Sé mediocre y servil y todo lo conseguirás": Y muchos rusos se subordinarían al zar, pero no pueden subordinarse sin sentir agravio a personas de su círculo a las que desprecian y que frecuentemente gobiernan al pueblo en nombre del Soberano.

Tal vez a vos os lleva a error el amor del pueblo por la autocracia y su representante el zar, la circunstancia de que en todos los recibimientos que se os tributa en Moscú y otras ciudades, por doquier, el gentío corre tras de vos al grito de "¡hurra!". No creáis que es una expresión de lealtad hacia vos, es la masa de los curiosos que corren igual tras cualquier espectáculo poco frecuente. A veces esos hombres a los que tomáis por intérpretes del amor popular hacia vos, sólo son gente reunida y aleccionada por la policía para que represente a un pueblo fiel, como acaeció, por ejemplo, con vuestro abuelo en Jarkov donde la multitud que llenaba la catedral era toda ella municipales disfrazados.

Si en un viaje zarista pudierais andar, como lo hago yo por las líneas de campesinos colocados tras las tropas, a lo largo del ferrocarril, y oír lo que dicen esos hombres: síndicos, alguaciles y guardias, sacados de las aldeas vecinas al frío y la lluvia, sin gratificación, con su propio pan, y que durante varios días esperan el paso del convoy; vos oiríais de los más auténticos representantes del pueblo, de simples campesinos, en todo el trayecto, palabras del todo disconformes con el amor por la autocracia y su representación. Si hace medio siglo, con Nicolás I, todavía se erguía el prestigio del Poder zarista, en las últimas tres décadas ha ido menos sin cesar y ha caído últimamente hasta poder decir que nadie siente ya reparo en condenar de manera resuelta en todos los estamentos no sólo las disposiciones del gobierno, sino al propio Soberano y hasta increparlo y mofarse de él.

Es un modo de gobierno trasnochado la autocracia, que puede corresponder a las exigencias del pueblo en algún sitio del África Central, lejos del mundo entero; pero no a las exigencias del pueblo ruso, que se ilustra cada vez más con la instrucción común a todo el orbe. Así, la forma de gobierno y la ortodoxia en ella vinculada sólo se puede mantener, como se hace ahora, con el apoyo de la violencia de toda clase: el estado de desconfianza, las deportaciones masivas, las ejecuciones, las persecuciones religiosas, la censura, el falseamiento de la educación Y, en general, todo tipo de malos actos y barbaridades.

Esos han sido hasta hoy los actos de vuestro reinado. Desde vuestra respuesta a la diputación de Tver, ante la que llamasteis "desatinadas ilusiones" a los más lícitos deseos de

la población, suscitando la repulsa indignada y general de la sociedad rusa; todas vuestras decisiones sobre Finlandia, las apropiaciones de territorio chino, vuestro propósito de Conferencia de La Haya, acompañada del refuerzo de las tropas, vuestra violación de la autonomía y el medro de la arbitrariedad gubernativa, el apoyo de las persecuciones por motivos de fe, vuestro consentimiento al refrendo del monopolio de la vodka, es decir, del comercio del gobierno con un veneno que intoxica al pueblo; y, para acabar, vuestra insistencia en mantener los castigos corporales, a pesar de las solicitudes que se os vienen presentando para erradicar esta medida sin sentido y del todo inútil, que deshonra al pueblo ruso; todo eso, que no habríais podido realizar, si no se os hubiera planteado -por asesoramiento de vuestros insensatos colaboradores- el objetivo inalcanzable no sólo de retener la vida del pueblo, sino de hacerle volver al estado que ya vino sufriendo.

Con violencia puede oprimirse al pueblo, pero no gobernarlo. Sólo hay un medio en nuestros días para dirigir al pueblo y consiste en situarse ante el movimiento popular que lleva del mal al bien, de las tinieblas a la luz, y conduce al logro de los fines inmediatos de dicho movimiento. Entonces, para estar capacitado para hacerlo, es menester dar al pueblo sobre todo la posibilidad de que exprese sus deseos y necesidades y, tras oírlos, cumplir los que respondan a las necesidades no de una clase o estamento, sino de la mayoría de la nación, de la masa del pueblo trabajador.

Los deseos que de darle esa posibilidad expresaría hoy el pueblo ruso, -según yo- serían los siguientes:

En primer lugar, el pueblo trabajador desea librarse de las leyes de excepción, que le colocan en la situación de paria que no goza de los derechos del resto de ciudadanos; en segundo lugar, quiere libertad de movimiento, libertad de enseñanza y libertad de conciencia en consonancia con sus necesidades espirituales; y, lo principal, dirá con una sola voz este pueblo de cien millones que quiere la libertad de explotación de la tierra, es decir, la abolición del derecho de propiedad agraria.

Tal abolición del derecho de propiedad agraria es, según creo, el objetivo inmediato cuyo logro debe plantearse como tarea de nuestro tiempo al gobierno ruso.

Cada etapa de la existencia del género humano posee un escalón inmediato de realización de mejores formas de vida de acuerdo con la época y al que aquél aspira. Medio siglo atrás, ese escalón precedente fue para Rusia la abolición de la servidumbre. Hoy día dicho escalón es la emancipación de las masas obreras del yugo de la minoría que domina sobre ellas, lo que se conoce como el problema obrero.

Europa Occidental considera viable alcanzar ese objetivo mediante la entrega de las empresas y fábricas en usufructo general de los obreros. Sea justa o no lo sea dicha solución del problema, alcanzable o no para los pueblos occidentales, ello no puede ser aplicado en Rusia, tal como ella es ahora. Aquí, casi toda la población vive en el campo y se halla en plena dependencia de los grandes propietarios, la emancipación de los obreros, claro está, no puede lograrse con el paso de las fábricas y empresas al usufructo en común. La emancipación para el pueblo ruso puede alcanzarse, sin embargo, por medio de la abolición de la propiedad agraria y el reconocimiento de la tierra como patrimonio común; al igual que hace ya tiempo es el sincero deseo del pueblo ruso y cuya realización sigue aún esperando del gobierno de su país.

Soy consciente de que estos pensamientos míos vuestros consejeros los tomarán por el colmo de la ligereza y carencia de espíritu práctico de un hombre que no concibe toda la dificultad del gobierno de un Estado, en este caso, la idea del reconocimiento de la tierra como propiedad común del pueblo; pero en vistas a no tener que volver a someter a más violencia -cada vez más cruel- al pueblo, sólo existe un medio, que es: plantearse como misión un objetivo que se halle a la cabeza de los anhelos populares. Y, sin esperar a que la

carretada nos golpee rodando en las rodillas, llevarla uno mismo, o sea, ir en las primeras filas, liderar el logro de mejores formas de vida. Tal objetivo sólo puede constituir para Rusia la abolición de la propiedad agraria. Nada más que entonces el gobierno podrá, sin hacer, como hace ahora, concesiones indignas y forzadas a los obreros fabriles o a la juventud estudiantil, ser guía de su pueblo -sin miedo por su propia existencia- y gobernarlo de verdad.

Os dirán vuestros consejeros que liberar a la tierra del derecho de propiedad es una fantasía y una empresa irrealizable. Según la opinión de ellos, obligar a un pueblo activo tan numeroso a dejar de vivir o mostrar síntomas de vida y meterlo de nuevo en el cascarón del que ya hace tiempo salió, eso no es fantasía, ni tiene nada de irrealizable, sino que lleva consigo la más sabia y práctica de las obras. No habría más que reflexionar con seriedad para comprender de una vez por todas su no viabilidad, aunque se viene aplicando; y que lo otro, por el contrario, sí es viable, y todavía más, oportuno y necesario, si bien aún no se ha aplicado.

Personalmente, creo que la propiedad agraria en nuestra época es una injusticia tan patente y escandalosa como lo fue el derecho de servidumbre hace medio siglo. Juzgo que su erradicación pondrá al pueblo ruso en una elevada cota de independencia, prosperidad y abundancia. También pienso que tal medida terminará con toda la exacerbación socialista y revolucionaria que ahora empieza a extenderse entre los obreros y amenaza con el mayor de los peligros al gobierno pero también al pueblo.

Tal vez me equivoque, y la solución a este problema en uno u otro sentido pueda esperarse de nuevo sólo del propio pueblo, si él ha de tener la ocasión de expresarse.

Por eso, sea como sea, la primera cuestión que ahora se alza ante el gobierno es la de eliminar el peso que impide al pueblo expresar sus necesidades y anhelos. No se hace bien a un hombre al que amordazamos para no oír lo que desea en su propio interés. Tan sólo si se conocen las necesidades y anhelos de todo el pueblo, o de su mayor parte, se le puede gobernar y hacerlo en su provecho.

Tan sólo una vida tenéis, querido hermano, en la tierra, y podéis malgastarla dolorosamente en intentos infructuosos para detener el movimiento de la humanidad -determinado por Dios- del mal al bien y de las tinieblas a la luz; y podéis también, tras profundizar en las necesidades y aspiraciones del pueblo, dedicar vuestra vida a cumplirlos, vivirla tranquila y dichosamente al servicio de Dios y de los hombres.

Por grande que sea vuestra responsabilidad en el reinado, en el cual podéis hacer mucho de bueno y mucho de malo, es todavía mayor la que tenéis ante Dios por vuestra vida aquí, de la que depende vuestra vida sola, y que Dios os ha dado no para ordenar malas obras de toda clase ni tampoco para participar en ellas o permitir las, sino para hacer uso de su voluntad. Y su voluntad es hacer el bien a los hombres, nunca el mal.

Recapacitad sobre esto no ante los hombres, sino ante Dios y haced lo que Dios os diga, o sea, vuestra conciencia. Y no os turbéis por los obstáculos que hayáis de encontrar si emprendéis el nuevo camino de la vida. Dichos obstáculos se destruirán por sí mismos, y vos no lo advertiréis siempre que actuéis en aras del alma, o sea, de Dios, y no de la gloria humana. Disculpadme si os he incomodado o entristecido, sin quererlo, por lo que dejo dicho en mi carta. El deseo de hacerlos bien y hacérselo al pueblo ruso es lo que me ha guiado. Si lo he conseguido o no, el futuro lo dirá, un futuro que -con toda seguridad- yo no veré. Creo haber cumplido con mi deber.

Deseándoos con toda sinceridad el justo bien, vuestro hermano,

LEON TOLSTOI

## A S. N. TOLSTAIA

Gaspra, 15 de mayo de 1902

Querida Sonia: Estoy muy satisfecho por hablar seriamente con Iliusha sobre la educación de los niños. Hay una cosa en la que sí que estamos de acuerdo ambos, aunque negativa: la de que hay que instruir a los niños nada más que lo indispensable. Quizá los niños crezcan sin llegar a aprender nada. Lo cual es mucho menos peligroso que lo que suele ocurrirles a casi todos los chiquillos, sobre todo cuando las madres, desconociendo las materias que estudian los pequeños, dirigen su educación. Esto es: cogen un hartazgo de estudio y, por tanto, la aversión al mismo. Una criatura o un adulto puede estudiar, y provechosamente, cuando le atrae lo que estudia. Sin ello, redundan en perjuicio, un perjuicio terrible que hace de las personas lisiados mentales. Por Dios, querida Sonia, si no estás del todo de acuerdo conmigo, confía en mi palabra y créeme que, si no fuese un asunto de tan enorme trascendencia, no te escribiría de ello. Confía, más que en nadie, en tu marido, que ve esta cuestión de modo del todo razonable.

Pero aquí suele objetarse; si los niños no van a estudiar, ¿de qué van a ocuparse? ¿Andarán con las abuelas y harán toda clase de bobadas y porquerías con los chicos lugareños? Bajo nuestro sistema de vida señorial, dicha objeción tiene un razonable sentido. ¿Pero procede acostumbrarles acaso a la vida señorial, o sea, a que sepan que todas sus necesidades se satisfacen de alguna manera y que alguien lo hace, sin la menor participación de los mismos en ellos? Por eso, creo que la regla primera de buena educación es que el niño sepa que lo que emplea no cae hecho del cielo, sino que es fruto del trabajo de otras personas. Entender que todo aquello de que vive es trabajo de otros seres que no lo conocen ni lo aman, eso ya es mucho para un niño (Dios quiera que lo comprenda al crecer); pero entender que la bacinilla en que ha orinado la ha vertido y fregado sin placer alguno la niñera o la doncella, y también que han lustrado y lavado sus botas y chanclos, que siempre se pone limpios; que todo eso se hace no de por sí ni por amor a él, sino por otras ciertas causas para él desconocidas, eso puede y debe entenderlo, y avergonzarse y el continuar sirviéndose de ello, esto es el comienzo de la más detestable educación y deja profundísimas huellas para toda la vida. Y es tan fácil evitarlo: pues, eso mismo -hablando con estilo elevado- te pido desde el lecho de muerte que hagas con tus hijos. Que cuanto ellos puedan hacer para sí: sacar sus impurezas, traer agua, fregar la vajilla, arreglar la habitación, limpiar el calzado y el vestido, poner la mesa y demás, que lo hagan ellos mismos. Créeme, que por muy fútil que parezca esta cuestión, es ella mucho más importante para la felicidad de tus hijos que el conocimiento de la lengua francesa, la historia, etc. Así es, aquí surge la dificultad esencial: los niños hacen con gana sólo lo que ven hacer a sus padres, y por eso te suplico (tú eres resuelta y puedes hacerlo, lo sé) que lo hagas. Si Ilia no lo hace (pero se puede esperar que sí), ello no entorpecerá la obra. Por Dios, medítalo para bien de tus hijos. Esto consigue de golpe dos objetivos: da la posibilidad de aliviar el estudio, llenando el tiempo del modo más útil y natural; y acostumbra a los niños a la sencillez, el trabajo y la independencia. Te lo ruego, hazlo por favor. Te alegrarás con el primer mes, y más todavía los niños. Si puede añadirse a esto el trabajo agrícola, aunque sea en la forma de huerto, también eso es beneficioso; ya que en la mayoría de los casos viene a servir de juguete. El necesitar cuidarse uno mismo y sacar sus impurezas ha sido reconocido por todas las mejores escuelas, como la de Beethalse, en la que el propio director participa en ello.

Sonia, créeme, sin esta norma no hay posibilidad alguna de educación moral, de educación cristiana, de adquirir conciencia de que todos los hombres somos hermanos e iguales entre sí. El niño comprende que el hombre adulto, su padre: banquero, tornero, artista o intendente, que con su labor alimenta a la familia, consiga liberarse de las ocupaciones que te impiden dedicarse por entero al trabajo que le sirve de sustento. ¿Pero cómo puede explicarse el niño, que aún no se ha revelado en nada y nada sabe hacer todavía, el que otros hagan para él lo que por naturaleza debe hacer él mismo?

El único modo de explicación para él es que los hombres se dividen en dos estamentos: señores y esclavos, y por mucho que le hablemos de la igualdad y la hermandad entre los hombres, las condiciones de toda su vida, desde que se levanta hasta la cena, no es eso lo que le demuestran.

Aún más, deja de creer en los sermones de los mayores sobre la moral, ve que tales sermones son falsos en su totalidad, deja de creer en sus palabras y educadores e incluso en la obligación misma de toda moralidad.

Pero hay más. Si no se puede hacer todo lo que yo menciono, hay que exigir de los niños el hacer las cosas cuyo incumplimiento les origina desventajas que rápidamente les sean perceptibles, como es: si no está limpio y seco el traje y el calzado de paseo, no se puede salir; o si no han traído agua ni han fregado la vajilla, no hay donde beber. Especialmente,

no temáis el ridículo. Casi todas las malas obras se hacen en el mundo porque el no hacerlas sería ridículo.

Tu padre y amigo,

L. Tolstoi

## A V G. CHERTKOV (Fragmento)

Gaspra, 2 (?) de julio de 1902

Recibí, querido amigo Vladimir Grigórievich, su última misiva, en la cual usted pregunta por lo que pensamos en Rusia sobre el estado de cosas. Por lo menos yo, aun viviendo en Rusia, no me puedo hacer una idea exacta de cómo acabará todo esto. Ciertamente dice usted que los rusos se han despertado. Es un hecho nuevo, indudable. Con igual exactitud me escribía estos días nuestro buen amigo Bulyguin que el actual gobierno le recuerda al beodo que dice: "¡Beber es morir; y no beber es morir; así que lo mejor es beber!" Por tantop, tenemos dos fenómenos básicos. El que los rusos, y el pueblo, inclusive, se han despertado o se despiertan, y por eso comienzan a actuar; y que el gobierno se encierra cada vez más en su concha y quiere no sólo mantener la actual situación, sino volver incluso a otra más atrasada y peor. De la unión de estos dos fenómenos tendrá que salir sin duda algo nuevo, pero no me atrevo ni a adivinar lo que pueda ser, ni creo que nadie se atreva a pronosticarlo, pues la historia nunca se repite. Sí, sabemos que la situación es muy tensa, y que todas las personas deseosas de ayudar a la obra de hacer bien -más que nunca- deberán actuar con energía. Vivamente lo presiento y, a pesar de los achaques, estoy escribiendo un artículo: Llamamiento al pueblo trabajador, casi acabándolo, y que espero remitirle en próximamente. (...) Me levanto y paso todo el día al aire libre; y, aunque encorvado como un viejecito, puedo andar mis veinte o treinta pasos.

Eso es todo. Adiós, queridos amigos. Escriban con más frecuencia. Les confío en secreto que, con estar mejorando y todo, siento que pronto me iré de esta vida. Y no es que esa idea no me abandone, sino que yo no abandono esa idea, y me encuentro muy bien. Tal vez me equivoque, pero quería decírselo a ustedes.

L. TOLSTOI

## A LA REDACCIÓN DEL PERIÓDICO DIE ZEIT

Yásnaia Poliana, 11 de setiembre de 1902

Desde hace algún tiempo observo por distintas partes, y cada vez con más frecuencia, no sólo indicios de enfierecimiento de las personas, sino oyendo y leyendo no ya argumentaciones, sino hasta celebraciones por dicho fenómeno. El principal intérprete y apologista de ese enfierecimiento es el medio alienado, presuntuoso hasta la locura, superficial y burdo, aunque de lengua suelta, señor Nietzsche. Así que ascendiendo de los efectos a las causas sin quererlo fui a parar a Nietzsche y releí de nuevo, aunque con gran repugnancia, a este extraño escritor. Me gustaría expresar, aunque fuese en un breve artículo cuanto he deducido de esa lectura. Si lo consigo, siempre que lo permita mi salud, y otras ocupaciones, a mi juicio más importantes, tendré mucho gusto en remitírselo. Que tenga éxito su revista.

LEON TOLSTOI

## A LA REDACCIÓN DEL PERIÓDICO THE NORT AMERICAN (En inglés en el original)

Yásnaia Poliana, 9 (22) de febrero de 1904

Filadelfia.

"Al Diario Norteamericano."

No estoy al lado de Rusia ni de Japón, sino al lado del pueblo trabajador de los dos países, embaucado por sus gobiernos y forzado a luchar contra su bienestar, conciencia y religión.

TOLSTOI

## A ERNEST CRAUSBY (En inglés en el original)

Yásnaia Poliana, 19 (6) de julio de 1905

Querido Crausby:

Desde hace tiempo tengo ya el prólogo que escribí para vuestro artículo sobre Shakespeare, ensayo tan abultado como un libro entero. Pienso editarlo en cuanto sea traducido. Por tanto, su deseo se cumplirá.

Los crímenes y crueldades que se cometen en Rusia son horribles, pero estoy del todo convencido de que esta revolución tendrá para la humanidad resultados más beneficiosos y trascendentales que la Gran Revolución Francesa. Sinceramente suyo,

LEON TOLSTOI

## A M. L. OBOLENSKAIA

Yásnaia Poliana, 22 de marzo de 1906

Gracias por tu carta, entrañable Mashenka. En la carta dirigida a Yulia Ivanovna hablas de añoranzas por casa y deseo de volver a ella. Yo siempre los echo a todos a Mamadysh, pero cuando el viaje no es a ese lugar, siempre aconsejo -una vez llegados tan lejos- quedarse allí adonde vayan. Así lo hago con vosotros: te aconsejo que aproveches cuanto puedas obtener de Europa. Yo personalmente no desearía obtener nada, pese a su pulcritud y acicalamiento. Pero, por desgracia, veo que todo lo vamos recogiendo a gotitas: los partidos, las agitaciones electorales, los bloques y así sucesivamente. Es abominable. Esa perversión a la que arrastran a los campesinos corrompiéndolos. Quizá sea inevitable y hasta necesario que los campesinos, pasen por una tal perversión para que comprendan toda la inutilidad y maleficencia de ésta. Aunque en ocasiones no puedo dejar de pensar en que ello sea innecesario. Y una prueba de esta superfluidad la veo en que yo -por ejemplo- y muchos otros advertimos que todas esas constituciones no llevarán a otra cosa salvo que nuevas gentes van a explotar a la mayoría: al cambio de unos por otros, como sucede en Gran Bretaña, Francia, Norteamérica y en todas partes; y tratarán de explotarse afanosamente unos a otros y cada vez más y más irán arrojando todos la única vida razonable y moral, la agraria, encargando de ese trabajo gris a los esclavos en la India, en África, Asia y Europa, allí donde sea posible. Muy pulcra es esa vida europea en cuanto a lo material, pero terriblemente sórdida en lo espiritual. Así que yo dudo en ocasiones: ¿necesitará el pueblo ruso pasar por esa corrupción y llegar al callejón sin salida en el que ya han entrado los pueblos occidentales? Así pienso porque cuando los pueblos occidentales emprendían ese camino todas las personas avanzadas les llamaban a hacerlo; ahora no sólo yo, sino muchos vemos que eso es la perdición. Y, precaviendo al pueblo de ese camino, no decimos como decían los anteriores enemigos del movimiento: volved atrás o deteneos, sino que decimos: marchad delante, pero no ya en la dirección que seguís, pues lleva hacia atrás; marchad con decisión adelante hasta emanciparos del Poder. Eso decimos. Estoy escribiendo de ello, y creo que también por eso te escribo a ti.

Mientras caminaba por la nieve, ayer pensé en ti. (¡Admirable manto!, ve adonde quieras como por un suelo de mármol, hoy empieza a estropearse.) He pensado en que ahora estás débil y en buena ley descontenta contigo misma, lo cual es muy lógico. Pero recuerda lo mucho de bueno que me diste, lo mucho que diste a Sasha y a tantos otros; y los demás te lo

perdonarán todo, tú no te perdones. Pero tampoco lo harás. Adiós, palomita, mis besos para ti y para Kofa.

L. T

## A HENRYK SIENMEWICZ

Yásnaia Poliana, 27 de diciembre de 1907

Querido Henryk Sienkiewicz:

Este poco usual tratamiento se debe al deseo de evitar el consabido "Muy señor mío", frío hasta la aversión, y el no menos distanciante "Monsieur"; y colocarme desde el principio en las amistosas y entrañables relaciones que siento por usted desde que leí sus obras: La familia Polaniecki. Sin dogma y otras, por las que le doy las gracias. Esta misma causa me impulsa a escribirle en mi propia lengua, en la que me es más fácil expresarme con claridad y exactitud.

Sé que usted me escribe, y no ha despertado en mí sorpresa, ni siquiera indignación, sino que ha venido a confirmarme la verdad para mí notoria-por muy paradójica que les parezca a quienes han caído bajo el hipnotismo gubernamental- de que la existencia de gobiernos violentos es obsoleta y que gobernantes en nuestra época: emperadores, reyes, ministros, jefes militares y hasta miembros influyentes de las cámaras, pueden ser únicamente personas que estén en el más bajo peldaño del desarrollo moral. Esas gentes se hallan, pues, en dichos cargos por su degradación moral. Hombres que se ocupan de expoliar los bienes del pueblo trabajador con el pretexto de las contribuciones, de hacer preparativos de homicidio y ejecutar los propios homicidios, de condenar a muerte a las personas, de mentir sin tregua ante sí y ante los demás, hombres así no pueden ser de otra catadura. En el mundo antiguo pudo tenerse a Marco Aurelio por virtuoso soberano, pero en el nuestro cristiano ni siquiera los gobernantes de siglos pasados -todos los Luises franceses, y los Napoleones; todas nuestras Catalinas Segundas y Nicolás 1; todos los Enriques, Isabeles y Federicos ingleses y alemanes- a pesar de los esfuerzos de los panegiristas, no pueden inspirar en nuestra época otra cosa que no sea aversión. Los actuales monarcas, organizadores de toda clase de violencias y homicidios, hasta tal punto se hallan ya por debajo de las exigencias morales de la mayoría que ni siquiera indignarse con ellos es ya posible. Son pura mezquindad y miseria. Indignarse, y no ya indignarse, sino luchar procede no ya contra estos seres privados de la sublime conciencia humana, sino contra esa horrible y atrasada institución del violento sistema estatal que constituye la fuente principal de los sufrimientos de la humanidad. Hay que luchar contra la superstición de la necesidad de la violencia estatal, tan incompatible con la presente conciencia moral de los hombres del mundo cristiano y que obstaculiza al máximo el que la humanidad de nuestro tiempo dé el paso para el que hace tiempo se halla preparada. Luchar contra ese propio mal cabe sólo mediante el más sencillo y natural procedimiento -al mismo tiempo que el más poderoso y aún no empleado, por desgracia-, consistente sólo en vivir sin necesidad de la violencia gubernamental y sin participar en la misma.

En lo concerniente a los pormenores del asunto de que usted escribe: sobre los preparativos del gobierno prusiano para expoliar a los terratenientes y agricultores polacos; también aquí me causan mayor lástima quienes ordenan esa expoliación y la llevarán a cabo, que los propios expoliados. Estos últimos tienen un papel hermoso. Ellos mismos en otras tierras y en otras condiciones quedarán tales como fueron, mientras que los expoliadores

causan lástima, y lástima causan quienes pertenecen a la nación, al Estado de los expoliadores y se sienten solidarios con ellos. Creo que tampoco ahora para nadie moralmente sensible puede haber duda en la elección: ser prusiano solidario con su gobierno; o polaco expulsado de su nido.

Ésa es mi opinión sobre lo que se prepara actualmente en Poznan, y si no opinión acerca del asunto mismo, por lo menos sí los pensamientos que ha suscitado en mí.

Dispéñseme si la carta no responde a sus expectativas sobre mí. Si ella no le sirve, échela al cesto o haga con ella el uso que crea conveniente.

Sea como sea, me ha sido grato relacionarme con usted. Afectuosamente, su colega en el ámbito literario,

LEON TOLSTOI

## A M. A. STAJOVICH

Yásnaia Poliana, 28 de febrero de 1908

Querido Mijail Alexándrovich:

Usted me aprecia de veras, lo sé, y no sólo como escritor, sino como persona; y como es hombre sensible me comprenderá. Por eso recorro a usted con un serio y grandísimo ruego: el de que suspenda el proyectado homenaje. Nada habrá de traerme, a no ser sufrimientos, y aún cosa peor: alguna mala acción de mi parte. Usted sabe que siempre, y más a mis años, cuando la muerte ronda -también lo sabrá al ir envejeciendo-, nada hay más querido que el amor de los demás. Pues bien, me temo que ese mismo amor sea perturbado con dicho acto. Ayer recibí carta de la princesa Dondukova-Korsakova en la que me dice que todos los ortodoxos se sentirán agraviados con la celebración del aniversario. Jamás había pensado en eso, pero lo que ella señala es cierto sin duda. Además de en esas personas, también en muchas otras despertará un sentimiento de rechazo hacia mí. Esto es lo que más me duele. Los que me aprecian -yo los conozco y ellos a mí- no necesitan de ningún género de formas externas para expresar sus sentimientos. Por tanto, les ruego de todo corazón: hagan cuanto puedan para cancelar la mencionada celebración y dejarme en libertad. Y hasta la eternidad les quedaré del todo agradecido. Afectuosamente,

LEON TOLSTOI

## A BERNARD SHAW

Yásnaia Poliana, 17 de agosto de 1908

Querido Señor Shaw:

Dispéñseme si hasta hoy no le he dado las gracias por el libro remitido a través del Sr. Mood. Hoy, releyéndolo y prestando singular atención a los pasajes que usted indica, he apreciado de modo singular las palabras de Don Juan en el intermedio (aunque pienso que

el tema podría ganar mucho si se tratase con más seriedad, y no como inserción casual en la comedia) y *The Revolutionist's Handbook*.

Antes que nada, sin ningún esfuerzo he coincidido por entero con las palabras de Don Juan, en cuanto a que héroe es aquel "canto no al arma ni al héroe, sino al filósofo: a quien merced a la contemplación alcanza la voluntad interior del mundo, merced a los inventos halla los medios para el cumplimiento de esa voluntad y merced a la acción crea esa voluntad con ayuda de los medios hallados por él"; lo propio que en mi lengua se expresa con los términos: conocer en uno mismo la voluntad de Dios y seguirla.

Después de esto, me ha gustado especialmente vuestra actitud con respecto a la civilización y el progreso, esa idea en absoluto justa de que por mucho que sigan una y otro no pueden mejorar el estado de la humanidad, si los hombres no cambian.

Lo que distingue nuestros pareceres estriba en que -cree usted- la mejora de la humanidad tendrá lugar cuando los hombres llanos se hagan superhombres o nazcan nuevos superhombres; y -como creo yo- eso mismo pasará cuando los hombres desechen de las religiones verdaderas,

incluyendo el cristianismo, las impurezas que las desfiguran, y uniéndose todos en una sola comprensión de la vida, que yace en el fondo de todas las religiones, establezcan su racional actitud ante el infinito principio del mundo y sigan la norma de vida que de aquél se deriva.

Lo que tiene mi método de ventaja sobre el suyo para librar del mal a los hombres consiste -como es fácil de imaginar- en que masas ingentes del pueblo, incluso poco instruidas o completamente ignorantes, pueden aceptar una religión auténtica y seguirla; mientras que para la formación del superhombre a base de los seres que ahora existen, así como para el nacimiento de nuevos, hacen falta condiciones tan excepcionales y tan poco realizables de por sí como la enmienda del género humano por medio del progreso y la civilización.

Querido Mr. Shaw; la vida es una seria y gran cosa, y en el breve intervalo de tiempo que se nos ha dado, todos en general tenemos que procurar encontrar nuestro destino y cumplirlo en cuanto sea posible. Eso concierne a cada hombre y, en particular, a usted, con sus enormes dotes, original pensamiento y penetración en lo sustancial de cualquier problema.

Es ésa la razón, confiando animoso en no agraviarle, por la que le diré las deficiencias que me ha parecido encontrar en su libro.

Como primer defecto del mismo coloco vuestra falta de seriedad. No se puede hablar en són de broma de un tema como el destino de la vida humana o de las causas de su aberración y del mal que llena la existencia de nuestra humanidad. Me habría gustado que las expresiones de Don Juan no fueran visionarias, sino las expresiones de Shaw; y al igual que *The Revolutionist's Handbook* no se atribuyese al inexistente Tanner, sino a Bernard Shaw, viviente y responsable de sus palabras.

Como segundo reproche le digo que tratándose de cuestiones de suma importancia -y así lo son las que usted aborda- y de personas con una comprensión tan honda de los males de nuestra vida y una capacidad de exposición tan brillante como la suya, hacer de aquéllas simple objeto de sátira puede más bien perjudicar que contribuir a la solución de las mismas.

Pretende con su libro sorprender y asombrar al lector con su gran erudición, ingenio y talento. Todo eso, además de no hacer falta para la solución de las cuestiones a que usted se refiere, frecuentemente desvía la atención del lector de la esencia del tema atrayéndolo con el brillo de la exposición.

Sea como sea, creo que el libro expresa vuestras opiniones no en pleno y claro desarrollo, sino sólo en estado embrionario. Creo que, en su posterior desarrollo, tales

opiniones le llevarán a la verdad única que todos buscamos y a la que nos vamos acercando poco a poco.

Sé que sabrá perdonarme si en lo expuesto hay algo que no sea de su agrado. Lo hice así porque reconozco sus altísimas dotes y guardo hacia usted personalmente los más amistosos sentimientos, con los que quedo suyo.

LEON TOLSTOI

## A L. N. ANDREIEV

Yásnaia Poliana, 2 de septiembre de 1908

Me llegó su grata epístola, querido Leonid Nikoláievich. Nunca he sabido lo que conlleva una dedicatoria, pero me parece que también yo he dedicado a alguien. Sé una sola cosa, que vuestra dedicatoria expresa sus buenos sentimientos hacia mí, lo que ya he visto por la carta; y eso me es muy grato.

En ella usted enjuicia con tan sincera modestia sus escritos, que me atrevo a opinar y no sobre los mismos propiamente, sino sobre el oficio literario, lo que quizá sea de provecho también para usted.

Me parece que se ha de escribir, en primer lugar, sólo cuando la idea que uno quiere expresar es tan obsesiva que no nos deja en paz hasta tanto no la expresamos, como uno sepa hacerlo. Todos los demás móviles del oficio: por razones de vanidad y, principalmente, las detestables razones monetarias, aunque se unan a lo esencial -a la necesidad de expresión- sólo pueden entorpecer la franqueza y la dignidad del escrito. Es muy temible esto. En segundo lugar, cosa frecuente y en la que, según yo, acostumbran a caer los actuales escritores modernos (todo el decadentismo se sustenta en eso), es el deseo de originalidad, de ser especiales, de sorprender y asombrar al lector. Lo cual es aún más perjudicial que las consideraciones accesorias a que me referí antes. La sencillez queda al margen. Y la sencillez es condición necesaria de lo bello. Lo sencillo y natural puede no ser bueno, pero lo abstruso y artificioso no puede serlo. Tercer punto: la prisa del escrito. Siempre nociva, que pone además de manifiesto, la carencia de esa auténtica necesidad que nos mueve a expresar nuestras ideas. Pues, cuando ella está presente, el escritor no escatima trabajo alguno ni tiempo para lograr definir su pensamiento con plenitud y claridad. En cuarto lugar, el deseo de responder a los gustos y exigencias de la mayoría del público lector en el momento dado. Es esto en extremo pernicioso y de antemano destruye toda la importancia de lo que se escribe. Ya que la trascendencia de cualquier obra literaria radica no ya en que sea aleccionadora como mensaje propiamente hablando, sino en que enseñe a los hombres algo nuevo -desconocido para uno- y, en su mayoría, contrario a lo que el gran público tiene por indiscutible. Mientras que el mencionado deseo requiere como condición indispensable todo menos esto.

No sé si algo de lo dicho le interesa. Dice usted que el mérito de sus obras es la sinceridad. Así es, y también el móvil es bueno: contribuir al bien de los hombres. Y le tengo por sincero en el modesto juicio de sus escritos. Tanto mejor, porque el éxito de que gozan podría hacerle exagerar su importancia. No he leído lo suficiente ni con la debida atención -cosa que me suele pasar con las obras literarias-, pero por lo que recuerdo y sé de vuestros escritos, yo le aconsejaría trabajar más en ellos, hasta hacer que vuestro pensamiento alcance suma precisión y claridad.

Le reitero que su carta me ha sido muy grata. Si viene a nuestras tierras tendré mucho gusto en entrevistarme con usted.

Afectuosamente,

LEON TOLSTOI

## A S. A. ENGUELGARDT (Sin remitir)

YASNAIA POLIANA, 12 DE NOVIEMBRE DE 1908

Serguiei Alexandrovich:

Es clara y precisa su pregunta y quisiera responder a ella de igual modo.

Empiezo con la segunda pregunta: ¿no estuvo motivado mi proceder, al entregar los bienes, por el deseo familiar de librarse de los inconvenientes de la propiedad manteniendo sus ventajas? La respuesta a ésta sirve también de contestación a la primera: ¿no me engaño al imaginarme que habiéndome portado mal me porto bien? Usted dice: "Convenga conmigo en que si usted hubiera entregado sus bienes a los pobres, ahora estaría privado no sólo del aspecto negativo de vuestro capital sino también del positivo."

Por una parte, sin hablar ya de las dificultades del reparto de bienes a los pobres (¿a cuáles?, ¿por qué a estos y no a aquellos?), usted se olvida de que un reparto así había de suscitar los más penosos e incluso hostiles sentimientos de los ocho familiares que no comparten mis opiniones sobre la propiedad, educados en la abundancia e incluso en el lujo, y que, con todo derecho a ello, calculan recibir a mi muerte -que puede producirse en cualquier instante y, como será, pronto- su lote de herencia. Eso por un lado; por otra parte, al repartir lo que entonces eran mis bienes, yo no me privé ni del lado positivo, ni tampoco del negativo de mi capital o sea de la propiedad. Al repartir los bienes, podía haberme quedado con el derecho a la retribución por mis futuras obras literarias. Y estas obras, desde que renuncié a mis honorarios y hasta hoy, me hubieran dado la posibilidad de vivir sin pasar necesidad y sin tener necesidad de la familia. Mis necesidades son tan escasas que si yo mismo no pudiera ganarme los medios de subsistencia, mis amigos me darían siempre la posibilidad de vivir sin pasar necesidad los años que me quedan de vida; y, así pues, mi vida con la familia no está de ninguna manera condicionada por el deseo de disfrutar de las condiciones de existencia -más bien penosas que deseables para mí en cuanto al lujo concierne- en que yo vivo.

Mi resolución, por tanto, de proceder hace dieciocho años respecto a mis bienes como si hubiese muerto, tal decisión -que entonces me costó una penosa disputa- no pudo darse por el deseo de librarme de los inconvenientes de tener propiedades quedándome con todas sus ventajas -engañándome y engañando a los demás-, sino por causas mucho más complejas de las que sólo mi conciencia puede ser juez de su equidad o de la falta de la misma.

LEON TOLSTOI

## A UNA DESCONOCIDA (E. SH.) (Sin remitir)

Yásnaia Poliana, 8-9 (?) de agosto de 1909

No es usted la única en hacerme esa pregunta. A aquellos a quienes mis ideas no les son especialmente gratas, con singular afán inventan toda clase de infundios para que puedan tenerse por falsas. Eso lo sé. Pero como creo con firmeza en que las ideas expuestas por mí -que no son mías sino de todos los santos y sabios del mundo y de Cristo, el más cercano a nosotros-, esas ideas no pueden ser desmentidas, ni tampoco discutidas; las personas a quienes desagradan tales concepciones tratan de demostrar que yo, repetidor de las mismas en nuestro tiempo, soy: un embustero, un codicioso y un hipócrita. Aunque el señalar a quien afirma que dos y dos con cuatro como ladrón de pañuelos en nada hace injusta y opcional para los demás la verdad por él proclamada; el calumniar a quien la enuncia hace menos obligatoria para muchas personas la ingrata verdad. Y también sé que el descrédito de mi persona se efectúa con gran celo desde dos vertientes: desde la revolucionaria, por un lado; estos días he recibido una carta en la que me piden explicaciones de si es cierta la noticia publicada -según dicen- en *Sovremiennoie Slovo*, por la que "yendo camino de Bal Jar -donde nunca estuve- entregué tres perseguidos políticos a los gendarmes, conforme se dice". Y por otro lado, los gubernamentales y ortodoxos idean similares y diversas pruebas -de similar peso- de mi depravación. Entre ellas la más extendida es la de que, tras haber renunciado a la propiedad, he transmitido mis bienes a la familia. En qué consiste aquí la criminalidad del acto no lo puedo comprender en modo alguno. El hecho ocurrió en realidad así: en 1880 llegué a la convicción de que el cristiano no debe poseer bienes y renuncié a la propiedad y solicité que dispusieran de ella como si hubiera muerto. Por esto todos mis familiares obtuvieron lo que les corresponda por herencia, con lo que contaban y tenían derecho a contar. Y no vi necesario actuar de otro modo, ni tampoco podía hacerlo, pues al entregar mis bienes a alguien que no fueran mis herederos familiares me habría encontrado en una dificultad irresoluble: ¿a quién entregárselos justamente? ¿A los campesinos de Yásnaia Poliana? Pero, ¿por qué a ellos precisamente y no a otros campesinos de la vecindad, o a los que viven en la tierra que también era mía y hace ya tiempo entregué a mis hijos? Al hacer entrega, además, de los bienes no a mis hijos -que contaban con ellos- hubiera en estos despertado el natural sentimiento de privación injusta de lo que tenían por su derecho y la normal animadversión hacia mí. Por eso, si ahora tuviera que disponer de nuevo de mis bienes, no actuaría de otro modo. Lo único que podía hacer era renunciar -y no en favor de ciertas personas aisladas sino de todos sin distinción- al derecho a los honorarios por todos mis escritos desde aquel día del año 1880 en que otorgué el derecho a disponer de mis propiedades como de los bienes de un difunto.

Renunciar a mis derechos de autor, a la propiedad intelectual de mi obra desde ese año, debería ser -tal y como parece- prueba suficiente de que al renunciar a mis bienes a favor de los deudos no me podía guiar ningún móvil egoísta, pues los honorarios de autor que suponen cientos de pliegos de imprenta escritos por mí con posterioridad al año 1880 constituirían al menos cientos de miles de rublos y superarían en decenas de veces cuanto he dejado a mis familiares. Desde hace tiempo oigo estas acusaciones que me señalan por incurrir en hipócrita vileza y no he querido contestarlas, pero no tanto su carta como las palabras de un joven que en fecha reciente me vino a ver -seguramente dudando en el reconocimiento de la autenticidad de mis ideas, que le eran afines, vacilando más que nada por la duda que le habían inspirado en la veracidad del hombre que las exponía- me obligan a responder a tales acusaciones.

Forjarán otras, pues cuando nada puede decirse en contra de las ideas que nos fustigan, cabe imaginar algo que demuestra la depravación de quien las enuncia. Y esto es muy sencillo.

## A P A. STOLIPIN (Borrador)

Yásnaia Poliana, 30 de agosto de 1909

Os escribo de un hombre muy despreciable, el más despreciable de todos los que conozco ahora en Rusia. Vos le conocéis y -extraño es decirlo-le amáis; pero no comprendéis toda la magnitud de su desgracia y no lo compadecéis como merece su situación. Tal hombre sois vos mismo. Hace ya tiempo que deseaba escribiros y hasta empecé a redactar una carta no ya al hermano-prójimo sino a persona de tan excepcional afinidad con uno como el hijo de un entrañable amigo. Y no conseguí acabar el escrito antes de que vuestra labor -más detestable y criminal cada vez- me haya ido entorpeciendo el darle cima con el franco cariño que la inicié. No puedo entender la ceguera que os lleva a continuar tan desatinada obra: amenazando con ello vuestro bienestar material (ya que os pueden y quieren matar en cualquier momento) y arruina vuestro nombre, pues ya por lo que habéis hecho merecéis la horrenda fama de que vuestro nombre se repita siempre -mientras haya historia- como ejemplo de barbarie, crueldad y falacia. Vuestra tarea, además, arruina, más que nada, lo más trascendental: vuestra alma. Pues todavía se podría emplear la violencia, como esto suele hacerse por algún móvil que reporta el bien a muchos, pacificándolos y haciendo mejor la organización de su vida; pero vos no hacéis ni una cosa ni otra, sino todo lo contrario. En vez de pacificar lleváis hasta el extremo el paroxismo y enfurecimiento de los hombres, con todos esos horrores de la arbitrariedad, las ejecuciones, las cárceles, los destierros y prohibiciones de todo tipo; y no sólo no aportáis nueva organización capaz de mejorar el estado general del pueblo, sino que en una cuestión vital para el mismo -su relación con la tierra- sentáis un precedente absurdo y brutal, un mal que todo el mundo percibe ya y que inevitablemente ha de ser destruido: la propiedad agraria. Y es que lo que ahora se hace con esta disparatada ley del nueve de noviembre, que tiene como fin justificar la propiedad agraria sin basarse en ningún argumento razonable, como no sea el de que eso mismo existe en Europa (ya es hora de que vayamos pensando con nuestro cerebro); lo que ahora se hace siguiendo dicha ley, a semejanza de las medidas que se tomaron por el gobierno en los años cincuenta, no es para abolir la servidumbre, sino para consolidarla.

Yo, a medio camino ente la vida y la muerte, veo todos los horrores que se cometen ahora en Rusia, queda muy claro que el logro de la pacificación, objetivo al que parecéis aspirar en unión de vuestros adeptos, cabe sólo por un camino del todo contrario al que vos seguís: primero, con el cese de las violencias y las crueldades, más que nada la pena de muerte, que decenios atrás parecía ya imposible en Rusia; y, segundo, con la satisfacción de las reivindicaciones, por un lado, de todas las personas instruidas y realmente pensantes, y por otro, de la enorme masa popular, que nunca ha reconocido ni reconoce el derecho a la propiedad privada de la tierra.

Debéis pensar, pensad en vuestra tarea, en vuestra suerte, y en vuestra alma; y, o cambiáis toda la orientación de vuestra actividad, o -si no podéis hacerlo- desistid, tras reconocerla injusta y falsa.

Sólo a vos os escribo esta carta, y nadie más tendrá noticia de ella en el transcurso, digamos, siquiera de un mes. Pero a partir del primero de octubre, si en vuestra labor no llega a producirse ningún cambio, esta carta será publicada en el extranjero.

## A T. L. SUJOTINA ("P A. POLILOV")

YASNAIA POLIANA, G-7 DE NOVIEMBRE DE 1909

Piotr Alexandrovich:

Me ha alegrado mucho su artículo, con la carta incluida dirigida a mí. Ya hace tiempo que no me intereso por las cuestiones políticas, y creo que en realidad nunca me interesé por ellas; pero el problema de la tierra, o sea de la esclavitud agraria, aunque también se le considera cuestión política, es como usted acierta al decir una cuestión moral, un problema de violación de las más primitivas obligaciones de la moralidad; por eso esta cuestión no sólo me preocupa, sino que me duele y atormenta la insolente y estúpida solución de la misma adoptada por nuestro lamentable gobierno, y la plena incomprensión que de él hay entre las personas de nuestra sociedad que se tienen por avanzadas. Por consiguiente es posible imaginarse mi alegría al leer su admirable artículo, que con contundencia y claridad expone la esencia del problema. Y éste me atormenta hasta hacerme ver en sueños deslumbrantes, como uno en fecha reciente: hallándome en sociedad con los "científicos", a quienes impugnaba sus juicios, manifestaba yo el mismo criterio acerca de la escandalosa injusticia que es la propiedad privada de la tierra que tan admirablemente va expresado en su artículo. Anoté rápidamente dicho sueño y pensé en publicarlo, una vez corregido. Veo ahora que ese sueño se ha hecho realidad en usted y en su artículo.

Ojalá que Dios le ayude a acabar esa, y a ser posible pronto. ¿Conoce usted a Nikoláiev? Necesita visitarlo, es tan buen conocedor de Henry George, tan ardiente seguidor de su doctrina y tan excelente persona como pocas hay.

Me ha dado una gran alegría y se lo agradezco.

A mi parecer, el problema de la injusticia que supone la esclavitud agraria, y la necesidad de emanciparse de ella, abren ahora un nivel de conciencia equivalente al que motivó la servidumbre en los años 80: la misma indignación consciente del pueblo, que se percata de la injusticia que con él se comete; idéntica conciencia de esa injusticia en los mejores, aunque escasos, representantes de las clases ricas; e igual brutal interpretación, impremeditado de un lado y premeditada del otro, por parte del gobierno. Estriba la diferencia sólo en que para la emancipación de los siervos el gobierno seguía entonces el modelo de Europa y, más que de ninguna, de Norteamérica, pero ahora no tiene modelo; y si lo hay, no es otro sino el de instaurar la pequeña propiedad privada de la tierra, que, lejos de librar al pueblo de la esclavitud agraria, la afirma aún más. Y como suele pasar al descender al más bajo nivel intelectual y moral, más que nunca ahora, tras la derrota infligida a la revolución, los gobernantes, llenos de petulancia y descaro, incapaces de tener ideas propias y comprender lo inmoral de la propiedad agraria, quiebran sin contemplaciones los seculares pilares de la vida nacional para llevar al pueblo ruso al funesto, inmoral y horrible estado en que se encuentran los pueblos de Europa. Por su inmoralidad y limitaciones, no entienden estos hombres que el pueblo ruso no se encuentra ahora en condiciones adecuadas para obligarle a imitar a Europa y América, sino en las de mostrar a otros pueblos el que conduce a la emancipación del hombre frente a la esclavitud agraria. Si fuese el gobierno, no ya inteligente y moral, sólo con tener un poquitín de eso de lo que tanto presume, si fuera ruso, entendería que este pueblo --con su clara conciencia de que es divina la tierra y puede ser

comunal, pero nunca pasar a ser propiedad privada- se encuentra en esta vitalísima cuestión de nuestra época muy por delante de otros pueblos. Si nuestro gobierno no fuera una institución brutal, necia, cruel y ajena al pueblo en todo, entendería, además del gran papel que le toca desempeñar dando forma a los magnos y avanzados ideales del pueblo, también que la calma y pacificación del pueblo no se logrará por medio de ejecuciones y horrores de toda índole -desconocidos desde los tiempos de Iván el Terrible- como ahora pretende hacerse, sino por un solo medio: realizando el ideal de todo el pueblo: liberar del derecho de propiedad a la tierra.

No sería necesario en tal caso que el zar y su gabinete se ocultasen del pueblo, como criminales, tras los triples muros de las guardias. Sobraría con hacer un manifiesto público -como se hizo al liberarse a los siervos- con el anuncio de que el gobierno está preparando la liberación de la esclavitud de la tierra, para que el pueblo protegiese mejor que todas las

guardias a un gobierno que en ese caso sí tendría por propio. La ceguera de los hombres de nuestra llamada alta sociedad es asombroso. ¿La Duma? Cuando me he entrevistado con los diputados a la Duma he considerado mi deber rogarles que presenten -aunque sólo sea- en su asamblea el problema de liberar la tierra del derecho de propiedad y la conversión de los impuestos sobre la tierra según el sistema de George. Siempre han contestado lo mismo: no hemos tratado este problema y lo desconocemos, pero lo esencial respecto a él es que no se pondría a discusión en ningún caso. Está claro que estos señores están demasiado ocupados en trillar con celo la paja huera para tener tiempo y pensar que hay alguna otra cosa importante y necesaria. Están ciegos; y, peor aún, seguros de ver.

Siendo así, ¡he de alegrarme de su actividad! Escríbame de los avances de su tarea, se lo ruego. Estrecha su mano con gratitud y afecto.

LEON TOLSTOI

## A K. P SLAVNIN

Yásnaia Poliana, 27 de febrero de 1910

Me hace falta saber para responder a su pregunta qué es lo que usted entiende por "delito". Si es lo que en el sentido literal de la palabra se reconoce por nuestro gobierno, entonces ni conozco ni quiero conocer el necio, sórdido y criminal desatino que el gobierno denomina leyes o la desobediencia que llama delito. Ahora bien, si usted pregunta: ¿encierran "materia de delito", ante la conciencia y el sentido común de todos los seres pensantes, mis palabras -publicadas por usted- definidoras de la esencia en la labor de todos los teólogos eclesiásticos, no sólo rusos sino también universales? En ese caso responderé que ni usted ni yo hemos incurrido en delito, mientras que sí se preparan a cometerlo toda esa corrompida horda de funcionarios que por el sueldo que reciben son capaces no ya de meterlo a usted en la cárcel -con los miles de personas que consumen- sino siempre dispuestos a torturar, matar y ajusticiar al que caiga en sus garras, para seguir recibiendo mensualmente su paga de los recursos robados al pueblo.

Discúlpeme si quizá no respondo del todo a su pregunta, pero la indignación constante y el horror ante la obra del Gengis Kan que reina en nuestros días, con teléfonos y aeroplanos, y que disfraza sus maldades con el manto de la legalidad, esa indignación grita al cielo ante todo caso de la misma naturaleza del vuestro.

Con mi estima,

LEON TOLSTOI

## A S. A. TOLSTAIA

Yásnaia Poliana, 14 de julio, mañana, 1910

1) Guardaré en casa el actual diario sin entregárselo a nadie.

2) Los demás diarios se los recogeré a Chertkov y los guardaré yo mismo, quizá en un Banco.

3) Si temes que aquellos pasajes de mis diarios en los que - escribo dejándome llevar por la impresión del momento acerca de nuestras diferencias y choques, puedan usarlos futuros biógrafos hostiles a ti; no hablando ya de que esas expresiones de sentimientos pasajeros, tanto en mis diarios como en los tuyos, no pueden dar en modo alguno una noción cierta de nuestras actuales relaciones; si es ése tu temor, gustosamente en esta ocasión aprovecho para expresar en el diario o en esta carta misma mi actitud respecto a ti y mi apreciación de tu vida.

Son las que siguen: del mismo modo que desde la juventud te amé, sin cesar, con todas las distintas causas de desavenencia, continúo amándote. Sobre esas causas (no hablo del fin de las relaciones maritales, pues él sólo podía eliminar las engañosas expresiones de un amor no verdadero), esas causas fueron: en primer lugar, mi alejamiento cada vez mayor de los intereses de la vida mundana y mi rechazo hacia ellos, al tiempo que tú ni deseabas ni podías separarte de los mismos, sin tener en el alma los ideales que me condujeron a mí a mis convicciones; por lo que no puedo reprocharte nada. Por un lado eso. En segundo lugar (te ruego que me perdones si lo que digo no te agrada, pero lo que pasa ahora entre nosotros es tan importante que requiere no temer decir toda la verdad ni escucharla), tu carácter se fue volviendo en los últimos años cada vez más irritable, despótico y violento. Las muestras de estos rasgos del carácter no eran capaces de enfriar el propio sentimiento, pero sí su expresión. Esto en segundo lugar. En tercer lugar, y es la causa principal, una fatalidad -de la que ninguno de los dos tiene culpa-, fue nuestra comprensión absolutamente contraria del sentido y fin de la vida. Todo en nuestras interpretaciones de la existencia era en verdad opuesto: y el género de vida, y las relaciones con los demás, y los medios de subsistencia: la propiedad, que yo tenía por pecado, era para ti condición indispensable de la vida. Y en el modo de vida, para no separarme de ti, fui cediendo a condiciones para mí penosas, lo que tú misma tomabas como concesiones a tus ideas, y las incomprensiones entre nosotros crecían cada vez más. También hubo otras causas de distanciamiento de las que ambos fuimos culpables, pero no hablaré de ellas porque no vienen al caso. Por tanto, con cuantas incomprensiones hubo, no dejé de amarte ni apreciarte.

La evaluación de tu vida conmigo es por mi parte tal y como sigue: yo, un degenerado, un hombre vicioso hasta la médula en lo sexual, que ya no estaba en mi primera juventud, me casé contigo, una joven muchacha de dieciocho años, pura, inteligente y buena, y -a pesar de ese pasado mío, sórdido y vicioso- has vivido conmigo durante casi medio siglo, queriéndome, una vida ardua y laboriosa, alumbrando, nutriendo, educando, cuidando a los niños y cuidándome a mí, firme ante las tentaciones que con tanta facilidad podían atrapar a cualquier mujer en tu situación, siendo bella, sana y fuerte. Pero has vivido de manera que nada puedo reprocharte. De que no me seguiste en mi singular movimiento espiritual tampoco puedo quejarme ni te lo reprocho, porque la vida espiritual de cada uno es un

115

misterio de ella con Dios, y en nada pueden exigirle de ésta los demás. Y si yo lo exigí de ti me equivoqué y soy entonces culpable.

Ésa la descripción fiel de mi actitud contigo, y mi apreciación de ti. Y en lo que respecta a lo que pueda encontrarse en los diarios (sólo sé que nada brusco y que sea contrario a lo que ahora escribo se hallará allí).

Por tanto, este 3) sobre lo que puede y no debe inquietarse respecto a los diarios.

4) Si mis relaciones actuales con Chertkov te son penosas, puedo no entrevistarme más con él, aunque ello le afligirá bastante más a él que a mí, pues conozco cuán penoso le habrá de ser. Pero, si es de tu gusto, así lo haré.

Sin embargo 5), si no admites estas condiciones de vida de paz y de bien, retiro mi promesa de seguir contigo. Y me iré. Me iré y probablemente no con Chertkov. Hasta pondré que no venga a vivir cerca de mí como condición indispensable, pero me marcharé sin falta, porque no es posible seguir viviendo como hasta ahora lo hacemos.

Si consiguiera soportar con calma tus sufrimientos, aún podría ser, pero no, no puedo. Ayer te fuiste emocionada y sufriendo. Quería acostarme a dormir, pero estuve pensando en ti e incluso sintiéndote, y no logré dormir, y continúe escuchándote durante horas; y me desperté de nuevo y escuchar, y a verte en sueños o casi en sueños. Reflexiona con calma, amada mía, escucha a tu corazón, percíbelo, y lo decidirás todo como procede. De mí diré que todo está decidido por mi parte, sin poder hacer otra cosa ni tener fuerzas para ello. No te atormentes más, palomita; pues tú sufres mucho más que todos. Sea, y nada más.

LEON TOLSTOI

## A V. G. CHERTKOV

Yásnaia Poliana, 2 de agosto de 1910

Hablé con Posha ayer y me dijo acertadamente que soy culpable de haber hecho un testamento secreto. Hubiera sido bueno hacerlo de modo abierto, anunciándoselo a los interesados, o dejarlo todo como estaba: no hacer nada. Lleva toda la razón, he actuado pésimamente y ahora lo estoy pagando. Fue aborrecible hacerlo en secreto, suponiendo el mal en los herederos; y, pésimo, sin duda, buscar el auxilio de una institución del gobierno que tanto rechazo, al redactar el documento en la forma requerida. Me doy cuenta ahora de que soy el único culpable de cuanto viene ocurriendo en la actualidad. Hubiese sido mejor dejarlo todo como estaba, sin dar ningún otro paso. La difusión de mis escritos raramente compensará el recelo que suscitará la inconsecuencia de mis actos.

Para mí es un alivio saber que no hay otro causante de mi mal. Creo que por ahora lo mejor será, pues, no comenzar nada. Por penoso que resulte.

No es otra cosa lo que he anotado para mí hoy día dos de agosto por la mañana, y se lo hago saber -querido Vladimir Grigorievich- porque sé que lo que para mí hay de importante también para usted lo es.

L. T

## A MOHANDAS GANDHI

Kochety, 7 de septiembre, 1910

Me alegro de saber, tras haber recibido su revista *Indian Opinion*, cuanto en ella se dice de los adeptos a la no-violencia. Deseo expresarle las ideas que en mí ha originado su lectura.

Conforme tengo más experiencia de vida, y sobre todo ahora, sintiendo ya con fuerza la cercanía de la muerte, deseo transmitir con más intensidad a los semejantes lo que con tan extraña agudeza percibo y juzgo de suma entidad, esto es: cuanto tiene que ver con la no-violencia, que en lo esencial no es otra cosa sino la doctrina del amor, sin el falseamiento de las falsas interpretaciones. Que el amor, es decir, el ansia de las almas humanas por la concordia, y la actividad que de ese empeño se deriva, resulta ser la suprema y única ley de la vida humana, eso lo sabe y lo siente todo hombre en el fondo de su alma (como se puede observar con total claridad entre los niños); lo sabe mientras no está enredado en las falsas doctrinas del mundo. Esta ley fue proclamada por todos los sabios del universo: tanto indios como chinos y hebreos, griegos y romanos. Creo que Cristo la expresó con la mayor claridad cuando dijo sin rodeos que sólo en eso radican la ley suma y los profetas, pero eso no basta, previendo la manipulación que sufre y puede sufrir dicha ley, señaló además con claridad ese peligro de falseamiento, propio de los hombres que viven movidos por intereses mundanos, y el peligro de atribuirse la defensa de tales intereses mediante la fuerza, o sea -como él dijo- dando golpe por golpe arrebatar en un acto de fuerza y volver a sus dueños los objetos antes apropiados, y así una y otra vez. Sabe él que ningún ser racional puede desconocerlo: el empleo de la violencia no es compatible con el amor y como ley fundamental de la vida, pues basta permitir la violencia, no importa cuáles sean los casos, para que se reconozca la insuficiencia de la ley del amor y, por lo tanto, se niegue la propia ley. Toda la civilización cristiana, tan brillante por su apariencia, nació de este malentendido, de esta contradicción evidente y extraña, a veces consciente, pero por lo general inconsciente.

Al admitirse la resistencia a la par que el amor, en esencia ya no hubo ni podía haber amor como ley de la vida, ni tampoco ley del amor, sino violencia, es decir, el poder del más fuerte. Así ha vivido hasta ahora la humanidad cristiana. Ciertamente, en todos los tiempos los hombres se habían guiado por la mera violencia en la organización de su vida. Sin embargo algo diferenciaba la vida de los pueblos cristianos de todos los demás: el mundo cristiano formuló la ley del amor con tal claridad y precisión como no la había formulado ninguna otra doctrina religiosa. Sin más. Pero, al mismo tiempo que aceptaban solemnemente dicha ley, los hombres del mundo cristiano se permitieron la violencia y organizaron su vida teniendo a ésta como fundamento. Por eso la existencia de los pueblos cristianos resulta una pura contradicción entre lo que ellos profesan y aquello en que basan su régimen de vida: la contradicción entre el amor, reconocido como ley de la vida, y la violencia, que en diversos aspectos hasta se tiene por necesaria, como el poder de los gobernantes, los tribunales y los ejércitos, tenidos por admisibles y loables. Tal desacuerdo fue agrandándose con el desarrollo de los hombres del mundo cristiano alcanzando su extrema expresión en los últimos tiempos. Resulta evidente, entonces, que el problema está planteado así ahora, una de dos:

o se reconoce que no reconocemos ninguna doctrina éticoreligiosa y nos guiamos en el régimen de nuestra vida sólo por el dominio del más fuerte; o son abolidos todos nuestros organismos policíacos y judiciales, y también los impuestos recaudados por la violencia y, cómo no, los ejércitos.

Esta primavera, durante el examen de la Ley de Dios en una de las instituciones femeninas de Moscú, el profesor de Religión, y luego también un prelado que asistía, preguntaban a las doncellas los diez mandamientos y especialmente el sexto. Si daban la respuesta correcta sobre el mandamiento, el prelado solía hacer otra pregunta: ¿siempre y en todos los casos prohíbe la Ley de Dios el homicidio? Y las infelices doncellas, corrompidas

por sus preceptores, habían de contestar y contestaban que no siempre, que el homicidio está permitido en la guerra y en las ejecuciones de malhechores. Pero cuando a una de las infelices muchachas (lo que cuento no es una versión, sino un hecho que me ha sido transmitido por un testigo ocular), tras su respuesta, le fue hecha la pregunta de ritual: ¿siempre constituye pecado el homicidio?, la doncella, inquieta y sonrojada, contestó sin vacilar que siempre, y a todos los habituales sofismas del prelado contestaba con la firme convicción de que el homicidio está prohibido siempre y que el homicidio se prohíbe también en el Antiguo Testamento, y Cristo no sólo rechaza el homicidio sino -también y en todos los casos- hacer mal al prójimo. Y con toda su majestuosidad y arte de la elocuencia, el prelado guardó silencio; y la muchacha salió victoriosa.

Por tanto, nosotros podemos comentar en nuestros periódicos los éxitos de la aviación, las complicadas relaciones diplomáticas, la vida de las distintas clases, los descubrimientos, las alianzas de todo género, las llamadas obras de arte, y callar lo que ha dicho esa doncella; pero callarlo es imposible, porque lo percibe más o menos vagamente, pero lo percibe, todo hombre del mundo cristiano. El socialismo, el comunismo, el anarquismo, el Ejército de salvación, la creciente delincuencia, el desempleo de la población, el demencial incremento del lujo de los ricos y la miseria de los pobres, y el aumento terrorífico del número de suicidios -todo lo cual- son síntomas de aquella contradicción interna, que debe y no puede dejar de ser resuelta. Y, se entiende, resuelta en el sentido de reconocimiento de la ley del amor y de la negación de toda violencia. De ahí que vuestra labor en el Transvaal -en el fin del mundo, como a nosotros nos parece- sea una acción de lo más central y más importante entre todas las empresas que hoy se acometen en el orbe y en la que habrán de participar sin excusa no ya los pueblos del mundo cristiano, sino de todo el planeta. Creo que le agrada saber que también aquí, en Rusia, esta labor se extiende con rapidez mediante las renunciaciones al servicio militar, que son cada día más frecuentes. Por muy reducido que sea el número de vuestros adeptos a la no-violencia y el de los objetores de conciencia entre nosotros en Rusia, tanto los unos como los otros pueden decir sin vacilar que Dios está con ellos. Y Dios es más poderoso que los hombres.

En el cristianismo, en su aceptación, aun siendo en la forma tergiversada en que se profesa entre los pueblos cristianos, y en el reconocimiento a la par con ello de la necesidad de los ejércitos y del armamento para el homicidio en las más ingentes proporciones durante las guerras, ahí radica la flagrante, escandalosa y palmaria contradicción. Antes o después -tal vez muy pronto- ha de revelarse, y destruir, bien sea la aceptación del credo cristiano, indispensable para el mantenimiento del Poder; bien la existencia del ejército y de toda la violencia que él sostiene, no menos indispensable para el Poder. Tal incoherencia la perciben todos los gobiernos, tanto el suyo británico como el nuestro ruso; y, a causa de un sentimiento natural de autoconservación -conforme lo vemos en Rusia y se advierte por los artículos de vuestra revista- aspiran a dichas actividades más que a cualquier otra labor antigubernamental. Los gobiernos saben cuál es su peligro cardinal, y están atentos en esta cuestión no ya y no sólo sus intereses, sin el problema de ser o no ser.

Con toda consideración.

A M. P NÓVIKOV

Yásnaia Poliana, 14 de octubre de 1910

Querido Mijail Petrovich:

Con relación a lo que le dije antes de su marcha, me dirijo a usted también con el siguiente ruego: si ocurriese en verdad que yo llegara a ésa, ¿no podría usted buscarme en la aldea alguna casita recogida, independiente, aunque fuese la más pequeña, de modo que a usted y su familia les incomode el más breve lapso de tiempo? También le informo de que en caso de telegrafarse lo haré no en mi nombre, sino en el de T Nikoláiev.

Esperando su contestación y con un afectuoso apretón de manos, Leon Tolstoi

Tenga en cuenta que nadie debe conocer esto, salvo usted.

L. T.

## A S. A. TOLSTAIA

Yásnaía Poliana, 28 de octubre, 1910

Te apenará mi partida. Lo siento, pero entiéndelo y créeme que me ha sido posible actuar de otra manera. Ya era insoportable mi situación en casa. Sumado a lo demás, no puedo seguir viviendo en las condiciones de lujo que me rodean, y hago lo que suelen hacer los viejos de mi edad: apartarse de la vida mundana para vivir en paz y recogimiento los últimos días de su vida.

Entiéndelo y no se te vaya a ocurrir buscarme, aun si aciertas a saber dónde estoy. Esa llegada tuya no haría más que empeorar la situación de ambos, sin cambiar en nada mi decisión. Gracias por tu honesta vida de cuarenta y ocho años junto a mí y te pido que me perdones por cuanto haya sido culpable ante ti, al igual que yo te perdono con toda el alma por lo que hayas podido serlo ante mí. Mi consejo es que te resignes a la nueva situación en la que te coloca mi marcha, y no albergues malos sentimientos hacia mí. Si quieres comunicarme de algo, hazlo por medio de Sasha, ella sabrá dónde estoy y me reenviará todo lo que necesite; no puede decir dónde me encuentro, ya que me ha prometido no decírselo a nadie.

LEON TOLSTOI

He dejado a Sasha de encargado para recoger mis cosas y manuscritos y enviármelos.

## A ALEXANDRA L. TOLSTAIA

Optina Pustyn, 29 de octubre de 1910

Sergueienko te contará todo lo que a mí se refiere, mi querida Sasha. Es deplorable. Siento un gran peso que por nada me abandona. Lo más importante es no pecar, y he ahí la dificultad. Se sobrentiende, he pecado y pecaré, pero cuanto menos, mejor.

Esto es lo esencial que también te deseo a ti, ante todo; sobre todo ahora que conozco la terrible misión que ha caído sobre ti, tan enorme para tu juventud. Nada he decidido ni deseo hacerlo. Intento únicamente hacer lo que no puedo dejar de hacer, y no hacer lo que me sea posible no hacer. Por la carta dirigida a Chertkov verás no ya cómo miro las cosas, sino mi modo de sentir las. Tengo confianza en la buena influencia de Tania y Seriozha. Es importante

119

que entiendan y traten de inculcarle a ella que la vida para mí, con ese acecho y escucha furtivos, los eternos reproches, el disponer de mí a su antojo, el eterno control, el odio afectado a la persona más afín y que más necesito, con la palmaria aversión y simulado amor hacia mí; que esa vida me es más que ingrata del todo imposible, que si alguien tiene que ahogarse soy yo y no ella, y que sólo deseo: librarme de ella, de esa mentira, simulación y maldad de que está impregnado todo su ser. Es comprensible que ellos no pueden inculcarle eso, pero sí pueden hacerle comprender que todos sus actos respecto a mí no sólo dejan de expresar cariño sino que parecen tener el patente propósito de matarme; y eso lo conseguirá, pues -según espero del tercer colapso que me amenaza- los dos quedaremos pronto libres de la horrible situación en que hemos vivido y a la que no deseo volver.

Ya ves, querida, qué pésimo soy. No trato de ocultarlo. Aún no te escribo para que vengas, pero lo haré sin demora cuando me sea posible, y ya está muy cerca. Escíbeme para decirme cómo va la salud.

Muchos besos.

L. T

Nos dirigimos a Shamardino.

A Dushan se le rompe el alma, y mi estado físico es admirable.

## A S. A. TOLSTAIA

Shamardino, 30-31 de octubre de 1910

No puede ser nuestra entrevista y sobre todo ahora. Resultaría para ti -como dicen todos-muy perjudicial; y para mí terrible, pues mi situación en este momento, a causa de tu nerviosismo, exasperación y doloroso estado, se haría -si es que es posible todavía-aún peor. Mi consejo es que te resignes a lo ocurrido, acomodarte de manera eventual a las nuevas condiciones, y, sobre todo, cúrate.

Sería bueno que te pusieses en mi situación, no, por supuesto, amándome, basta con que no me odies. De hacerlo, dejarás de reprobarme y me ayudarás a hallar la calma y la posibilidad de una vida humana, haciendo un esfuerzo para dominarte, y tú misma dejarás de ambicionar ahora mi regreso. El estado de ánimo que ahora tienes, el deseo y los intentos de suicidio, ponen de manifiesto por encima de todo que has perdido tu propio dominio, y me hacen inconcebible el regreso hoy por hoy. Nadie puede librarte, ni a mí, ni a ningún allegado tuyo, de los padecimientos que sufrimos, excepto tú misma. Intenta encauzar tu energía no para obtener cuanto deseas -que ahora es mi retorno-, sino a calmar y apaciguar tu alma, y obtendrás lo que anhelas.

He pasado dos días en Shamardino y Optina y ya me voy. Por el camino te enviaré la carta. Callo mi destino, pues creo que la separación es conveniente para los dos. No vayas a creer que me he marchado porque no te amo. Te amo y lo siento con toda el alma, pero no puedo comportarme de modo distinto a como lo hago. Me doy cuenta de que tu carta la has escrito con sinceridad, pero no tienes el poder de cumplir lo que querrías. No se trata de cumplir determinados deseos míos y aspiraciones, sino de tu equilibrio y nada más, de que tengas una actitud razonable y tranquila ante la vida. Si eso no se da, nuestra convivencia es inconcebible para mí. Volver a ti cuando te hallas en ese estado es equivalente a renunciar a la vida. Y yo [no] me considero con ese derecho.

Que Dios te ayude, querida Sonia, adiós. La vida no es una broma, y no tenemos opción a desecharla por nuestro capricho; y tampoco es razonable medirla por la longitud del tiempo. El tiempo tal vez que aún nos queda por vivir sea más trascendente que todos los años vividos, y hay que vivirlos con bien.

L. T

## A V. G. CHERTKOV

Astápovo, 1 de noviembre de 1910

Urgente. A Yasenka Chertkov.

Me puse enfermo ayer, los pasajeros vieron cómo salía decaído del tren. Temo la publicidad. Hoy me encuentro mejor. Continuemos, adopte medidas. Téngame informado.

NIKOLAIEV

## A S. L. TOLSTOI Y T. L. SUJOTINA

Astápovo, 1 ° de noviembre, 1910

Queridísimos hijos míos, Seriozha y Tania:

Estoy seguro y confío en que no me reprocharéis el no haberos llamado. El haberlo hecho a vosotros solos, sin mamá, le hubiera causado gran amargura, y también para los otros demás hermanos. Los dos comprenderéis que Chertkov, a quien he llamado, está en una situación especial respecto a mí. Él ha dedicado toda su vida a servir la causa a la que yo he servido en los últimos 40 años de mi existencia. Se trata no ya de mi cariño, sino de que reconozco -me equivoque o no- su importancia para todos los hermanos, y para vosotros, inclusive. Estoy agradecido por vuestra buena actitud hacia mí. No sé si se trata de una despedida o no, pero me he visto en la necesidad de manifestar lo que dejo expuesto. Y para ti, Seriozha, añadiré también un consejo: que pienses acerca de tu vida, de quién y qué eres, de cuál es la razón de ser de la existencia humana y cómo debe vivirla cualquier persona sensata. Las ideas del darvinismo, de la evolución y la lucha por la existencia, que tú has asimilado, no te explicarán el sentido de tu vida ni te servirán de guía en tus actos, y la vida, sin la explicación de su sentido y trascendencia, sin la fiel orientación que de ellos deriva, es misera existencia. Tenlo presente. Con amor, en vísperas de la muerte con toda probabilidad, te lo digo.

Adiós, intentad calmar a mamá, por quien guardo el más sincero sentimiento de piedad y de amor.

Vuestro padre que os quiere,

L. TOLSTOI

## TESTAMENTO

Yásnaia Poliana, 1 de noviembre de 1909

Año de mil novecientos nueve, primero de noviembre. Yo, el que suscribe, encontrándome en plenitud de facultades mentales, para el caso de mi muerte tomo la siguiente disposición: la totalidad de mis obras literarias, escritas cuando fuere hasta el día de hoy, y las que por mí sean escritas hasta el día de mi muerte, tanto las ya editadas como las que son inéditas, las novelísticas como cualesquiera otras, terminadas o inacabadas, dramáticas o de cualquier otro género, traducciones, refundiciones, diarios, cartas particulares, bosquejos, ideas sueltas y notas, es decir, todo lo escrito por mí hasta el día de mi muerte, sin ninguna excepción, dondequiera que se encuentre y quienquiera que lo guarde, sean en manuscritos o ya publicado, y tanto el derecho a la propiedad literaria como todas mis obras, sin ninguna excepción, digo, incluyendo los propios manuscritos y cuantos papeles queden luego de mi defunción, se los lego en propiedad absoluta a mi hija Alexandra Lvovna Tolstoia.

LEON NIKOLAIEVICH TOLSTOI

Atestiguo con esto que el presente testamento realmente ha sido redactado, escrito y rubricado por el testador, Leon Nikoláievich Tolstoi, que se encuentra en plenitud de sus facultades mentales. Alexandr Borisovich Goldenveizer. Lo que también atestiguo.

FIODOR ALEXEIEVICH STRAJOV

## NOTA ACLARATORIA AL TESTAMENTO DEL 1 DE NOVIEMBRE DE 1909

Yásnaia Poliana, 31 de octubre - 1 de noviembre (?) de 1909

Pese a mi renuncia, verbal y escrita, manifestada hace ya tiempo, a los derechos de propiedad sobre mis obras, fueren cuando fueren escritas, aunque no publicadas hasta el año mil ochocientos ochenta y uno, y la pretensión de que el derecho de publicación sea accesible a todos; con sorpresa y honda amargura me he convencido de que algunos de mis deudos no tienen la intención de cumplir mi voluntad, como ellos mismos lo han declarado abiertamente. No lo creí al principio; pero, estando como estoy convencido de que es así, he decidido -por lo que a mí se refiere- asegurar la realización de mi deseo, y al mismo tiempo librar a aquellos de mis deudos que tienen por su deber ejecutar íntegramente mi voluntad de los enfrentamientos, disputas y obstáculos de toda índole con quienes desearían oponerse a ello. Para esto he decidido dejar mi legado espiritual, por el que entrego en total propiedad todo lo escrito por mí sin excepción hasta el día de mi muerte, a mi hija Alexandra Lvovna Tolstaia, con la seguridad de que ella cumplirá con exactitud mis disposiciones concernientes a tales obras. Estas disposiciones han sido expuestas y rubricadas por mí en un pliego

especial el 18 de septiembre de 1909, lo que ahora confirmo una vez más, y de cuyo contenido no desearla informar a nadie antes de mi deseo, para evitar toda clase de rumores y chismes al respecto estando yo aún en vida. Los motivos que me han impulsado a conceder este derecho a mi hija Alexandra son naturales, dada la seguridad que ella me inspira en este sentido. Mis otros deudos no deben asombrarse de mi proceder, por cuanto quienes hubieran deseado oponerse en este sentido a mi voluntad comprenderán que eso es justamente lo que yo he querido evitar; y quienes consideran mi deseo como una obligación moral para sí, sólo pueden alegrarse de que haya tomado las medidas necesarias para garantizar su cumplimiento. Mucho espero que ahora desaparezca todo motivo de enfrentamientos indeseables a este respecto entre los miembros de mi familia, dado que es imposible -por la declaración hecha- de incomprensiones de toda índole acerca de esta cuestión.

LEON TOLSTOI